

01085

5
2 ej

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

*ASECHANZAS E INTROMISIONES. RUPTURA Y ENCUENTRO DE LO PROPIO EN LA OBRA DE
ORTEGA Y MEDINA*

Tesis que para obtener el grado de doctor en Historia presenta

María Cristina González Ortiz

1998

v. 1

266776

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Abstract of the doctoral thesis "Strategems and intromissions. Rupture and finding of one's own in the works of Ortega y Medina", presented by María Cristina González Ortiz.

This dissertation contains the historiographic analysis of Juan Antonio Ortega y Medina's writings, a historian born in Spain but Mexican naturalized. Such analysis is preceded by the report of the most distinctive facts of Ortega's life in Spain and his studies at the Escuela Normal Superior and the Facultad de Filosofía y Letras from the Universidad Nacional Autónoma de México in the 1940's. Besides, the several activities that there successfully performed such as a teacher instructing generations of historians, as a translator and editor. The study of his writings contains first of all, a general vision of them in order to appreciate the Ortega's preferred subjects, which he exposed in his most celebrated titles: *Destino Manifiesto*, *La evangelización puritana en Norteamérica* y *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*. These books embrace the subject of the rivalry between Spain and England, same that was inherited to Mexico and the United States respectively. Ortega y Medina showed that the source of such disagreement was mainly religious and was due to the breach of the old medieval Catholic church in the XVI century. This gave place as much as the Reformation, Martin Luther first, then John Calvin, as the Counter Reformation. Ortega asserted that both the English and the Americans kept their rights over the lands of America according to the Calvin's Doctrine of the Predestination that made of them the elected of God facing the reprobate subjects of Spain and, none the less, the Indians of America.

Titulo de la tesis:

"Asechanzas e intromisiones. Ruptura y encuentro de lo propio en la obra de Ortega y Medina"

Resumen de la tesis: (Favor de escribir el resumen de su tesis a máquina, como máximo en 25 renglones a un espacio, sin salir de la extensión de este cuadro.)

Esta tesis contiene el análisis historiográfico de la obra del historiador español nacionalizado mexicano, Juan A. Ortega y Medina. A dicho análisis antecede la presentación de los hechos más sobresalientes de su vida en España y de sus estudios en México. Además de las diversas actividades en las que destacó en la Universidad Nacional Autónoma de México como docente, traductor y editor. Por lo que se refiere a su obra historiográfica, se da una visión general de ésta para apreciar los temas de su predilección, mismos que expuso con detalle en sus libros más importantes: Destino Manifiesto, La evangelización puritana en Norteamérica y El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI-XVII). Estas obras giran alrededor del tema de la rivalidad entre España e Inglaterra y que dichas naciones transmitieron a sus herederos respectivos, México y Estados Unidos. Ortega y Medina demuestra que el origen de tales diferencias es religioso y proviene de la escisión del viejo catolicismo medieval que dio lugar, en el siglo XVI, tanto a la reforma protestante, primero de Martín Lutero y después de Juan Calvino, como a la respuesta de la iglesia católica con la contrarreforma. Ortega sostiene que tanto los ingleses como los norteamericanos fincaron su derecho sobre las tierras de América en la doctrina de la predestinación calvinista que los convirtió en "elegidos" frente a los réprobos súbditos de España y los no menos réprobos aborígenes americanos.

A mis alumnos, razón de mis empeños
por conservar la herencia del pasado.

FALTA PAGINA

No. 4

...mundo nuestro del hombre ajeno y prójimo
el animal con ojos en las manos
que perfora el pasado y escudriña el futuro,
con sus historias y vicisitudes:
el éxtasis del santo, la argucia del malvado,
los amantes, sus júbilos, encuentros y discordias,
el insomnio del viejo contando sus errores,
el criminal y el justo: doble enigma,
el Padre de los pueblos, sus parques crematorios,
sus bosques de patíbulos y obeliscos de cráneos,
los victoriosos y los derrotados,
las largas agonías y el instante dichozo,
el constructor de casas y aquel que las destruye,
este papel que escribo letra a letra
y que recorres tú con ojos distraídos,
todos y todas, todo,
es hechura del tiempo que comienza y se acaba.
Octavio Paz, *Respuesta y reconciliación*.

... there is an idea in my work without which I
wouldn't have given a straw for the whole job. It's
the finest fullest intention of the lot, and the
application of it has been, I think, a triumph of
patience, of ingenuity. I ought to leave that to
somebody else to say; but that nobody does say it
is precisely what we're talking about. It stretches,
this little trick of mine, from book to book, and
everything else, comparatively, plays over the surface
of it. The order, the form, the texture of my books
will perhaps some day constitute for the initiated a
complete representation of it... Well, I didn't propose
to tell you so; but it *is* the joy of my soul. Henry
James, "The figure in the carpet".

INTRODUCCIÓN

... nos hicimos con ellos, ellos nos hicieron. Aquí andábamos rascándole las costillas al siglo XIX, y ellos traían consigo la Europa vigente, a Alemania, sobre todo. Venían al día. El francés era bueno para espulgar exquisiteces; el inglés no existía; el alemán era la lengua de la reflexión. Con la ventaja de la lejanía, pudimos contemplar, con los maestros españoles, a Occidente en su piel y en su entraña. Evidentemente nos enderezaron hacia la cultura occidental... y se entregaron a formarnos con generosidad sin tacha. Emilio Uranga.¹

La Revolución Mexicana, como es usual ocurra después de una guerra civil, dio lugar a la inquietud por preservar aquello que se había salido del cauce de lo cotidiano a la vez que por explicar por qué y con qué resultados había tenido lugar y, no menos, por justificar o denostar a sus actores y los principios que enarbolaron. Bajo este estímulo revivió el interés de los mexicanos por escudriñar su pasado y poder así explicar su presente, creándose para ello, sobre todo a partir de los años treinta y con el gobierno de Lázaro Cárdenas, instituciones educativas y difusoras que favorecieran la vida intelectual.

Cuando México, en un ambiente ya de paz, se dedicaba a recuperar el tiempo perdido en las tareas de educación e investigación, en la vieja Europa se peleaba otra guerra civil, la española. Dadas las tristes circunstancias de los intelectuales republicanos españoles, el espíritu inteligente y práctico de Daniel Cosío Villegas, viendo en ello una oportunidad, le sugirió a Alfonso Reyes que México podría recibir a varios de ellos, teniendo en consideración que no sólo se trataba de un gesto humanitario obligado sino que sería de mucho provecho

¹ *Apud* Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988 (Jornadas, 113). p. 169-170.

para nuestro país recibirlos ya que nos pondrían al día, sobre todo, en los estudios científicos que el movimiento revolucionario había dejado a la zaga. Así, dos de nuestros más notables intelectuales pusieron sus esfuerzos en llevar a buen término el proyecto que culminó con la creación de La Casa de España en México; ésta contó entre sus primeros miembros al filósofo José Gaos, rector de la Universidad Central de Madrid y, como becario al historiador gallego Ramón Iglesia que había asistido a la misma universidad madrileña.

Pocos años después, cuando dicho centro de estudios había ya cambiado su nombre por el de El Colegio de México, tuvo lugar entre sus profesores de historia un recordado debate acerca de la naturaleza del conocimiento histórico. En contra del método positivista, como se llamaba al hacer historia recopilando datos y dejando que estos se explicaran por sí mismos -y representado por Silvio Zavala-, rompió lanzas Edmundo O'Gorman en defensa del historicismo que daba al historiador la capacidad de explicar los hechos del pasado tanto desde la perspectiva de su entorno presente como de la propia de aquellos hombres del pasado cuyo vital presente, acabaría también por convertirse en el pasado que conforma al historiador mismo. O'Gorman se había inspirado en el filósofo José Ortega y Gasset y puesto a discusión sus ideas con José Gaos que, como muchos exiliados españoles difundieron el pensamiento del madrileño cuyas frases "Yo soy yo y mi circunstancia", "El hombre no tiene naturaleza, tiene historia" y "Las ideas se tienen y en las creencias se está" se convirtieron en la contraseña intelectual de muchos estudiosos.

Por aquel entonces, otro exiliado español republicano, Juan Antonio Ortega y Medina, que había peleado en el frente bajo el tronido de la artillería, acababa de concluir sus estudios en la Escuela Normal Superior, trabado amistad con Ramón Iglesia y comenzado a asistir a los cursos de la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones. Ahí se había convertido en discípulo de

O'Gorman y, con el tiempo, llegaría a ser el más distinguido representante de la primera generación de intelectuales exiliados formada en México en el campo de la historia. Claro ejemplo de su tarea en la Universidad fue, como maestro, haber formado varias generaciones de alumnos y, como investigador, la enorme cantidad de tesis que dirigió y el no menos considerable volumen de sus obras.

Los copiosos escritos de nuestro autor, de variado carácter y contenido como puede verse en el ordenamiento cronológico bajo el cual los presentamos, datan del mismo año de su llegada a México y trascienden su muerte tanto en el sentido literal como en el figurado. Hizo importantes traducciones, sobre todo del alemán; editó y prologó la obra de autores como el barón de Humboldt y William Prescott; en revistas históricas de prestigio, algunas de las cuales él mismo editó, escribió innumerables artículos cuyo contenido abarca asuntos tan variados como estudios historiográficos, reflexiones sobre el mestizaje, consideraciones acerca del carácter y la enseñanza de la historia, remembranzas y, sobre todo, los temas fundamentales de su investigación que arrancan de la reforma protestante de Lutero para desembocar en la explicación de la rivalidad anglo-española que entonces se gestó y continuó entre Estados Unidos y México. El contenido de sus libros también es de variado carácter: las opiniones de los viajeros ingleses y norteamericanos² sobre la Nueva España y el México independiente; estudios historiográficos acerca de las ideas que se expresaron sobre la naturaleza del indio o el descubrimiento de América; una polémica con algunos historiadores soviéticos alrededor del carácter de la conquista; un muy didáctico recuento de las opiniones y polémicas sobre el carácter y la enseñanza de la historia en el

² Hemos preferido utilizar este patronímico en lugar de estadounidenses (aunque los mexicanos podríamos adoptar cualquiera de los dos pero afortunadamente no necesitamos hacerlo), porque, al menos, desde una perspectiva fonética, norteamericanos suena

siglo XIX; otros no menos didácticos con los que enseña a través del ejemplo de sus propios escritos a redactar reseñas, ensayos o prólogos, o expone los rasgos más destacados de la historiografía alemana rankeana. Amén de sus muy originales *Destino Manifiesto* y *La evangelización puritana en Norteamérica*, y el que culmina la indagatoria acerca de la suerte de su patria, *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*.

Tal obra, igualada por pocos de sus contemporáneos, tanto en cantidad como en calidad, dada la erudición, agudeza y riguroso método con que Ortega se aproximó siempre a los enigmas del pasado que lo inquietaban, hemos querido sistematizarla y analizarla para provecho de las actuales y futuras generaciones de jóvenes historiadores.

Conocí personalmente a don Juan en 1963, tenía entonces cincuenta años, pero había sido como la segunda persona de la trinidad historicista que presidió mis estudios. Edmundo O'Gorman, como un distante padre, me habló por boca de uno de sus profetas Eduardo Blanquel, mientras que la luminosa y arrebatada Josefina Vázquez, me inició en el estudio de la historiografía.

Durante casi treinta años mantuve un contacto discreto con el maestro Ortega. Conversamos mucho apoyados en el afecto y la confianza mutuas. También reímos porque la vida cotidiana la teñía con su fino e irónico sentido del humor. Dos asuntos constantes presidieron nuestras pláticas: la historicidad y la moralidad. La comprensión de las acciones de los hombres infundidas por la temporalidad, pero también la responsabilidad ante ellas. Tardé en caer en cuenta en la aparente contradicción, porque no me había preguntado por el meollo de nuestro diálogo hasta el momento en que comencé a estudiar su obra. Cuando comenté su ponencia "De Andrenios y Robinsones", en el homenaje que se le rindió con motivo de sus treinta años de

mejor, aunque haga alusión a un continente que es de todos, que el "estadounidenses" con el que menos se les conocen otras lenguas y tampoco utiliza Ortega.

docencia en la Facultad de Filosofía y Letras, expresé que si bien el maestro Ortega había caracterizado a partir de dos personajes los modos de ser español e inglés, parecía que él, como individuo libre que era, había tomado y representaba lo mejor de ambos caracteres. Se mostró muy complacido conmigo y a partir de ese momento comencé a leerlo con más detenimiento. En 1991, un año antes de su muerte, preparé tres conferencias sobre su obra. Como presentadora invité a su entrañable amiga Beatriz Ruiz Gaytán y fueron comentaristas, en el orden en que intervinieron, Antonia Pi-Suñer, Carlos Bosch y Eugenia Meyer. Al término del evento don Juan quiso recalcar su ferviente credo liberal y, en consecuencia, su rechazo a la institución de la iglesia católica que coartaba los principios liberales.

En el último año de su vida reunió a un buen número de sus discípulos para realizar un ambicioso proyecto, escribir la historia de la historiografía de México, conocida por él como pocos y que puso en marcha pero ya no vio concluida. Me pidió escribiera sobre Ricardo García Granados, a quien había estudiado en mi tesis de licenciatura que el mismo don Juan supervisara, como también me había sugerido y dirigido el tema de la tesis de maestría, un estudio historiográfico de su compañero de la Normal Superior, Agustín Cue Cánovas. Tras su sentida muerte, volví sobre su obra y escribí "La reivindicación de España mediante el desembozo de sus detractores". Poco después, cuando debí escoger tema para mi tesis doctoral, me decidí por el estudio de la obra del maestro Ortega en la que me había ido adentrando y cada vez me sorprendía más.

Debo confesar que soy consciente de la subjetividad que pueda tener mi acercamiento a los escritos de quien fue mi maestro y guía, como lo fue de tantos otros colegas, algunos a treinta años de distancia de mi propia generación. Todos nosotros, cuantas veces se presenta la ocasión, no dejamos de reconocer lo mucho que don Juan nos enseñó. Mas este reconocimiento no

es suficiente si, como él hizo con tantos historiadores cuyas obras puso de nuevo en circulación, su propia obra no es estudiada. Además de la parcialidad confesada, debo reconocer que mi conocimiento acerca de los múltiples temas a los que Ortega y Medina se dedicó en pocos casos rebasa lo expresado por él mismo. Sin embargo, el propio historiar de don Juan proporciona los elementos para ubicarlo, pues es meticuloso al exponer las posturas que otros estudiosos habían adoptado frente a los temas de su interés.

Siguiendo los principios del análisis historiográfico que nos enseñó nos hemos preguntado por el cómo y el por qué escribe, cuyas razones él mismo veló. En lo personal, no creo que sea general el principio de que la vida de una persona determine su creación ya sea literaria o artística. Sin embargo, en la obra histórica de Ortega y Medina, no sólo los temas de su elección sino el trato que les dio no se comprenden sin su propia circunstancia histórica porque, precisamente, fue la necesidad vital de explicar ésa la razón de sus escritos. De ahí que haya pretendido, como dice Álvaro Matute de Ramón Iglesia, aprehender al “hombre detrás del texto ... el factor humano como valor central de una crítica avalada por la experiencia historiográfica”.³

Si la circunstancia histórica de cada individuo es de por sí compleja, la de don Juan lo fue más pues, como exiliado, a su vivencia española se sumó la mexicana. Por ello he tratado en la primera parte de este trabajo de reconstruir, hasta donde me fue posible, los principios y creencias que lo formaron en su niñez y juventud en España, y le dieron aliento para superar en sus primeros años en México, tan llenos de febril estudio, la experiencia dolorosa de la guerra.

³ “Ramón Iglesia: El factor humano y la crítica” en *Historiografía norteamericana y española sobre México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 24). p. 101.

También fue imprescindible situarlo en el ambiente cultural mexicano de los años cuarenta, para comprender la formación de tan diverso carácter que recibió tanto en la Escuela Normal Superior como en la Facultad de Filosofía y Letras. A la vez, por tratarse de los temas que repasaría a lo largo su vida, estudiamos sus dos primeros escritos. Uno, un trabajo que le publicaron en la Normal Superior a fines de 1943 y que tuvimos la fortuna de que su esposa María Teresa Bosque nos proporcionara. El título nos dice ya cuál era el capítulo de la historia de México que más conflicto le causaba, "Ensayo sobre la conquista española". El otro escrito es nada menos que su tesis de maestría. Prudentemente había abandonado el asunto de la conquista porque, a sabiendas ya de que su propósito sería defender a su patria, no era ése el más adecuado para conseguirlo. El tema de "Reforma y Modernidad" lo introduce relacionándolo con la historia de España, pero tiene ya muy claro que el trabajo es sólo el preámbulo de las tesis que desarrollaría posteriormente, amén de que ya está escrito siguiendo los postulados historicistas.

No menos me preocupó dejar testimonio de las variadas actividades académicas que el maestro Ortega cumplió en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde trabajó incansablemente. Podemos decir que su vida entera se centró en el ámbito universitario. Los hijos que no tuvo, los suplió con los cientos de alumnos que pasaron por las aulas en que impartía sus cursos y que dejaban una huella imborrable por el rigor de sus enseñanzas. Desempeñó otras muchas tareas además de la docencia, tantas que uno se pregunta cuántas horas tenían sus días y, también, qué tan hondo caló la pena del exilio que sólo pudo disiparla no dándose tiempo de pensar en ése.

Retomé su obra en los dos últimos capítulos. Lo hice no por razones de contenido temático ni por dividirla cronológicamente. Aunque me interesaban primordialmente los postulados más originales de Ortega que aparecen ya en su tesis de doctorado "El horizonte de la evangelización anglosajona en

Norteamérica”, consideré que dada la riqueza de su producción historiográfica, y los matices que la colorean por épocas, se justificaba una presentación breve de cada uno de sus libros para rescatar toda su obra y apreciarla bajo la perspectiva del tiempo y de su riqueza temática que, paradójicamente, se reduce a la sola preocupación por explicarse su pasado, mismo que también podía iluminar el de los mexicanos.

Vista la obra en su conjunto, emprendí al estudio de los tres libros más importantes de nuestro autor por su trascendencia y originalidad. Quise dar cuenta del contenido de cada uno de ellos porque en la forma en que Ortega lo presenta radica no sólo el atractivo sino también la fuerza de sus escritos. Por otro lado en el contenido se aprecian también tanto su erudición que tan bien aprovecha como la riqueza de sus argumentos. En el análisis del contenido destacamos el tema y la línea argumentativa más importante a la vez que los objetivos de nuestro autor, bajo la óptica de su interpretación historicista. Tampoco dejamos de señalar las inevitables contradicciones en las que a veces cae dada la compleja naturaleza de las acciones humanas. Sin embargo, esto es *peccata minuta* si consideramos cómo entendía su tarea de historiar, en cuyo desempeño estuvo siempre consciente de su subjetividad y del compromiso vital con sus ideales políticos.

Por lo que se refiere a las fuentes, mi trabajo, por su carácter historiográfico, se basó fundamentalmente en los escritos de don Juan. Si sus libros los tenía todos, la recolección de muchos de sus numerosos artículos y reseñas no fue tarea fácil. Aunque estos últimos no fueron citados en su totalidad, sí fueron leídos y orientaron la sistematización que hice de la obra ortegamediniana. También está presente, tras bambalinas, el pensamiento de Edmundo O’Gorman que tanto influyó en don Juan aunque él encontró una manera harto personal de expresarse. A la vez, el propio Ortega me proporcionó una valiosa información sobre la vida intelectual del México al que

él llegó y que completé con la visión de otros autores, amén de los documentos de su expediente de la Facultad de Filosofía y Letras. En el caso de España, principalmente, seguí su ejemplo y me valí de algunos testimonios literarios que sirven únicamente como uno de los muchos telones de fondo que pueden escogerse según la conveniencia. Aunque la imagen de las primeras décadas de la historia de España de este siglo se la debo a mi querido amigo y colega de la ENEP-Acatlán don Julio Morán García-Robés. Por otro lado, no puedo dejar de recordar las largas horas en que María Teresa Bosque, siempre solícita, respondía a mis preguntas sobre don Juan y adelantaba otros detalles por mí desconocidos. Lamento mucho que no haya podido ver concluido este trabajo dado el entusiasmo que, con razón, siempre provocó en ella la obra de su esposo.

Finalmente, la más valiosa ayuda provino de mi tutor Álvaro Matute y mis consultores Eugenia Meyer y Miguel Soto. La paciencia, la comprensión y la asistencia desinteresada selló el trato que recibí de mi comité tutorial, ante la difícil tarea de orientarme para alcanzar una apreciación, lo más objetiva posible, de la obra y personalidad de don Juan Antonio Ortega y Medina a quien todos conocimos. Cuando Álvaro Matute aceptó gustoso dirigir este trabajo, no imaginó se vería asaltado con sucesivas versiones inacabadas que con impaciencia yo le amontonaba. Gracias a las sugerencias que me hizo en sus seminarios de tesis y de historiografía moderna de México, pero sobre todo, al diálogo constante que sostuve con él, este trabajo llegó a su fin. A Eugenia Meyer, rica en recuerdos de Ortega, agradezco tanto su fraternal apoyo como la orientación crítica en la redacción de este trabajo del que, tras cuidadosas lecturas, eliminó excesos y repeticiones. No menos agradecida estoy con Miguel Soto. Con atención leyó y releyó mi texto señalándome omisiones y recordándome con insistencia un “tienes que decirlo” que en la medida de mis fuerzas -en todos sentidos-, literalmente cumplí. A menudo me hicieron sentir

como el viejo de La Fontaine a quien la mujer arrancaba los cabellos negros y la amante los blancos. Lo que en verdad sucedió fue que nuestras diversas imágenes de don Juan, aunque todas amorosas, recordaban el *Rashomón* de Akira Kurosawa.

Muy atinadas fueron también las observaciones que hicieron, las doctoras Alicia Mayer, Antonia Pi-Suñer, Marcela Terrazas y Evelia Trejo, lectoras de la tesis, a quienes, sobre todo, agradezco su apoyo y amistad. Al igual que a Aurora Flores Olea que, como mi querida Tona, ha hecho grata mi estancia en Acatlán durante más de veinte años, estando las tres unidas por el mismo eros pedagógico que don Juan manifestó a sus muchos discípulos.

La tesis también fue tema de largas conversaciones con mis queridos amigos, antes discípulos, Judith de la Torre, Alfredo Ávila, Armando Correa y David Guerrero. Para todos ellos, especialmente Alfredo que puso a mi alcance las alejadas bibliotecas de la ciudad de México amén de compartir conmigo su pasión por Clío, mi agradecimiento. Eduardo mi esposo y mis hijos han padecido de distintas maneras el esfuerzo que significó, a edad ya tardía, emprender esta tarea, pero en todo momento conté con su inapreciable aliento que tanto agradezco.

Cuando inicié este trabajo creía que conocía bien a Ortega y Medina y que merecía ser estudiado. Fue grato descubrir pronto que su pensamiento era más rico y coherente de lo que había imaginado y que su obra, no envejecida, seguiría vigente y debía ser leída porque contiene verdades muy por encima de las apreciaciones personales de don Juan o, mejor dicho, que sus apreciaciones personales fueron certeras y penetró los secretos del devenir humano. Ojalá que nuestro estudio despierte el interés por el cabal conocimiento de la obra de este español que tanto hizo por los mexicanos al develarnos nuevas facetas de nuestro temporal ser.

I. EL TERRUÑO: UNA EDUCACION LIBERAL

...el aspecto morisco [de] algunos pueblos de la provincia de Málaga... La blancura de sus casitas que cada pocos días enjalbegan las mujeres, la estrechez de sus calles, la limpieza extraordinaria de sus patios y zaguanes, acusan la presencia, por muchos años, de una raza fina, culta, civilizada, que ha dejado por los lugares donde hizo su asiento hábitos graciosos y espirituales. Palacio Valdés.¹

Te imagino severo, un poco triste.
Quién me dirá cómo eras y quién fuiste.
Borges.²

1. La paz.

A lo largo de la historia han sido pocos los pueblos a los que ha caído en suerte el dominio y asimilación de grandes territorios. El modelo apareció ya bien definido en la Roma imperial y, tras su desaparición en el siglo V, sólo vino a encontrar sucesor, en duración e importancia, en el imperio español diez siglos más tarde. Fue tal la vastedad de éste, que Felipe II decía que en sus dominios jamás se ponía el sol. El surtidor del imperio español fue América, desde la Nueva España hacia el sur. Los españoles tuvieron que defenderlo no de los bárbaros germanos sino de otras modernas potencias vecinas, convirtiéndose Inglaterra en la más temida. Aunque la España del siglo XVII perdió gran parte de su poderío en Europa, pudo todavía mantener su imperio colonial intacto hasta los comienzos del siglo XIX, cuando se independizaron sus colonias de tierra firme y, hasta fines de esta centuria, cuando perdió su

¹ *La hermana San Sulpicio*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1939. p. 18.

² *Junín, Obra poética*, Buenos Aires, EMECE Editores, 1995. p. 274.

estratégico dominio insular encabezado por Cuba y, en el otro confín, Filipinas, en una desigual guerra que peleó contra Estados Unidos en 1898.

En el caso de la primera pérdida, los efectos fueron más económicos que anímicos, pues los españoles se ocuparon, sobre todo, de las nuevas ideas políticas recibidas de los pensadores ilustrados y que en particular los norteamericanos y franceses habían llevado a la práctica poniendo en entredicho a la monarquía. Ante la crisis de la monarquía absoluta en España, mientras unos querían monarquía constitucional e incluso la república, otros se empeñaron en mantener el antiguo régimen.³

El liberalismo español surgió, paradójicamente, teñido de jansenismo, doctrina de inspiración calvinista, a la que pertenecían los dirigentes del Sínodo de Pistoia, pueblo de la Toscana, en cuyas actas publicadas en 1788, se criticaba la estructura jerárquica de la iglesia católica y se afirmaban “la igualdad y la solidaridad humanas”.⁴ La influencia de los pistoianos se dejó

³ Vide Timothy E. Anna, *España y la independencia de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980; Brian R. Hamnett, *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, y Michael P. Costeloe, *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989. p. 263-266.

⁴ Juan Marichal *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995. p. 22, 23 y 27. Si bien Ortega y Medina señaló que el término liberalismo se había acuñado en las Cortes de Cadiz, no mencionó su relación con Pistoia, pues seguramente estaba lejos de querer relacionarlo con esos jansenistas de los que Marcelino Menéndez Pelayo, a quien Ortega siguió muy de cerca en *Historia de los heterodoxos españoles* (Buenos Aires, Emecé, 1941.), dijo que con toda razón se les había castigado como herejes. Marichal, *Op. cit.*, p. 24. En cambio, es una constante en la obra de Ortega relacionar el liberalismo de los mexicanos del siglo XIX con el que tuvo su origen entre los calvinistas y fue definido por Locke, sin reconocer la contribución hispánica de “generosidad, eficacia y valentía” que tanto correspondía a sus propios ideales. Ortega y Medina “Impacto del liberalismo europeo” en *Secuencia*, 1, México, Instituto de Investigaciones Históricas José María Luis Mora, (marzo, 1985), p. 15, 17, 18, 19 y 23. En un párrafo en el que Ortega glosó a Emmet John Hughes (*The Church and the liberal society*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1944), decía, repitiendo lugares comunes, que la sociedad liberal había sido moldeada por el realismo político de Maquiavelo, el telescopio de Galileo, el misticismo evangélico de Lutero, la lógica y el “ascetismo ultramundano” de Calvino, la espada puritana de Cromwell, el optimismo naturalista de Rousseau y la pluma “corrosiva” de Voltaire. “El

sentir en España, sobre todo en la Universidad de Salamanca, en donde se desentendieron del aspecto teológico y adoptaron el elemento de rebeldía con el que saldría el liberalismo que llegó a Cadiz en 1812, "como principio de libertad en la búsqueda de la verdad".⁵ En un principio la palabra "liberalismo" tuvo dos acepciones, la primera derivada de "generosidad", tenía que ver con despilfarro, mientras que la otra, que dominó en el terreno político, era entendida como "eficacia y valentía".⁶ Además, los diputados de Cadiz trataron de desligarse del significado francés opuesto al de "conservador", pues con Napoléon había venido a significar lo mismo que éste:

... los liberales españoles aportaron al liberalismo un componente que no era apenas visible entre los ingleses ni menos aún entre los franceses: el identificar el liberalismo con el desprendimiento, con el imperativo de la generosidad... Sin olvidar, por supuesto, que los españoles de 1810-12 como los de 20-23, dieron a la palabra *liberalismo* la carga emocional de su lucha contra la tiranía bonapartista primero y contra el absolutismo restaurado después.⁷

El siglo XIX transcurrió en medio de un debate en el que sostenidamente los liberales fueron ganando terreno. Sin embargo, no faltaron aquéllos que denunciaban el desaliento espiritual, el sentido de decadencia, sobre todo tras el fracaso liberal de los años setenta que dejó tanta rabia y desencanto:

Los más piensan que se muere nuestra raza. Se oye hablar todos los días de fatalidad histórica, de leyes de selección [...] la fuerza que viene del septentrión nos va a aplastar; y como nosotros nos sentimos débiles y una historia muy larga y borrascosa nos enseña que estamos

problema de la conciencia cristiana del padre Hidalgo", en *Filosofía y Letras*, t. 24, n. 47-48, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1952. p. 193.

⁵ Marichal, *op. cit.*, p. 26 y 24.

⁶ *Ibid.*, 39 y 40.

⁷ *Ibid.*, p. 45. Vide María Cruz Seoane, *El primer lenguaje constitucional español (las Cortes de Cadiz)*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1968.

viejos y cansados, nos parece inevitable la derrota, irremediable la consunción.⁸

Pero no todas las voces eran pesimistas, otras más confiadas consideraban que el abuso de éstas había llevado a los españoles a creer y padecer sus debilidades. Así, la censura debía ceder el paso al aliento, a la iniciativa y a las ideas felices; entre ellas, rescatar una de sus herencias más valiosas, la literaria. Las letras españolas debían su originalidad y superioridad a su ingenio y humorismo, a la vez que su novela había inspirado a escritores ingleses y franceses que ahora la devolvían bajo la aparentemente novedosa vestimenta realista, inspirada en la tradición española del siglo XVII.⁹

Tampoco debe olvidarse la preocupación pedagógica, difundida por Europa y reforzada en España, por el krausismo.¹⁰ En 1876, Francisco Giner de los Ríos, inspirado en Krause, fundó la Institución Libre de Enseñanza. El filósofo alemán había tratado de reconciliar el panteísmo y el teísmo a través del peneteísmo, el cual conducía al desarrollo de lo individual como parte de un todo que es la vida. A la vez el peneteísmo que rebasaba las fronteras nacionales, lo que marcó la tendencia europeizante de Giner, superaba también la división entre la vida individual y la social, de ahí que “pensamiento y acción,

⁸ Leopoldo Alas “Clarín”, en *Revista Europea*, 5 de noviembre de 1876. Igual desconsuelo expresaba, en 1886, Juan Valera a quien ni el naturalismo de sus contemporáneos satisfacía del todo: “Nuestra exagerada modestia colectiva, nuestra humildad y abatimiento como nación, sobre todo en cuanto atañe a ciencias y letras, han llegado ya al extremo. A veces hieren a los más portentosos y fecundos ingenios de cierta impotencia mental que raya en lo ridículo”. “Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas”, en *El arte de la novela*, Barcelona, Editoria Lumen, 1996. p. 121.

⁹ Benito Pérez Galdós, “Leopoldo Alas (“Clarín”)”, en *Ensayos de Crítica Literaria*, Barcelona, Ediciones Península, 1990. p.195-203. El artículo fue escrito en 1900.

¹⁰ Julián Sanz del Río estudió con los discípulos de Karl Christian Friedrich Krause en Heidelberg, tradujo el *Ideal de la humanidad para la vida*, en 1860 e introdujo el krausismo en España. También gozó de muchos adeptos en esa Guillaume Tiberghien, quien “enfaticaba las características eclécticas y conciliadoras del krausismo, tanto que éste llegó a representar un compromiso entre la filosofía idealista, los dogmas religiosos y los resultados de las ciencias naturales”. Charles Hale, “El gran debate de libros de texto

cultura y vida, saber y conducta, eran en rigor, inseparables".¹¹ La institución estaba así dedicada a una muy noble causa y significó la búsqueda de

la conjunción viva de tradición y progreso, afinando la sensibilidad histórica [...] el anhelo de renovación. Luchó por hacer ver que lo universal espiritual y la libertad para la conciencia racional, si bien en el plano de la conciencia individual, se resuelven en la subordinación de lo subjetivo ante el espíritu absoluto, en cuya meditación se depura y eleva a la subjetividad; en la vida práctica, en cambio, no puede hallar otra forma vital que la libre actividad de la razón y el perdurable transir de religiosidad todo el vivir, por considerar, a este último efecto, como San Agustín, que en los actos inspirados en el sumo amor radica la suprema unidad posible.¹²

No menos defendió Giner de los Ríos, como lo haría después Miguel de Unamuno, y como creyó Ortega y Medina, un liberalismo "renovado que aspiraba a dignificar la existencia humana individual mediante el progreso social".¹³

A la tarea educativa también se entregó Leopoldo Alas "Clarín" casi en forma de apostolado "con su lema de juventud: 'Aquí todo libro debe ser hoy un libro de combate'".¹⁴ Pero si las letras florecieron con escritores de la talla

en 1880 y el krausismo en México", en *Historia Mexicana*, v. xxxv, n. 2, oct-dic, 1985. p. 285 y 286.

¹¹ Ángel del Río, "Prólogo a Fernando de los Ríos", en *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957. p. 11 y 23.

¹² Fernando de los Ríos, *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, p. 50-51. Primera edición, Nueva York, Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia, 1927. De los Ríos, nació en Ronda, Andalucía al igual que Giner, aunque cuarenta años después que éste con quien comparte el apellido, y en el mismo año de la fundación de la Institución Libre de Enseñanza. Por otro lado, discípulo predilecto de Giner fue Manuel Cossío, rector de la Institución Libre de Enseñanza, y que enriqueció su vocación pedagógica con el estudio de las artes, iniciando con José Pijoan la *Summa Artis* de Espasa-Calpe. En 1915, año de la muerte de Giner, Antonio Machado le dedicó un poema al maestro que soñaba con "un nuevo florecer de España" y al que hace decir: "hacedme un duelo de labores y esperanzas." *Campos de Castilla*, Madrid, Cátedra, 1974. p. 159-160. Ortega debió conocer muy bien el poema, aunque para él y para muchos de su generación, perdida la esperanza, sólo quedó el trabajo.

¹³ Marichal, *op. cit.*, p. 10.

¹⁴ "Introducción" a *La Regenta* de Leopoldo Alas "Clarín", México, REI, 1988. v. II, p. 26.

de Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas, Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, José María de Pereda, José Echegaray y Marcelino Menéndez y Pelayo, entre otros, la realidad de la situación del reino se mostró en la guerra de 1898. Esta segunda pérdida postró a la nación española. La presencia de indianos en su sociedad, aunque había disminuido, no dejaba de ser apreciada: se seguía haciendo fortuna en América. Sin embargo, ello tenía poca importancia comparado con el efecto anímico que fue devastador, y aunque los escritores españoles anteriores a la derrota final habían retratado a su sociedad con todas sus limitaciones, herencias, defectos y cualidades, ahora que hartos se conocían, venía la interrogante del por qué de la pérdida y de las causas de la decadencia de la patria. Muchos de sus mejores hombres trataron de responder a esta pregunta en un afán generoso por poner remedio a tantos males. Este desánimo se aunaba a la ya vieja decepción política y militar.

Los hombres de la generación del 98, Miguel de Unamuno, Azorín, Pío Baroja, Ángel Ganivet, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, expresaron duras críticas a la España de su época basados en el gran amor que sentían por ella. Analizaron sin piedad a los hombres e instituciones de la vida española; llamaron a las Cortes “catedral de la mentira”, proclamaron que era la mentira la raíz de la desgraciada situación de España y el político el ser más abyecto en toda ella. Advertieron que los gobiernos que se habían sucedido en el siglo estaban formados por hombres que lo menos que podía decirse sobre ellos aludía a su ineptitud y venalidad. A la vez, volvieron sus ojos hacia Cervantes para reinterpretar y sacar fuerzas de su obra.¹⁵ Unamuno predicó una cruzada para rescatar el sepulcro del Quijote, caballero de la locura, denuncia abierta, no velada como la erasmista:

¹⁵ Ramiro de Maeztu escribió *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*; Azorín, *La ruta de Don Quijote y Con Cervantes*, y don Ramón Menéndez Pidal, *Un aspecto en la elaboración del “Quijote” y De Cervantes a Lope de Vega*. Posterior a la Generación del 98, José Ortega y Gasset también contribuyó al tema con *Meditaciones del Quijote*.

¡Poneos en marcha! ¿Que adónde vais? La estrella os lo dirá: ¡al sepulcro! ¿Qué vamos a hacer en el camino mientras marchamos? ¿Qué? ¡Luchar! ¡Luchar!, y ¿cómo? ¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente?: gritadle a la cara: “¡Mentira!”, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que roba?: gritadle “¡Ladrón!”, y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta?: gritadles: “¡estúpidos!”, y ¡adelante! ¡Adelante siempre!¹⁶

La influencia de estos pensadores no se limitó a su generación, la de la derrota, sino que trascendió. Fueron ellos los que conformaron la imagen de la España que, junto con su propia experiencia, llevaría en la memoria y en el alma Juan Antonio Ortega y Medina.

Una generación posterior a la derrota, cuando ya ésta había calado en el ánimo español, nació Juan Antonio Ortega y Medina el 10 de agosto de 1913,¹⁷ en una casa de techos de teja de la milenaria ciudad andaluza de Málaga, la de los cielos limpios y transparentes.¹⁸ En este tan antiguo puerto -

¹⁶ Miguel de Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, México, REI, 1990, p. 146 y 147. Citado también en María de Maeztu, *Antología Siglo XX. Prosistas Españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1964. p. 33.

¹⁷ Sus padres contrajeron matrimonio en 1901. Cuando Juan Antonio nació, su padre Felipe Ortega Molina, militar de carrera, tenía 40 años y su madre, Socorro Medina, mujer muy religiosa, 37. Parte de los datos biográficos de Ortega y Medina los debemos a su esposa María Teresa Bosque Lastra, quien nos facilitó una “Nota Biográfica de Juan A. Ortega y Medina” escrita por ella e inédita, además de una variada información; otros datos los debemos al propio autor, ya sea transmitidos oralmente o en algunos de sus escritos como “Autobiografía. Espíritu y vida en claro”, en *Históricas*, México, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, septiembre-diciembre, 1992. p. 6-10. *Vida en claro: autobiografía* es el título que dio a la narración de su vida el poeta malagueño José Moreno Villa. México, El Colegio de México, 1954. También Jesús Felipe Salafranca Ortega, sobrino de nuestro autor, puntualizó algunos datos de este capítulo, en una carta que nos envió desde Málaga el 11 de junio de 1998.

¹⁸ La antigua Malaka, ciudad púnica fundada probablemente hacia fines del siglo V a.C. Se conservan monedas acuñadas en esta ciudad con caracteres libio-fenicios, en el siglo II a. C. Málaga, uno de los más importantes puertos españoles del Mediterráneo, es famosa por sus vinos dulces que exporta en abundancia al igual que aceite y frutas secas. De Andalucía decía Ortega y Gasset que “durante todo el siglo XIX España ha vivido sometida a la influencia hegemónica de Andalucía. Empieza aquella centuria con las Cortes de Cadiz, termina con el asesinato de Cánovas del Castillo, malagueño...”, *Teoría de Andalucía y otros ensayos*, Madrid, Revista de Occidente, 1944. p. 15. “Teoría de Andalucía” se publicó primero en *El Sol* en abril de 1927. Estaba entonces en plena formación la

tanto que sus orígenes escapan a nuestro conocimiento y sólo el Mediterráneo los conserva-, vivió nuestro autor hasta su juventud. Perdió a su madre cuando apenas tenía 6 años, pero por ser el benjamín, gozó del cariño y la atención de su hermano Felipe, diez años mayor que él y por quien tuvo una filial devoción,¹⁹ al igual que de sus tres hermanas y,²⁰ sobre todo, de su padre. Don Felipe Ortega había combatido en las guerras de Melilla y Cuba²¹ y padecido el desastroso estado del ejército y la armada. Se enfrentó contra unos soldados norteamericanos bien equipados y pertrechados a los que sólo afectaron la insalubridad y la malaria. Como otros militares de la época, aunque no todos, porque en España las huellas del pasado son profundas y las nuevas experiencias no logran borrarlas, don Felipe optó por el republicanismo e inculcó en sus hijos las ideas liberales que llevaban más de un siglo abriéndose camino en España.²² El pequeño Juan Antonio realizó sus primeros estudios bajo la supervisión de su padre, cuando se exigía a los niños mucho más que en nuestros días. Fue entonces cuando se definió el hermoso estilo de su letra que trazaba con paciencia de sobra y con la que tanto escribió.

Pero no todo el tiempo se le fue en estudios. Creció al aire libre como los niños de los pueblos, jugando en la mar, la playa, las calles y comiendo, muy de

generación de 1927, la del centenario de Góngora, integrada por Vicente Aleixandre, Gerardo de Diego, Melchor Fernández Almagro, Pedro Guillén, Luis Cernuda y Rafael Alberti.

¹⁹ A los 15 años Felipe dejó Málaga pues se alistó como voluntario.

²⁰ La casa la atendía Ascención. Julia, con la que hizo la primera Comunión jugaba más con su pequeño hermano.

²¹ Melilla, ciudad española desde 1497, situada en la costa marroquí y dependiente de la Capitanía General de Granada, sufrió uno de los frecuentes ataques de los bereberes rifeños, en 1893. En Cuba en 1898 durante la guerra con los Estados Unidos. Don Felipe estuvo en Melilla como cabo en 1893 y 1894. En 1895 pasó a Cuba como sargento y, por méritos, fue nombrado alférez. En 1911 volvió como capitán a Melilla.

²² No sabemos si junto a este liberalismo corría aparejado el sentimiento antinorteamericano al que la guerra de 1898 dio lugar y que explicaría, por ejemplo, el poco entusiasmo que en el adulto Juan Antonio despertara Alas "Clarín" que en su momento había admirado la tradición no sólo literaria sino también política y económica

cuando en cuando, que no eran tiempos de comer fuera de horas de la comida, un pisolabis, una nieve, una fruta; ni mucho menos eran tiempos de bonanza en una Europa que había sufrido la Gran Guerra.²³ Cuando el tiempo no le permitía estar fuera de casa, Juan Antonio leía y leía. Su padre, atento como estuvo siempre a la educación del benjamín, le procuró los libros que más pudo. Pero lo que Juan Antonio leía con especial predilección eran unas revistas de historietas ilustradas llamadas, muy a propósito, *TBO*, que contenían divertidas aventuras, algo del mito clásico y cuentos cómicos que hacían reír la mar a los chiquillos, como el de la serie “Cómo pasan el rato Currinche y don Turulato”. A veces, en familia, representaban alguna obra de teatro o cantaban zarzuelas, con lo que estimuló mucho su memoria. Pero sus hermanas apenas tenían tiempo para cumplir con sus propias tareas y no podían dedicarle un poco más al hermano pequeño. También le tocó vivir la aparición del cine y muy de cerca, ya que fue ayudante, nuestro “cácaro”, de su cuñado que proyectaba películas en un lote baldío. Pero la huella más profunda que decía haber recibido en su niñez fue la de la cercanía del mar, mar del que siempre estuvo prendado, por el cual se salvó y del que tan lejos le tocó vivir.

Si algo se le puede atribuir a Málaga en el desarrollo de Juan Antonio -ya que ahí, como en toda población española, tuvieron cabida todas las ideologías y preferencias políticas-, fue el suave clima mediterráneo que le permitió crecer sano, a tal punto que pudo resistir las heridas físicas que le depararía la guerra, el hambre y no caer presa de la tuberculosis, como tantos otros de sus compatriotas, hasta alcanzar a vivir cerca de los ochenta años. Aún más importante fue el hecho de ser Málaga un puerto que, como todos, son centros urbanos abiertos al exterior y puerta de entrada de todo lo novedoso.

de Estados Unidos, a diferencia del que sintió toda su vida por Galdós a quien leyó incansablemente.

²³ El sueldo de su padre como militar era exiguo, amén de que los participantes de la guerra en Cuba no recibieron recompensa especial alguna.

Los comerciantes malagueños no eran una excepción al estar al tanto de lo que sucedía allende los mares. Los mismos pescadores del lugar podían ir al África, las Baleares, Cerdeña y hasta Nápoles, buscando el mejor precio para su redada, a la vez que traían noticias más frescas o cuando menos algo más interesantes de contar que los rutinarios labriegos de las sociedades más encerradas y conservadoras, los que, sin embargo, tampoco faltaban.

Ciertamente la comunidad malagueña era muy compleja. En ella convivían también el grueso de la población campesina y una dinámica minoría de obreros.²⁴ Además, como en toda Andalucía, los contrastes culturales eran más evidentes que en el resto de España por la larga permanencia de los árabes. Años después, todas estas vivencias que Ortega y Medina experimentó en medio de la diversidad, vistas bajo la luz del prisma histórico, fueron de indudable provecho, cuando menos en lo que se refiere a la tolerancia y comprensión de los otros, de lo extraño, de la otredad.

Sin embargo, lo que más profundamente vivió Juan Antonio fue la rutina común a la inmensa mayoría de las familias españolas. Que la suya observaba las prácticas católicas, lo revela el hecho de que el pequeño niño cuando era apenas monaguillo ya deseaba ser, de grande, nada menos que obispo, como comentaba con cierta malicia años después, a la vez que recordaba a su nana mora que le enseñó una que otra palabra en su lengua.²⁵ Pero si esto hace al historiador, todos los malagueños lo serían y no es este el caso. Bien explicaba Unamuno con harta ironía por qué Cervantes no había dado cuenta de las juventudes de su caballero andante:

Que Cervantes no lo hiciera no nos ha de sorprender, pues al fin creía que es cada cual hijo de sus obras, y que se va haciendo según vive y

²⁴ En Málaga, a los tradicionales problemas del agro mal repartido de toda Andalucía, se añadía el de una industria que contaba con unos obreros bien organizados a pesar de su escaso número. Pierre Vilar, *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Editorial Crítica, 1992. p. 16.

²⁵ Ortega conservaba entre sus libros un diccionario árabe-español.

obra; pero que no lo hagan estos inquisidores que para explicar el ingenio de un héroe husmean si fue su padre gotoso, catarroso o tuerto, me choca mucho.²⁶

Los primeros estudios, que entonces no eran obligatorios ni se obtenía por ellos certificado alguno, los realizó Juan Antonio en dos colegios. Uno religioso y otro laico, cuyos nombres parecen no corresponder a su carácter, el Colegio de la Goleta de monjas, y el de San Pedro y San Rafael.²⁷ Sus estudios fueron los básicos de gramática, aritmética, historia y geografía y la cuidadosa práctica de la caligrafía.²⁸

El Bachillerato en Artes, al que se ingresaba mediante un riguroso examen de conocimientos, se iniciaba entonces alrededor de los diez años de edad. Sin embargo, Juan Antonio había cursado estudios posprimarios que equivalían a los tres primeros de los seis del bachillerato, por lo que a los 16 años de edad, en 1929, ingresó al cuarto grado de éste en Nuestra Señora de la Victoria, bajo la tutela de la santa patrona y única escuela de ese nivel en Málaga. Por lo que se refiere a idiomas, en los que se distinguió nuestro autor, se estudiaban dos años de latín, otro de literatura latina, tres de francés y, en el cuarto año, uno de inglés en el que nadie aprendía cosa alguna. En los dos últimos años, el alumno, a su elección, se podía especializar en letras o ciencias.²⁹ Es muy probable que nuestro estudiante haya optado por la primera.

²⁶ Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, México, REI, 1990, p.158.

²⁷ El barrio de la Goleta fue destruido cuando se inició la guerra civil. Hugh Thomas, *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995. v. II, p. 631.

²⁸ Precisamente, años atrás, José Ortega y Gasset había estudiado en Málaga pero en un colegio de jesuitas, al que el liberal teniente Ortega no envió al imberbe Juan Antonio. Maetzu, *op. cit.*, p. 81.

²⁹ Diversos datos sobre la educación y el servicio militar, entre otros asuntos de la vida española de su juventud, nos los proporcionó amablemente Don Julio Morán García-Robés, licenciado en Derecho por la Universidad de Oviedo. En ésta su padre había sido alumno de Leopoldo Alas "Clarín", como él lo fue del hijo de éste, rector de la universidad que fue fusilado por los nacionalistas asturianos que no perdonaban a su

Cursaba estos estudios cuando las coaliciones republicanas ganaron las elecciones en Madrid y en muchas ciudades del sur, entre ellas Málaga, que obligaron al rey Alfonso XIII a retirarse. Dos días después, el 14 de abril de 1931, se proclamó la República. Y a poco de iniciada, la oposición de la Iglesia hizo que los ánimos populares exaltados respondieran con la quema de los templos. Málaga no fue la excepción y el joven Juan Antonio formó parte de las Brigadas Salvadoras del Tesoro de Málaga que se integraron para defender el patrimonio artístico, en su mayoría religioso, al que el fanatismo anticlerical puso en peligro y hasta destruyó: "en Málaga, en 1936, donde tantos edificios ardieron, se salvaron las iglesias porque ya las habían incendiado...¡en 1931!".³⁰ Recordaba don Juan cómo habían tapiado varios altares para evitar que fueran destruidos y mucho lamentaba la pérdida de un hermoso Cristo del escultor andaluz Pedro de Mena que había sido quemado.³¹ No sabemos si fue desde entonces que despertó su afición por las artes, misma de la que después daría testimonio al apuntalar varios de sus escritos con sus amplios conocimientos artísticos. Gozaba de tal memoria visual que no olvidaba la fachada y contenido de cuanta iglesia visitara. Pero no era sólo eso, era el gusto por la sensibilidad religiosa: lo imponente de las iglesias con su abundante y simbólico decorado y vistosas ceremonias, ese entorno que reclaman los

padre lo que había dicho de Oviedo en *La Regenta*. Don Julio, contemporáneo de Ortega, aunque asturiano, sufrió también el exilio y es ahora un distinguido profesor de la carrera de Historia de la ENEP-Acatlán.

³⁰ Vilar, *Op. cit.*, p. 154.

³¹ En estas Brigadas Juveniles, nos informó Teresa Bosque, también participó Adolfo Sánchez Vázquez, profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras, exiliado andaluz igual que Ortega y Medina, y sólo dos años menor que éste y que vivió su juventud en Málaga, aunque procedía de la región de Cádiz. Sánchez Vázquez, más inclinado al activismo político, llama a Málaga la "ciudad bravía" que había dado el primer diputado comunista a las Cortes de la República" pero recuerda también cómo en ella escuchó a Unamuno y a Ortega y Gasset. En 1933 ingresó al Bloque de Estudiantes Revolucionarios (que dependía de las Juventudes Socialistas Unificadas) y a la Juventud Comunista que, dice, apenas se distinguía en actitud de sus rivales de las Juventudes Libertarias que eran anarquistas. *Del exilio en México*, México, Grijalbo, 1991. p. 48-50.

espíritus sensibles en busca de cobijo. Así también disfrutó de la pintura, siendo su pintor favorito Jerónimo Bosch, junto con otros españoles como el Greco, Zurbarán, Velázquez y Goya y, entre los modernos, Sorolla. Pero otras tareas y muchos años debieron transcurrir antes de poder gozar el tesoro artístico de su patria.

Desde el siglo pasado, conscientes los liberales españoles del atraso educativo y preocupados por el gran número de analfabetas, a la vez que convencidos de que una educación de tipo moderno era la única manera de regenerar a España, lucharon por el mejoramiento de la enseñanza. No menos lo hizo la generación del 98. Con estos antecedentes no es de extrañar que el joven Ortega y Medina, que se había distinguido por sus estudios, crecido en un hogar en el que se ejercía la crítica política y social y vivido la efervescencia intelectual que el establecimiento de la República trajo consigo, si bien ignoramos qué tanto participó en actividades públicas, se inclinara hacia la docencia. En octubre de 1933 ingresó en la Escuela Normal del Magisterio de su tierra natal, para cursar dos años más de estudios que lo convertirían en Maestro Nacional.³² Al concluirlos hizo los cursillos por los que se le autorizó a ejercer como profesor, al mismo tiempo que había alcanzado los años necesarios para el servicio militar, por lo que se trasladó a un destacamento de infantería en Zaragoza para cumplirlo, con la ventaja de que ahí estaba su hermano Felipe.³³ Concluido el servicio salió de cabo y se trasladó a Madrid para iniciar sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la

³² Ahí se formaba a los profesores de enseñanza primaria. Los del Bachillerato eran licenciados universitarios que ingresaban por concurso de oposición.

³³ De acuerdo con don Julio Morán, el servicio militar que se realizaba después de los 21 años era de dos tipos. El más común era el anual y requería que se viviera en el cuartel; el otro, el de cuota (unas quinientas pesetas de entonces) sólo duraba seis meses y no requería de acuartelamiento. El trabajo consistía en ejercicios, desfiles e instrucción militar, lo cual lo hacía atractivo a los ojos de los universitarios. Además, los soldados de cuota con estudios superiores, mediante cursos especiales, podían ser oficiales de complemento, es decir, en caso de guerra.

Universidad Central de Madrid, hoy Complutense; por la cercanía entre la capital y Zaragoza, Felipe lo visitaba con frecuencia . De su paso por esta institución queda la referencia, en una de sus primeras publicaciones, a los apuntes de las clases de historia de Fernando de los Ríos en la Universidad Central en 1935.³⁴

2. La guerra.

Don Juan nunca fue muy dado a hablar de sí mismo y menos de su vida en España. Es innegable que si el inicio de la guerra el 18 de julio de 1936 lo sorprendió en sus vacaciones de verano, no menos había vivido ya en Madrid, desde su llegada en octubre de 1935,³⁵ la violencia política anterior a la guerra. A su inicio, Málaga se mantuvo fiel a la República pues, aunque muy cercana al África en donde se gestó la insurrección, la abundante propaganda republicana y comunista que en ella circuló, rindió sus frutos. Hijo y hermano de militares y también republicano como ellos, Juan Antonio

³⁴ En colaboración con Manuel Jiménez Martín, *Ensayo sobre la conquista española*, México, Secretaría de Educación Pública, 1943. p. 28. "Antecedentes de la Conquista: Philosophia Christi y Contrarreforma" en Jorge Gurría Lacroix, *Cortés ante la Juventud*, México, Jus, 1949 (Sociedad de Estudios Cortesianos, 3). p. 121-143. Fernando de los Ríos, krausista y socialista, fue profesor de la Institución Libre de Enseñanza y de las Universidades de Granada y Madrid. En esta última Ortega y Medina fue su alumno y, como se verá más adelante, la persona y obra de De los Ríos dejaron en él una indeleble, pero casi oculta huella. Entre otras cosas, De los Ríos escribió *El sentido humanista del socialismo y ¿Adónde va el Estado?* Visitó la Unión Soviética como delegado del Partido Socialista Español; desilusionado de los bolcheviques publicó tras su regreso, *Mi viaje a la Rusia soviética*. Ocupó los ministerios de Gracia y Justicia, primero, y después el de Instrucción Pública, durante el gobierno de la República, mismo que en 1936 lo envió como embajador a Estados Unidos. Tras la guerra residió en Nueva York y fue profesor de la New School for Social Research de la Universidad de Columbia. Hasta antes de su muerte en 1947, realizó varios viajes a países de Hispanoamérica, entre ellos México, en los que pronunció diversas conferencias. Ángel del Río, *op. cit.*, p. 10 y 27. En 1935, Adolfo Sánchez Vázquez también ingresó en la Universidad Central de Madrid. Años después recordaba su contacto con los escritores jóvenes y con los "consagrados" como Rafael Alberti y Pablo Neruda. *Op. cit.*, p. 46.

³⁵ Los cursos de todos los niveles educativos en España se iniciaban el 1 de octubre y concluían el 30 de mayo, por lo que se gozaba de un largo verano de cuatro meses de vacaciones, nos informó don Julio Morán.

[...] no vaciló en presentarse de inmediato como voluntario en el Cuartel de Capuchinos de la capital malagueña, lugar donde se alistaban los defensores de la República. De esta dramática situación y experiencia, recordaba el orgullo juvenil que sintió al salir de ahí con el grado de sargento, debido a que el oficial encargado del alistamiento al enterarse... que él había realizado la "mili" y que además sabía leer y escribir y era maestro nacional, le otorgó ese grado; por lo que al regresar a su casa, muy ufano le comentó a su padre que nadie había ascendido en tan corto tiempo y que si hubiera permanecido unos minutos más, tal vez hubiera salido de capitán.³⁶

Tras este comentario en tono festivo se ocultaba la dolorosa realidad de la guerra. La fidelidad de Málaga a la República se pagó con sangre. De toda la resistencia de las ciudades andaluzas la de Málaga fue la más tenaz. Las autoridades se proclamaron en favor del movimiento iniciado en África, pero el pueblo no lo aceptó y tomó las armas de los cuarteles para resistir. Los obreros atacaban por la espalda a los soldados y muchos de éstos desertaron.³⁷

Hubo de todo y de todos:

el terror "ingenuo" de los comienzos -*el incendio simbólico* recordaba mucho en esos momentos "el motín del antiguo régimen"- cedió el puesto rápidamente a expediciones sistemáticas de jóvenes, dirigidos por elementos dudosos que explotaban los rencores encendidos por los bombarderos y las jactancias provocadoras de Radio Sevilla [preguntándose por el número de marxistas que habían matado ya].³⁸

³⁶ Bosque, "Nota biográfica", p. 6 y 7. En realidad, como había salido del servicio militar comocabo, se le otorgó el grado inmediato superior de sargento, pues tanto en el ejército nacional como en el republicano se había dado la orden de ascender al grado superior a los militares adictos a una u otra bandera. A Sánchez Vázquez también lo sorprendió la guerra en Málaga, pero su activismo político y sus tareas de reportero retrasaron su ingreso al ejército hasta septiembre del 37. *Op. cit.*, p. 53 y 55.

³⁷ Thomas, *op. cit.*, v.I, p. 248.

³⁸ Vilar, *op. cit.*, p. 156. Subrayado en el original.

En poco tiempo, Ortega y Medina, a sus 23 años, estaba al mando de un pelotón de milicianos en un pueblo cercano a Málaga³⁹ y no tardó mucho en ver que la improvisación no era el mejor camino para contar con un ejército efectivo:

... percibe con claridad absoluta las diferencias abismales que separan a nacionalistas y republicanos. En las filas de los primeros, disciplina y profesionalidad; en el bando antagónico, en el que combatía, estas cualidades brillaban por su ausencia, de tal forma que la ofensiva nacionalista no tuvo que arrollar en Estepona ninguna línea defensiva, por el mero hecho que no existía, al haberla abandonado los milicianos la noche anterior. Ortega a punto estuvo de caer prisionero conjuntamente con otro maestro sargento, al encontrarse solos, sin hombres que mandar.⁴⁰

Tras esta decepcionante experiencia buscó a su hermano Felipe, que era comandante de una brigada republicana en el norte, para que lo entrenaran en ella, porque “se había enlistado para defender a la República y no para quedarse inerte ante los nacionalistas debido a la falta de moral combativa de los milicianos.”⁴¹ No era Ortega el primer republicano que observara esto. Ya en ese momento se les comenzaba a instruir en la Escuela de Guerra de Lorca en Murcia y su hermano -en la última ocasión que se vieron-, le recomendó que se preparara en ésa. Seis meses después salió de ahí con el “Despacho de Teniente en campaña del arma de artillería” rumbo a Cataluña en donde combatió cerca del Ebro.⁴²

Otra vez el silencio en sus recuerdos acerca de todo lo que dejaba, de lo que lo movía a prepararse bien para la lucha. Debíó serle muy doloroso saber

³⁹ Era Estepona, situada junto al mar, entre Marbella y Gibraltar, a unos 80 kilómetros de Málaga.

⁴⁰ Eduardo Anguita Galán y Jesús Moreno Gómez. *Malagueños en América. Del orto al ocaso*. Diputación Provincial de Málaga, 1992. p. 432.

⁴¹ *Ibid.*, p. 7 y 8.

⁴² Entre los libros de su biblioteca se encontraba *Obra de texto para el examen de ingreso en las academias militares. Aprobado en 1916*, de Juan Izquierdo y Crosellas, Comandante de Artillería.

que Málaga, en la que habían quedado su padre y sus hermanas, había caído el 7 de febrero de 1937 en manos de los nacionalistas ayudados por fuerzas italianas.⁴³ Y aunque la pérdida de esta ciudad mostró, en tan tempranas fechas, las divisiones internas de los republicanos, peor fue el efecto del

[...]carácter despiadado de la represión antipopular en Málaga y [el] éxodo de una población ametrallada por la aviación en las carreteras, novedad por aquel entonces.⁴⁴

Otra descripción más detallada ilustra el espanto que vivieron los malagueños republicanos entre los que se contaba la familia Ortega aunque don Felipe oficiara como juez militar:

[...]tuvo lugar la represión más feroz ocurrida en España desde la caída de Badajoz. La desencadenó el recuerdo de los 2500 muertos en Málaga bajo la República, de la destrucción de iglesias y el saqueo de casas particulares. En la ciudad quedaron miles de simpatizantes republicanos: algunos fueron fusilados inmediatamente, y el resto fueron encarcelados. Un testigo ocular afirmó que en la primera semana después de la caída de la ciudad mataron a 4000 personas. Puede que esto sea una exageración. Pero, desde luego, muchos fueron fusilados sin juicio, en la playa, y otros tras un breve juicio a cargo del consejo de guerra recién establecido.⁴⁵

⁴³ "Veinte horas llevaba el ejército nacional en Málaga cuando se le ordenó a mi abuelo que se personara en el Gobierno Militar. Allí se le notificó que necesitaban un juez militar y se había pensado en él ya que había actuado varias veces como vocal de Tribunales Militares unos años antes de retirarse. Mi abuelo puso pegas y adujo que era muy mayor -tenía entonces 64 años- y que tenía una vieja herida de Cuba que todavía le molestaba. La autoridad militar le indicó que tenía 24 horas para pensarlo y que se atuviera a las consecuencias si no aceptaba. Ni que decir tiene que aconsejado por sus hijas al día siguiente tomó posesión del cargo de capitán-juez y he aquí la paradoja, mi abuelo de juez militar en el bando nacional y sus dos hijos oficiales en el bando republicano, pues Felipe era comandante-aunque mandaba una brigada de Milicias- y Juan Antonio era teniente de Artillería. Por eso le decía renglones arriba una cruel e irónica paradoja. Y sobre todo el pragmatismo del mando militar nacionalista que no les importó el republicanismo de mi abuelo (de sobra conocido) ni el hecho de que tuviera dos hijos en el ejército republicano. ¿Se puede Ud. imaginar los sufrimientos, la angustia y la presión psicológica de mi abuelo?" Jesús Felipe Salafranca Ortega, carta del 11 de junio de 1998.

⁴⁴ Vilar, *op. cit.*, p. 80.

⁴⁵ Thomas, *op. cit.*, v.ii, p. 635.

Cuando pocos años después, Ortega y Medina llegó a México, buena parte de su escaso bagaje material lo constituían las órdenes de sus superiores y sus propios planes de campaña. Más de cien documentos, grandes y pequeños, maltratados todos de las orillas, que estuvieron guardados en una caja que su esposa Teresa Bosque sólo vio después de su muerte; tal era la reserva que siempre guardó de los recuerdos de la guerra. No puede menos que sobrecoger el ánimo, observar el cambio que en dichas órdenes se iba operando, tanto en su contenido como en su presentación, al correr los meses. De la posición segura a la desbandada, al sálvese quien pueda, y de la orden escrita a máquina en papel tamaño carta, pasando por la manuscrita en hoja de cuaderno y finalmente los trocitos de papel escritos con lápiz, en los que apenas alcanzaba a caber el sello de la Jefatura de la Reserva General de Artillería, 3a. Agrupación, División 42 a la que Ortega pertenecía. Sus planos de campaña contenían cuidadosos levantamientos topográficos hechos a escala, señalando claramente la línea propia y la enemiga, siempre fechados y dibujados limpiamente, como eran sus escritos y, seguramente, bien calculados también porque de no ser así los proyectiles no caerían en el lugar deseado. Se trataba de la guerra en el frente, en donde recordaba haber ordenado muchas veces a sus hombres disparar. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un jefe de artillería? Ramón Iglesia contrastó en pocas palabras las tareas reformistas con la violenta realidad de la guerra:

Si bien la vida cotidiana vivida por los intelectuales fue intensa en los años en los que la República trató de poner al día un rezago secular, no se podía comparar con lo que significaba marchar al frente de guerra a matar y a morir, a combatir para que lo que se había ganado no se perdiera...⁴⁶

⁴⁶ Álvaro Matute, "Introducción a Ramón Iglesia" en Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. p. 8.

Como es frecuente entre los combatientes de primera fila, Ortega fue herido en dos ocasiones. La primera, el 30 de marzo de 1938; una herida múltiple de metralla, sufrida a unos veinte kilómetros al sur del embalse de Ribarroja del Ebro, le hizo perder la vista y el oído derechos, recuperándose en un hospital de Barcelona.⁴⁷ Volvió de nuevo al combate al inicio de la Batalla del Ebro que se peleó, en una dura guerra de trincheras, entre julio y noviembre. El teniente Ortega cruzó el Ebro hacia el interior con su gente una madrugada de julio, camuflándose muy bien para no ser descubiertos. Las órdenes de los republicanos en esta etapa fueron severísimas: muerte a los que retrocedieran.⁴⁸ Probablemente volvió a llegar hasta Gandesa, empero, dada su precaria situación, poco después recibió órdenes de destruir toda la información en caso de ser capturados. No lo fueron, pero no quedó más remedio que emprender la retirada hacia el norte en medio de la tronante artillería aérea de los nacionalistas, cuando la aviación republicana ya no pudo estar a la altura de su artillería, lo mejor que tuvo en la guerra. Con su ejército volvió a cruzar el Ebro, lo que “constituyó una sorprendente victoria técnica”;

⁴⁷ Ortega conservó la carta que a su jefe Gabriel Vidal le escribió el teniente Rufino Bañón desde la Comandancia General de Artillería del Ejército de Maniobras el 1 de mayo de 1938, para informar lo que sabía del herido. Su esposa María Teresa Bosque me permitió copiarla. “Estimado Camarada: En contestación a su carta de fecha 27 del pasado [abril], el Teniente Juan Antonio Ortega y Medina fue herido por una bomba de aviación el día 31 de marzo entre Calaceite y Gandesa. No sé hacia donde fue evacuado, aunque lo más probable es que haya quedado en Cataluña. Las heridas que sufrió me parece no serán de muerte, aunque quizás quede inútil. No puedo darle más datos por no saberlos, pero procuraré enterarme y de cuanto me informe se lo comunicaré a U. Sentí muchísimo pues me privó este accidente de un oficial que en todo momento dio muestras de su *competencia, serenidad y valor* tanto que ha sido propuesto por mí para su ascenso al empleo inmediato. Sin más, repito que cuantos datos pueda obtener de este muchacho me apresuraré a comunicárselos, rogándole que si U. por otro conducto hace algunas averiguaciones, no deje de comunicármelas, pues tengo gran interés por cuanto a este oficial se refiere.” Las cursivas son nuestras.

⁴⁸ Thomas, *op. cit.*, v. ii, p. 904-905.

aunque algunos lo vieron también como lo que era, el inicio de la derrota republicana.⁴⁹

Pasó entonces a la campaña de Cataluña que no fue, salvo la defensa de Barcelona que cayó el 25 de enero, sino una rápida e incontenible retirada en desbandada. En enero de 1939, su columna sufrió otro ataque de la aviación nacionalista; en esta ocasión pocos sobrevivieron. Ortega, pese a un brazo herido y varios perdigones incrustados en el cuerpo, pudo continuar su apresurada marcha hacia el mar para llegar a Francia. Se inició la "carrera del sufrimiento" por caminos en los que se regulaba el tráfico "pistola en mano"; no huían sólo los catalanes sino refugiados que habían llegado de lugares tan alejados como Extremadura y Andalucía. El 27 de enero dio principio la entrada en Francia, heridos, mujeres, niños, civiles, y entre el 5 y 10 de febrero entraron unos 220 000 hombres del ejército republicano. Entre ellos iba Juan Antonio Ortega y Medina. Se contaron entre los afortunados porque los nacionalistas alcanzaron a tomar alrededor de 60 000 prisioneros⁵⁰.

Antes de abandonar derrotado su tierra, sufrió aún una dolorosa pérdida, la de su hermano Felipe, quien no cayó en el frente sino que fue hecho prisionero y fusilado. Su muerte fue todavía más dramática, ya que estuvo en las manos del obispo de Bilbao el salvarle la vida, pero no lo hizo pese a los ruegos de la familia Ortega.⁵¹ Tras la experiencia de la guerra, Ortega bien pudo decir como lo hizo su compatriota Ramón Iglesia:

Pero la guerra estalló y me aprisionó, y de este modo adquirí una experiencia viva y directa de los problemas militares, una experiencia que todos los libros de historia del mundo no me hubieran dado. Vi de primera mano lo que es la guerra, una piedra de toque para todos los valores humanos, a causa de que en la guerra estamos siempre bajo la opresión de la muerte, la cual en tiempos normales está fuera de visión.

⁴⁹ Vilar, *op. cit.*, p. 86.

⁵⁰ Thomas, *op. cit.*, v. ii, p. 941-943.

⁵¹ Ortega y Medina conservaba la carta de despedida, con censura militar, que Felipe le escribió la víspera de ser fusilado y que Teresa Bosque me dio a leer.

Vi la parte jugada por los comandantes, que sabían como mandar, y la parte representada por los soldados, que sabían como obedecer y morir. Y vi también la profunda necesidad de establecer la jerarquía y la disciplina en un ejército, algo que habíamos olvidado, o acaso habíamos desdeñado en nuestra civilizada, liberal e individualizada sociedad. Y esto fue lo que hizo renovar mi concepción total de cierto número de problemas históricos...⁵²

3. La ruptura.

En mayo de 1939 llegó Ortega al campo de concentración de Argelés sur Mer en los Pirineos Orientales. Fue asignado al campo 1, barraca 446, como consta en su tarjeta de identidad del 6 de junio del mismo año. En total estuvo en seis campos de concentración, mas su familia no perdió contacto con él, escribiéndole y enviándole dinero por Tánger, aunque su hermana Ascención, en una de las cartas que él conservó, le decía que sólo habían recibido una de sus misivas; en éstas, además de informarlos sobre su situación, les pedía que le hicieran llegar libros. Para mayo del siguiente año había sido enviado al campo de Vernet D'Ariège, pero por poco tiempo: dos meses después estaba en México. Probablemente hubiera podido llegar antes, pero para ello se requería declararse comunista, como le aconsejaban sus amigos el profesor Cecilio Palomares y Antonio Antolín, lo que no aceptó porque nunca estuvo dispuesto a afiliarse a partido alguno. Bien enterado estaría de la respuesta que Unamuno había dado cuando se le preguntó a qué partido pertenecía: "A ninguno, todavía estoy entero".⁵³ De todas formas, sus amigos lo ayudaron a salir.

⁵² "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo", *Filosofía y Letras* (1), México, UNAM, 1941. p. 128

⁵³ Maeztu, *op. cit.*, p. 37. Aunque bien hubiera podido responder como su maestro De los Ríos, cuando le preguntaron al entrar a Estados Unidos cuál era su religión: erasmista, dijo. Ángel del Río, *op. cit.*, p. 24.

Si Ortega y Medina fue parco en compartir sus recuerdos de la guerra, no lo fue menos con sus vivencias de los campos franceses. Su silencio da cuenta de lo que aquello fue y sobre lo que ha quedado abundante documentación testimonial.⁵⁴ Años después, recordaba su propia experiencia cuando escribió:

No son sólo las manifestaciones psicossomáticas y somatopsíquicas que dejan los prolongados cañoneos y bombardeos aéreos, o los diezmadoramente sangrientos asaltos y repliegues de posiciones, sino también las cicatrices profundas que dejan en el alma el injusto vencimiento de una causa noble por la que se ha luchado y sacrificado todo.⁵⁵

Sin embargo, rememoraba, acompañando sus palabras con una sonrisa indulgente, que los italianos cantaban el popular -sobre todo entre los que han sido arrojados de la patria-, *Va, pensiero, sull' ali dorate del Nabucco* de Verdi, pero también a los fastidiosos piojos. Aun así, en medio de tanto dolor, carencias y hasta violencia, aprovechó su tiempo y aprendió, con la sola ayuda de un diccionario, el idioma alemán que de tanta utilidad le sería en el futuro.

Por fin, tras más de un año en los campos de concentración de Francia, logró embarcarse. El viaje hacia América no estuvo exento de los padecimientos que eran comunes todavía a muchos inmigrantes que entonces lo hacían y que, con más razón, sufrieron estos españoles que huían hacinados con la única esperanza de salvar sus vidas: la escasez de alimentos, la falta de higiene, las enfermedades y los ubicuos piojos.⁵⁶ Pero le cupo en suerte estar en el único de los tres barcos que zarparon de Burdeos en mayo de 1940 que logró llegar a su destino, el vapor correo francés "Cuba". De los otros dos,

⁵⁴ Vide Agustín Bartra, *Cristo de 200.000 brazos*, México, Editorial Novaro, 1958.

⁵⁵ "Prólogo. Combate por la Historia" en Ramón Iglesia, *Cronistas e historiados de la conquista de México. Ciclo de Hernán Cortés*, México, Consejo de la Ciudad de México, 1990. p. 9

...uno fue torpedeado y hundido, no hubo sobrevivientes, el otro fue interceptado y obligado a regresar a Francia, ocupada ya por los nazis, donde su pasaje fue internado nuevamente en campos de concentración, pero esta vez bajo el yugo alemán y del cual no se volvió a tener noticia.⁵⁷

Cuando por fin tocó tierra en Santo Domingo, el ánimo de Juan Antonio volvió a ser puesto a prueba: el dictador Leónidas Trujillo se negó a recibirlos. La esperanza renació cuando llegó la noticia de que Lázaro Cárdenas, presidente de México, concedía asilo a los pasajeros del "Cuba". El viaje se realizó en el vapor francés "Santo Domingo". Así, en julio de 1940, Ortega y Medina llegó a tierras mexicanas por el puerto de Coatzacoalcos, "un casi impronunciable locativo nahuatl",⁵⁸ conocido antes como Puerto México en el estado de Veracruz. Traía consigo su jergón y su veliz que contenía pocos bienes: las cartas de su padre y hermanos, los documentos oficiales de la guerra, el diccionario de alemán y escasas prendas de vestir. También traía su erguido andar andaluz que había acentuado el orgulloso porte militar. Pero sobre todo traía mucha dignidad, paciencia y serenidad, virtudes que sólo los pueblos viejos como el andaluz transmiten a sus hijos:

⁵⁶ Vide Concepción Ruiz Funes y Enriqueta Tuñón, *Palabras del Exilio, Contribución a la historia de los refugiados españoles en México, Final y Comienzo: El Sinaia*, México, INAH, SEP, Librería Madero, 1982.

⁵⁷ Teresa Bosque, *op. cit.*, p. 9. Sánchez Vázquez había llegado a México desde junio del año anterior. Años después relató que los que con él llegaron no sabían nada de México, salvo reconocer los nombres de Hernán Cortés y Pancho Villa. Y aunque él había conocido en España a Octavio Paz, a Juan de la Cabada y a David Alfaro Siqueiros, quienes apoyaron a los republicanos, tuvo que documentarse sobre lo que había sucedido en la Revolución Mexicana. *Op. cit.*, p. 18-19. José Puche Álvarez, representante del Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE), recordaba también que no sabía nada de México al llegar: "para mí fue una revelación". Eugenia Meyer, coord., *Palabras del Exilio, Contribución a la Historia de los Refugiados Españoles en México*, México, INAH, SEP, Librería Madero, 1980. v. I, p. 56.

⁵⁸ "Autobiografía...", p. 6.

Un andaluz no se corta mucho. El sol puede eclipsarse, la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios... [y] si bien se quita el sombrero ante la superioridad, no agacha nunca la cabeza...⁵⁹

El doctor Armando Castellanos, presidente municipal de Coatzacoalcos, recibió a los españoles en el muelle, a la vez que su desembarco era filmado y se les entregaban unos volantes impresos que contenían cuidadosas y atinadas recomendaciones para sobrevivir en un medio ambiente tan hostil: no exponerse a los rayos del sol que no eran iguales a los que caían sobre Europa, beber agua hervida para evitar infecciones intestinales y no andar descalzos ya que de lo contrario las niguas anidarían en sus pies.⁶⁰ De momento fueron alojados en el salón de la Sociedad Mutualista de Artesanos, aunque nuestro joven artillero por poco tiempo, ya que con unos doce compatriotas fue enviado por las autoridades municipales a Tapachula, Chiapas, so pretexto de que ahí podrían trabajar en el campo, pues estos españoles representaban una carga para el erario. Ortega vio la oportunidad de abandonar un lugar nada promisorio salvo para aquellos que se dedicaron al comercio.⁶¹ Con él fueron también sus amigos Palomares y Antolín.⁶²

⁵⁹ "Un quid pro quo" en Fernán Caballero, *Cuentos Andaluces*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1966. (Colec. Aula Magna, 5). p. 77. Ortega y Gasset dice que "uno de los datos imprescindibles para entender el alma andaluza es su vejez". *Op. cit.*, p. 18.

⁶⁰ Coatzacoalcos era también llamado por aquel entonces "puerto niguas".

⁶¹ El jueves 29 de agosto de 1940, *El Sur de México* dio la noticia de la llegada por tren de "26 refugiados españoles a Tapachula". Se da cuenta en el artículo de la suerte que habían corrido desde su salida de Francia cuando acababan de ocuparla los alemanes. También de sus ocupaciones: había entre ellos agricultores, oficinistas, mecánicos, un comerciante, un dibujante, un sastre, 2 profesores y 3 estudiantes; entre estos últimos se menciona a Juan Antonio Ortega Medina. En la misma primera plana en sendos espacios se participaba que el Country Club de Tapachula organizaba un día de campo y daba inicio su torneo interior de tenis. También que el empleado de confianza de la finca de don Luis Braun había sido asesinado por unos "fascinosos" cuando llevaba "varios miles de pesos para la raya quincenal de los trabajadores de la hacienda cafetalera". El hecho había provocado mucho descontento y se le exigiría a la policía municipal más vigilancia.

⁶² Después de abandonar Chiapas continuó siempre en contacto con ellos. Palomares, que era profesor, trabajó toda su vida en una fábrica de papel en Baja California; Antolín, en

En Tapachula un hecho fortuito marcó otra vez el rumbo de su vida. Los viejos españoles del lugar no habían visto con buenos ojos la llegada de sus paisanos a quienes en general tildaban de comunistas, amén de encontrarse la población en vísperas de unas elecciones presidenciales antecedidas por la reñida campaña entre Juan Andrew Almazán y Manuel Ávila Camacho que despertó tal inquietud política que se dejó sentir hasta en aquellas alejadas tierras sureñas. Muy pronto, en *La Pulga*, una publicación local, se manifestó la animadversión que el grupo de recién llegados inspiraba. Ante el ataque, estos republicanos pidieron a Ortega, el único universitario entre ellos, que respondiera. Lo hizo en un artículo que tituló con una conocida frase de Cicerón *Contumelia maledicti*, murmuraciones calumniosas o como el mismo tradujo “hiriente injuria”.⁶³

En su autobiografía, Ortega afirmó que en dicho escrito hablaba de Goethe y de las *Afinidades electivas*, título de una novela del escritor alemán, para recalcar la distancia entre el gran pensador y los alemanes nazis del momento, lo cual, según él, le granjeó la simpatía de la colonia alemana de Chiapas. Sin embargo, *Contumelia maledicti* no contenía ninguna referencia a Goethe ni a otros pensadores alemanes. Bien al contrario, se trata de una respuesta airada a un libelo, escrita como si fuera uno, en la que Ortega procura atacar al totalitarismo italogermano. Es más probable que el joven malagueño se diera a conocer por este texto y que en charlas en lugares públicos mostrara su simpatía hacia la cultura germánica, lo que sí pudo haber llamado la atención de los alemanes. Uno de ellos, Juan Hintze, entusiasmado con el joven español con quien podía conversar en torno a los clásicos de su lengua, cuando se reunían a tomar café, se convirtió sin quererlo en una especie

cambio, fundó un colegio en Torreón al que llamó Cervantes, según nos informó Teresa Bosque.

de mecenas, el único que en su vida tuvo Ortega y Medina. Hintze pertenecía a la vieja escuela del hombre adinerado al que su posición le permitía el goce de las letras y de las artes. Por ello le recomendaba a Ortega que estudiara para contador porque de profesor de historia se iba a morir de hambre. Sin embargo, aceptó la tozuda decisión de su protegido y lo envió a estudiar a la ciudad de México. A su llegada a ésta, recordaba que su buen ojo de artillero había sido burlado por la transparencia del aire; ducho en calcular distancias, fallaba al situar la posición de cualquier lugar mucho más cerca de lo que en verdad estaba. Otra lejanía, la de Chiapas, no le impidió ver a Hintze quien viajaba a la capital y se encontraban en el "Hotel Guardiola" en la calle de Madero o desayunaban abajo en "Lady Baltimore". Mientras pudo, alrededor de dos años, Hintze cumplió su promesa. Pero llegó el momento en que por su origen, los alemanes de Chiapas tuvieron problemas en el país que había entrado en guerra con el suyo y, al menos, las propiedades de Hintze fueron confiscadas.⁶⁴

La guerra y el exilio no habían cambiado un ápice la vocación de Ortega por el estudio y la docencia. Si la militancia política no lo atrajo en España, menos lo hizo en México, amén de que la misma guerra le mostró la suerte que habían corrido muchos luchadores íntegros, como Fernando de los Ríos, quien

⁶³ *El Sur de México*, 7 de noviembre de 1940. p. 3 y 4. María Teresa Bosque nos proporcionó amablemente una fotocopia de dicho artículo que don Juan había conservado y que reproducimos al final de este trabajo.

⁶⁴ Ortega y Medina conservó varias de las cartas de Hintze. El 27 de octubre de 1942, éste le decía que lo habían embargado pero que le mandaba 150 pesos. La última, en la que le enviaba desde Tapachula \$200.00, está fechada el 14 de abril de 1944. La penúltima, por la misma cantidad es del 7 de febrero. Sin embargo, cuando Ortega escribió su "Autobiografía..." en 1987, menciona que durante sólo dos meses había recibido \$90.00 de sus amigos alemanes. p. 7. Bien pudo ser que Hintze en verdad no pudiera enviarle dinero en 1943, pero todavía lo hizo en los primeros meses del 44. Ortega dedicó su primer libro, la traducción del alemán de las *Cartas a la Patria* de C. G. Koppe publicado en 1955, a la memoria de don Pablo Reinecke y de don Juan Hintze, fallecidos en 1942 y 1948 respectivamente. El primero fue seguramente otro de los "benefactores alemanes" a los que se refiere Ortega.

fiel a su divisa de unir pensamiento y acción tanto sufrió “en la cárcel, en el poder, en la oposición, en la diplomacia y en el destierro”⁶⁵ hasta que, en esta última etapa, abandonó la política para consagrarse a la academia, misma por la que optó Ortega tras haber apurado de un solo golpe su cuota de militancia con su participación en la guerra.

Ya en la capital, Juan Antonio inició sus estudios en la Escuela Nacional de Maestros en febrero de 1941, en donde fue admitido sin presentar documentación alguna, bajo promesa de que más tarde se la enviarían de España.⁶⁶ Se alojó en una casa de huéspedes de la calle Versalles que abandonó cuando se casó en 1942 con quien sería su esposa durante 35 años, Alicia Monjarás Barragán, compañera de la escuela y especialista en literatura española. Tuvieron su primera casa en un departamento de la calle de Artes, hoy Antonio Caso, ya que desde ahí él podía ir a pie al Instituto Luis Vives y a la Normal Superior y no gastar en transporte. Ortega ya se había naturalizado mexicano⁶⁷ y pudo trabajar. Tras vencer sus escrúpulos, comenzó a vender los productos medicinales para animales del Doctor Hess. Ortega escribió sobre aquellos años en los que

Alternaba el estudio con el trabajo y los sábados, en compañía de un amigo que poseía un “fordcito” viejísimo, de película cómica de los años veinte, nos dedicábamos a vender medicinas y remedios para el ganado y las aves por todos los ranchos, granjas y establos aledaños a la capital. Todavía muy de tarde en vez, me despierto en la noche acosado en el sueño por jaurías rancheras que rechazaban nuestra presencia en un territorio que los canes, como buenos defensores territoriales, consideraban exclusivamente suyo. Al ser nombrado profesor del instituto español *Luis Vives* pude evitarme las sabáticas

⁶⁵ Ángel del Río, *op. cit.*, p. 20.

⁶⁶ Como sucedió en efecto. Su esposa María Teresa la conserva aunque a él no le gustaba por estar rubricada por Francisco Franco.

⁶⁷ Carta de Naturalización Mexicana de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México del 11 de junio de 1942. (680/42) Expediente VII 521 (46) 0-74.

excursiones y dedicar mi tiempo a actividades más provechosas y educativas.⁶⁸

Durante siete años, de 1942 a 48, fue profesor de primaria en el Vives, colegio fundado por el Comité Técnico de Ayuda a los Españoles Republicanos, para los hijos de los republicanos españoles y en el que se siguió el modelo de la Institución Libre de Enseñanza.⁶⁹ Ahí fue bien acogido por sus compatriotas, frecuentó a Ramón Iglesia y el único inconveniente fue que a veces no había dinero con qué pagarle a los profesores. Si los estudios elementales eran mucho más rigurosos entonces que ahora, más lo fueron en esta escuela. Los que eran los mismos eran los niños. Vivió así Juan Antonio la agotadora jornada lidiando y enseñando a chiquillos -a veces de segundo grado, otras de cuarto-, gramática, aritmética, ciencias naturales. Estos conocimientos no se diferenciaban de los que había aprendido en España; otra cosa fueron la geografía y la historia de México; seguramente en esta última matizó, y no poco, el contenido de los programas oficiales, mismos que estaban en crisis al modificarse los postulados de la anterior educación socialista del cardenismo. Es muy probable que hiciera lo mismo en 1945 cuando, acabados sus estudios en la Normal Superior y hasta 1954, fue profesor de Historia en la Escuela Secundaria Diurna Núm. 4, Moisés Sáenz, de la Secretaría de Educación Pública.

Mas como bien dijo de él Edmundo O'Gorman, meritorio "como es bregar con mentes infantiles, [Ortega y Medina] estaba llamado a un más alto destino,

⁶⁸ "Espíritu y vida en claro" p. 7. Sin embargo, de alguna manera continuó vendiendo los productos medicinales porque Josefina Vázquez recuerda cómo llegaba agotado y a veces con retraso a los cursos de Edmundo O'Gorman en Mascarones, cargando su pesado maletín.

⁶⁹ El Comité Técnico, dependencia que en cierta forma sustituyó al SERE, estuvo a cargo de José Puche. El Colegio Madrid, en cambio, contaba con la ayuda de la Junta de Auxilio para los Republicanos Españoles (JARE), encabezada por Indalecio Prieto. Eugenia Meyer, *op. cit.*, p. 60, 61 y 67. En el Vives tuvo como colegas al matemático Marcelo Santaló, al biólogo Cándido Bolívar y al filósofo Eduardo Nicol. Los vocales eran José Gaos, Joaquín Xirau, Agustín Millares Carlo y por parte de México, Isidro Fabela y Jesús Reyes Heróles. *Instituto Luis Vives. Colegio Español de México, 1939-1989.*

pero no por añadidura, puesto que, robándole tiempo al sueño”⁷⁰ concluyó sus estudios en la Escuela Normal Superior. Después se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones y en 1954 comenzó a impartir clases de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en Ciudad Universitaria. Para entonces, ya era Doctor en Letras, especializado en Historia Universal. Sería profesor ahí hasta su muerte, dando muestra, como él mismo dijo de Johan J. Winckelmann y probablemente pensando en sí mismo, de un

entusiasta y enternecedor eros pedagógico que sólo poseen los verdaderos educadores[...] Su caso no [fue] el del antiguo pedagogo griego, sirviente cuando no esclavo filósofo, sino el de un orgulloso maestro aristócrata del saber que vive y hace vivir, que piensa y hace pensar sobre su talento.⁷¹

Hacia el inicio de su vida docente en la Facultad de Filosofía y Letras, acabó por convencerse -aunque por otras razones-, de que no volvería a España. Durante los años anteriores, al igual que la inmensa mayoría de sus compatriotas con los que compartía el exilio, Ortega y Medina abrigó la esperanza de la caída de Francisco Franco, del regreso a la patria. Dicha esperanza, a la vez, no le permitía asimilar como definitiva su estancia en México, aumentando sólo sus pesares y nostalgias. En cierta ocasión nos comentó que no fue sino hasta que los norteamericanos comenzaron a instalar sus bases militares en España,⁷² cuando se hizo a la idea de que ya no habría regreso y el “mientras” desapareció de su vocabulario para encarar su

⁷⁰ “*De Ave Fénix*”, Respuesta al discurso de ingreso del doctor Juan Antonio Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, t. XXX, México, Imprenta Aldina, 1971-1976. p. 253.

⁷¹ Ortega y Medina, *Imagen y Carácter de J.J. Winckelmann. Cartas y Testimonios*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, 1992. p. 36.

⁷² A fines de 1953 Washington y Madrid firmaron un acuerdo por el cuál España recibiría ayuda económica y militar a cambio del establecimiento de bases navales de Estados Unidos en su territorio. Thomas A. Bailey, *A diplomatic history of the American people*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1980. p. 812-813.

definitiva vida en México. Pero el hecho de que Estados Unidos apoyara a Franco tuvo un efecto todavía más significativo en Ortega. Si en 1898 los norteamericanos habían alegado, para ocultar sus intereses económicos, defender a Cuba de una anquilosada monarquía, ahora las libertades políticas no pudieron servirles de pretexto para ocultar sus intereses hegemónicos. A Ortega no podía consolarlo la ayuda que ahora se le daba a España, muy por el contrario, sólo sirvió para avivar en su memoria y trasladar a América el viejo conflicto anglo-español.

La pena del exilio es una de las más dolorosas que le puede caber en suerte a un hombre y con ella se le ha castigado desde hace milenios:

El exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y que nunca se abre [...] el exiliado] vive siempre escindido: de los suyos, de su tierra, de su pasado [...] una contradicción permanente entre una aspiración a volver y la imposibilidad de realizarla [...] Siempre en vilo, sin tocar tierra, se queda aterrado (en su sentido originario: sin tierra) [...] el exiliado descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.⁷³

Esta pena la puede hacer más tolerable el goce de la riqueza, pero a falta de ésta, es un alivio la convivencia con aquéllos que corren la misma suerte o que bien los acogen. Si bien es cierto que Ortega había formado un hogar con su esposa Alicia y estaba en contacto con su familia en España, sobre todo con su padre -cuya correspondencia pasaba censura militar-, no tenía, ni tuvo nunca, muchos amigos. En momentos de necesidad ni siquiera recurrió a la Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles (JARE), pensando que había otros compatriotas más necesitados que él.⁷⁴ El mundo de los refugiados era

⁷³ Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 34, 35 y 37.

⁷⁴ Así le había dicho a su esposa Teresa Bosque. Pero no hay que olvidar las diferencias políticas entre los propios refugiados que estaban divididos entre Francisco Largo

extenso y complejo. Ni todos se conocían entre ellos ni mucho menos estaban en contacto. Ortega vino a descubrir en los años sesenta que Gabriel Vidal, su jefe durante la guerra, vivía en la ciudad de México y era el padre de una de sus alumnas.⁷⁵

Ahora bien, el que nuestro transterrado⁷⁶ viviera en medio de tantos aprietos no explica que se aislara por no poder invitar a casa a sus amigos. La reserva y la modestia fueron algunos de los rasgos más destacados de su personalidad. Entre sus pocos amigos se contaba Ramón Iglesia, poco sociable también y de espíritu atormentado, pero que gozaba de un merecido prestigio como historiador labrado desde España.⁷⁷ Esta amistad, por desgracia, no duró todo lo que Ortega hubiera deseado porque Iglesia se marchó a Estados

Caballero, Indalecio Prieto y Juan Negrín, jefe del gobierno de la República y de cuyo lado trabajaba José Puche. Diferencias que se observaban en los servicios de salud: la Benéfica España, "que fundaron grupos de médicos y de afiliados al Partido Socialista" y la Clínica Barsky, de tendencia comunista, definida por Puche como "una especie de continuación de un hospitalillo que había funcionado en Francia". Eugenia Meyer, coord., *op. cit.*, p. 75 y 80. En última instancia, Ortega laboró en el Vives, no en el Madrid.

⁷⁵ María Teresa Vidal, profesora de historia en la Preparatoria 1 de la UNAM. Ortega le dedicó el "Prólogo" a la edición de William H. Prescott, *Historia de la Conquista de España*, México, Editorial Porrúa, 1970 ("Sepan cuantos...", 150).

⁷⁶ Término que adoptó José Gaos para llamar a los refugiados españoles y con el que está en desacuerdo Sánchez Vázquez quien prefiere el de desterrados. *Op. cit.*, p. 62. A Ramón Xirau tampoco le convence que Gaos llamara a los exiliados transterrados. En un principio sólo eran "exiliados, refugiados. Poco a poco fuimos trasplantados". "Memorial de Mascarones" en *Memorial de Mascarones y otros ensayos*, México, El Colegio Nacional, 1995. p. 4. Sobre el término transterrado, nos dice Ortega y Medina: "Llegado Gaos a México, su primera salvación circunstancial será la de sentirse a la vez un hombre de allá y de acá, un *transterrado*, neologismo acuñado por él y con el que quiso expresar su identificación con la nación mexicana ("patria de destino") sin renunciar a la propia ("patria de origen"). "La aportación de los historiadores españoles transterrados a la historiografía mexicana" en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, V. 10, p. 257. Véase José Gaos, *Filosofía española en América (1936-1966)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1959. p. 23 y 24.

⁷⁷ Iglesia había llegado como becario a La Casa de España en México desde 1939. Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988 (Jornadas, 113), p. 138.

Unidos para no volver.⁷⁸ La guerra lo había afectado emocionalmente mucho más que a Ortega, quien sin embargo -platicaba su esposa Teresa Bosque-, nunca dejó de sentir con angustia, cuando caminaba por las calles, que lo seguían, por lo que volteaba la cabeza con discreción para cerciorarse de que no era así. Lo evidente fue que por timidez, exceso de trabajo y escasez de recursos, nuestro joven malagueño evitó el trato de compatriotas distinguidos como José Gaos, Eduardo Nicol y Wenceslao Roces; ni siquiera a su paisano Sánchez Vázquez frecuentó mucho.⁷⁹

La excepción, aunque ya tardía, fue Carlos Bosch García, con quien sostuvo una sincera amistad que se inició en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Sin embargo, el caso de Ortega no es de extrañar. Si la mayoría de sus compatriotas se agruparon por familias, terruños o clubes regionales, hubo también quienes no superaron el dolor del destierro, el de la abrupta ruptura con sus raíces y se alejaron de todo trato social.⁸⁰

Ortega y Medina dedicó su tiempo, durante los primeros años en México, al trabajo que realizaba por las mañanas para sobrevivir y al estudio por la tarde y noche. A diferencia de lo que aconsejaban los antiguos de escribir por la mañana y leer por la tarde, Ortega, por necesidad y gracias a la energía eléctrica, mantuvo el hábito de escribir a altas horas de la noche, en medio del silencio que lo dejaba a solas con sus pensamientos, con la *consolatio historiae*,

⁷⁸ Andrés Lira, que estudió el expediente de Iglesia en el Colegio de México, ha puesto de manifiesto a través de sus cartas los sufrimientos que padeció en los últimos años de su corta vida a la que él mismo puso fin y que fueron comunes a otros compatriotas que vivieron la guerra. "El hombre Ramón y otros papeles" en *Historia Mexicana*, núm. 184 (abril-junio 1997), vol. XLVI, No. 4. p. 871-887.

⁷⁹ Tampoco Sánchez Vázquez lo recuerda en sus memorias.

⁸⁰ Tal fue el caso de Florentino M. Torner quien tras haber ocupado un lugar destacado en la vida política de la España republicana, a su llegada a México se encerró en su casa dedicándose a escribir no sólo magníficas traducciones de obras de Sociología y Economía para el Fondo de Cultura Económica, sino también la mejor versión escrita en México de *La guerra y la paz* de Tolstoi.

“a la manera boeciana”.⁸¹ Llevó así, una *vida retirada* aunque no la idílica soñada por Fray Luis de Leon, ni la andaluza de la que se dice que “la pereza es ideal de estilo y cultura”,⁸² sino más bien otra, también familiar a sus tierras y que obedecía a las reglas de “ver venir, dejarse ir y tenerse allá”.⁸³ Se tuvo allá, en México, estudiando y escribiendo y bien podría decirse de él lo que de uno de los más ilustres representantes de la Generación del 98:

Un hombre tan austero, tan sencillo, tan entregado a su tarea no tiene biografía digna de ser contada; en su vida como en su obra no hay nada episódico ni dramático -no hay peripecia-, no ocurre nada. Su vida es su obra... En una época en que los intelectuales han puesto sus manos pecadoras en todos los afanes de la vida, con responsabilidad o sin ella, Azorín ha permanecido ausente, atento a su labor, observando la realidad[...]⁸⁴

⁸¹ Comodijo Ortega al referirse al historiador Jesús Galindo y Villa. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. p. 388. Y en otra ocasión repitió a propósito de un compatriota abatido por el triunfo fascista. Reseña de Juan Friede & Benjamin Keen, (ed.), *Bartolomé de las Casas in history*, en *Anuario de Historia*, VIII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1976. p. 291.

⁸² Ortega y Gasset, *op. cit.*, p. 28.

⁸³ “Las tres reglas de la gramática parva” en Fernán Caballero, *op. cit.*, p. 47.

⁸⁴ Maeztu, *op. cit.*, p. 94. Sin duda, la extranjería de Ortega y la ideología con la que se le asociaba dio lugar a no pocos sinsabores en sus primeros años en México. Eduardo Blanquel le platicó a Miguel Soto que la animadversión de algunos profesores de Filosofía y Letras hacia los “refugiados republicanos” llevó a Gabriel Aguirre a retar a duelo a

Ortega y Medina, quien sólo le respondió "Recuerde que fui oficial de artillería en la guerra" con lo que dio fin al asedio.

II. LA LABRANZA: ESTUDIOS DE HISTORIA Y PRIMEROS ESCRITOS EN MEXICO

El que no sabe escribir imagina que no es trabajo hacerlo. Tres dedos escriben, pero trabaja todo el cuerpo. Mientras me inclino se hundan las costillas en el vientre y toda suerte de cansancio corporal me alimenta. León de Novara.¹

Los españoles hicimos un nuevo descubrimiento de América... Por fortuna, lo que hay de español en esta América nos ha permitido conciliar la reivindicación de los valores españoles y la fidelidad a ellos con la adhesión a los americanos. José Gaos.²

1. La Escuela Normal Superior

El México al que Ortega y Medina arribó había librado veinticinco años atrás una revolución triunfante, a diferencia de la reciente guerra por él peleada y

¹ La cita de este escritor del siglo X se encontró en el fichero bibliográfico de Ortega y Medina escrita de su puño y letra, de un lado en español y del otro en latín: *Scribere qui nescit nullum putat esse laborem. Tres digiti scribunt, totum corpusque laborat. Per sum inclinatur, costas in ventrem mergit et omne fastidium corporis nutrit.* Álvaro Matute recuerda que don Juan recetaba a sus alumnos "jarabe de codos": acodarse sobre la mesa y ponerse a leer. Misma prescripción que también recibió Josefina MacGregor. "In Memoriam" *Homenaje a Juan A. Ortega y Medina. Históricas*, No. 36, sep-dic, 1992. p. 29.

² Esta cita de Gaos sirvió de epígrafe al estudio que Ortega y Medina hizo de los historiadores españoles exiliados en México. "Historia" en *El exilio español en México. 1939-1982*, México, Salvat, FCE, 1982. p. 237. Carlos Pereyra también escribió de la "reivindicación histórica de España en *Humboldt en América*, Madrid, Rufino Blanco Fombona, s. f. Citado por Ortega y Medina en *Humboldt desde México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1969. p. 151. *Humboldt en América* se publicó hacia 1919. Ernesto de la Torre Villar, *Lecturas Históricas Mexicanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994. v. 3, p. 214-215. Acerca del compromiso de Ortega con el rescate del mundo hispánico, véase nuestro artículo "La reivindicación de España mediante el desembozo de sus detractores" en Cristina González Ortiz (comp.), *Juan A. Ortega y Medina, Historia y vida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995. p. 77-93.

perdida. Los republicanos españoles habían sido bien acogidos en este suelo, por sus ideas políticas, pues eran muy semejantes a las de los revolucionarios mexicanos. Sin embargo, en este país el nacionalismo había tomado un curso que dejaba ver sus raíces en el siglo XIX: la exaltación del pasado indígena, a costa de la denigración del español. Dicho sentir pudo bien no ser evidente en La Casa de España en México ni en la Universidad, pero sí lo fue en la Escuela Normal Superior y, a través de ella, en la educación básica.

A la vez que peleaban en México las diversas facciones revolucionarias, los intelectuales adoptaron posturas igual de variadas que, sin desligarse de los problemas políticos de la nación, se nutrían de las corrientes del pensamiento europeo. La amplia gama de nuestros pensadores iba de un Antonio Caso a un Lombardo Toledano. Sin embargo, pese a sus diferencias, José Vasconcelos, Daniel Cosío Villegas, Othón de Mendizábal, Manuel Gómez Morín o Ermilo Abreu Gómez, configuraron al México revolucionario.

Desde 1911 un alemán radicado en Toluca, Pablo Zierold, fundó el Partido Socialista que se caracterizaba por su oposición al “anarquismo lírico” de los Flores Magón.³ El triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia, pocos años después, se convirtió en aliento para los socialistas, porque aun cuando aquí todavía no se había decidido del todo la suerte del movimiento revolucionario, ya se había decretado la Constitución de 1917 cuyo artículo 123 cumplía con las demandas del trabajador moderno. A continuación, bajo la presidencia de Álvaro Obregón, se prestó atención a los repartos agrarios y se intensificó el movimiento obrero. En el ramo de la educación, José Vasconcelos emprendió con gran celo la tarea de combatir el analfabetismo, tanto en la ciudad como en el campo, y en el afán por quitarle a la iglesia el control de las comunidades campesinas se crearon las escuelas rurales. A la

³ Harry Bernstein, “Marxismo en México, 1917-1925” en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 28, v. VII, n. 4, abr-jun, 1958. p. 507.

vez se promovía la cultura con la publicación de clásicos antiguos y modernos⁴ y se inculcaba el hábito de la lectura en los pequeños con las famosas *Lecturas para Niños* que aún se reeditan. No menos apoyó Vasconcelos el movimiento muralista como complemento de la educación, sobre todo, de la ideología política, aunque por este medio se exaltó y proyectó un México indigenista y socialista más de lo que el propio Vasconcelos hubiera deseado. Receloso de la creciente influencia de las costumbres norteamericanas, creyó necesario destacar las diferencias que le daban carácter a las nuestras, fincando así nuestra cultura en la herencia española y mostrando su afinidad con la del resto de las naciones hispanoamericanas e implantando “una forma de hacer educación nacional, pero más allá de los límites estrechos del nacionalismo”.⁵

El reclamo de mejoras en la educación como un instrumento fundamental para combatir los padecimientos sociales no era novedoso. Se había escuchado a lo largo del siglo pasado, y con la irrupción del estudio de las ciencias sociales el número de fórmulas había ido en aumento, en tal medida que no dejaron de escucharse en el muy “científico” México porfirista. Baste recordar, además de la tesonera y bien reconocida labor de don Justo Sierra, la obra del historiador Ricardo García Granados, uno de los pocos de esta época, de quien se ocupó Ortega y Medina con verdadera simpatía. García Granados había sido educado en Alemania bajo la tutela de su abuelo José Fernando Ramírez y fue un convencido no sólo de la necesidad de dar educación al pueblo de México sino del papel que el conocimiento histórico

⁴ Labor continuada en los años cuarenta por Jaime Torres Bodet a través de la Biblioteca Enciclopédica Popular.

⁵ Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y Educación en México*, México, El Colegio de México, 1975. p. 159. A la vera de Vasconcelos estuvieron algunos de los Siete Sabios, alumnos de Antonio Caso y adscritos a la famosa generación de 1915, como Lombardo Toledano, y aunque éste acabara rompiendo con Vasconcelos, su futura actuación no podría comprenderse “sin la noción de grandeza y fe que contemplaron muy de cerca durante la gestión de Vasconcelos”. Enrique Krauze, *Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976. p. 74 y 109.

jugaba en ésta y si bien no hizo el panegírico de nuestra herencia española, nos puso en guardia ante la amenaza de la infiltración cultural norteamericana, no menos que la de su poderío.⁶ Paradójicamente, fue en Estados Unidos donde cobró fuerza el movimiento progresista de finales del siglo pasado -al que dio lugar el estudio de las ciencias sociales en Europa-, y que propició, entre otras manifestaciones, el convencimiento de que el estudio de la historia podía conducir al mejoramiento social. James H. Robinson dio un nuevo giro a la enseñanza de la historia al “subordinar el pasado al presente, con el consciente objetivo de habilitar al lector a entender los acontecimientos del día al leer inteligentemente el periódico”.⁷

El papel de los socialistas también fue de enorme importancia, pues fueron quienes con más entusiasmo compartieron la idea de que sin educación el cambio social se retardaría. El marxismo se aclimató en México con líderes como Narciso Bassols y Vicente Lombardo Toledano. Sus frutos se vieron en 1935, cuando se reformó el artículo tercero de la Constitución al declararse que la instrucción impartida por el estado sería socialista. La medida sembró gran inquietud entre los miembros de la iglesia católica y los grupos conservadores, “la demagogia aumentó considerablemente y los cantos alusivos al proletariado y los campesinos se multiplicaron”.⁸ Los profesores de la Escuela Normal Superior se entusiasmaron, porque es con la enseñanza media que se recibe en la adolescencia con la que mejor se forma la conciencia social del individuo, sobre todo a través del estudio de la historia, la cual en ese momento en México era muy socorrida.

⁶ García Granados escribió entre otras obras, *El concepto científico de la Historia*, México, Tipografía Económica, 1910 e *Historia de México desde la restauración de la República hasta la caída de Huerta*, 2 vols. 1a. ed. completa, México, Editorial Jus, 1956.

⁷ Josefina Zoraida Knauth, “James Robinson y la revolución de la enseñanza en la historia” en *Anuario de Historia*, III, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1963.p.225.

⁸ Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación*, p. 177.

Con frecuencia la guerra se ha mostrado fecunda en el terreno de las letras dedicadas a la historia. No acababa de librarse la lucha armada de la revolución cuando ya se escribía sobre ella. Había que conservarla, ordenarla, interpretarla, amén de acomodarla en el cauce, y de que éste tuviera un significado, en la historia de México, e inclusive, en el de la humanidad. No faltó trabajo -como a raíz de la independencia por la efervescencia política que se vivió-, a los historiadores comprometidos con las luchas sociales ni a los preocupados por una visión nacionalista en la que el triunfador de la lucha armada fuese el pueblo de México. Ello desembocaría también en la búsqueda de la identidad nacional, de la definición de lo mexicano.

El propio Ortega, muchos años después, al estudiar los aportes historiográficos de los españoles transterrados, dejó en un apretado y significativo párrafo su personal visión del estado de los estudios históricos en México en aquella época:

Hacia fines de la época de los treinta y antes del primer arribo de intelectuales españoles o, para ser más precisos (de acuerdo con nuestro propósito) antes de la llegada del filósofo José Gaos (1938), el panorama historiográfico de México, heredero en su mayor parte de la corriente filosófica y metodológica positivista, presentaba una interesante pentafurcación temática. Cinco escuelas atraían la atención de los lectores y realizaban la reconstrucción del pasado, adoptando cada una de ellas posiciones exclusivas de interpretación que las hacía chocar entre sí y dirimir, incluso ásperamente, sus seculares y politizadas querellas: la tendencia tradicional, entre erudita y romántica, proclive por herencia directa a la consagración del mundo colonial, estaba representada brillantemente, entre otros importantes historiadores, por Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados, Rafael [*sic* por Manuel] Toussaint, Julio Jiménez Rueda y, en parte, por Pablo Martínez del Río y Carlos Pereyra, este último desde el exilio en Madrid; la corriente indigenista, opuesta por principio y por ascendencia liberal a la anterior (hispanista), tenía por representantes más conspicuos a Manuel Gamio, Alfonso Caso y Miguel Othón de Mendizábal, todos ellos estimulados por los investigadores extranjeros (norteamericanos y alemanes principalmente); la neopositivista estaba encabezada por Joaquín Ramírez Cabañas, reforzada bien pronto por

el entonces joven historiador Silvio Zavala, llegado de España con su flamante doctorado conseguido en la Universidad Central (Madrid) bajo la experta, eficaz y afectuosa guía de D. Rafael Altamira; la pseudomarxista, muy combativa, encabezada por Luis Chávez Orozco, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre, cuyo método de investigación era positivista si bien estaba orientado por un confuso materialismo histórico en sus comienzos, y, por último, la prehistoricista, representada por una polémica y solitaria figura, Edmundo O'Gorman.⁹

Así fue como, el joven malagueño, ávido del conocimiento histórico que le ayudara a resolver el enigma de por qué había perdido la guerra, llegó en 1941 a una Escuela Normal Superior en la que bullía una historia comprometida. Siempre recordaría con "admiración y gratitud" a sus "notables mentores" que lo informaron, formaron y fortalecieron su vocación por la historia. Sintió una especial predilección por el fecundo y activo don Miguel Othón de Mendizábal de quien decía "encabeza, con todo derecho, la lista de mis 'acreedores preferentes'". Entre otros recordaba también a Jorge Vivó, Ermilo Abreu Gómez, José Mancisidor y Mario Souza.¹⁰ Ahí predominaba "en la construcción o en la invención o en la interpretación" de la historia "un marxismo ingenuo, poco fundamentado científicamente, más bien emocional".¹¹ Sus próceres fueron, además de Mendizábal, Ramos Pedrueza, Luis Chávez Orozco y Alfonso Teja Zabre, quienes

[...] procuraron presentarle a la juventud mexicana una interpretación de la historia que fuese viable y que acabase con las formas tradicionales de culto a los héroes... [pero] sin profundizar en la realidad vital de carne y hueso de estos hombres a los que llamamos héroes. Fue una historiografía importante porque descubrió nuevos matices, nuevos ángulos de interpretación de la historia mexicana...¹²

⁹ Ortega y Medina, "Historia" en *El exilio español en México. 1939-1982*, México, Salvat, Fondo de Cultura Económica, 1982. p. 237.

¹⁰ "Espíritu y vida en claro", p. 7 y 8.

¹¹ Juan A. Ortega y Medina, "La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras" en *La Historia Hoy*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1993. p. 9 y 10.

¹² *Idem*.

En la Normal también fue condiscípulo de Agustín Cue Cánovas, alumno de una generación anterior a la suya, con quien convivió en la escuela y en los famosos Congresos de Historia de entonces a los que asistió en Jalapa, Guanajuato y la lejana Hermosillo.¹³ Aunque después lo vio poco, estuvo al tanto de sus publicaciones y mantuvo vivo el aprecio por el Cue Cánovas que con tan genuino e ingenuo entusiasmo trabajó por una historia que condujera a un futuro, si no socialista, al menos más justo para los mexicanos.

Durante su estancia en la Normal, Ortega publicó un artículo¹⁴ en el que se esbozan algunos de los temas que le ocuparán a lo largo de su vida, aunque desde otra perspectiva. El Sexto Congreso de Historia recomendó reglamentar el estudio de la historia para “afincar la nacionalidad mexicana” con la “implícita

¹³ Éstos se realizaron respectivamente en 1943, 1945 y 1949, y Ortega presentó los siguientes trabajos: “El arte como auxiliar de la enseñanza de la historia”, “La insurgencia y nosotros” y “Viajeros anglosajones por el noroeste de México”. Expediente de Juan A. Ortega y Medina de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Informe y currículo de 1971. Pudo asistir a estos congresos bianuales con todos sus gastos pagados, gracias a la generosidad de su organizador don Antonio Pompa y Pompa a quien conoció desde que, como alumno de la Normal Superior, comenzó a visitar la vieja biblioteca del Museo y Escuela de Antropología e Historia. Ortega y Medina, “Respuesta al Discurso de Nomenclatura como Miembro Correspondiente del Maestro Antonio Pompa y Pompa de la Academia Mexicana de la Historia” en *Memorias de la Academia mexicana de la Historia correspondiente a la de Madrid*, t. XXXII, México, Imprenta Aldina, 1979-1989, p. 256. Pronunciar este discurso dio al espíritu noble de Ortega la oportunidad de pedir perdón a don Antonio por una falta de juventud, haciendo un “mea culpa público y constrictivo” con estas palabras: “Empero nunca faltan ingratitudes y los congresistas más jóvenes y ya veteranos en las reuniones de Xalapa, Guanajuato, Guadalajara y Hermosillo, nos confabulamos contra el presidente del Congreso Mexicano de Historia [Pompa y Pompa] y logramos por el momento obstaculizar su casi porfírica reelección bianual. Victoria exultante, triunfal, pero a la larga pírrica, porque a partir de entonces el Congreso Mexicano de Historia languideció y fue decayendo y casi muriendo como las tosijocentas heroínas hélicas (con ache, claro está) del romántico siglo XIX”. *Idem*.

¹⁴ Manuel Jiménez Martín y Juan A. Ortega y Medina, *Ensayo sobre la conquista española. Sus antecedentes económicos, humanistas y la proyección de éstos en ella*, México, Sociedad de Alumnos de la Escuela Normal Superior, 1943. 62 p. Está publicado en forma de folleto. Lo escribió al alimón con un compañero cuya contribución se aprecia en el contenido y que se confirma en otro artículo que recoge lo escrito por Ortega y que publicó ya solo bajo su nombre años después: “Antecedentes de la Conquista: Philosophia

esperanza de conocer y fundamentar científicamente la Historia". Así Ortega y su compañero emprendieron la tarea con "un nuevo criterio que juzg[ara] imparcial y serenamente los hechos restableciéndolos en su verdadero valor y objetividad" y prestara atención a la historia de España sin la cual la historia de Occidente quedaría "vacía y tan sin objeto". Era natural que en esos momentos la faena los arredrara un poco y lo manifestaron así,

necesaria y casi fatalmente, este estudio sereno y desapasionado nos lleva a la rectificación y al descubrimiento de afirmaciones que hasta hace poco hemos tenido como buenas. Efectuaremos en consecuencia un reajuste de opiniones, y rogamos se nos perdone el que a veces aparezca un tanto de parcialidad en las ideas debido al calor que se pone al exponerlas, más bien que a un malentendido patriotismo.¹⁵

A lo largo del texto y por lo delicado del contenido -presentar una imagen más humana que la que se tenía del conquistador español-, se repiten las declaraciones acerca de la imparcialidad y objetividad históricas a la vez que la advertencia de que no se trataba de justificar ni de reivindicar su figura.¹⁶ Lo mismo sucede con las referencias al materialismo histórico, aunque retocado. Si bien por un lado dicen que los acontecimientos tratados tienen su origen en la situación económica o en los cambios que en ésta se operan, por el otro asientan que:

Se nos podrá argüir que en la simple determinación económica podemos encontrar la respuesta, pero a los que así se expresan, bien les podemos recordar que la recta interpretación dialéctica materialista rechaza el monismo, y no afirma ni con mucho, que toda la historia pueda explicarse por el simple dato económico, cosa que por lo demás no excluye que se le considere como esencial.¹⁷

Christi y Contrarreforma" en Jorge Gurría Lacroix, *Cortés ante la juventud*, México, Jus, 1949. (Sociedad de Estudios Cortesianos Núm. 3) p. 121-143.

¹⁵ Jiménez y Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 5-7.

¹⁶ *Ibid.*, p. 30, 34 y 37.

¹⁷ *Ibid.*, p. 7

El estudio se divide en dos partes. La primera, la más corta y menos lograda, se refiere al Renacimiento, la Reforma, la Contrarreforma y asuntos de España relacionados con estos temas. Algunos de los autores citados son tan disímbolos en todos sentidos como Jacobo Burckhardt y Aníbal Ponce. Abundan, en cambio, los españoles como Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Angel Ganivet, Ortega y Gasset, Pedro Bosch Gimpera, José Gaos,¹⁸ Joaquín Xirau y su entrañable maestro Fernando de los Ríos. Tampoco falta la *Nueva Historia de los Países Coloniales* del Instituto de la Academia de Ciencias de la URSS, a la que se critica por su ignorancia acerca de la importancia, anterior a la portuguesa, de los navegantes catalanes en el siglo XIV, cuando desde Barcelona se “regía la vida mercantil y marítima de todas las naciones europeas”.¹⁹ En cambio, de buena gana se acepta una pobre versión de la Contrarreforma, tomada de Abreu Gómez, de la que dicen:

La Contrarreforma nos interesa en cuanto representa la contrarreforma económica dada una situación creada; lo religioso es lo secundario, una simple proyección que no tiene valor por sí.²⁰

Buena parte de los conceptos vertidos en esta parte los abandonó Ortega poco después, comenzando por la interpretación “económica” un tanto superficial de la Reforma. Lo que sí conservó fueron los temas, como el del decisivo movimiento religioso del siglo XVI en la historia de Europa y especialmente en España, tema de su tesis de maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

¹⁸ Ese mismo año había aparecido “Significación filosófica del pensamiento hispanoamericano” de Gaos en *Cuadernos Americanos*, México, 1943. Núm. 2 (marzo-abril). p. 63-86. Ahí da cuenta Gaos del pensamiento krausista de Francisco Giner y de Manuel Cosío de alto contenido ético que englobaba la política y la estética. p. 65-68. Aunque Ortega no hace referencia a ello explícitamente, bien que compartía estas ideas, sí recoge, en cambio, que fue Inglaterra, en contraposición a España, la nación que “más empeñosa y más eficientemente contribuyó a la disolución de la cristiandad por la instauración de la modernidad y del inmanentismo”. p. 79.

¹⁹ *Ibid.*, p. 14.

La segunda parte del artículo que reseñamos se refiere a la conquista y a los conquistadores. Las fuentes son en su inmensa mayoría autores mexicanos, pero sin faltar los españoles Ramón Iglesia, José Moreno Villa y Eugenio Ímaz.²¹ José Vasconcelos, Carlos Pereyra, Alfonso Reyes, Silvio Zavala y Vito Alessio Robles aparecen junto con Miguel Othón de Mendizábal, en cuyos

²⁰ *Ibid.*, p. 20.

²¹ *Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942; *Cornucopia de México*, México, La Casa de España en México, 1940 y *Utopías del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, respectivamente. En esta parte, Ortega cita la opinión de Fernando de los Ríos sobre los hombres del Renacimiento: "son hombres que llevan un nuevo valor; son hombres más humanos en cuanto más individuales; más reales y concretos; más llenos de sí; más plenos y complejos". p. 28. Es obvio que no transcribimos la cita por su originalidad o veracidad, sino porque no fue hasta leer el artículo de Ortega en *Cortés ante la juventud*, que supimos que Fernando de los Ríos había sido su profesor en la Universidad Central de Madrid y a cuyos apuntes de "Clases de Historia" en 1935 se refiere Ortega en la p. 137. Estas notas de clase, con seguridad el padre de Ortega se las envió a México junto con no sabemos qué tantos otros papeles que había dejado abandonados en Málaga al iniciarse la guerra en el aciago verano del 36. En *Ensayo sobre la conquista española* no cita dichos apuntes pero dice que lo que Vasconcelos llamaba "sentido funcional" de la herencia de la Castilla conquistadora y que no era sino la vieja herencia romana pero superada por la huella de la cristiandad, era el mismo sentido "fundacional" que Fernando de los Ríos atribuía a España, coincidiendo de esta manera con Vasconcelos, aunque ambos ocupaban en el "campo ideal y cultural... puntos extremos". De los Ríos opinaba que España "no representa[ba] en la Historia Universal un ímpetu egoísta; su vieja sed de tierras y mares no [era] un fin sino un medio al servicio de otra finalidad más alta y perdurable: un eterno afán de creación. Por eso su obra en América sigue en pie una vez perdida la hegemonía circunstancial". *Ensayo sobre la conquista*, p. 43. De los Ríos, como se mencionó en el capítulo anterior ayudó a difundir el krausismo que había introducido en España Sanz del Río y difundido Giner de los Ríos. Pertenecía a la generación que entre 1906 y 1909 había regresado a España tras estudiar en Francia, Inglaterra y Alemania y que tuvo como miembro más distinguido a Ortega y Gasset, cuatro años menor que De los Ríos. Éste visitó México en varias ocasiones. En 1926 fue nombrado profesor honorario de la Universidad de Morelia, el primer español en merecer tal distinción desde la guerra de Independencia; el 28 de diciembre del mismo año, pronunció una conferencia "El renacimiento intelectual español en 1900" en la Escuela Nacional Preparatoria, misma que llevó a la imprenta Manuel León Sánchez al año siguiente. Dos años después, el 28 de julio estaba de nuevo en San Ildefonso con la conferencia "Ortega y Gasset y su nueva integración de romanticismo e idealismo en la visión de la cultura". Volvió a aparecer por México después de la guerra del 3 al 7 de junio de 1940 cuando pronunció una serie de conferencias en Morelia -en donde estuvo con Alfonso Reyes-, bajo el título "El moderno socialismo humanista" y que recuerda su conocida obra *El sentido humanista del socialismo*. Finalmente, a sólo dos años de su muerte, estuvo en el Centro Español de la

escritos *Monografías, La demografía mexicana, La conquista espiritual de la "tierra de guerra" y La evolución del noroeste de México*, se sostiene buena parte de la argumentación más conciliadora acerca de la relación entre los conquistadores españoles y los indios. Años después, en su clase de Conquista de México en la Facultad de Filosofía y Letras, Ortega seguía a Mendizábal, este erudito y activo indigenista que tanto le enseñó.

No deja de estar presente, en la segunda parte del "Ensayo sobre la conquista española", la historiografía marxista que viene en auxilio de los defensores de los conquistadores españoles al exaltar la figura de un tal Yermack que conquistó Siberia en el siglo XVI:

También el conquistador ruso contemporáneo de Cortés, cayó sobre las tribus siberianas en son de guerra y conquista; no obstante, la URSS, el país donde se hacen realidad los avances sociales, reconoce que dentro del concepto dialéctico materialista de la Historia, Yermack supone una realidad creadora y revolucionaria si lo consideramos en atención al desenvolvimiento dialéctico que presupone salto o "abreviación de la evolución", justificándose con ello la realidad de la demoledora frase de Marx: "La historia de la Humanidad es la Historia de la lucha de clases".²²

No se pasa por alto una alabanza a Las Casas, aunque se reducen las cifras de las muertes indígenas que acarreó la conquista pues se atribuyen no sólo a las armas de los conquistadores sino a las enfermedades que éstos y sus animales difundieron. Por otro lado, cuentan a favor de la conquista el humanismo español, la evangelización de los frailes, los ideales de la época y el común humano deseo de fortuna, seguridad y libertad,

[...]el afán de riqueza en cuanto consideraron que el disfrute y goce de éstas no habían de dañar a Dios y pensaban que no es el hombre pobre el más grato a Dios sino el que las tiene mayores.²³

ciudad de México en donde habló acerca del "Sentido y significación de España", el 17 de enero de 1945. Véase *Ciencia y Conciencia*, La Habana, Universidad de La Habana, 1956.

²² Jiménez y Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 34.

²³ *Ibid.*, p. 28. Volveremos a este asunto a propósito del calvinismo.

En suma, se concluye que la conquista había sido obra del individualismo español, el cual la corona domó al establecer una colonización estrictamente controlada. Por lo que se refiere a la evangelización, la apreciación es similar: una primera, de tendencia humanista, la de la *Philosophia Christi*, sostenida por Carlos V, el último monarca cristiano de miras universales, fue por desgracia sustituida por la de la Contrarreforma, nueva iglesia de la que sale sobrando enumerar los calificativos que recibió. Mas ante el hecho consumado de tres siglos de historia colonial con sólo unos inicios rescatables, no queda sino superar ese pasado “cimenta[ndo] fuertemente la personalidad de la nacionalidad mestiza”.²⁴ La de un mestizo que surge de la unión del indio con el siete veces mestizo español.²⁵

Si nos hemos detenido en este trabajo no es por sus méritos historiográficos. El mismo Ortega y Medina lo omitió en sus diversos currículos cuyo apartado de artículos se inicia siempre con el ya mencionado que apareció en el libro de Gurría Lacroix. El trabajo no es de su exclusiva autoría y él era en esos momentos un joven republicano a quien la derrota había exaltado más, con una buena dosis en su formación tanto de humanismo como de marxismo, deseoso de defender la hispanidad no sólo a la usanza establecida por la generación del 98 sino de una manera mucho más urgida ante el clima proindigenista que prevalecía aquí en esos momentos. De ahí su gran esfuerzo por encauzar su híbrido bagaje hacia un logro vital, meta siempre perseguida, la de reivindicar a España, su patria.²⁶

²⁴ *Ibid.*, p. 59.

²⁵ La defensa del mestizo mexicano procede, por supuesto, de Abreu Gómez. La del español, de *Cornucopia Mexicana* de José Moreno Villa, compatriota republicano de Ortega.

²⁶ El celo por cumplir sus fines llevó a estos jóvenes a cambiar una frase de un párrafo de Ángel Ganivet que dice “...nuestras famosas Leyes de Indias a las que tampoco se dio el debido cumplimiento, por lo mismo que eran demasiado buenas. Pero nadie nos quita el gusto de haberlas dado para demostrar al mundo que si no supimos gobernar, no fue por

Si la historia de tendencia marxista o materialista o la corriente más general de la historia económica se mostraban fecundas en México,²⁷ no eran las únicas versiones de Clío que aquí se practicaban. A partir de 1930 se inició la fundación de una serie de instituciones de tipo humanista.²⁸ Entre las dedicadas a la historia cabe señalar el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en 1930, el Fondo de Cultura Económica en 1934, la Sociedad Mexicana de Antropología en 1937,²⁹ el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939. También, y a iniciativa de don Alfonso Reyes, abrió sus puertas en 1938 la Casa de España, con el objeto de acoger a los intelectuales españoles acosados por la guerra civil. En septiembre de 1940 se convertía en El Colegio de México en el que, al año siguiente, se iniciaría el Centro de Estudios Históricos.³⁰ La Casa de España acogió a destacados españoles en las más variadas ramas del conocimiento humano, sobre todo en las humanidades.

falta de leyes, sino porque nuestros gobernados fueron torpes y desagradecidos." La última frase quedó en el texto estudiantil "sino por la irrealidad de los principios", una atinada manera de corregirle la pluma a Ganivet y una idea de Ortega que después volverá a repetirse. Era imposible que en un texto que buscaba la armonía de los contrarios en la integración mestiza se escribiera tal aseveración de Ganivet, por lo que se perdona el pecadillo en el que caía con frecuencia Don Carlos María de Bustamante. Cabe añadir en desagravio de don Juan que dicha cita no aparece ya en el artículo del libro *Cortés ante la juventud* de Gurría Lacroix. Ganivet, *Idearium Español y El Porvenir de España*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940. p. 166. Jiménez y Ortega y Medina, *loc. cit.*

²⁷ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1977. p. 139.

²⁸ Luis González, "La pasión del nido" en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 100, v. XV, n. 4, abr-jun, 1976. p. 531.

²⁹ La idea fue de Wigberto Jiménez Moreno y Manuel Othón de Mendizábal y contaron con el apoyo de Rafael García Granados y Alfonso Caso. Carlos Martínez Marín, "Wigberto Jiménez Moreno" en *Historiadores de México en el siglo XX*, p. 216.

³⁰ La Casa de España había tenido como distinguido becario en 1939 al historiador Ramón Iglesia, amén de preocuparse por traer a México a don Rafael Altamira. Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988. (Jornadas, 113) p. 104-106 y 138. El Centro de Estudios Históricos tuvo como alumnos en sus tres primeras generaciones, 1941, 43 y 46, a Carlos Bosch García, Manuel Carrera Stampa, Hugo Díaz Thomé, Alfonso García Ruiz, Pablo y Enrique González Casanova, Luis González, Enriqueta López Lira, Luis Muro, Susana Uribe, María del Carmen Velázquez y Ernesto de la Torre Villar quien recuerda "la rigurosa disciplina nos hacía ser cautos y rigurosos en nuestros conocimientos...nos había acostumbrado a la seriedad y al rigor, a la labor paciente y a la reflexión profunda". Luis González, *idem*.

En sus memorias, Luis González evoca a profesores y alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, en donde convivían los más ortodoxos que cultivaban una historia al estilo de Leopoldo von Ranke y de John B. Bury como Silvio Zavala y el español Rafael Altamira y los relativistas entre los que destacaba Ramón Iglesia que proclamaba

‘El historiador nace, no se hace.’ ‘La historia es un conocimiento eminentemente inexacto.’ ‘El verdadero historiador no recopila, crea.’ ‘El historiador digno de tal nombre tendrá que ser como los artistas, un creador.’ Gaos afirmaba: la función del historiador es “articular el pasado desde el punto de vista del presente con miras al futuro, pero esa función no se desempeña ‘únicamente como se quiere’, sino que en gran parte ‘como impone la naturaleza de las cosas humanas; por lo que es vano prescribir o prescribirse lo que de todas suertes será únicamente descriptible.’³¹

Inquietudes políticas y sociales en el campo de la educación y diversas instituciones que fomentaban el estudio de la historia, dieron lugar a debates acerca de la enseñanza de la historia como los promovidos por Chávez Orozco o, todavía más, sobre la ciencia de la historia y la indagación de las características del conocimiento histórico. En 1945, en un Seminario sobre Métodos de la Enseñanza de la Historia participaron Teja Zabre, Vito Alessio Robles, Alfonso Caso, Edmundo O’Gorman y Silvio Zavala; una discusión entre estos dos últimos dio lugar a que la Sociedad Mexicana de Historia organizara en el mes de junio unas reuniones en El Colegio de México, que hicieron época, para debatir el problema de la verdad histórica entre los partidarios de la “postura tradicional científicista y la postura contemporánea historicista”.³²

El encuentro de los restos de Cortés en 1947, seguido oportunamente por los de Cuauhtémoc dos años después, azuzaron de nuevo la conciencia histórica de los mexicanos aunque tiñéndola de un nacionalismo indigenista

³¹ Luis González, *op. cit.*, p. 537. Véase también del mismo autor “Sobre la invención en la historia” en Álvaro Matute, *Teoría de la historia en México, 1949-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974. (Colec. SepSetentas, 126).

exacerbado. Por fortuna, nuestro historiador en ciernes, se encontraba ya bajo el cobijo más seguro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, ubicada en el por tantos añorado edificio de Mascarones, en donde tenían menos cabida los vendavales patrioteros. En 1944, al mismo tiempo que cursaba su último año en la Escuela Normal Superior, asistía a Mascarones y acreditaba las materias del primer año de la maestría en Historia.³³

2. La Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones.

Con nostalgia, Ortega recordaba que había llegado a la Facultad cuando “se hallaba en pleno apogeo lo que he llamado ‘el milagro de Mascarones’”. Milagro que se había dado gracias a la interacción de los “maestros de maestros” mexicanos y españoles que ahí enseñaban. Consideró un privilegio el haber sido alumno de Antonio Caso, Rafael García Granados, Arturo Arnáiz y Freg, los dedicados a la historia del arte Justino Fernández y Francisco de la Maza, Leopoldo Zea, su amigo hasta el final de sus días, y entre otros más,

³² Alvaro Matute, *op. cit.*, p. 33.

³³ En su Expediente de la Facultad de Filosofía y Letras se encuentran sus certificados de estudios correspondientes al grado de Maestro en Historia especializado en Historia Universal y al de Doctor en Letras con la misma especialidad que el grado anterior. En el primer expediente con número 21/224/48521-2876 aparecen doce materias cursadas en 1944, nueve al año siguiente, sólo seis en el 46 y diez en el 47. Llama la atención que el segundo expediente con número 21/224/48521-4133 contiene en su mayoría materias de contenido filosófico, cursadas en los mismos años que las de la maestría: dos en 1944, una en el 45, dos en el 46 y finalmente una más en el 47. Sus calificaciones son en su mayoría de diez y el único 7 lo tuvo nada menos que en el primer semestre de Artes Plásticas en España en 1944, el año en que asistía a las dos escuelas. En la Normal no obtuvo ningún título, sólo un documento que le permitió inscribirse en la UNAM. Por otro lado, sorprende que en ninguno de sus currículos especifique los años en que cursó en la Normal sus estudios, sólo proporciona las fechas de sus exámenes. En cambio, en un escrito, menciona que en el año de 1945 ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras, cuando por sus expedientes sabemos que el mayor número de materias que cursó en un año fue en el de 1944. “Espíritu y vida en claro”, p. 8. Además, entre las citas en *Reforma y Modernidad*, su tesis de maestría de 1952, encontramos los apuntes de un “Curso sobre Historia de América” de Edmundo O’Gorman en la Facultad de Filosofía y Letras en 1943, mismo que en su expediente aparece como cursado en 1944.

Edmundo O'Gorman, por entonces, como lo apellidó Larroyo, *l'enfant terrible* de la historiografía mexicana... Por lo que respecta a mi encuentro o reencuentro, a veces, con antiguos profesores españoles, básteme nombrar a José Gaos, a García Bacca, a Joaquín Xirau, a Rafael Sánchez de Ocaña y a Pedro Bosch Gimpera. Todos, españoles y mexicanos me enriquecieron intelectualmente y, sobre todo los primeros, me enseñaron a comprender el entrañable ser de lo mexicano hasta el punto en que esto puede ser históricamente aprehendido; los segundos me dieron una nueva orientación para entender la historia de España, al margen de la interpretación tradicional, acartonada, cosificada y pues falsa.³⁴

Sin embargo, pareció relacionarse más con sus maestros mexicanos que si, como él decía, le dieron indudablemente otra perspectiva para apreciar la historia de España,³⁵ no menos lo ayudaron a conocer la de México. Inició entonces una cercana relación intelectual con Edmundo O'Gorman, Justino Fernández y Francisco de la Maza hecho que lo ubicó entre los historiadores historicistas. Fue la época del apogeo de José Ortega y Gasset cuyo pensamiento, al igual que el de Dilthey, fue difundido por Gaos, tanto en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras como en las de El Colegio de México.

Dos vertientes íntimamente vinculadas integraron el historicismo mexicano. La primera fue el desarrollo de su peculiar realidad histórica en Europa, una de cuyas ramas, la hispánica, fue trasplantada a tierras americanas. La segunda, el interés, la actividad y la disconformidad intelectual de algunos pensadores mexicanos que, tras la Revolución, iniciaron la búsqueda de alternativas a una caduca historiografía incapaz de abandonar las viejas

³⁴ *Ibid.*, p. 8 y 9. Con un vago "reencuentros" hace alusión a sus cursos en la Universidad Central de Madrid de la que habían sido rector y secretario general José Gaos y José Miranda respectivamente, durante la guerra. La diferencia con la información detallada que ofrece Sánchez Vázquez de su estancia en la Universidad Central de Madrid vuelve a ser notable. *Del exilio en México*, p. 50-52.

³⁵ Joaquín Xirau consideraba que "en México había descubierto a España". Ramón Xirau, "Memoria de Joaquín Xirau" en *op. cit.*, p. 28.

disputas decimonónicas entre liberales y conservadores, aun cuando estuvieran disfrazadas con ropajes nuevos y científicos.

Las propuestas historicistas cayeron como anillo al dedo de jóvenes mexicanos como O'Gorman y Justino Fernández, asiduos lectores de la *Revista de Occidente*, órgano del recio vitalismo español encabezado por Ortega y Gasset. O'Gorman abandonó la práctica de la abogacía preocupado por cuestiones de índole filosófica y, desde el Archivo General de la Nación, al incursionar en la historia, empezó a preguntarse por la labor de sus colegas y, con el aliento de los recién llegados españoles, desarrolló sus tesis historicistas:

Con el fin de la guerra civil en España sucedió algo que tuvo positiva trascendencia para la vida cultural de México y para la de nosotros en particular: arribaron a nuestras playas del intelecto profesores que sólo conocíamos por sus escritos. Desde sus primeras conferencias, el doctor José Gaos nos abrió los ojos en muchas direcciones; era como encontrar a un viejo amigo.³⁶

Eugenio Ímaz se encargó de la traducción y el estudio de Dilthey, el padre fundador,³⁷ mientras Gaos, junto a las enseñanzas de su maestro Ortega y Gasset, difundía la obra de Martín Heidegger, que tanto peso tuvo en O'Gorman. Por su parte, Ramón Iglesia trabó una fructífera amistad con éste que los llevó, junto con Gaos, a emprender una polémica con la escuela positivista.³⁸ O'Gorman, por su parte, haría su propia aportación con *Crisis y*

³⁶ Justino Fernández, "Edmundo O'Gorman, su varia personalidad", en Juan A. Ortega y Medina ed., *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje de Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas y Facultad de Filosofía y Letras, 1968. p. 15.

³⁷ *Obras de Wilhelm Dilthey*, 9 vols, tr. y prólogos de Eugenio Ímaz (también colaboraron en la traducción José Gaos y Wenceslao Roces), México, Fondo de Cultura Económica, 1945. Eugenio Ímaz, *Asedio a Dilthey*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1945.

³⁸ Ortega y Medina, "Prologo: Combates por la Historia" a Ramón Iglesia, *Cronistas e Historiadores. Ciclo de Hernán Cortés*, México, Biblioteca de la Ciudad de México, 1990. p. 11

porvenir de la ciencia histórica,³⁹ pero especialmente con sus estudios acerca de la idea del llamado “descubrimiento de América”, a la cual le atribuyó la historicidad que se le había negado, y que le permitieron desarrollar su muy conocida tesis sobre la invención de América. Aún más, don Edmundo mostró que no sólo había un historicismo teórico o una filosofía historicista sino que también podía practicarse exitosamente una historia historicista al tiempo que dirigió el camino del historicismo, más decididamente, por la historia de las ideas, el cual también fue seguido por Ortega y Medina, su “alumno más viejo... pero no el más antiguo”.⁴⁰

Ortega, recién llegado de la Escuela Normal Superior, se encontró en Mascarones en medio de “aquel elitista y un tanto recoleto ambiente estudiantil, que me pareció en un principio hartó cursi”, pero al que pronto se acostumbró. Más le sorprendieron las enseñanzas de sus profesores tan en contraste con lo aprendido en la Normal en donde lo habían “atiborrado de metodología histórica naturalista y rebosado de insolente y, pues, juvenil ignorancia de la ciencia pseudomarxista”.⁴¹ De inmediato fue apresado por las “estupendas, profundas, bellísimas, ingeniosamente expuestas e inquietantemente problemáticas, demoledoras” lecciones de O’Gorman.⁴² Pero fue alto el precio pagado por ellas. Si años después fue orgulloso galardón haber sido discípulo

³⁹ México, Imprenta Universitaria, 1947.

⁴⁰ Ortega y Medina “Y va de cuento” en Ortega y Medina *ed.*, *La obra de Edmundo O’Gorman*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1978. p. 11.

⁴¹ *Idem.* Remembranza más acomodada al momento en que fue escrita, cuando se defendía, después de 1968, de no ser un historiador marxista, ya que cuando llegó a Mascarones conocía el pensamiento de Ortega y Gasset, Gaos, Iglesia o Xirau, pues se ha visto el esfuerzo que hizo por introducir a estos autores en el grueso esquema marxista-economicista de su *Ensayo sobre la Conquista Española*.

⁴² “Y va de cuento”, en *La obra de Edmundo O’Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 12. “Y va de cuento” es una expresión, poco usual en México, que sirve para dar inicio a la narración de una conseja, una historia o una anécdota. Seguramente Ortega conocía este sentido popular de la expresión, aunque también es posible que lo haya tomado de una breve narración biográfica de Miguel de Unamuno titulada así: Miguel de Unamuno, “Y va de cuento”, en *Obras completas*, 16 vols., Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, vol. 2, p. 774-779.

de O'Gorman, en Mascarones lo fue de "incomprensiones, resentimiento y de no disfrazado menosprecio".⁴³ Resta añadir que la huella ogormaniana también se deja sentir en la notable inclinación de Ortega por polemizar con sus adversarios.⁴⁴

En 1952, con una diferencia de ocho meses, Ortega presentó en la Facultad de Filosofía y Letras sus exámenes de maestría y de doctorado.⁴⁵ El contenido de la investigación del último lo constituyen sus tesis historiográficas más originales, sostenidas por una vasta erudición y que conformaron buena parte de sus obras más conocidas, *Destino Manifiesto*,⁴⁶ *La evangelización puritana en Norteamérica*⁴⁷ y *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*⁴⁸ temas de nuestro estudio. Se comprende, dada la envergadura del trabajo, que le llevara dedicado un buen tiempo atrás, que la tesis de maestría, que él mismo presenta como una introducción al tema de la segunda, había sido escrita aún con mayor anterioridad y, como veremos, probablemente en distintos momentos. Por ahora, bástenos decir que para 1952 tanto el

⁴³ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁴ No se olvidan las famosas polémicas que don Edmundo emprendió contra Lewis Hanke, Silvio Zavala y Marcel Bataillon. *Vid.*, Carmen Ramos, "Edmundo O'Gorman como polemista", Ortega y Medina *ed.*, *Conciencia y autenticidad histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968. p. 49-67.

⁴⁵ El director de la Facultad de Filosofía y Letras era entonces don Samuel Ramos. En el primer examen Ortega presentó la tesis "Reforma y Modernidad" y fueron sus sinodales Paula Gómez Alonso, Edmundo O'Gorman, Luis Weckman, José Luis Curiel y Gabriel Aguirre, mientras que en el segundo lo fueron Rafael García Granados, Paula Gómez Alonso de nuevo a cuenta, Federico Gómez de Orozco, Francisco de la Maza y Ernesto de la Torre Villar. Su tesis se titulaba "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica".

⁴⁶ *Destino Manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*. México, Secretaría de Educación Pública, 1972. Una segunda edición en México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Alianza Editorial Mexicana, 1989 (Colec. Los Noventa, 8).

⁴⁷ *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi Sunt Indi*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976 (Colec. Tierra Firme).

⁴⁸ *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1981 (Serie Historia General, 12).

pensamiento como el estilo de Ortega estaban definidos, conservándose invariables salvo en la incorporación de nuevos temas que abordó.

“Reforma y Modernidad” está integrado por un breve prólogo, una larga introducción que abarca una cuarta parte del total de cuartillas y cinco capítulos que corresponden al cuerpo de la tesis y se titulan “El dogma de Lutero”, “El dogma de Calvino”, “La reforma y el capitalismo”, “Reforma, revolución y modernidad” y “La reforma y las ideas económicas liberales”; amén de finalizar con unas largas conclusiones.⁴⁹

Tanto en el prólogo como en la conclusión, Ortega insiste en que a pesar de la discordancia que pareciera haber entre la susodicha introducción y el cuerpo capitular de la tesis, no hay tal. Nos explica así que el problema tenía su origen en el título mismo de la tesis, cuya vaguedad prefirió al más preciso que tenía en mente en dos versiones casi idénticas: “Una introducción a la conciencia histórica anglo-sajona sobre América” y “Prólogo para un estudio acerca del pensamiento anglo-sajón sobre América”, nombres que establecen más claramente la relación con el estudio de la evangelización puritana en Norteamérica de su tesis de doctorado y con su primer libro *México en la conciencia anglosajona*.⁵⁰ Sin embargo, en la tesis que ahora nos ocupa no

⁴⁹ Cuando iniciamos nuestra investigación, Alicia Mayer generosamente nos proporcionó, entre otros escritos de Ortega y Medina, dos copias mecanografiadas de “Reforma y Modernidad”. Por el índice y por comenzar el escrito en la página 41, pronto nos dimos cuenta de que faltaba la parte correspondiente a la Introducción. Afortunadamente en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras encontramos un ejemplar completo. Cuando conocimos el contenido de la Introducción comprendimos que faltaba en nuestras copias porque Ortega seguramente echó mano de ellas cuando las dio a la imprenta. Primero, bajo el título de “La ‘Universitas Christiana’ y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI” en *Filosofía y Letras*, Revista de la FFL, núm. 51-52, jul-dic, 1953. pp. 159-189. Por segunda ocasión, con el mismo título, en su libro póstumo *Reflexiones Históricas*, en el que recogió una serie de escritos ya publicados cuyo común denominador podía decirse que era Hispanoamérica. En este momento Alicia Mayer prepara la publicación de la tesis de Ortega por encargo expreso de él.

⁵⁰ México, Porrúa y Obregón, 1953 y 1955.

aparece aún esta “conciencia” sobre América, cuando mucho puede intuirse la que se tuvo de España, razón del escribir de Ortega. Así, él mismo señala

[...]porque, en realidad, la tesis sólo en intenciones y de modo alusivo secundario se interesa en dicha conciencia o pensamiento históricos anglosajones; aunque trata de ser pensamiento fundamental para ambos; pero no ya aquí sino en otro trabajo futuro cuya premisa básica será la que presentamos ahora.⁵¹

Y como la característica fundamental del pensamiento anglosajón era su modernidad que arrancaba de la Reforma protestante, al igual que la “antimodernidad” española -que gracias al historicismo deja de ser decadencia- era necesario el estudio del cambio operado en la cristiandad en el siglo XVI, ya que no sólo explicaba el éxito germánico, sino que esclarecía el “fracaso de las [naciones] de origen latino que permanecieron católicas”, especialmente España. Amén de que los pueblos hispánicos habían sufrido la modernidad “no por cortedad de luces, sino un poco como a regañadientes o como huéspedes a veces extraños y los más, morosos”.⁵² Este era un viejo tema que no sólo atormentaba a los españoles desde el siglo pasado sino que también los dividía ante el dilema del camino a seguir. Si una opción de cambio había sido la imitación del modelo sajón, el socialismo presentó otra que los republicanos adoptaron, pero de la que algunos de los exiliados no estaban ya tan seguros y que parecieron querer olvidar para retomar su hispanidad a partir del siglo XVI y de Cervantes.

Entre quienes insitieron en ello se cuenta a Fernando de los Ríos, único profesor al que Ortega recuerda de los cursos a los que asistió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid en 1935. De los Ríos había escrito en 1927 *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, por

⁵¹ “Reforma y Modernidad”, p. 2.

⁵² *Ibid.*, p. 2 y 3.

constituir éstos “el tema vital de la cultura” hispánica y durante el siglo⁵³ en que la cristiandad se escindió, lo que vuelve su visión más universal y le permite expresar que, a diferencia de otras naciones europeas, en España había ya, en el siglo XVI, una conciencia de nación, como lo mostraba el hecho de que *Gargantúa y Pantagruel* fuese una obra humanista y, en cambio, *El Quijote*, la “esencia” de España, el símbolo de su alma.⁵⁴ Observaba también que la reforma religiosa llevada a cabo por el Cardenal Cisneros fue más disciplinaria que dogmática por lo que condujo a nacionalizar a la iglesia, a que se identificaran patria y religión, lo que explicaba el peso tan grande que ésta había tenido en los asuntos de Estado. Por lo mismo, esta iglesia sostuvo un catolicismo *sui generis* que llevó a los reyes españoles a enfrentarse con el papado romano⁵⁵ y añadió (forzando un tanto la realidad probablemente pensando en la España en la que él acababa de sufrir la cárcel), que se dejó en libertad de irse a los moriscos que no se convertían, dándole “una posibilidad a la conciencia disidente para romper los lazos políticos.”⁵⁶ Además, De los Ríos disculpó al moderno estado español del siglo XVI porque si ejercía el poder, ya fuera convenciendo o sojuzgando, lo hacía por razones religiosas, no como ocurría en sus días “por razones no tan altas y espirituales, sino por motivos económicos o políticos”. Entonces, el objetivo del estado español había sido la conquista de las almas para salvarlas, actuando como el “instrumento histórico de la ética católica”.⁵⁷

La peculiaridad española, ya bien definida, se acentuó todavía más con la Reforma protestante, acontecimiento que rompió la relación

de los diversos paganismos y las fuerzas ascéticas aportadas por el helenismo y por Judea. Con el sayal cristiano se han vestido los

⁵³ De los Ríos, *op. cit.*, p.32.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 189.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 40.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 43 y 47.

meridionales para cubrir su politeísmo ascético, a fin de gozar contemplativamente símbolos explicativos de los valores trascendentales. Pero con ese mismo traje los pueblos germanos han cubierto su alma ansiosa de acciones, crédula para cuanto signifique instintivismo y codicia de bienes terrenales.⁵⁸

En suma, tras la Reforma que rompió la unidad entre el pensar y el hacer o, puesto en otros términos, entre la libertad y la responsabilidad de las acciones, ante la disyuntiva de salvarse por la fe o por las obras, quedó perfilada la tendencia de los españoles hacia lo universal en lo que se refiere a la espiritualidad y hacia el individualismo en los asuntos terrenales; los ingleses, en cambio, se definieron a la inversa: individualistas en lo espiritual pero ávidos de universalidad en lo terreno.⁵⁹ La tarea que De los Ríos se propuso en 1926, a través de su obra, era restablecer la unidad, que la Reforma había roto, mediante la “conciliación orgánica entre el elemento historicista y el renovador”.⁶⁰ Mas no una conciliación a la manera racionalista de los siglos XVII y XVIII que había desembocado en un mecanicismo interesado tan solo en la “creación de riquezas materiales y dominación por la guerra, sino religiosa, a través de la emoción y que defendiese “la supremacía incuestionable de los valores espirituales y el sentido religioso de la existencia”.⁶¹ En todas estas reflexiones puede verse la huella universalista que el krausismo había dejado en De los Ríos y que él mismo expresó de la siguiente manera:

cuán alejadas pueden vivir las actividades de razón de las formas nobles de proceder, y cuánto más fácil de conseguir es instruir que incorporar a la vida los contenidos de conciencia o educar y dar a la conducta íntima y veraz exquisitez; se vio, en suma, la mesurada función que a la razón compete en la obra de formar los destinos

⁵⁸ *Ibid.*, p. 34 y 35.

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ *Ibid.*, p. 51.

⁶¹ *Ibid.*, p. 51 y 52.

humanos, [...] el problema de la significación del espíritu en su unidad y, en conjunción con él, el de discernir el sentido de la vida.⁶²

Por su parte, Ortega no busca restaurar la unidad que la Reforma había roto, sino explicarse y comprender a España. Es evidente que no fue el único entre los emigrados, sino sólo uno de los muchos que abordaron el significado de la España del siglo XVI, aunque las razones y modos variaran de un autor a otro, facilitándole una visión más amplia y hasta polémica.⁶³ Lo mismo puede decirse acerca de la historiografía de la conquista de México, ya que Ramón Iglesia le había dado un nuevo enfoque con su estudio sobre Bernal Díaz del Castillo, interés que continuó O'Gorman al publicar la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo. Ahora bien, el estudio de la conquista española implica el de la propia España y O'Gorman definió el espíritu mesiánico de ésta como “la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo, como el elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica hasta la consumación de los tiempos”.⁶⁴

⁶² *Ibid.*, p. 32 y 33.

⁶³ Sobre todo acerca del posible destino español en el África en el siglo XVI, mas no podía pensarse más en él en el XX como lo querían historiadores que parecían sufrir de la “típica manifestación romántica”. Asunto por demás teñido por los intereses políticos contemporáneos. *Ibid.*, p. 12.

⁶⁴ O'Gorman, prólogo y selección de *Sucesos y diálogos de la Nueva España* de Gonzalo Fernández de Oviedo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946. p. xxvi. Menéndez Pelayo define también este espíritu providencialista en sus *Heterodoxos Españoles*, obra muy cara a Ortega. Buenos Aires, Editorial Emecé, 1945. 5 vol. Mas O'Gorman había abrevado en el caudaloso río de los pensadores españoles que desde el siglo pasado se preguntaban por el pasado y futuro de la suerte de España y que se creció con los desolados intelectuales republicanos que no acertaban a comprender la derrota de su causa, pero que a la vez incorporaron nuevas formas de pensar con la introducción del historicismo. Con estas ideas nutrió a sus discípulos que en su mayoría se dedicaron a la historia de México, aunque no faltaron quienes como Ortega y, con anterioridad, Consuelo Corinado, labraron el terreno hispano, aunque no obtuvieron los mismos frutos. Ésta escribió: “En apariencia, la decadencia de España se establece en relación a su pasada grandeza y en relación a Inglaterra. Pero no constituyen dos problemas, ya que el primero es falso. Tan solo es una respuesta o defensa que realiza el pueblo español a fin de mostrar que él también tuvo su época de poderío. A la grandeza de Inglaterra, que es la que marca su decadencia, oponen la grandeza de sus glorias pretéritas”. *El diálogo*

Cabe aquí recordar la influencia determinante que ejerció el pensamiento o'gormaniano en Ortega no sólo a través de su interpretación historicista sino también de su particular visión del tema americano. Cuando se conocieron en Mascarones, O'Gorman ya había expuesto, con la contundente lógica y brillantez que lo caracterizaba, su idea sobre las más vitales diferencias que semejanzas entre la América hispana y la sajona.⁶⁵ Y aunque lo más destacado en este escrito es el recurso de su tesis historicista para demostrar que si lo que distingue a cada una de las Américas, lo que les da ser, es su propia historia, es imposible que puedan tener una historia común, porque se trataría entonces de una sola América.⁶⁶ Así, al explicar el origen de las dos Américas, lo que él llamó "la peripecia de América", apuntaba que está inextricablemente ligado al conflicto religioso que dio lugar al mundo moderno: la reforma protestante que dividió a la cristiandad entre los que velaban por el "saber de salvación" y los que cultivaban el "saber de dominio" basados en el desarrollo de las ciencias experimentales. A esto añadió unas palabras que al ser leídas por Ortega actuarían como bálsamo a la vez que inspiración:

El nuevo proyecto vital fue dominar la naturaleza con la *blitzkrieg* de la ciencia experimental. Europa se lanza desaforada por este camino, y España, la campeona de los valores antiguos, se queda atrás. Para Francia la nueva vida es una gran experiencia que pronto se intelectualiza. Francia que en el corazón permanece católica, es por eso la gran pecadora. Pero Inglaterra, la protestante, hace suyo el momento y con su genio político sube a la torre de mando para ocupar

hispano-inglés. Tesis para optar al título de Maestra en Historia Universal. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1947. p. 178.

⁶⁵ "¿Tienen las Américas una historia común?", México, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras No. 6, abril-junio, 1942. p. 215-235. Ponencia que había presentado en la Reunión Anual de la American Historical Association del 29 al 31 de diciembre de 1941 en Chicago. Con ella respondió y criticó la postura de Herbert Bolton quien, en "The epic of a greater America" en *The American Historical Review*, xxxiii:3 (abril, 1933). p. 449-474, había dicho que las Américas tenían una historia común. Véase Mauricio Tenorio Trillo, "De encuentros y desencuentros: La escritura de la Historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera" en *Historia Mexicana*, xlvi:4 (abr-jun, 1997) p. 894.

⁶⁶ O'Gorman, *op. cit.*, p. 218-224.

el lugar de España cuya estrella declina en el cielo político de Europa. Este es el profundo sentido de eso que se llama la decadencia de España. Da grima oír hablar de esa decadencia como consecuencia de ciertos factores económicos, administrativos o raciales. La actuación de España como adalid de la antigua fe no tiene en sí nada de decadente; es, por lo contrario, vigorosa y heroica. Lo que pasa, y esto es lo decisivo, es que es una situación que no está a la altura de los tiempos. Pero es muy posible que el retroceso hispánico esconda un admirable secreto del proceso histórico de la cultura cristiana, que consistiría en la necesidad vital de conservar ciertos valores que le son a ella constitutivamente esenciales. Esto requería un elevado precio: la pérdida del mando y España pagó el precio. Su sacrificio conservó esos valores antiguos que el nuevo sentido de la vida no tuvo, en su precipitación, el genio de digerir; hoy es la hora en que vemos que ese sacrificio no fue vano... Los límites que aquí se imponen no permiten describir con la necesaria amplitud y comprobación documental, todas las consecuencias de esa idea.⁶⁷

Su discípulo malagueño se echó a cuestras la tarea de explorar algunas de esas consecuencias, con toda la "amplitud y comprobación" requeridas.

Ortega titula las dos partes de la Introducción de "Reforma y Modernidad" como "El desvío de una misión providencial" y "La idea imperial de Carlos V".⁶⁸ De la versión providencialista que imprimía en los españoles el sello de cruzados, nuestro autor prefiere adoptar la africana, que era la de Fernando el Católico. Aún después de descubierta América, que a la postre acabó por distraer a los españoles, éstos no perdieron su entusiasmo por África. A la larga, la división religiosa y política de Europa sólo llevó a España a evitarse problemas en África en lugar de conquistarla, lo que incluso hubiera sido menos costoso para la monarquía y que finalmente fue llevada a cabo por los españoles renegados y moriscos andaluces que conquistaron tierras del Sudán: "ineluctable compromiso histórico y de similar espíritu de conquista y

⁶⁷ *Ibid.*, p. 227-230.

⁶⁸ En ambas se nutre del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal expresado en *La España del Cid* (1930) y *La idea imperial de Carlos V* (1940) y el de Marcelino Menéndez Pelayo en *Los heterodoxos españoles*, ya un clásico por entonces.

cruzada”.⁶⁹ En contra de la usual interpretación de que en el prólogo a su *Arte de la lengua castellana* Antonio de Nebrija adivinaba el imperio español en América al decir “siempre la lengua fue compañera del imperio”, Ortega asienta que en ese año de 1492 Nebrija pensaba en África:

Estamos seguros que cuando él se dirigía a la reina Isabel lo hacía en la confianza de interpretar fielmente no sólo el pensamiento de ella, sino el de todos los súbditos. Los viejos tiempos medievales en que el árabe fuera la *lingua franca* entre todos los reinos peninsulares había pasado a la Historia. El castellano iba a ser el idioma fuerte y apasionado de la conquista militar y de la misión religiosa; mas por el azar del destino no fueron los campos africanos, mas los americanos, los que recogieron la siembra y alzaron la cosecha.⁷⁰

En cuanto al emperador, Ortega exalta tanto la figura de Carlos como representante de la cristiandad, que parece soslayar que no era sino por su poder que se le temía tanto y no por su espíritu cristiano:

era esencialmente espiritual; soñaba, guiado por sus consejeros erasmistas, con la realización de la *Universitas Christiana*, él no deseaba aumentos territoriales, quería la felicidad de todas las naciones cristianas y de todos los hombres: felicidad en el mundo, felicidad en Cristo: *Philosophia Christi*. El viejo ideal de caballero se suma a la nueva tarea de armonizar la fe y el humanismo.⁷¹

Y en verdad que el emperador no dudó en recurrir a las armas, fuesen cristianos o no sus enemigos. Destaca que, además del turco, los enemigos del emperador eran el francés y el papado. Así, en el retraso del Concilio tuvo mucho que ver el papa, pues de realizarse las reformas que el emperador quería, quien se fortalecería sería éste y no Roma. Pero a quien más culpa Ortega del fracaso del rey español es a Francisco I. Con detalle examina el

⁶⁹ “Reforma y Modernidad”, p. 16

⁷⁰ *Ibid.*, p. 24.

⁷¹ *Ibid.*, p. 38-39.

discurso que Carlos pronunció en Roma en 1536,⁷² por el que reclamaba al rey de Francia que no le ayudase a combatir a los turcos. Sin embargo, pese a los buenos fundamentos de la acusación, el emperador no obtuvo respuesta porque, dice Ortega, se dirigía a una “cristiandad ya inexistente”.⁷³ Si bien Carlos no tuvo éxito en todas sus empresas, Ortega insiste en que los europeos y el papado tienen mucho que agradecer al emperador y a su reino:

[...] gracias a España, conviene proclamarlo porque a veces se olvida con demasiada y sospechosa frecuencia, aún se sienta en el solio de San Pedro un pontífice de la catolicidad.

Asusta pensar lo que hubiera sido de Europa, con los turcos ya a las puertas de Viena, si desengañado Carlos V por los egoísmos nacionalistas de Europa se hubiera retirado de su papel de paladín cristiano. Una embajada del Emperador enviada ante el rey Enrique VIII solicitando de él ayuda contra los turcos fue cortésmente recibida, y más cortésmente despachada con la respuesta de que en tanto que duraren las rencillas franco-españolas los ingleses no empeñarían ni un solo hombre, ni un solo barco contra el enemigo común de los cristianos. Inglaterra practicaba así con gran éxito la positiva y naciente política del equilibrio europeo. A pesar de la negativa Carlos no se amilanó y, manteniéndose en sus trece, pechó con las riquezas de su imperio y la sangre de sus soldados para salvar a Europa; no sabemos ciertamente que haya habido aún nadie, fuera de los de casa y aún así no todos, que se lo haya agradecido una pizca a España.⁷⁴

En suma, el mensaje de Ortega es claro. Desde antes de los viajes colombinos, España iba ya por buen camino: su espíritu providencialista la llevaba a continuar la vieja cruzada, el rescate del Santo Sepulcro vía el África.⁷⁵ Pero América, la reforma protestante y el cambio del eje económico

⁷² Fernando de los Ríos le había dado tanta importancia a este discurso que hasta lo incluyó en un apéndice. *Religión y estado en la España del siglo XVI*, p. 190-194.

⁷³ “Reforma y Modernidad”, p. 37.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 15 y 38.

⁷⁵ En el último artículo que Ortega escribió y que fue publicado tras su fallecimiento, volvía a insistir en este providencialismo que los españoles sentían presidía su espíritu de cruzados. “Propósitos y fines de la expansión” en Amaya Garritz, coord. y ed., *Un*

del Mediterráneo al Atlántico, la habían desviado de esa original misión cuyo paladín y último representante de la *Universitas Christiana* -que entonces se perdió para siempre-, fue Carlos y nunca Felipe que gobernó a la España ya católica después de que su padre había intentado “todos los remedios sin encontrar uno eficaz: actitud erasmista, persuasiva, conciliatoria, amenazadora, vengativa, reivindicativa y contrarreformista”.⁷⁶ Y aunque afirma que los humanos e idealistas ímpetus de los españoles se volcaron en América, deja una tenue duda de si no fue ésta un lastre para España, o la insinuación velada de que tampoco América agradeció “una pizca” los esfuerzos del pueblo que “había querido demasiado”.⁷⁷

hombre entre España y América, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993. p. 41-42 y 52-53.

⁷⁶ “Reforma y Modernidad”, p.153.

⁷⁷*Ibid.*, p. 40. Fernando de los Ríos divulgó la muy repetida frase que supuestamente le atribuyó a Nietzsche de “España es un pueblo que ha querido demasiado”. En diversas versiones, de menos a más creíbles, don Fernando repitió la anécdota de lo dicho por Nietzsche. Hasta donde tenemos noticia, la única vez que de los Ríos contó que había escuchado la frase de boca del propio filósofo alemán, caso imposible pues éste había muerto en 1900, se encuentra en *El renacimiento intelectual español*, p. 2, obra que no fue recogida en su *Ciencia y Conciencia*. Más tarde contó la versión de que cuando estudiaba en Jena y visitó a Frau Förster Nietzsche en Weimar, ésta le relató como en una ocasión su hermano, en uno de los pocos momentos lúcidos de que gozaba, al escuchar el nombre de España “irrumpió en la conversación, diciendo estas palabras dignas de él: “España, España, es un pueblo que ha querido demasiado...” en *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, p. 53. Esto lo repitió en las varias conferencias que pronunció en México, incluso la de 1945, que es muy probable que Ortega haya escuchado. *Ciencia y Conciencia*, p. 278 y 316. De los Ríos era dado a frases tales como la “sed de eternidad” de los españoles. *Religión y estado en la España del siglo XVI*, p. 189, o la “sed de absoluto” o “fundidora de sangre” en su última conferencia en México en 1945, “Significación de España” en *Ciencia y Conciencia*, p. 322 y 325. Ortega y Gasset recordaba cómo un amigo que había visitado Weimar le había platicado lo dicho por Nietzsche y que Ortega registró como “¡Los españoles! ¡Los españoles! ¡He ahí hombres que han querido ser demasiado!”, introduciendo en la frase el verbo ser que precisa el sentido de ambición que le daba don Fernando pero que podía confundirse con “amar”. “Tratado del esfuerzo puro” en *Obras Completas*, 5ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1961. v. 2, p. 557. Otra versión parecida la dio Gregorio Marañón en 1959, al comentar el patriotismo que había inundado España tras la guerra con Estados Unidos, que ese sentimiento fue “el motivo central de la generación del 98, que gustaba comentar la frase de Nietzsche: ‘España es un pueblo que ha querido ser demasiado’”. Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967. p. 586. Si hemos traído a colación las versiones de un mito moderno es porque Ortega y Medina no fue ajeno a la magia de la

En el prólogo de su tesis, Ortega insiste, con razón, en la unidad que la introducción guarda con el resto del trabajo, aunque ésta sólo se manifiesta a la vista del contenido de su tesis doctoral. En sí, la introducción es un texto completo que incluso pudo escribir sin tener en mente relacionarlo con su investigación sobre la reforma protestante; la “forzada” unidad de la tesis explica que haya sido desmembrada y la introducción dada dos veces a la prensa como un artículo.⁷⁸ Pero si estrictamente lo que Ortega nos dice de España está desligado de la forma en que estudia el tema del protestantismo, lo hace porque le interesa, por encima de todo, defender a España, como un objetivo que ya se perfilaba en su *Ensayo sobre la conquista española*, escrito cuando era alumno de la Normal Superior.

Las partes más prolijas de la tesis son las dedicadas a Lutero y a Calvino. Ortega no sólo se sostiene en una amplia y variada bibliografía, gran parte de ella contemporánea, sino que recurre al análisis directo de las obras de los dos reformadores. Puede hacerlo gracias a sus dotes de traductor, a sus conocimientos en teología y a su disposición para argumentar en el difícil terreno de la filosofía. Sin embargo, su estudio no se limita al análisis meramente religioso sino que los últimos tres capítulos están dedicados a la relación que esta profunda transformación espiritual guardó con los cambios que entonces sufrió la sociedad europea.

Por otro lado, reconoce haber “trillado en la misma era que trillaron” Dilthey, Max Weber, Ernst Troeltsch y Richard Tawney, cuyas obras había

supuesta frase de Nietzsche, tanto que la cita no sólo en su tesis de maestría, sino también en “La *Universitas Christiana* y la disyuntiva imperial de la España en el siglo XVI”, la introducción de dicha tesis, en *Revista de Filosofía y Letras* num. 51-52. México, UNAM, 1954. p. 189. En ambos escritos no cita su fuente pese a estar la frase en un largo párrafo entrecomillado y que sospechamos procede de De los Ríos. Sin embargo, en la segunda impresión del artículo en ciernes, el párrafo entero fue suprimido, pues ya la magia había cedido su lugar a la realidad. Juan Ortega y Medina, *Reflexiones Históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993. p. 73-105. *Vide infra* (cap. 5, la parte de El conflicto anglo-español) provisional

asimilado y difundía “para tapar un hueco de la criba informativa y rellenar [...] una fuente de escasa información”;⁷⁹ pero defiende su originalidad en la elección del tema, diciendo que se había ocupado de él mucho tiempo antes de que su paisano Eugenio Ímaz tradujera al español *El protestantismo y el mundo moderno* de Ernest Troeltsch en 1951, “traducción que se había hecho esperar mucho tiempo”. Él había consultado la versión inglesa de 1912, por lo que pareció dolerle que Ímaz aludiera a la “docta ignorancia” de los españoles sobre el tema, por lo que quiso ponerse a salvo de la crítica.⁸⁰ Esto confirma nuestra idea de que hacía ya algunos años que Ortega había elaborado, al menos, parte de su tesis de maestría.

Sin embargo, aunque en su momento hizo una buena síntesis del pensamiento protestante y su relación con el mundo moderno basado en los estudios más actuales, lo original de su trabajo se encuentra en las continuas referencias a España o al “sentimiento antilatino, antimediterráneo”, como lo llamaba Ortega y Gasset,⁸¹ y en su apasionada comparación entre el mundo católico y el protestante que responde a la muy extendida preocupación sobre el ser de lo hispano, exacerbado entre los que habían perdido la guerra y habían llegado a un México donde tuvieron que luchar a brazo partido por ganar el reconocimiento de la tierra natal.

Es así que en el capítulo dedicado a Lutero don Juan introdujo, suponemos que después de terminado éste,⁸² una “Interpolación previa” y otra “Interpolación segunda”, dedicadas a la prerreforma española y a la reforma

⁷⁸ Vid. nota 25.

⁷⁹ “Reforma y Modernidad”, p. 3.

⁸⁰ *Idem.* Ernest Troeltsch, *Protestantism and Progress*, tr. de W. Montgomery, New York, Putman’s Sons, 1912. Esta fue la versión que Ortega utilizó. En español se publicó bajo el título *El protestantismo y el mundo moderno*, tr. de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1951. (Breviario, 51).

⁸¹ “Reforma y Modernidad”, p. 48.

inglesa y que, junto con la germana, son confrontadas entre sí en sus aspectos sociales y económicos más que en los religiosos. En la explicación campean los intereses materiales, ya sean de la burguesía, la nobleza o el monarca, los nacionalismos y el peso de una “razón de estado” no muy bien definida ante la prevalencia de las ambiciones dinásticas en el siglo XVI y que, recordando a Gracián, Ortega llama “razón de establo”. Frente a una España de “vieja cultura milenaria y guerrera, agónica y cristiana” y un Cardenal Cisneros “evangélicamente sencillo”,⁸³ coloca a una Inglaterra pragmática que busca el desarrollo de las técnicas para dominar a la naturaleza, a la vez que inmanentista y que fue llevada a la reforma por la codicia.⁸⁴

Tras una cuidadosa exposición de la doctrina luterana de la *sola fide*, la profunda preocupación moral de Ortega lo hace arremeter contra las consecuencias de dicha doctrina en la conducta humana. Considera que, con el auxilio sólo de la fe para la salvación y la inutilidad de los méritos de las buenas obras, Lutero demostraba que

conocía bien poco el corazón humano, pues una vez que se rompía el resorte psicológico excitador de los méritos y esperanzador de la recompensa escatológica, la moralidad quedaba sin valor y la contraria campaba por sus respetos pese a todo lo que la fe luterana pudiera justificar e incluso santificar.⁸⁵

A pesar de que Lutero hubiera declarado que las obras buenas no hacían a un hombre bueno y en cambio uno bueno no las hacía malas, Ortega insiste en una “restricción religiosa o teológica para guiar y gobernar el corazón egoísta del hombre”.⁸⁶ La ética había sido desechada y el lugar que

⁸² Tampoco aparecen en el índice y están escritas a renglón seguido, a diferencia del doble espacio de toda la tesis. Por otro lado, no hay relación alguna entre el contenido de la “interpolación previa” y el de la introducción.

⁸³ *Ibid.*, p. 46 y 47.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 58-60.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 69.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 70.

había ocupado la Iglesia pasó al Estado que se encargó de legislar sobre asuntos morales, lo que cambiaría la visión humana de la vida:

El mundo del hombre no será, pues, ni valle de lágrimas, ni teatro teológico, ni realidad subsumida, antes bien será el escenario natural [...] para la actividad humana. Un mundo así pensado quedará por fuerza abierto de par en par a todos los apetitos, egoísmos y libertinajes.⁸⁷

Además, junto al mérito o no de las obras para la salvación, viene aparejado el de la existencia del libre albedrío. Ortega toma partido por el parecer de Erasmo que se oponía a la idea de que los hombres pudieran ser como los títeres de un “crudelísimo guiñol”; Dios no podía ser tan perverso tirano. Es verdad que conociendo las flaquezas de la naturaleza humana Lutero no podía menos que reconocer, extremando la doctrina de San Agustín, que a falta de méritos de las débiles criaturas, éstas sólo merecerían la gracia divina a través de la fe. Esta gracia la otorgaba Dios, en su omnipotencia, a quien le diera su divina gana. Él decidía, según dispensara su fe, quién se salvaba o no. Aunque Ortega no emprende por sí mismo la defensa del libre albedrío, se refiere a la “servidumbre de la libertad” y evoca la tragedia del destino humano, tal como la concibió Lutero, quien, cuando pudo medir el alcance de su doctrina en el corazón de los hombres, llegó a decir “Dios obra a veces como un loco”.⁸⁸

En cuanto al análisis que Ortega hace sobre la reforma de Calvino, es evidente que se apoya en el filósofo alemán Max Weber. En los albores de nuestro siglo, Weber revolucionó no sólo los principios de la sociología sino el conocimiento que de la reforma protestante y el capitalismo se tenía. Weber quiso probar que las creencias religiosas podían modelar las formas materiales de la sociedad, lo que expuso en lo que bien puede considerarse un “clásico”, *La*

⁸⁷ *Ibid.*, p. 68.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 72.

ética protestante y el espíritu del capitalismo.⁸⁹ Ahí explicó cómo los calvinistas no sólo vieron como un posible signo de elección una vida decorosa desde el punto de vista material que sólo se alcanzaba mediante el éxito económico, sino que ese mismo estilo de vida era el necesario para poder practicar la virtud. De ahí que la búsqueda del éxito económico a través de la frugalidad entre los seguidores de Calvino dio lugar al capitalismo moderno. No sólo trató Weber de “poner de cabeza” a Marx sino que volvió nuevamente la atención en los casi olvidados calvinistas, sobre todo, en los más exitosos de ellos, los puritanos ingleses y norteamericanos. A partir de ese momento la sorprendente tesis comenzó a ser discutida, criticada y aplicada por los revisionistas y no hubo manera de ignorarla. A Ortega y Medina, sin duda, le fue de gran utilidad, pero más por lo que se refiere a los puritanos que al capitalismo, amén de constituir un valioso instrumento de trabajo: su vocación por la historia de las ideas se vio reforzada.

En el estudio que hace Ortega de Calvino, aunque le debe mucho a Weber, se permite corregirle un tanto la plana al alemán al presentar su muy personal reflexión sobre *La Institución Cristiana* y reconocer que no puede decirse que Calvino recomendara el enriquecimiento como señal de salvación; conclusión a la que más tarde llegaron sus discípulos por humana razón de querer pertenecer a los elegidos: “es lógico en el hombre de fortuna próspera sentirse agraciado y no maldito; bien que lo contrario será asimismo para el hombre infeliz y sin blanca”.⁹⁰

Tanto en el estudio sobre Lutero como en el de Calvino, Ortega examina únicamente sus doctrinas religiosas. No dice una palabra sobre sus vidas en Sajonia o Ginebra, sus discípulos o difusión de sus credos. Sin embargo, hace

⁸⁹ Obra publicada en alemán en 1904 y por primera vez en inglés en la versión que Ortega y Medina utilizó, *The protestant ethic and the spirit of the capitalism*, tr. de Talcott Parsons, London, George Allen & Unwin, 1930.

⁹⁰ “Reforma y Modernidad”, p. 83.

una excepción al aludir a los puritanos de Norteamérica y a la “fundamentación moral y religiosa” del Destino Manifiesto, adelanto del rumbo que llevan sus intereses.⁹¹

Aunque Ortega toma en cuenta las ideas de Troeltsch, Weber y Tawney,⁹² en las últimas partes de la tesis dedicadas al estudio entre la Reforma y el capitalismo, la modernidad y las ideas económicas liberales y acepta que si bien la Reforma, aunque incidentalmente, contribuyó a la liquidación del sistema feudal que concluyó con la “gran lucha por la libertad” que fue la Revolución Francesa, añade con tino que no puede llevarse esta generalización a todos los países europeos, cuando menos, no a España.

En la única consideración que hace acerca del problema de la causalidad histórica y a propósito del abuso de las generalizaciones, Ortega nos dice:

[...]no podemos aceptar sin más ni más una causalidad histórica que se nos antoja demasiado determinante, excesivamente simple y muy de resorte, pues nuestro intento se encamina a poner de relieve los

⁹¹ *Ibid.*, p. 78 y 111.

⁹² Tawney publicó en 1926 *Religion and the rise of capitalism*. Publicado en español bajo el título *La religión en el ordo del capitalismo: Un estudio histórico*, tr. de Jaime Menéndez, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1936. (Hay una segunda edición *La religión en el origen del capitalismo: Estudio histórico*, tr. de Jaime Menéndez, Buenos Aires, Editorial Dédalo, 1959). Inclinado hacia el determinismo económico, retomó la tesis de Weber aunque alterándola: los calvinistas brindaron su doctrina a los comerciantes del siglo XVII. Sobre el impacto de la obra de Tawney, el profesor Geoffrey Elton de Oxford opina que si “para Weber el capitalismo era una de las glorias del protestantismo[...] motivo de alabanza y no de condena[...]Tawney, adoptando el punto de vista de un reformador social, ataca no sólo al capitalismo por no haber producido justicia social, sino también al protestantismo por haber pervertido el mensaje cristiano de pobreza y caridad hasta convertirlo en un evangelio que santifica el trabajo con el éxito e identifica a la piedad con los beneficios económicos. Su libro ha tenido una extraordinaria influencia. Especialmente en Inglaterra y América, esta obra de R. H. Tawney ha contribuido en gran manera al descenso de la autoconfianza protestante y al consiguiente resurgimiento del catolicismo romano, a las críticas contra el capitalismo en cuanto sistema económico y puede que hasta esta creciente inclinación de Occidente a abandonar la dirección del mundo”. Comentario de sobra interesante en un historiador “positivista” y que sólo corrobora una de las tesis de Ortega: la del encono que siempre han dado muestras los protestantes hacia los católicos. G. R. Elton, *La Europa de la Reforma, 1517-1559*, Madrid, Siglo XXI, 1974. (Colec. Historia de Europa Siglo XXI) p. 385. Publicada originalmente en inglés en 1963 bajo el título *Reformation Europe, 1517-1559*, Glasgow, Fontana-Collins, 1975.

caracteres reformistas que secundaron la transformación del mundo medieval, antes que hospedarnos por los mesones de lo económico o por las hosterías de las ideas políticas que si bien son abundantes por la vía de la Reforma no lo son todavía para nosotros en cantidad suficiente. Ni el individualismo, ni el inmanentismo, ni la economía liberal, ni la política de ayer ni la de hoy son estrictamente creaciones del protestantismo, como tampoco lo son el arte, la ciencia y la filosofía actuales. Sin embargo no es difícil, dispéñesenos la insistencia, encontrar en todas estas manifestaciones humanas rasgos e influencias, pistas viejas o frescas de la herencia reformista. Una congerie de circunstancias históricas lo hicieron posible, de aquí que nuestra faena sea destacar y comprender las dichas circunstancias y los tales rasgos.⁹³

De ahí que aunque Weber opinara que el protestantismo había sido un obstáculo para el progreso y que Franz Brentano considerara más importante a Lutero que a su doctrina, Ortega piensa, por el contrario, que la doctrina protestante no sólo ayudó al progreso sino que fue más importante que su propio creador, mostrando así su convicción en el poder de las ideas o más bien de las creencias en las que, como decía Ortega y Gasset, estamos. El capitalismo

[...]nunca hubiera tenido lugar en Occidente, de no haberle sido aplicado el vigoroso reconstituyente protestante, formidable tónico que disolvía los estorbos teológicos y permitía el libre desarrollo de las relaciones de propiedad.⁹⁴

Sin embargo, Ortega se opone a encontrar el espíritu capitalista en el “afán de lucro”, la “teneduría de libros por partida doble”, las “conquistas coloniales”, ni a la acumulación de capital y los determinismos histórico-geográficos. Señala cómo Dilthey, al no considerar suficientes las explicaciones científicas, arrojó luz sobre la influencia religiosa y, en un “atisbo genial”, se adelantó a Weber, al ver la influencia del protestantismo en la economía. Fue

⁹³ “Reforma y Modernidad”, p. 89-90.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 92.

después cuando Weber expuso su idea de que a través del “ascetismo intramundano” y de los “factores psicológicos que la ética protestante puso en juego” se crearon las condiciones que ayudaron al desarrollo del capitalismo.⁹⁵

Mas el que estuviese tan teñida de religiosidad esta moderna manifestación de la economía, Ortega no podía justificarla porque

la doctrina calvinista al apartar del hombre la responsabilidad trascendental, al enajenarle el libre albedrío, y al proporcionarle, por lo mismo, una ética especulativa, ontológica antes que meliorativa, lo alejaba de los mandatos morales y lo encaminaba sin remedio hacia la obtención de las riquezas temporales, desde este momento considerado como el don más elevado.⁹⁶

A partir de este momento se afila la crítica no hacia los males del capitalismo, sino hacia la teología que lo sostiene, misma que, paradójicamente, convirtió al dinero en el “único dios ante el cual los hombres consideran digno inclinarse, doblegarse e incluso, a imitación de los ofidios, arrastrarse”. La íntima preocupación moralista de nuestro autor le hace abundar, a la vez que desmenuzar, el tema del “ascetismo intramundano” al que compara con el ascetismo católico que se alcanza “a través de la renunciación, la caridad y las buenas obras”, mientras el calvinista lo encuentra en el “cumplimiento de una vocación *sui generis*”. Virtudes como ser industrioso, ahorrativo y atento al deber, no habían de

adornar al joven en vista a su ingreso en el sacerdocio espiritual, sino en vista a su empleo en una tienda o almacén. El hortera es, por tanto, el nuevo santo de la modernidad; las viejas virtudes religiosas han encontrado un sujeto insólito en quien ocuparse; desde luego nunca soñó el hombre con llegar tan alto y la religión, tan bajo.⁹⁷

⁹⁵ *Ibid.*, p. 93 y 94.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 94.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 100.

Tampoco falta la referencia explícita a la moral del hombre español. En este caso, Ortega señala con una equidad irónica, si tal puede decirse, la “concomitancia curiosa” entre el sentido del honor del español y el de la posesión de la gracia del calvinista, en la que éstos no salen bien librados:

Ambos aspectos son de tal calidad y delicadeza que no se contentan con la persuasión íntima; más aspiran, para valederos, a su reconocimiento por parte del prójimo; de aquí la necesidad de un esfuerzo constante para mantener a la una limpia como a la otra próspera. Tocante a la primera, el menor empañamiento, la mínima duda, es signo de la mayor afrenta y vergüenza; respecto a la segunda, la más liviana mengua, el más pequeño resbalón ético o económico transpinta condenación, la clarea amenazadoramente. Se ve con facilidad que la herencia judaica, (bíblica en los calvinistas;

psicoracial en los españoles) influyó en las respectivas actitudes frente al mundo.⁹⁸

Aunque en ningún momento aclara si el providencialismo español al que da tanta importancia en este trabajo es una herencia, como en el caso del calvinismo, del pueblo judío.

Por lo que se refiere a la política y a la economía, en ambos casos don Juan establece la diferencia entre lo dictado por Tomás de Aquino, a quien cita con frecuencia y en latín, y el mundo moderno que apareció tras la Reforma. Señala que del señorío popular, “aquel donde muchos gobiernan” preconizado por el dominico, se había transitado a la radicalmente distinta democracia moderna a la que el liberalismo condujo. El liberalismo, fuente de todas las revoluciones desde el siglo XVII y cuyos componentes tales como vocación, predestinación, ascetismo, y éxito material teorizaron Locke y Jefferson, puso en práctica la democracia de los propietarios en la que la libertad se identifica con la propiedad. Sin embargo, a semejanza de Jefferson que deseaba una república con un gobierno poco poderoso, Ortega opina que el estado liberal ha llegado “a crecer tanto en nuestros actuales tiempos que está amenazado de muerte al transformar al hombre, como lo previera siglos antes Santo Tomás, en un mero instrumento”.⁹⁹

Si bien no hace sino repetir conceptos sobre el origen de la democracia actual harto conocidos, Ortega les imprime una gran fuerza por la vehemencia con que los contrasta con un casi idílico mundo cristiano medieval, sobre todo en lo que se refiere a los conceptos de riqueza y pobreza. En aquellos siglos, no se aceptaba el provecho individual sino sólo el del príncipe que, con estos

⁹⁸ *Ibid.*, p. 97.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 109 y 121.

recursos ayudaba a sus vasallos en momentos de apuro.¹⁰⁰ Y si la Iglesia no insistió en la ideal comunidad de bienes fue porque como buena concedora de la naturaleza humana sabía que los hombres “trabajan más y disputan menos cuando los bienes son privados. El catolicismo quiso así disimular las contradicciones inherentes al egoísmo y altruismo del hombre”.¹⁰¹

Ortega critica el hecho de que los calvinistas cobraran intereses por los préstamos y argüía que la Iglesia había impedido la usura. A nuestro parecer, vale la pena aclarar que ésta sí permitía el 5% de intereses sobre los préstamos, por lo que los protestantes no hicieron ninguna innovación. Lutero se apegó en este sentido a la práctica católica y dijo que eran mejores los bandoleros, que robaban de vez en cuando, que los usureros. Calvino, en cambio, sí permitió el cobro de intereses, en realidad, en la misma escala que los católicos y hasta escribió un *Sermón sobre la usura*.

Pero Ortega no puede desprenderse de la visión que relaciona tan estrechamente a los calvinistas con el capitalismo porque su España no puede ser capitalista. Así, aunque incorpora a España al concierto de las naciones cultas para que no quede rezagada, refiriéndose de pasada al liberalismo español, critica las políticas económicas de los Habsburgo que más bien parecían “decretada[s] en función de favorecer a sus enemigos”,¹⁰² y que la alejaron de su misión providencial que, tergiversada le fue arrebatada por los ingleses.

¹⁰⁰ A esto se refiere Fernando de los Ríos cuando sostiene el “divorcio entre derecho y obligación que caracteriza al capitalismo moderno”. *El sentido humanista del socialismo, citado en Religión y Estado en la España del siglo XVI*, p. 9.

¹⁰¹ “Reforma y Modernidad”, p. 133 y 134.

¹⁰² Este asunto queda trunco pues tampoco lo relaciona con la vertiente reformista que, finalmente, condujo a la libertad religiosa y por ende a la civil, de la que se ocupa tan cuidadosamente hasta estudiar los escritos de Daniel Webster. Lo que no menciona son los conocidos escritos calvinistas que justificaban el derrocamiento de los tiranos. *Ibid.*, p. 137 y 138.

Ortega abunda en sus consideraciones morales sobre la pobreza de donde desprende una devastadora crítica contra los calvinistas. Busca el significado de la caridad en el pensamiento de Calvino, encontrando que no hay tal, porque la caridad está relacionada con las buenas obras carentes de valor a los ojos del ginebrino que quería “enmendarle la plana a Dios”:

De las tres virtudes teologales sólo resitía en este mundo la Fe; pero no tardaría mucho también en acompañar a sus hermanas la Caridad y la Esperanza a la leonera a donde habían sido arrumbadas por el calvinismo. Sin virtudes de que echar mano la riqueza dejó de ser un fideicomiso social, un encargo penoso y transitorio para el hombre, y se transformó en estricta y orgullosa posesión individual reveladora de la elección divina, patentizadora de la salvación; especie de regla de tres directa pues cuanto mayor abundancia de aquella más certidumbre de ésta.¹⁰³

Así como había señalado el hilo conductor que corre, alimentado por los calvinistas, desde la Guerra Civil Inglesa, pasando por la Revolución Francesa hasta la Rusa de 1917 y quizá pensando en la Guerra Civil que había peleado, no menos hincapié hace en considerar a la Reforma como la matriz de las ideas antropológicas de Carlos Marx con las que tampoco parece estar de acuerdo:

[...]tanto Calvino con su ascetismo intramundano y su tesis preordenativa, como Marx con su materialismo dialéctico e histórico han contribuido a forjar al hombre presente pagado de sí mismo; un hombre punto menos que un dominguillo impertinente y activo sólo atento y siempre urgido y erguido ante sus necesidades materiales.¹⁰⁴

En cuanto al atraso material de España, don Juan no puede menos que reconocer la paradoja de los protestantes que despreciaron el valor de las

¹⁰³ Sus críticas, por supuesto, no se reducen al terreno teológico sino al del pan nuestro de cada día al que fustiga en todos los tonos, recurriendo, entre otros, al testimonio de mexicanos como Alfonso Caso que denuncia el dominio del caduceo de Mercurio sobre el total de las actividades humanas. *Ibid.*, p. 106, 159, 117 y 118.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 132.

obras para la salvación pero alcanzaron a través de ellas la riqueza, mientras que el

mundo católico español, que las exaltaba, se estancó sin remedio. Esta situación de viceversa contribuyó más que nada a la anagógica diferencia que frente a Dios y frente al mundo presentan aún hoy los anglosajones e hispánicos. El catolicismo, por su misma esencia, es opuesto al cambio tal como lo entienden los pueblos protestantes; la secularización de las ideas y el impulso progresista se abren con dificultad paso en nuestros países.¹⁰⁵

Pero la realidad del atraso material no le da la razón a los historiadores que critican a España, ya sean liberales, economicistas o marxistas, porque sólo conocen la versión protestante de la historia española.¹⁰⁶ Así, Ortega no pierde la oportunidad de emprender la crítica al historiador inglés socialista Harold Laski.¹⁰⁷ Si bien éste no acepta la tesis de Weber respecto a la relación entre el ascetismo intramundano y el capitalismo, Ortega no está de acuerdo con los “remilgos” con los que da por válida la versión “británica” de una Reforma sostenida por el “nacionalismo centralizador” que solo sirve para ocultar cómo se despojó a la iglesia católica de sus bienes. Menos le parece que Laski opinara que las ideas liberales se habían gestado en Inglaterra, restándole importancia a Holanda y a Francia e ignorando a España, lo que llama recurrir al “escamoteo, truco no por cierto original, sino ya carísimo a la historiografía cientificista y positivista del pasado siglo y parte del presente, excluir la contradicción, ignorarla y quedarse tan campantes”.¹⁰⁸ Y aunque Laski parece no considerar a España dentro de Europa, tampoco sabe cómo ubicar a los católicos liberales españoles al no tener el recurso de la Reforma. Para Ortega,

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 126.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 148 y 149.

¹⁰⁷ *The rise of European Liberalism*, 1936. *El liberalismo europeo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939 (Breviario 81).

¹⁰⁸ “Reforma y Modernidad”, p. 136. Nótese el peso de O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947. p. 66-71.

sólo puede explicárseles por “algo más profundo que la simple determinación de lo político y de lo económico; lo que no quiere decir por nuestra parte que los consideremos excluyentes o desdeñables”.¹⁰⁹

Mas si desde el exterior España no es comprendida, los mismos españoles, con frecuencia, no han sido conscientes de la contradicción entre su pensamiento católico y las demandas del progreso material. Así, para combatir la injusticia y aliviar los males materiales, han importado doctrinas que no han resultado las adecuadas, convirtiéndose en “estadistas” poco originales, pero en los “más rigurosos y científicos ensayistas de las ideas políticas ajenas”. En otras palabras, Ortega reconoce que han debido enfrentarse a las “utopías de nuestros proyectos constitucionales y [a] las lastimeras realidades de nuestra política” por no aceptar lo que desde el siglo pasado decía Jaime Balmes, que no atinaban a gobernarse porque desconocían lo que gobernaban.¹¹⁰ Colocado en pleno presente, del cuál había partido hacia el pasado en busca de una explicación, nuestro autor puede decir que no intenta

insinuar soluciones de tipo reaccionario, mas señalar la latente contradicción entre fundamentos y prácticas. En lo más hondo de nuestra misma mesmedad dos principios mantienen hace ya siglos una lucha en la que no hay vencedores ni vencidos, sino cansancio y desgaste. Habría que poner fin a la hostilidad de los antípodas espirituales, el misoneísmo y la modernidad podrían en nuestro corazón no sólo conciliarse, sino dialécticamente superarse con tal de que nos olvidáramos un poco de discurrir según el inveterado principio de contradicción, característico de la lógica formal aristotélico-tomista, que nos cala el alma. Solamente remontándolo sería factible deslizarse sin oposición ni tropiezos desde un extremo al otro tal como ocurre con los palindromos y con los capicúas[...]¹¹¹

¹⁰⁹ “Reforma y Modernidad”, p. 136.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 127 y 128.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 128 y 129.

Ahora bien, Ortega no está pensando únicamente en Europa, sino también en América, como su maestro De los Ríos lo había hecho ya muchos años atrás, al menos desde 1927, cuando escribió

He aquí la razón oculta, subyacente, que corre a través de la actual preocupación e interés suscitado por España. Ahonden en la meditación de cuanto a ella y a su siglo XVI se refiere, muy especialmente los que se preocupen por el porvenir de América, porque si ésta, América, ha de representar algo nuevo en la historia, algo fecundo e innovador espiritualmente, no podrá conseguirlo sino superando el dualismo europeo en aquella edad, resolviendo en unidad lo que Reforma y Contrarreforma subrayan como opuesto; rehaciendo de un modo nuevo la conciencia que en el siglo XVI quedó desgarrada.¹¹²

Si en aquélla Ortega ha señalado las diferencias entre católicos y protestantes también las distingue en nuestro continente entre el pueblo de Estados Unidos y el de las naciones hispanoamericanas.¹¹³ Dice así que los primeros heredaron de su metrópoli la creencia en el nacionalismo inglés bíblico que después convirtieron en Destino Manifiesto, amén de mantener con Inglaterra las lazos culturales aunque hubiesen roto los políticos, siguiendo un rumbo distinto al seguido por los hispanoamericanos con España, quienes

no se contentaron en circunstancias parecidas únicamente con la rotura del lazo político sino que aspiran a que ello lo sea también de los espirituales, y para eso no hay otro camino sino negar y rechazar el pasado, nuestro ser propio, con todas las fuerzas del alma.¹¹⁴

Llegamos así a las conclusiones en que Ortega explica que su trabajo va encaminado a superar este rechazo. Si se había referido a las acciones de los españoles en América era con el propósito de develar la perspectiva “antiprogresista, antimoderna y decadente” con que sin razón habían sido vistas. Sólo con el estudio del sentido histórico de la España del siglo XVI puede

¹¹² *Religion y Estado en la España del siglo XVI*, p. 53.

¹¹³ Nunca gustó del término latinoamericano que convenientemente los norteamericanos tomaron de Napoleón III.

explicarse “la gran aventura contrarreformista y barroca” caracterizada por el desprecio a la modernidad:

Hace falta instrumentar un nuevo material conceptual para acercarse a dichas historias [de España e Hispanoamérica], so pena, en caso de no hacerlo, de no entender nunca la delicada y particular constitución del tejido histórico hispánico. Precisamente por ignorar su propia textura constitutiva ...[algunos]... historiadores se dan de topes contra una realidad histórica que se resiste denodadamente a quedar aprisionada, y, por ende, negada, en una red de significaciones extrañas y obsoletas.¹¹⁵

Ante los dos espíritus que campeaban en la España descubridora, el guerrero medieval de Castilla y el comerciante de Aragón y Cataluña, cree que fue una suerte para América que la conquistara Castilla ya que junto con los conquistadores,¹¹⁶ llevó a los misioneros mientras que en lo económico mantuvo la tradición escolástica:

[...]economía y moral siempre anduvieron machihembradas; el bien común estuvo por encima del bien privado y la teoría del precio justo, aunque muchas veces olvidada y vilipendiada jamás fue desechada.¹¹⁷

Hubo, sin duda, mucha riqueza, pero no se olvidó el principio que condenaba su acumulación, evitándose así

la destrucción total del individuo, que en el caso concreto de América no era otro fundamentalmente sino el desamparado indio. Sin esta coraza protectora, sin esta defensa moral, pero antieconómica, el indio hubiera desaparecido pronta y totalmente sometido a las violentas presiones ambiciosas del feroz individualismo del hombre blanco.¹¹⁸

¹¹⁴ “Reforma y Modernidad”, p. 127.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 147 y 149.

¹¹⁶ Estos desbordaron en América “la corriente populachera española ávida de poder y riquezas, insaciable *aurea sacra fames* de la época [aunque] mejor sería decir de todas las épocas”. *Ibid.*, p. 18.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 151.

¹¹⁸ *Idem.*

Ortega concluye aplicando la entrañable lógica formal aristotélico-tomista, a la que nunca renunció, en el sentido de que no se pueden condenar a la vez la “obra evangelizadora de España en América por insuficiente e imperfecta, y la tarea colonizadora por económica, social y políticamente absurda”¹¹⁹

Cabe ahora preguntarnos por qué Ortega y Medina no publicó “Reforma y Modernidad”. Su interés por la España de aquellos tiempos nunca menguó, tanto que lo retomó en uno de sus últimos títulos publicados,¹²⁰ aunque lo dedicó ya no a la España de Carlos V, sino a la de la Contrarreforma, una continuación del presente trabajo.

“Reforma y Modernidad” es una obra erudita que, además de conjuntar una copiosa y bien asimilada información, fue interpretada y presentada por su autor como una particular visión que tendía a relacionar al mundo europeo con el americano a través de una clara diferenciación entre Inglaterra y España cuyos cursos históricos se escindieron por la Reforma. Pero el trabajo no fue conocido. Quedó en su versión mecanográfica a la que sólo tuvieron acceso –en copias de papel cebolla poco legibles, muy alejadas de los tiempos de las fotocopiadoras–, los sinodales de su examen.¹²¹

En “Reforma y Modernidad” –al igual que en *El conflicto anglo español por el dominio oceánico*–, se palpa el propio conflicto del autor, apegado a los

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 152. A este propósito recordamos una anécdota que en varias ocasiones y con una sonrisa cargada de ironía nos relató. Había ido con Alfonso Caso a la sierra de Zongolica en Veracruz, habitada por indios nahuas, donde fueron recibidos por el cacique de uno de los pueblitos al que Caso conocía, presentando a Ortega como un español, un “castilla” recién llegado. La noticia llenó de interés y contento al rostro del jefe quien inmediatamente preguntó por la salud del rey y si vendría a visitarlos. Un español republicano había venido a encontrarse con unos muy pobres y aislados indios que habían mantenido el recuerdo del rey benefactor de Castilla, a quien nunca habían visto pero había estado presente por boca de los misioneros y también de las autoridades virreinales.

¹²⁰ *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1981.

¹²¹ Eduardo Blanquel dejó ver a Miguel Soto una de estas copias. Suponemos que por las pocas que se podían sacar en la máquina de escribir, pudo ser la de Edmundo O’Gorman.

viejos valores hispánicos pero también incapaz de negar no sólo el alivio que la tecnología moderna ha traído al bregar humano en este mundo, sino también a ciertas virtudes como la disciplina o el tesón que más bien, aunque a manera de estereotipo, se asocian al modo de ser sajón. Pero si en *El conflicto anglo-español* Ortega hurga en la España contrarreformista -menos en sus aspectos religiosos que en los más mundanos de la política y la economía-, en la obra que nos ocupa ahora no sólo se explaya en la teología luterana y calvinista, sino que incluso lo mundano es visto con relación a éstas y con la postura de la iglesia católica expresada en la pluma de Tomás de Aquino. Y aquí es donde se le presentan los mayores escollos a un Ortega y Medina -lo que se deja ver mucho en el estudio-, que no ha tomado todavía la distancia debida, cierta impersonalidad que en su obra posterior observamos, aunque bien sabemos que no era su meta alcanzarla, como buen historicista que fue.

En el presente caso, la cercanía le establece su íntima preocupación moralista por las disyuntivas que el libre albedrío le plantea al hombre -como se las había planteado a él mismo-, y por una organización social que no sólo permitiera y diera valor al libre ejercicio de la voluntad sino que a la vez protegiera a los hombres de sus propias debilidades.¹²² Si bien Ortega no practicó religión alguna, y más bien peleó la guerra en el bando contrario a lo que la iglesia había representado como institución política, e incluso uno de sus miembros había negado el perdón de la pena capital a su hermano que murió

¹²² Adelantemos sobre este asunto del libre albedrío con el que Ortega, con muchos sacrificios labró su destino, que en una ocasión conversamos sobre la despiadada moral de La Rochefoucauld, con la cual no estaba de acuerdo precisamente por las raíces jansenistas del francés derivadas de Calvino. La Rochefoucauld no tenía nada que decirle a su admirado Baltazar Gracián, el de *El arte de la prudencia* u *Oráculo Manual, El Héroe, El Discreto y El Crítico*. En un lugar Ortega comenta que del filósofo inglés John Locke “procedía el evangelio del éxito de La Rochefoucauld.” “Impacto del liberalismo europeo” en *Secuencia*, p. 19. Afirmación, a nuestro parecer, un poco forzada porque lo que campea en el francés es su escepticismo, más resultado de su participación en La Fronda y contacto con los jansenistas, que en la lectura del inglés, su menor por veinte años.

fusilado, era, digámoslo así, un hombre profundamente religioso, con esa religiosidad que surge entre aquéllos que viven el azoro que traen consigo los vaivenes del destino humano.¹²³

Pudiera ser probable que la "religiosidad" de la obra, poco acorde con los intereses historiográficos del México postalemanista, pero sobre todo su inusitada postura ante la iglesia, fuesen algunas de las razones para no publicarla. Bien podría decirse de este escrito de Ortega lo que *mutatis mutandis* se ha dicho de algunos trabajos de De los Ríos en los que

es curioso observar la corriente contradictoria de crítica y admiración que fluye más o menos oculta. Por un lado, se denuncia lo inadmisibile, casi diríamos lo monstruoso de esa fusión de Iglesia y Estado: nueva teocracia, traducida en uno de los primeros totalitarismos estatales con la obligada persecución de toda conciencia disidente. Pero, por otro lado, no deja de entreverse cierta admiración y hasta una solidaridad reprimida hacia la firmeza en sacrificarlo todo a la unidad moral del mundo, que iniciaba entonces su proceso de escisión.¹²⁴

Otra razón para explicar el que la tesis no se publicara pudo deberse a su franca y no matizada defensa de esa España católica que Ortega buscó comprender, tanto que pudo decir que de ella no podía haber surgido nunca el

¹²³ En este sentido puede observarse una gran cercanía entre la actitud de Ortega y la del pensador rumano Emil M. Cioran. Además del "auténtico culto" que éste profesa a España (la figura del Quijote, los místicos como Santa Teresa que bien conoce, "el desmesurado sueño histórico de los españoles"), no se cansa de repetir declaraciones como las siguientes: "No, no creo [en Dios]. He recorrido todas las etapas sin llegar a ser creyente, pero la presencia de la religión en mí es real." "Estoy incapacitado para tener fe, pero no soy indiferente a los problemas que nos plantea la religión. La fe va más a fondo que la reflexión. A quien nunca se haya sentido tentado por la religión le faltará algo: saber lo que es el bien y el mal." *Conversaciones*, Barcelona, Tusquets Editores, 1997. p. 211, 70, 95, 215 y 154. Jordi Maragall decía de Joaquín Xirau: "Me confesó un día que no quería influirnos en lo que fueran creencias religiosas, aunque ya su ejemplo era una influencia. Sus discípulos veíamos en él a un hombre de fe en la fe y de respeto hacia las confesiones positivas. Nos hablaba con admiración del Viernes Santo aunque sabíamos que no era practicante" Citado en Ramón Xirau, *op. cit.*, p. 24. Ramón Xirau añade: "en sus años mexicanos nunca dejó de asistir a los oficios de Semana Santa, con especial emoción los Viernes Santos. *Ibid.*, p. 25.

¹²⁴ Ángel del Río. "Prólogo a Fernando de los Ríos" en *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, p. 25.

capitalismo, y a la que debíamos agradecer no menudos favores. Al correr del tiempo y con el enriquecimiento de sus vivencias en un país que, como ya veremos, le era a la vez ajeno y afín, decidió callar y hasta rectificar estas opiniones.¹²⁵ Ahora bien, dejando a un lado las razones por las que el trabajo no fue publicado y que supuestamente atribuimos a Ortega y Medina, queremos señalar que ya encontramos en él ciertos rasgos distintivos que están ausentes en el artículo publicado en la Normal Superior nueve años antes, salvo la constante del deseo de defender la obra de España, misma que en el futuro realizaría con una mayor sutileza y en una dimensión ampliada.

Recordamos que en cierta ocasión don Juan nos platicó la manera como se habían definido sus campos a historiar. Por ser español había considerado que buena parte de la historia de México le estaba vedada, para empezar, la del México antiguo pero, sobre todo, la que más le atraía, la época colonial. Además, por ser exiliado político, más le valía no expresar sus opiniones acerca del México revolucionario y contemporáneo.¹²⁶ Por esas razones se había dedicado al análisis historiográfico del siglo XIX que, en nuestra opinión, le

¹²⁵ Podemos añadir que tampoco matiza su despiadada crítica a los calvinistas, con quienes años después en la *Evangelización puritana en Norteamérica*, estableció una prudente distancia, adoptando hábilmente una postura de simpatía y comprensión, por la que tampoco, dicho sea de paso, debemos dejarnos engañar.

¹²⁶ Pablo Martínez del Río le había dicho a Ángel Palerm, probablemente por esa misma razón: "En historia nunca vas a tener muchas posibilidades de hacer nada en México, en cambio, en antropología hay un campo muy amplio [...] y abierto". Eugenia Meyer, coordinadora, *Palabras del Exilio, Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, 3, *Seis antropólogos mexicanos*, México, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984. p. 77. Sin embargo, fueron muchos los republicanos españoles que se dedicaron a la historia y a ellos rindió tributo Ortega en "Historia", *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat, Fondo de Cultura Económica, 1982. Dice ahí que el exilio hizo que la historia de México no sólo fuera abordada por especialistas sino por muchos más, ya que "por pedirsele a Clío razón de today por todo", recurrían a ella. Menciona a más de una veintena que en un momento de sus vidas escribieron historia de México. Ignoró, por supuesto, a quienes escribieron sobre la guerra y la derrota que fueron legión. p. 293-294. También escribió "La aportación de los historiadores españoles transterrados a la historiografía mexicana", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. 10. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1986. p. 255-279.

proporcionó un buen material para defender a España, el que completó con el estudio de algunos aspectos de la historia de Estados Unidos que corrían paralelos a la de México. Es esto lo que ya se anuncia en “Reforma y Modernidad”, se confirma en su tesis de doctorado y constituye el tema central de este estudio. Probablemente no consideró llevar a la imprenta “Reforma y Modernidad” por lo que era, anunciado en el subtítulo: “Prolegómenos para un estudio acerca del pensamiento histórico anglo-sajón sobre América”.¹²⁷

Pero además de que algunos de sus temas predilectos están ya definidos, también lo está su peculiar manera de historiar “historicista” con una buena dosis de fructuosa erudición. Historicismo que bien se muestra al buscar “la razón de ser de los españoles de entonces”, misma que explica la propia idea imperial que respondía a “una empresa vital de España, a un tono de vida espiritual en la que lo político es sólo una excrecencia”.¹²⁸ Ortega es, también, más que parco en sus declaraciones sobre su método de historiar; deja a otros la tarea de adivinarlo, como se verá. Y por el historicismo y por España polemiza ya y seguirá haciéndolo tanto con los historiadores de casa como con los extranjeros. A través de la polémica da salida a su espíritu belicoso con la ventaja de que en estas peleas el triunfo dependía sólo de él y de sus talentos.

Si se ha hecho hincapié en el aplomo con el que trata los problemas teológicos, tampoco le falta éste cuando se refiere a la guerra. Como hombre de armas que había sido se palpa su afición por los asuntos militares, como que bien sabía de lo que hablaba. Sin embargo, aun al referirse a la guerra muestra otra huella dejada en su espíritu sensible de mucho tiempo atrás, la de la pasión por las artes, de todas ellas, aunque en el caso de la guerra se trate

¹²⁷ *Vid. infra*, capítulo V.

¹²⁸ “Reforma y Modernidad”, p. 26.

de la pintura: “el salto que media entre las batallas pintadas por Paolo Ucello al cuadro de *Las Lanzas* de Velázquez”.¹²⁹

No menos evidentes son sus alusiones a las letras españolas, su pulida prosa que mucho debía a su conocimiento del latín y que con frecuencia era medio para velar sus intenciones bajo la ironía, más que para la comprensión. Su gusto por sustantivos, adjetivos y verbos de uso fuera de lo común y que hizo que sus lectores tuvieran a la mano un diccionario y nosotros compusiéramos un glosario. Además, su rica y erudita bibliografía es anticipo de otra característica de su trabajo historiográfico, la cuidadosa y exhaustiva documentación en que lo fundamentó.

El bagaje intelectual traído de España y el labrado a lo largo de diez años de empeñoso estudio en tierras mexicanas le permitió a don Juan desempeñar con agradecimiento en la Universidad Nacional Autónoma de México, por el resto de sus días, todas las tareas con las que puso de manifiesto su, ya rara en el siglo XX, vocación humanista.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 9.

FALTA PAGINA

No. **102**

III. EL HUMANISTA

El buen piloto, aun con la vela rota y desarmado, repara las reliquias de su nave para seguir su ruta. Séneca, *Cartas a Lucilio*.

No olvides que has producido una relación entre Inglaterra y Estados Unidos que es realmente una ganancia para la civilización y que debes volver [a Londres] para proseguir tu trabajo. No lo puedes continuar desde [América]: ésa sería la función de un inglés -y si tú la haces allá, los ingleses te considerarían uno de los suyos. La única manera de ser un buen americano es volver a nuestro querido, viejo, necio y confortable Londres... Henry James a James Russell Lowell.¹

1. El maestro.

A lo largo de casi cuarenta años en la Universidad Nacional Autónoma de México, Ortega y Medina fue un discreto, respetuoso y extremado embajador cultural de su patria, aunque sin representación oficial. Un embajador más cercano a aquellos humanistas italianos del Renacimiento que con la espada de la retórica defendían a sus repúblicas con más éxito que si se emplearan mil jinetes armados. Aquí no sólo escribió y publicó la mayor parte de su obra, misma que guarda una estrecha relación con las asignaturas que impartió en sus aulas, tan variadas una como las otras, sino que fiel a su primaria vocación magisterial se dedicó a la enseñanza hasta el final de sus días. A la par que

¹ La carta fue escrita cuando James Lowell -famoso poeta, ensayista, lingüista, editor y gran amigo de James-, se retiraba de embajador de Estados Unidos en Inglaterra en 1885. *The selected letters of Henry James*, Leon Edel ed., New York, Farrar, Straus and Cudahy, 1955. p. 142 (La traducción es nuestra).

escribía sus libros, presentaba a sus alumnos los adelantos y los problemas a que se enfrentaba, discutiéndolos con ellos y animándolos a andar por el mismo camino.²

En cuanta oportunidad tuvo, amén de hacerlo día a día con su ejemplo, el maestro Ortega enalteció, consciente de su vigor, las virtudes magisteriales. En ellas se había formado y cumplidamente llevó a cabo sus tareas en todos los niveles de la enseñanza, desde la educación primaria hasta la universitaria. A diferencia del profesor que se limita a transmitir conocimientos específicos, por innovadores y útiles que puedan ser, Ortega tuvo la virtud de calar la hondura de la auténtica labor educativa, misma de la que, por haberla ejercido tan cabalmente pudo decir, casi hablando de sí mismo:

...los buenos educadores, sencillos y probos, que constituyen la mayoría del profesorado universitario que, calladamente, con tesonera insistencia, sin alardes y con sólida formación profesional contribuyen con todo éxito al cumplimiento riguroso del supremo objetivo universitario, que es fundamentalmente, como parte de nuestra herencia occidental de raíz griega, *la educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser*. He aquí, pues, el cometido excelso que tiene ante sí el maestro universitario, fraguar hombres, y ante esta noble y delicada tarea de determinar la esencia humana, el humanismo, como principio espiritual, todas las penurias pasadas y presentes, todas las aspiraciones irrealizadas significan bien poco, puesto que la vocación pedagógica es la joya espiritual más preciada entre los que son auténticos maestros³

² Josefina MacGregor, *op. cit.*, p. 29. Práctica que Ortega no abandonó y consecuentemente aplicó en su último y póstumo artículo "Propósitos y fines de la expansión" en *Un hombre entre Europa y América*, p. 39-59. Texto que "fue analizado y comentado" con los alumnos de su Seminario de Historiografía. Javier Torres Medina, "La empresa que transformó al Nuevo Mundo" en *Homenaje a Juan A. Ortega y Medina. Históricas*, p. 40.

³ Ortega y Medina, "El ejercicio de la cátedra" en *El Buzo*, sección cultural de *Excelsior*, No. 26286, 4 de junio de 1989. Subrayado en el original. Reproducción del discurso que pronunció en el homenaje a los maestros de la Universidad Nacional Autónoma de México ante el rector José Sarukhán, México, 15 de mayo de 1989.

Por otro lado, si educar implica la transmisión de la cultura, la ocasión le permitió también reflexionar sobre la idea que de la cultura se habían hecho los griegos -misma que hizo coincidir con sus propios ideales liberales,- y sin la cual

no existiría el mundo de la hoy llamada cultura occidental, dándole a la palabra *cultura* el significado de un ideal consciente, de un concepto axiológicamente elevado, y no la acepción trivial antropológica que incluye a todos los pueblos de la Tierra. El establecer un ideal de cultura como principio formativo (*dar al cuerpo y al alma toda la belleza de que son susceptibles*) fue invención griega y además revolucionaria, por cuanto dicho ideal significó también el descubrimiento de la posición del individuo en la sociedad, de donde derivaría la libertad del individualismo moderno, el cual no sería posible a su vez sin el sentimiento griego de la libertad humana que está en la cima de su maravilloso desenvolvimiento filosófico.⁴

Entonces no recordó que de la cultura de España se decía -como también correspondía a la suya propia,- que era “cultura ética hecha carne”.⁵

Desde sus años de estudiante en Mascarones, Ortega se convirtió en un cercano alumno de O’Gorman⁶ a tal grado que éste le pidió fuese su ayudante por lo que pudo incorporarse al cuerpo docente de la Facultad de Filosofía y Letras. Nunca dejó Ortega de mostrar su agradecimiento a quien apadrinó su ingreso a la Universidad. Sin embargo, fue difícil para un hombre cuya vida se regía por el sentido de la individualidad y de la dignidad, sujetarse a la

⁴ *Idem.*

⁵ Fernando de los Ríos, “Sentido y significación de España” en *Ciencia y Conciencia*, p. 317. Última conferencia que pronunció en México, en 1945 y a la que seguramente asistió Ortega.

⁶ Esto le permitió también un trato cercano con Francisco de la Maza y Justino Fernández, estudiosos de las artes pero desde la perspectiva historicista y, sobre todo, más afines en temperamento al joven exiliado malagueño. Francisco de la Maza “no era belicoso y polémico como O’Gorman, sino más bien comprensivo como Justino Fernández, quien si había algo bueno que decir lo decía, si no callaba”. Teresa del Conde, “Justino Fernández” en *Historiadores Mexicanos*, p. 131-132. Rasgo que también distinguió a don Juan en el trato con su prójimo.

personalidad de O’Gorman, no sólo tan sólida intelectualmente, sino también tan extrovertida y un tanto narcisista.⁷

Al dejar de ser su ayudante en 1961, Ortega se retiró del seminario dirigido por su maestro. Había concluido el aprendizaje y debía seguir su propio camino en el que la docencia le ocupó más horas que a don Edmundo. Si sus seminarios no tuvieron la brillantez de expresión de éste, en cambio, a diferencia de aquél escuchó y corrigió con paciencia a sus alumnos hasta el fin de sus días. Así, siempre le guardó respeto a su mentor, aunque manteniéndose a distancia sin dejar de dar pruebas de su lealtad al organizarle, por ejemplo, los homenajes correspondientes a sus sesenta y setenta años y encargándose de editar las ponencias presentadas en los festejos.⁸ Sin embargo, parece que don Juan no fue correspondido. Josefina Vázquez dice que Ortega fue “tal vez el más destacado y productivo de sus discípulos y uno de los que pagarían con muchas amarguras la lealtad al maestro”.⁹

El paso de Ortega y Medina como maestro e investigador por la Universidad está registrado en su voluminoso expediente de la Facultad de

⁷ En la última entrevista que se le hizo a O’Gorman antes de morir, decía de Gaos: “Escribía muy mal. Yo le decía a Gaos: ‘Vamos a grabarle a usted y eso publicamos’. No le gustó nada. ‘Hombre ¿es que mis frases no son correctas?’ Claro, una frase puede ser perfectamente correcta gramaticalmente, pero no se trata de eso. Tuvo una pequeña dificultad ahí, pero es cierto, yo escribo mucho mejor.” Teresa Rodríguez de Lecea, “Una entrevista con Edmundo O’Gorman” en *Historia Mexicana*, 184, v. xlvi-4, México, El Colegio de México, 1997. p. 967.

⁸ *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman, emérito*, México, FFL-IIH, UNAM, 1968 y *La obra de Edmundo O’Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70 aniversario*, 1976, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1978. En ocasión de la celebración de su octagésimo aniversario el 24 de noviembre de 1986, don Edmundo escogió a Ortega “para el discurso de rigor” y, tras la exposición de éste de “La heterodoxia historiográfica de Edmundo O’Gorman”, lo llamó “mi querido amigo el eminente historiador[...] decano de quienes me honran llamándome su maestro”. “Homenaje a los ochenta años de Edmundo O’Gorman”, *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras*, n. 3, México, Universidad Nacional Autónoma de México, may-jul de 1987, p. 28-33.

⁹ “Don Edmundo O’Gorman, 1906-1995” en *Homenaje a don Edmundo O’Gorman*, *Historia Mexicana*, 184, v. xlvi-4, México, El Colegio de México, 1997. p. 690.

Filosofía y Letras, cuyo primer documento es su contratación de ingreso¹⁰ y el último la copia de su acta de defunción. En su mayor parte el expediente contiene documentación oficial, nombramientos,¹¹ ascensos, sabáticos, permisos para impartir cursos fuera de la UNAM o asistir a congresos dentro y fuera del país.

Sin embargo, a la par del registro burocrático se encuentran los informes anuales de sus actividades académicas, mismos que rendía siguiendo cuidadosamente las rigurosas exigencias establecidas en el contrato de trabajo correspondiente a aquellos años, que comprometía a los profesores de la universidad.¹² Los informes de Ortega no sólo ilustran el cumplimiento de sus

¹⁰ El 28 de junio de 1954, Ortega se convirtió en profesor de Tiempo Completo, 3a Categoría, cuando Salvador Azuela era director de la Facultad de Filosofía y Letras y Nabor Carillo rector. Su sueldo ascendía a \$1500.00 mensuales y hubo de presentar una carta por la que se comprometía a renunciar a 13 horas que tenía como profesor de enseñanza secundaria con un sueldo de \$845.00 y al cargo de investigador del Patronato de Historia de Sonora cuya remuneración era de \$600.00. Este último cargo no lo mencionó en ninguno de sus currículos; pero bien pudo obtenerlo gracias a relaciones que hubiera establecido en Hermosillo cuando asistió al Congreso Mexicano de Historia en 1949. El 28 de marzo de 1958 ascendió a la segunda categoría con un sueldo de \$2750.00 y, tres años después, el 22 de septiembre de 1961 fue promovido a la primera categoría ganando \$4235.00. Siendo Leopoldo Zea director de la Facultad de Filosofía y Letras, Ortega se convirtió en Profesor Titular A el 21 de abril de 1966 con un sueldo de \$6500.00. No aparece la noticia de su promoción a Titular B, pero el 13 de marzo de 1972, con Ricardo Guerra en la dirección de la Facultad, Ortega alcanzó la categoría Titular C con un sueldo de \$14,600. La última noticia sobre su salario es de julio de 1976: \$16,300. Todavía pesos anteriores a la devaluación de septiembre de ese mismo año que redujo a la mitad sus ingresos igual que los de todos los mexicanos. Expediente FFL

¹¹ Entre estos cabe destacar su participación como miembro de las Comisiones Dictaminadoras del Instituto de Investigaciones Estéticas (1965) y del correspondiente a Históricas (1966). *Idem*.

¹² En su Expediente se encuentran tres informes dirigidos a Salvador Azuela, Director de la Facultad de Filosofía y Letras, del 31 de julio de 1955 (2o semestre de 1954 y 1o de 1955), 6 de diciembre de 1956 (2o semestre de 1955 y 1o y 2o de 1956) y 2 de enero de 1958 (1o y 2o semestre de 1957). Dirigido a Francisco Larroyo sólo está el informe presentado el 30 de noviembre de 1961 que cubre los dos semestres de ese mismo año. A Leopoldo Zea, viejo amigo suyo, le presentó en enero de 1968 el informe de los dos semestres de 1967. Los informes de los años 68, 69 y 70 los dirigió a la Secretaría General de la Dirección General del Profesorado. En 1971, cuando era director Ricardo Guerra, Ortega presentó su informe bajo la forma de *curriculum vitae*, conteniendo toda su actividad hasta ése año. Aunque permaneció en la Facultad hasta 1977 antes de

tareas, sino la propia vida académica de la Facultad de Filosofía y Letras a través de esos años. Contienen atinados comentarios sobre los alumnos, los planes de estudio y las limitaciones materiales entre las que destacaba la falta de libros. De una larga lista de material didáctico que podía faltarle escogió - pasando por alto los mapas, que no necesitaba por dibujarlos muy bien-, sólo “¡Libros! ¡Libros! ¡Libros!”

La primera asignatura que impartió fue “Historia de América” por estar de licencia María del Carmen Velázquez, quien era la titular. Le siguieron “Historia de la Edad Media” y un curso de “Historia de México siglos XVI y XVII” en los que también fue suplente. Fue hasta el año siguiente, 1955, cuando estuvo a cargo, además de algunas suplencias, de “Historia de la Historiografía”,¹³ “Reforma y Contrarreforma” y una muy importante que él impartió por primera vez en Filosofía y Letras, “Didáctica de la Historia”,

incorporarse al Instituto de Investigaciones Históricas, no aparece ningún otro informe suyo. En estos informes dio cuenta del inicio, conclusión y publicación de buena parte de sus escritos. Sólo encontramos algunos trabajos que no fueron publicados aunque asienta su próxima aparición. Tal es el caso de un ensayo de “Historiografía Positivista” y “Hierro y azúcar” (ensayo y traducción del alemán) que aparecerían en *Filosofía y Letras* (Informe 1957). También la publicación de *El concepto científico de la historia* de Ricardo García Granados con prólogo, estudio y notas y de una *Historiografía latina clásica* (Informe del primer semestre de 1961). El libro de García Granados lo comentó en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. p. 311-370. Sobre los clásicos publicó mimeografiados fragmentos de Cicerón, Quintiliano, Luciano y Eusebio de Cesárea junto con otros autores como Alfonso X El Sabio, Maquiavelo y Voltaire. En su informe de 1968 prometía un ensayo sobre Ramón Menéndez Pidal, que tampoco hemos encontrado. Por otro lado, Álvaro Matute recuerda que cuando participó en el Seminario de Historiografía de México de Ortega, se estaba haciendo un índice onomástico, geográfico y temático de los seis volúmenes de la *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1801 a 1821* de Juan Hernández y Dávalos. Eugenia Meyer había colaborado también en dichos índices. El trabajo ya iba muy adelantado en los índices onomástico y temático y Matute trabajó en el geográfico. Su esposa Teresa Bosque no sabía de este trabajo ni del probable paradero de las miles de tarjetas que debieron formarlas.

¹³ Originalmente la “Historia de la Historia” que Ortega decía “se había inventado” O’Gorman. “Y va de cuento” en *La obra de Edmundo O’Gorman*, p. 12.

cátedras que por largos años ocupó. También enseñó "Siglo XVIII Mexicano" que después sustituyó por "Imperio Español siglos XVI y XVII".

En 1961 impartía ya el "Seminario de Historiografía Moderna Mexicana". Sobre éste comentaba:

... se orienta fundamentalmente a la preparación de tesis por parte de los alumnos asistentes. Por supuesto, como director del seminario no sólo dirijo la investigación, sino que también investigo por mi parte y voy presentando, a guisa de ejemplo, los resultados obtenidos, los cuales son sometidos, como los de los alumnos, a una seria crítica objetiva. Los alumnos del seminario, nunca más de quince, investigan a su vez la obra total de un historiador mexicano, y aprenden a anotarla, extractarla, hacer índices, prólogos, notas críticas, etc. La falla del seminario ha consistido hasta ahora en la imposibilidad de disponer de un local adecuado y de los libros necesarios, por la resistencia natural que la bibliotecaria presenta, ante la demanda de libros y un préstamo relativamente prolongado. Con todo, la actitud de la encargada de la Biblioteca de la Facultad ha sido comprensiva en extremo.¹⁴

Los frutos del Seminario podían verse en la revista *Historia de América* en donde sus alumnos Josefina Zoraida Vázquez, Tarcisio García, Lothar Knauth, Josefina Gomís, Tirso Canales y Dolores Mompradé habían publicado reseñas bibliográficas.¹⁵

A mediados de los años sesenta, el nuevo plan de estudios, en cuya composición había colaborado, modificó los nombres de algunas asignaturas. En lugar de "Historia de la Historiografía", Ortega impartió "Historiografía General", además de una nueva en la currícula, "Introducción al estudio de la

¹⁴ *Expediente FFL*. Informe 1961. En otro lugar también opinó sobre el trabajo en los seminarios: "Desde hace tiempo sabemos que no hay nada mejor para enseñar a los seminaristas a investigar que ponerse el propio profesor a hacerlo, presentando a sus alumnos las dificultades, las soluciones halladas y la manera de resolver los conflictos y salir del atolladero en que más de una vez se encuentra una investigación. Si un profesor conductor desea que su seminario progrese, la mejor receta, acaso la única, es la que acabamos de dar." *Humboldt desde México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de Historiografía Mexicana Moderna, 1960. p. 17 y 18.

Historia” Continuó con su curso de “Imperio Español” y los seminarios sobre historiografía mexicana del siglo XIX y moderna. Sin éxito, intentó abrir el curso de “Evangelización puritana en Nueva Inglaterra”, porque como era requisito indispensable la traducción del inglés ningún alumno se inscribió. Poco después, sus alumnos salvaban el escollo del idioma y pudieron aprovechar los vastos conocimientos de su mentor en la materia. En este caso, como en la mayoría de las asignaturas que impartió, no hacía sino cumplir con uno de sus preceptos: “los cursos para los estudiantes de historia debían ser monográficos.”¹⁶

Por esos años llama la atención el cambio de tono que se opera en la evaluación de sus alumnos. No se trataba de que se hubiera vuelto más exigente, sino que sus alumnos rendían menos. En sus primeros años en la Facultad informaba que el “rendimiento fue excelente” tras aumentar el número de sesiones de 25 a 37; “los resultados sobrepasaron mis esperanzas”; “el entusiasmo de los alumnos, dígolo con suma satisfacción, no decayó un momento”;

Los resultados fueron satisfactorios pese a esta exigencia académica [cuatro comentarios críticos para tener derecho a exámen final]; lo que comprueba que no son las dichas exigencias las que ahuyentan a las almas, sino antes bien al contrario... Se acusa ya en el alumnado, justo es subrayarlo, una más sólida dedicación y preparación, que atribuyo indudablemente a la transformación que ha sufrido nuestra Facultad.¹⁷

Su entusiasmo por los buenos alumnos se traduce, aunque raras veces, en mencionar por su nombre a aquellos que han destacado en determinada asignatura.¹⁸

¹⁵Ese mismo año de 1961, cuando ascendió de la segunda categoría de profesor a la primera, Josefina Vázquez se convirtió en su ayudante. *Idem.*

¹⁶ Josefina MacGregor, *op. cit.*, p. 29.

¹⁷ *Expediente FFL*, Informe 1957.

¹⁸ *Ibid.*, Informe 1956.

Cuando aumentó el número de alumnos por grupo, aumentaron también sus quejas. Desde un principio había señalado el mejor rendimiento de los grupos pequeños, pero al hacerse éstos más raros, Ortega comenzó a dar cuenta del número exacto de sus alumnos y sus calificaciones. Así decía de un curso de "Historia de la Historiografía" que

... por su carácter obligatorio y conformativo, se ve muy nutrido (125 alumnos en lista a principios del año); pero sólo se presentaron a examen final 90, habiendo desertado el resto ante el examen último. Atribuyo esta deserción a que los alumnos provenientes del bachillerato y la Normal, sólo en un 60% vienen preparados para poder seguirlo, *siendo la principal falla del alumnado el desconocimiento instrumental del idioma nacional*.¹⁹

Entre otras cifras, menciona que de 187 y 219 alumnos inscritos respectivamente en "Historiografía General" e "Introducción al Estudio de la Historia", aprobaron 102 y 139, con un promedio general de 7. Éste era 8 en "Imperio Español" con 15 alumnos o 9, con el mismo número de alumnos en el "Seminario de Tesis".²⁰ Expresó su desencanto de manera más cruda cuando recordó la suerte que había corrido la venerada estatua de fray Alonso de la Veracruz, hacía unos años en Mascarones, "hoy tan arrinconada y desacralizada por las melenudas, bárbaras y proletarizadas masas estudiantiles".²¹

En 1968 se entregó a los profesores un formato para rendir el informe anual de actividades. Esto dio fin a los detallados informes de Ortega y Medina, lo que él mismo lamentó al quejarse en el espacio de observaciones generales:

He ensayado contestar en el cuestionario y tengo que confesar que éste por exceso y por defecto no me posibilita dar una información cualitativa adecuada a mi experiencia docente. Además, querer verificar

¹⁹ *Ibid.*, Informe 1961. El subrayado es nuestro.

²⁰ *Ibid.*, Informe 1961.

²¹ Ortega y Medina, "Y va de cuento" en *La obra de Edmundo O'Gorman. Discursos y conferencias en homenaje de su 70 aniversario, 1976*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1978. p. 11.

distintos niveles profesionales por medio de un informe o esqueleto único, resulta frustráneo.²²

Se quejaba también del exceso de alumnos, la asistencia irregular, la deserción y la deficiencia en el nivel previo de los alumnos, así como de la “deficiente coordinación de profesores, carencia de ayudantes y falta de comunicación entre profesores y autoridades universitarias”.²³

A las múltiples asignaturas y seminarios que había impartido y seguía impartiendo, significativamente añadió en 1971 “Protestantismo y catolicismo, y su contribución histórica al mundo capitalista moderno”, que no era sino el tema de su tesis de maestría, “Protestantismo y Modernidad”.²⁴ Una sutil manera de decir al alumnado que los profesores historicistas no comprometidos con la lucha estudiantil no sólo conocían bien sino también criticaban al capitalismo. Decía a esos estudiantes, “energuménicos jóvenes” que estaban

muy interesados en destruir todo lo existente para reconstruir más tarde la nueva sociedad desde sus cimientos [... que desconocían] lo que Leopoldo Alas Clarín decía a propósito de un gran revolucionario como lo fue Galdós: que se puede ser *hombre de acción* por el camino del arte y de la literatura; y por el de la filosofía, añadiríamos nosotros, más que por ningún otro.²⁵

²² Expediente FFL, Informe 1968. Fue entregado en mayo de 1969 y las fechas hablan por sí solas de lo que sucedía en la Universidad Nacional Autónoma de México.

²³ *Ibid.*, Informes 1968 y 1970.

²⁴ El tema no lo abandonó nunca. En la Universidad de Nuevo León en Monterrey impartió cinco conferencias bajo el título “El impacto de la reforma protestante sobre la modernidad” en agosto de 1956. Diez años después, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Puebla pronunció otra serie de conferencias sobre “La aportación de la reforma religiosa del siglo XVI a la modernidad. También publicó “Lutero y su contribución a la modernidad” en *Investigación Humanística. Revista de Filosofía, Historia, Literatura y Lingüística*, I, n. 1 México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1985. p. 125-147.

²⁵ Ortega y Medina, “¿Encuentro de generaciones?” en *Deslinde* Núm. 4, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM, mayo-agosto 1969, p. 60.

De seguro también pensaba en la historia, razón por la que a pesar de los años difíciles por los que atravesó la Universidad, su carga académica no disminuyó. Atendía cinco grupos por semestre, además del asesoramiento que prestaba a los alumnos los viernes por la tarde.²⁶

Fueron pocos los alumnos de la carrera de Historia que no asistieran, cuando menos, a uno de sus cursos y, de no ser así, tampoco pudo dejar de serles familiar la figura de rostro adusto, siempre erguida como buen andaluz y teniente de artillería que había sido, e impecablemente vestida, que por los concurridos pasillos de la Facultad se dirigía a su salón de clases en donde no sólo mostraba a sus alumnos la sonrisa amable y “el inolvidable deje malagueño de su acento”²⁷ con los que acompañaba sus eruditas exposiciones, de las que se recuerdan, la exigencia de una mente creativa, los

...análisis detallados que aún no sabíamos que lo eran, comparaciones y analogías que nos transportaban a través de los tiempos. Todo enmarcado en un uso impecable del idioma, el manejo sutil de la ironía y la presencia de un fino sentido del humor que nos permitía sonreír y gozar de una clase en medio del rigor con que los diferentes temas se manejaban.²⁸

Amén de su acercamiento -como él mismo lo había aprendido de O’Gorman-, comprensivo, no regañón, al pasado, que porfiadamente recordaba a sus alumnos:

²⁶ Impartía una asignatura y dos seminarios anuales, a saber, Historiografía General, Seminario de Tesis y Seminario de Historiografía Mexicana, a la vez que cuatro asignaturas semestrales, a saber, la arriba antes mencionada, La evangelización puritana entre los indios de Nueva Inglaterra, Introducción al estudio de la Historia e Imperio Español siglos XVI y XVII. *Ibid.*, Informe 1971. Había abandonado la Didáctica de la Historia ante los magros resultados obtenidos, mismos que lo habían acabado de convencer de que el profesor, como el historiador, según decía Ramón Iglesia, “nace, no se hace”.

²⁷ Carlos Bosch García, “Recordemos al doctor Juan A. Ortega y Medina el andaluz mexicano” en *Un hombre entre España y América*, p. 23.

²⁸ Josefina MacGregor, *op. cit.*, p. 29.

Se exige del historiador no solamente sapiencia, que esto es tan solo el comienzo, sino en especial, simpatía y comprensión, sin los cuales la historia se convierte en mera arqueología.²⁹

Tal fue el maestro del que Álvaro Matute recuerda bien la fecha en la que por primera vez asistió a una de sus clases en el salón 201,³⁰ en donde definió su vocación por el análisis historiográfico que tantos frutos ha dado. La discípula más cercana de Ortega, Eugenia Meyer, recuerda cómo aprendió de él a “ejercitar [su] incipiente capacidad hermenéutica sobre los interrogantes del qué, el por qué y el cómo del historiador”, a la vez que recibió las enseñanzas que con “dedicación constante” le inculcó su mentor y que la condujeron a conducirse en la vida y a obrar con una clara conciencia de la historicidad del pasado humano.³¹ Sus años de aprendizaje con Ortega se alargaron manteniéndose a su lado, ya fuera porque lo auxilió en la publicación del *Anuario de Historia* o en la elaboración de *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, o como su asistente en los seminarios de Historiografía Mexicana.

Otra forma de prolongar la cercanía con don Juan era escribir la tesis bajo su dirección.³² Se formó en esta tarea auxiliando a O’Gorman, auxilio que a veces terminaba en completa responsabilidad. Pronto tuvo tesis bajo su propia dirección y de variado tema como “El diablo en la conquista de América”, “Vida y obra del liberal Vicente Rocafuerte” y “El sentido de la obra de Blanco White

²⁹ Ortega y Medina, “Prólogo: Combate por la Historia” en Ramón Iglesia, *Cronistas e Historiadores*, p. 14.

³⁰ “Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina” en *Homenaje. Históricas*, no. 36, sep-dic, 1992. p. 24.

³¹ Eugenia Meyer, “El nacionalismo como objeto de conciencia en la obra de Ortega y Medina” en *Ibid.*, p. 17 y 18.

³² Cual es el caso de quien esto escribe. Conocí a Ortega y Medina en 1963, cuando como estudiante de la Universidad Iberoamericana, Tarcisio García Díaz me llevó con él porque le había dicho que le interesaba mi trabajo de tesis sobre Ricardo García Granados. Con paciencia escuchó la lectura de los diversos capítulos de aquella, en la añorada cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras, haciéndome correcciones y sugerencias. Años después, le pedí me dirigiera la tesis de maestría y, tanto por su interés historiográfico

de cara a la independencia” entre otras.³³ Con el correr del tiempo aumentó el número de tesis dirigidas que *grosso modo* versan sobre dos temas, los escritos de los historiadores mexicanos y de los viajeros extranjeros que nos visitaron en el siglo pasado, estudios que a la vez que enriquecían sus conocimientos del tema y le daban un conocimiento más sólido para dirigir a sus alumnos, promovían el interés por esos temas, sobre todo el de los viajeros.³⁴ Hasta sus últimos años no cesó de dirigir tesis y encauzar a sus alumnos en los temas de su interés.³⁵ Tampoco dejó de asistir como jurado a

como su calidad humana, me sugirió el estudio de la obra de Agustín Cue Cánovas, su viejo colega de la Normal Superior, a quien decía, debíamos rescatar del olvido.

³³ Expediente FFL, Informe 1955.

³⁴ En sus informes quedaron registradas la tesis de licenciatura de Eugenia Walerstein Meyer, “Tierra y hombre del México revolucionario” (publicada como *Huerta y la Revolución. La esposa de un diplomático en México*, México, Editorial Diógenes, 1970) y las de doctorado de la misma, “Raíz y sentido de la historiografía norteamericana sobre la Revolución de 1910” (también publicada como *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970) y de Josefina Vázquez, “Contenido y significación de la historia patria en los textos escolares mexicanos” (que dio lugar a *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970), respectivamente. Expediente FFL, Informes de 1961 y 1967. Muy cerca de don Juan estuvieron también las hijas de compatriotas republicanos como Margarita Martínez Leal que escribió su tesis sobre los viajeros franceses en México; María Teresa Vidal a quien dirigió su tesis de maestría “Brioso y Candiani y su idea de la historia” y Antonia Pi-Suñer cuyas tesis, tanto de licenciatura “La empresa evangelizadora en Filipinas a través de tres crónicas agustinas” (1965), como de maestría “El sexenio revolucionario español (1868-1874) ante el gobierno y la prensa mexicana durante la República Restaurada” (1984 y publicada bajo el título *México y España durante la República Restaurada*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985) fueron dirigidas por el maestro Ortega. Cabe recordar que tras la sentida muerte de don Juan, Eugenia Meyer escribió un artículo sobre su obra “El desafío de las miradas extrañas” en Cristina González Ortiz, comp., *Ortega y Medina, historia y vida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, ENEP-Acatlán, 1995. p. 111-123.

³⁵ Tal es el caso de Alicia Mayer cuyas tesis de maestría y doctorado, la primera dirigida y la segunda sólo inspirada por don Juan, ya han sido publicadas. *El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1992 y *Dos americanos, dos pensamientos. Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Mather*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998. Mayer también escribió para conmemorar la muerte de su mentor “Juan A. Ortega y Medina: el historiógrafo y su idea de la historia” en Cristina González, *op. cit.*, p. 95-110.

multitud de exámenes profesionales. La muerte lo alcanzó cuando se preparaba para presidir el examen de maestría de Alicia Mayer. Su participación en dichos exámenes se caracterizó por una actitud favorable al examinado, lejos de la pretensión del lucimiento personal y que mucho hablaba de su sencillez y bonhomía.³⁶

Es evidente que tanto en sus cursos como en las tesis dirigidas, Ortega dejó huella de su manera de ver la historia. Así, fiel a su ideario historicista, pero también liberal, Ortega se opuso a que pudiera sostenerse la existencia de una verdad única,

Sólo muchas verdades de acuerdo con los tiempos y las circunstancias históricas. Frente a todo dogmatismo hemos construido un sólido bastión autocrítico contra el que se seguirán estrellando todas las desbocadas ambiciones de los espíritus autárticos [*sic*].³⁷

El mismo proceso educativo de los pueblos lo vio a través de su lente historicista y también krausista, porque precisamente eran los fundamentos educativos los que constituían a la comunidad -la verdadera educadora-, y no podían ser borrados de plumazo.³⁸ A la vez que insistió en “una educación laica, moralmente valiosa y actuante, capaz de reprimir eficazmente la disparada irracionalidad de las masas fanatizadas por el clero”.³⁹

³⁶ Don Juan fue el presidente del jurado en mi examen profesional de licenciatura en la Universidad Iberoamericana. Al tocarle su turno, después de haber sido vapuleada por los profesores de la Ibero, él, que venía de la Facultad de Filosofía y Letras, comenzó diciendo algo así como “El mismo año y mes en que esta niña nació en Coatzacoalcos, yo arribé a ese puerto procedente de España y parece que ahora quieren hacerla naufragar” Me puso un año más de vida, cosa que entonces no me importaba, amén de haber nacido junto al Coatzacoalcos, aunque veinte kilómetros río arriba, pero sus palabras, ah sus palabras, bastaron para que yo recuperara la confianza y asida de su mano alcanzara las hospitalarias playas.

³⁷ “El ejercicio de la cátedra” en *El Buho*, suplemento cultural de *Excélsior*, 4 de junio de 1989.

³⁸ *Idem*.

³⁹ Ortega y Medina, “Un análisis de la realidad histórica del México contemporáneo” (reseña sobre Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Ediciones Era,

Además, dio a sus enseñanzas, cualesquiera que fuesen las asignaturas, si no un carácter universal, sí occidental al moverse a sus anchas y con toda autoridad, de la historia de América a la de Europa y viceversa. Práctica no muy común en ese entonces -ni, lamentablemente, todo lo común que ahora se quisiera-, cuando ni siquiera se echaba un vistazo a la historia de las Américas para comprender mejor la propia. En este caso, y sobre todo por ser su principal tema de estudio, no sólo relacionó a los ingleses con los norteamericanos, sus herederos espirituales y políticos, y a España con México, sino también a éste con Estados Unidos, continuadores de la vieja pugna anglo-hispana.

El maestro Ortega tuvo la fortuna de pertenecer a las últimas generaciones de europeos que cursaron el bachillerato bajo los principios de la educación humanista que arrancó desde el Renacimiento y pudo así, hasta el final de sus días mantener el eros pedagógico que lo llevó a insistir en que el oficio del historiador era uno de “[o]s más difíciles de aprender o [el] más difícil de todos”.⁴⁰

2. El entusiasta de las artes.

El celo de Ortega por la creatividad lo llevó al cultivo no aislado, sino integral, vivo, de las artes que no son sino una sola porque -como afirmó Henry James, “el acto de su creación depende de las mismas facultades de la imaginación y del sentimiento, tanto si encuentran su expresión en la palabra, el color, el sonido o la arcilla”.⁴¹ De las artes, ninguna escapó al conocimiento de don Juan y no sólo incentivaban su pasión por la belleza sino eran muestra indiscutible de

1965), en *Anuario de Historia*, V, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1965. p. 341.

⁴⁰ “La formación histórica de la Facultad de Filosofía y Letras”, *La historia hoy*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1993. p. 12.

⁴¹ Henry James, *Parisian Sketches*, ed. e intr. de Leon Edel e Ilse Dusoir Lind. Londres, Rupert Hart-Davis, 1958. p. xvii.

la historicidad de toda obra humana y del mismo vivir. En unos pocos renglones dio cuenta del porqué de su pasión por la literatura al decir que Aristóteles “afirmaba que dice más verdad la poesía que la historia; pero ya no digamos la poesía, la literatura, en términos generales, nos dice más verdad que la historia”.⁴² Aunque, debemos añadir, dicho interés también obedece a la tradición humanista basada en la retórica; como decía O’Gorman de esta virtud ortegamediniana, “es muy de encomiar el uso de textos literarios como recurso de primerísima elocuencia para penetrar las oscuras zonas del suceder histórico”.⁴³ Ávido lector y conocedor profundo de la literatura europea, que no se limitó a la de su patria, aunque en especial se inclinó hacia la germana. Mas tampoco redujo su sensibilidad a la belleza de las formas del lenguaje sino también a la de las formas arquitectónicas y escultóricas, a la que contribuyó su muy especial memoria visual. Ante la sorpresa que le dio Francisco de la Maza al descubrirle el barroco, el “arte más representativo del imperio hispánico en su modalidad *nacional mexicana*”, Ortega comentó:

Acostumbrado en mi Andalucía natal a convivir natural y familiarmente con el barroco, jamás había reparado en él y nunca ninguno de mis profesores había hecho el menor esfuerzo para guiarme en la contemplación del arte más representativo de la voluntad estética y contrarreformista hispánica. Mis profesores de enseñanza media, a decir verdad, no tenían la culpa, puesto que también ellos habían sido educados de espaldas al barroco y siguiendo la corriente tradicional (primero neoclásica y después romántica) que lo ignoraba o desdeñaba a posta.⁴⁴

También lo entusiasmaron y tuvo una gran sensibilidad por las formas y color de la pintura y las formas y sonidos de la música que siempre lo acompañaban

⁴² Ortega y Medina, “La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras” en *La Historia Hoy*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1993. p. 13.

⁴³ “*De AveFénix*”, p. 255.

en sus tarareos.⁴⁵ Sensibilidad artística con la que también pudo apreciar la belleza de la liturgia católica frente al “culto frío y estéticamente nulo de las asambleas puritanas”.⁴⁶ En ocasiones expresó su deseo de escribir sobre la importancia de las artes en la enseñanza de la historia, asunto en el que ya había incursionado cuando era estudiante en la Normal Superior.⁴⁷ En suma, podrían decirse de él, sus propias palabras con las que recordó a Ramón Iglesia:

Su rigor metodológico corría parejo con su rigor artístico, pues para el eficaz maestro la historia era científica en cuanto al método de investigación: pero era o debía ser también una obra de arte, tal y como correspondía a su tradición y valores clásicos. Enseñaba que el nuevo quehacer histórico, el historicismo, se caracterizaba por procurar hallar un fresco contacto con la vida y que, por consiguiente, el historiador debería esforzarse por alcanzar la mente de los lectores no especialistas mediante la vitalización o humanización de la tarea histórica.⁴⁸

En la Antigüedad y todavía bien entrado el siglo pasado, cuando tanta importancia tuvieron en la vida pública la retórica y la oratoria, los jóvenes hijos de las familias destacadas por su riqueza o su influencia política eran enviados a formarse en esas artes, mismas a las que sus propios maestros recurrían para facilitar el aprendizaje de sus enseñanzas. De ahí que con

⁴⁴ “De recuerdos, cuitas y letificaciones” en Manuel González Galván y Jorge Alberto Manrique, eds. *Retablo Barroco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1974. p. 309.

⁴⁵ En este sentido es interesante recordar que Cioram decía no tener nada que ver con aquellos para quienes la música carecía de significado, lo que era “sumamente grave, porque la música afecta ... a lo más íntimo de alguien... como una maldición de la que el tipo no es consciente”. *Op. cit.*, p. 234.

⁴⁶ Ortega y Medina, “Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones” en *Reflexiones Históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993. p. 242.

⁴⁷ “El arte como auxiliar de la enseñanza de la historia” ponencia presentada en el Congreso de Historiadores Mexicanos en Jalapa en 1943.

⁴⁸ “Prólogo. Combates por la Historia”, p. 10.

frecuencia se piense en las dotes del histrión como un efectivo complemento de las virtudes del educador.

Como profesor, Ortega y Medina no se ajustaba a esta categoría, sobre todo si tenemos en mente el modelo antiguo del orador que gesticulaba, palmoteaba o sacudía sus cabellos. Sin embargo, la variedad de estilos es inmensa. De alguna manera la mesurada actitud de Ortega, que cautivaba a los alumnos que asistían a sus clases, fue su propia manera de actuar el papel del maestro que quería ser. A menudo repetía a su esposa que de no haber escogido la carrera magisterial habría sido actor. Ferviente lector de Goethe, admiraba su *Años de Viaje de Wilhelm Meisters* que se refiere a la formación de un actor, obra que, a su vez, sirvió de inspiración para el *Enrique de Ofterdingen* de Novalis.⁴⁹ Según María Teresa Bosque, el sueño de Ortega había sido representar a Ofterdingen, un trovador del siglo XIII a quien la pluma de Novalis le imprimió el ideal de redimir al mundo, a una Europa manchada de sangre y muerte, a través de la poesía simbolizada por la mujer a la que había amado. Un bello poema que recuerda a Calderón de la Barca pudo ser uno de aquellos a los que a Ortega se le antojaba recitar en su original alemán:

El mundo se hace sueño, el sueño mundo,
y aquello que veíamos cumplido
tan sólo desde lejos
lo vemos acercarse.
La libre Fantasía va a empezar:
a su placer entrelazar los hilos,
con un velo cubrir aquí unas cosas,
desplegar allí otras y al final
entre mágica niebla disolverlas.
Goce y melancolía, vida y muerte
han encontrado aquí profundo acuerdo,

⁴⁹ Poeta romántico alemán, amigo de Federico Schiller, Federico Hölderlin y Guillermo de Schegel; vertió sus amplios conocimientos en matemáticas, ciencias naturales, derecho y filosofía en su obra poética, convencido de la superioridad de la poesía sobre la razón.

y el que al supremo amor se haya entregado
jamás podrá sanar ya sus heridas.
La venda que cubría nuestros ojos
del alma ha de rasgarse con dolor,
y el corazón más fiel
ha de quedarse huérfano
antes de que abandone el triste mundo.
El cuerpo humano en llanto se deshace,
en ancha tumba el mundo se convierte,
y en ella, consumido
de anhelos y temores,
se posa el corazón como ceniza.⁵⁰

3. El traductor.

Don Juan, como buen profesor que era, dedicó parte de su tiempo a la ardua labor del traductor en que las manos van del papel y la pluma al diccionario, pero en la también estimulante y deleitosa tarea de adivinar el sentido de las palabras en el texto original y jugar con todas las formas posibles, con todas las probabilidades de la sintaxis de la lengua a la que se traduce, para transmitir su verdadero significado. Amén de cuidarse de no caer en el exceso anunciado por el aforismo italiano de *Traduttore, traditore*.⁵¹ Por el conocimiento que tuvo de varios idiomas pudo decir que un historiador sin éstos era “un historiador cojo de las dos piernas; el historiador necesita asomarse, abrir la ventana y ver afuera qué es lo que hay, lo que está escrito en idiomas extranjeros.”⁵²

El que la tarea del traductor, por su carácter, pueda no estar sujeta a horarios formales, le permitió a intelectuales como Ortega aumentar un poco sus ingresos dedicado a ella hasta las altas horas de la noche. Recordemos que por primera vez en México, los años cuarenta y cincuenta abundaron en

⁵⁰ Novalis, *Enrique de Ofterdingen*, Madrid, Cátedra, 1992. p. 249-250.

⁵¹ Falla en la que, nos dice, se había arriesgado a incurrir cuando tradujo el poema “Los salvajes” de Josephine Miles. “El nuevo mundo en la mente ibérica y sajona” conferencia mecanografiada (posterior a 1987), p. 18.

traducciones al español, sobre todo, las publicadas por el Fondo de Cultura Económica, en las que participaron un buen número de españoles republicanos,⁵³ y no menos destaca entre los mexicanos O'Gorman.⁵⁴ Si la competencia podía ser grande en la traducción de obras en inglés o en francés, en alemán era sin duda menor y fue a la que Ortega se dedicó. Tuvo además la fortuna de traducir, casi siempre, lo que él escogía y no lo que las necesidades del editor le impusieran: es el caso de la correspondencia de los viajeros anglosajones en América, por la que se interesó muy pronto y no casualmente.⁵⁵ Su conocimiento del alemán le permitió traducir a algunos germanos como Carlos Guillermo Koppe, autor de *Cartas a la Patria*⁵⁶ y Carl Cristian Becher *Cartas sobre México*,⁵⁷ que acaso le recordaban las muchas cartas que desde aquí había escrito a su familia en España, impresiones íntimas que la mayoría de los exiliados ha preferido callar en aras del justo

⁵² "La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras", p. 11.

⁵³ Wenceslao Roces tradujo *El Capital* de Marx y *La sociedad Romana* de Ludwig Friedlaender, Eugenio Ímaz *El mundo histórico* de Dilthey. Álvaro Matute dice que, mientras Ramón Iglesia estuvo en México, "prácticamente no hay año en que el Fondo de Cultura Económica no publicara un texto traducido o co-traducido por [éste]: Shotwell, Gooch, Turner, Weigert, Aldington, Traveyan y más tarde Hanke". "Introducción" a Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. p.10. Ortega y Medina también rindió tributo a esta faceta de Iglesia. "Prólogo. Combate por la Historia", p. 29.

⁵⁴ "Diálogo sobre la religión natural de David Hume, *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, *El derecho divino de los reyes* de J. N. Figgis y [la muy difundida e historicista] *Idea de la Historia* de R. G. Collingwood y algunas otras". Josefina Vázquez, "Don Edmundo O'Gorman 1906-1995" p. 690.

⁵⁵ En el Congreso Mexicano de Historia celebrado en Hermosillo en 1949, su ponencia versó sobre "Viajeros anglosajones por el noroeste de México". Durante muchos años, hasta que Estados Unidos echó abajo las esperanzas de regresar a sus lares, la situación del propio Ortega fue la de un viajero. *Vid. supra*, capítulo I, 3. La ruptura.

⁵⁶ *Cartas a la patria, dos cartas alemanas sobre el México de 1830; autor anónimo (Carlos Guillermo Koppe)*, traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, 1955. (Ediciones Filosofía y Letras, 4)

⁵⁷ *Cartas sobre México: La República Mexicana durante los años decisivos 1832-1833*, traducción del alemán, notas y prólogo por Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1959. (Nueva Biblioteca Mexicana)

agradecimiento. La celebración del primer centenario de la muerte del Barón de Humboldt en 1959 le dio la oportunidad de estudiar al viajero por excelencia quien, para bien o para mal, satisfizo a la vez que estimuló la curiosidad que se sentía en Europa y en Estados Unidos por los dominios españoles, entre ellos la Nueva España que pronto se convertiría en México.⁵⁸

Pero a Ortega también le interesaron otros autores alemanes por cuyas obras mostró gran entusiasmo. En 1955 informó⁵⁹ que estaba traduciendo un opúsculo del poeta e historiador Federico Schiller "La verdad poética y la verdad histórica", un texto muy breve, de tan sólo una cuartilla, cuyo contenido muestra un pensamiento muy semejante al de Ortega, que no se contentaba con el escueto y mudo dato -al cuál sólo la imaginación podía darle significado-, sino que a la vez convertía a la historia en un arma de combate en defensa de las ideas liberales. Así lo expresa al comentar el pequeño texto:

En aras de la libertad no pocas veces subordinó [Schiller] los datos de la historia a la inspiración poética; con heroica resignación mejor prefirió verse emplazado ante el tribunal de la historia que ante el de la poesía. Historia y poesía se alternan en su obra: con la primera buscaba el espíritu de su nación, con la segunda quería ser el maestro del pueblo. Con los simples datos que suministraba la historia no podía combatir Schiller a sus dos más obstinados y aborrecibles enemigos: obscurantismo y absolutismo; pero con la invención poética pudo Schiller *reconstruir* sus historias, combatir la tiranía del sectarismo espiritual y luchar contra el despotismo ilustrado.⁶⁰

Al año siguiente tradujo la *Filosofía de la Historia* de Schiller, texto fundamental que ha visto varias ediciones. Luego emprendió el trato íntimo, al traducir *De la belleza en el arte clásico* de Juan Joaquín Winckelmann, con este historiador que se considera difundió el conocimiento y el gusto por el arte de

⁵⁸ El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* se publicó por primera vez en francés en 1811 en París y en esta misma ciudad, en español en 1822.

⁵⁹ *Expediente FFL*

⁶⁰ "Poesía e historia en Federico Schiller" en *Revista de la Universidad*, México, UNAM, v. x, no. 4, diciembre de 1955. p. 9.

la antigua Grecia, influyendo no sólo en los artistas del momento sino también en diversos pensadores. Después comenzó a traducir, por recomendación de Justino Fernández, las cartas del mismo Winckelmann, tarea que concluyó hasta los años noventa y alcanzó a enviar a la imprenta antes de su muerte. Ambas traducciones fueron acompañadas por sendos prólogos que denotan tanto el conocimiento íntimo que Ortega había alcanzado del autor alemán, como la expresión de su propia sensibilidad, vastos conocimientos artísticos y humana comprensión. En otro momento, fiel a Winckelman, prologó la biografía que de éste escribió C. Justi.

Afin también a las artes, aunque correspondiente al campo literario, tradujo el destacado estudio que Ludwig Pfandl, el hispanista alemán, escribió sobre Sor Juana Inés de la Cruz.⁶¹ Otros trabajos más breves completan las tareas de traducción de Ortega, las que con el correr del tiempo disminuyen en frecuencia y volumen, salvo las cartas de Winckelmann, que haciendo un esfuerzo completó en memoria de su amigo mexicano. Solo cabe añadir que todas sus traducciones fueron publicadas por la UNAM y que constan en sus informes correspondientes al momento en que las realizaba.⁶² Don Juan publicó varias de sus traducciones acompañadas de lúcidos prólogos que han

⁶¹ En ocasión de la visita que Ortega hizo con Francisco de la Maza a la Exposición Alemana que se instaló en el campus universitario en 1954, De la Maza encontró la edición en alemán del libro en cuestión y a partir de ese momento comenzó a pedir a Ortega que se lo tradujese. Así lo hizo, aunque no le pareció, ya editado el libro por su amigo Francisco, que el nombre de éste "campeaba a sus anchas, *solus cum solum*, en la marquesina de la portada interior, y mis créditos como traductor quedaban trasladados muy comercialmente a la página evanescente e inadvertida del *copy right*." "De recuerdos, cuitas y letificaciones", p. 310.

⁶² Aunque puede verse en sus informes el avance de sus obras y aviso de su publicación, existen algunos proyectos que al parecer fueron abandonados como "Hierro y azúcar" (ensayo y traducción del alemán), "Historiografía Positivista" la traducción del inglés de *México en 1821* de Penny, "Historiografía latina clásica", "Homenaje a Menéndez Pidal" cuya publicación se anuncia como próxima. Expediente FFL, Informes 1957, 1961 y 1968.

facilitado al lector la comprensión de muchos de los textos a los que gracias a su empeño tenemos acceso.⁶³

Nuestro autor escribió también, y con la dedicación que le caracterizaba, a semejanza de Ramón Iglesia,⁶⁴ multitud de reseñas y notas críticas en las que, lo primero que salta a la vista es que sabe de qué está hablando, amén de cómo lo habla. Como en el caso de las traducciones que realizó, pudo ser selectivo y sólo reseñó aquellos libros por los que sintió interés, ya fuera para señalar sus fallas y advertir a los lectores (los menos), ya para recomendarlos por sus méritos. Sobra decir que en estas reseñas también se expresaba su vocación pedagógica. Tenía especial predilección por aquellos autores, sobre todo extranjeros a los que de esta manera daba a conocer, que escribían acerca de algunos temas de la historia de España como la leyenda negra, sobre viajeros o la colonización puritana. Con entusiasmo reseñó la *Historia de la economía política de España* de Manuel Colmeiro que no se había publicado desde 1863, inspiradora de muchas de sus ideas.⁶⁵ Tampoco dejó de ocuparse de reseñar obras de sus amigos y colegas como O'Gorman, Bosch o Luis

⁶³ En el siguiente capítulo nos ocuparemos de algunos de estos textos, que aparecen además en la bibliografía de nuestro autor al final de este trabajo.

⁶⁴ Las reseñas humanas, críticas y luminosas de Iglesias que Álvaro Matute volvió a reseñar y que, en suma, "nos enseñan a hacer reseñas". "Ramón Iglesia: El factor humano y la crítica" en Álvaro Matute, ed., *Historiografía española y norteamericana sobre México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. p. 103-104.

⁶⁵ "Historia de la economía política de M. Colmeiro" (Madrid, Taurus, 1965) en *Anuario de Historia*, V, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1965. p. 357-359.

González.⁶⁶ Sólo a un alumno, Miguel Soto, le cupo en suerte que Ortega reseñara uno de sus libros, *La conspiración monárquica en México*.⁶⁷

4. El editor.

En la Facultad de Filosofía y Letras han sido pocos los profesores dedicados a la fecunda pero tediosa tarea de editor. Como Justino Fernández y Edmundo O'Gorman, Ortega fue uno de ellos y “nada del oficio de los impresores le fue ajeno”.⁶⁸ Álvaro Matute nos dice que la profesionalización de las disciplinas humanísticas trajo consigo la aparición de revistas especializadas que dieron a conocer las investigaciones de nuevos profesionales como los historiadores.⁶⁹ En 1941 se había fundado la *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, en la que Ortega publicó varios artículos, pero veinte años después, la misma resultaba insuficiente para dar cabida a los trabajos de sus profesores. Fue así que Francisco Larroyo, director de la Facultad, auspició la publicación de anuarios, tantos como colegios tenía la Facultad, para que se “refleje, en parte, el esfuerzo creador de la vida académica [...]”⁷⁰

A lo largo de casi veinte años, Ortega publicó 10 números del *Anuario de Historia*, revista reconocida por su prestigio y cuyo contenido continúa siendo fuente de consulta obligada sobre diversos temas históricos. Pero que el

⁶⁶ La reseña que hizo a *El oficio de historiar* de Luis González fue premiada como la mejor reseña del año por el Comité Mexicano de Ciencias Históricas; premiación en que lo presentó Álvaro Matute. Véase “Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina” en *Históricas*, núm. 36, 1992. p. 24-27. Fue publicada en *Históricas*, núm. 26, 1988; *Memorias de la Academia de la Historia*, t.xxxii, 1989, habiéndolo pronunciado en la misma Academia el 26 de julio de 1988.

⁶⁷ *Históricas*, núm. 25, 1988.

⁶⁸ Dicho a propósito de Justino Fernández por Javier Moysén en Teresa del Conde, “Recordando a Justino Fernández”, p. 125.

⁶⁹ Álvaro Matute, “Sesenta años de historiografía mexicana (1921-1991) en *Estudios Historiográficos*, Cuernavaca, Centro de Investigación y Docencia en el Estado de Morelos, 1997. p. 61-64.

⁷⁰ “Presentación” en *Anuario de Historia I* (1961), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, p. 9.

Anuario se publicara le consumió horas de tiempo y paciencia. Cuando preparaba la publicación del primer número se quejó de que el retraso se debía a los profesores que no entregaban su colaboración.⁷¹ Después de Josefina Vázquez y de Tarsicio García, Eugenia Meyer coordinó los números del III al VII, con el que se interrumpió la publicación del *Anuario* en 1968. En 1975 Ricardo Guerra decidió reanudar su publicación y ratificó como editor a Ortega.⁷² A partir de 1976 aparecieron los números VIII, IX y X bajo el cuidado del propio Ortega, Eva Uchmany, Jesús Monjarás-Ruiz y Sonia Corcuera.⁷³

Conforme el carácter de los artículos que integraban cada número, las secciones del *Anuario* cambiaban, sin embargo, las más importantes eran Historia de México, Historia de América, Teoría y Método de la Historia, Historia General, Notas, Documentos, Reseñas y Noticias del Colegio de Historia. Hubo un caso en el que Ortega, y con razón, no pudo sustraerse a la seducción que los aniversarios provocan en los historiadores. Tal fue el del *Anuario* dedicado al cuarto centenario del viaje de Miguel López de Legazpi a las Filipinas,

hecho histórico trascendental que motivaba por lo mismo la celebración conjunta de los dos países que habían sido incorporados a la cultura cristiano-occidental durante la misma prodigiosa cultura española (siglo XVI), conquistadora y colonizadora, y con una diferencia de años que no alcanza al medio siglo (1521-1564).⁷⁴

⁷¹ Expediente FFL, Informe de 1961.

⁷² "Nota de la Dirección de la Facultad" en *Anuario de Historia* VIII (1976), p. 7.

⁷³ Después del número X que salió de la imprenta en diciembre de 1980, ha aparecido a la fecha un sólo número, el XI (1983) impreso en junio de 1985 a cargo de un consejo de redacción encabezado por Miguel León Portilla.

⁷⁴ No deja de recordar, sin embargo, que también se celebraban los ciento cincuenta años de la Constitución de Apatzingán. "Del Editor", *Anuario de Historia*, IV (1964), p. 9. En esa ocasión entusiasmó y comprometió a los alumnos de su Seminario de Historiografía a participar con sus investigaciones acerca de la magnífica empresa novohispana que acrecentó los dominios españoles. Cabe recordar en este loable esfuerzo las contribuciones de Margarita Martínez Leal, "José Rizal"; Dolores Contreras y Femat, "La conquista de Filipinas"; Antonia Pi-Suñer, "La obra evangelizadora de los primeros frailes agustinos en las Filipinas"; María Teresa García Moreno, "Evangelización de agustinos y franciscanos en las Filipinas"; Eugenia Meyer, "Fray Gaspar de San Agustín,

No hay número que no cuente con una colaboración de Ortega. Anticipos de sus libros aparecieron aquí junto con diversos artículos y, sobre todo, notas y reseñas. Algunas de éstas, las del número VIII, las firmó con su anagrama, Xuan de Ogarte.⁷⁵

Durante su gestión como Director de la Facultad de Filosofía y Letras, Leopoldo Zea creó tres centros especializados en diversos estudios: Latinoamericanos, a cargo del propio Zea y que después se convertiría en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos y en el Colegio de Estudios Latinoamericanos; Orientales asignado a Lothar Knauth, que fue de corta duración, y uno más, Angloamericanos. En 1966 se nombró a Ortega y Medina Director del Centro de Estudios Angloamericanos⁷⁶ y desde ahí emprendió la tarea de editar la revista *Anglia*, a cuyo cuidado estuvo Josefina Vázquez y de la que se publicaron seis números de 1968 a 1974, que son precisamente los años en los que no se publicó el *Anuario*. *Anglia* contó con la colaboración de expertos en historia de Estados Unidos y en sus números Ortega adelantó capítulos de sus libros *Destino Manifiesto* y *La evangelización puritana en Norteamérica*. La revista se distinguió también por sus innumerables reseñas -muchas de ellas escritas por Ortega-, sobre libros que acababan de publicarse y que fueron dados a conocer a un público al que le

cronista de Filipinas” e “Imagen del indio filipino”; Martha Celada Castillo, “Tres mexicanos arzobispos de Filipinas”; Rita Eder, “La china poblana, leyenda e historia” y Luis Alberto de la Garza, “Testimonio documental” (Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar). A propósito de aniversarios, pocos años después Ortega organizó el “Primer Centenario de la Restauración de la República” del 4 al 13 de septiembre de 1967. Informe FFL, 1967.

⁷⁵ Probablemente no fuera caprichoso que Ortega recurriera al uso del pseudónimo. Las cuatro reseñas corresponden a libros sobre la leyenda negra. Pudo querer hispanizar más su nombre o pudo quizá ocultarlo a los autores reseñados.

⁷⁶ A mediados de 1969 se aprobó una partida de \$1500.00 que Ortega recibiría por dicho cargo, firmada por Fernando Solana, entonces Secretario General de la UNAM. Expediente FFL.

era difícil estar al tanto de las publicaciones realizadas en el extranjero y en ellas también destacó Ortega. En suma, *Anglia* constituyó un esfuerzo laudable de mantener una publicación dedicada al estudio de la historia de Estados Unidos, cuando muy pocos le dedicaban entonces su atención.⁷⁷ Sin embargo, Ricardo Guerra, sucesor de Zea, no se interesó en el Centro por lo que éste desapareció. También editó Ortega, al alimón con Carlos Bosch el tomo XXXII de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. Amén de importantes libros, algunos de los cuales también prologó.⁷⁸

5. El devoto de los libros.

De alguna manera a los hombres se les conoce por su entorno y de éste, su biblioteca es muy reveladora. Si bien Ortega y Medina fue un bibliófilo, no fue un bibliómano. Cuando en sus informes demandaba libros para la biblioteca, es casi seguro que no sólo pensaba en sus alumnos sino también en él mismo. La posesión del libro no le interesaba tanto como su aprovechamiento. Antonio Pompa y Pompa fue testigo de su "lectoranda asiduidad" a la biblioteca del antiguo Museo de Antropología e Historia, permitiéndole llevar libros a su casa "en calidad de préstamo".⁷⁹ Después, don Juan dispuso, sobre todo, del acervo de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras y las de los Institutos de

⁷⁷ Treinta años después, Mauricio Tenorio afirma que "el estudio de la historia de Estados Unidos en México no ha tenido el éxito esperado, más allá, por supuesto, del interés natural por las relaciones contemporáneas entre ambos países". Reconoce a Ortega y Medina el mérito de haber impulsado la creación "de un centro de estudios de Estados Unidos", que no es sino el Centro de Estudios Angloamericanos, a la vez que lo considera "un importante historiador de la Norteamérica puritana. Desgraciadamente su trabajo es casi desconocido entre los historiadores de Estados Unidos". "De encuentros y desencuentros. La escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera", p. 892.

⁷⁸ México, Imprenta Aldina, 1979-1989. Consúltese al final de este trabajo la bibliografía de Ortega y Medina.

⁷⁹ Ortega y Medina, "Respuesta al discurso de nombramiento como Miembro Corresponsal del Maestro Antonio Pompa y Pompa de la Academia Mexicana de la Historia", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, t. XXXII, México, Imprenta Aldina, 1979-1989. p. 255 y 256.

Investigaciones Históricas y Estéticas, además de las de El Colegio de México, del Instituto de Antropología e Historia y de la Benjamín Franklin.⁸⁰

Sin embargo, también compró libros y reunió una selecta aunque no voluminosa biblioteca, constituida por libros publicados, por lo general, antes de 1970 y que no se ha conservado completa después de su muerte. Efectivamente, en vida, había dispuesto que todos los libros sobre el tema de la evangelización puritana y el destino manifiesto pasaran a su alumna Alicia Mayer, la más cercana a él en sus últimos años y que ha estudiado esos temas. Por otro lado, algunos libros en alemán los legó a su sobrino y colega Jesús Monjaraz-Ruiz.

El resto de la biblioteca la conservó su viuda Teresa Bosque y su contenido es por demás variado e ilustrativo. En su mayor parte contiene obras de la literatura y de la historia de España, en particular de la guerra civil y de Andalucía. Difícilmente falta en la estantería de su biblioteca uno de los grandes autores del Siglo de Oro y del siglo XIX; ahí están José Mariano de Larra, las obras completas de Benito Pérez Galdós, a quien admiraba mucho más que a Clarín, aunque también está *La Regenta* y las novelas de Pardo Bazán. Además, casi en su totalidad, las novelas costumbristas y realistas de José María de Pereda y Sánchez, quien ha hecho la delicia de los españoles con su *Gonzalo González de la Gonzalera* y *Peñas Arriba* que, nos dijo Teresa Bosque, don Juan no se cansaba de leer. Tampoco podían faltar los autores de la generación del 98, con la notable excepción de Pío Baroja. De las siguientes

⁸⁰ Además de usar el acervo bibliográfico de ésta, recurrió a su servicio de préstamo interbibliotecario a través del cual consiguió libros acerca del tema de la evangelización puritana, pertenecientes a bibliotecas de Estados Unidos. *Ibid.*, Informe 1967. Por otro lado, en 1970 se quejó acremente de no haber logrado a través de la Franklin que la Biblioteca del Congreso de Washington le facilitara unos libros sobre Prescott. "Se nos contestó que el préstamo de libros no era posible (antes sí lo era), al menos de esos cuatro libros y que para obtener micropelículas de los mismos era preciso la autorización de no sé qué despacho u oficina de la Unión Americana". "Prólogo" a

generaciones estaban las *Obras Completas* de Ortega y Gasset y libros de Gaos, Joaquín Xirau y un republicano católico, muy admirado por él, que escribió e impartió clases en España después de la guerra, José Luis Aranguren.⁸¹

Por otro lado, si son pocas las historias generales de España que podía consultar en las bibliotecas, tenía un buen número de libros a propósito de la España del siglo XVI, que a su vez era rebasado con creces por los que se referían a la Guerra Civil, ya fueran historias generales o locales, memorias de combatientes o reflexiones sobre el significado de la dolorosa contienda. Como era de esperarse, Andalucía aparece retratada en todos sus aspectos, historia, sabor provinciano y costumbres, arte, coplas, y también la guerra. La España franquista, en cambio, no tuvo cabida en su biblioteca.

Abundan también los estudios sobre teoría de la historia, filosofía, ética y religión, sin faltar su Biblia predilecta, una versión de Casiodoro de Reina de 1569, la versión protestante en español más difundida. Una edición forrada en piel y gastada por el uso.

Por supuesto están los grandes historiadores mexicanos, pero no los literatos hispanoamericanos que, hay que decirlo, parecen no existir para

William Prescott, *Historia de la Conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 1985. ("Sepan cuantos...", 150)p. lx

⁸¹ Aranguren escribió con valentía, durante el régimen franquista, sobre un catolicismo que había agotado su carácter individualista (acentuado por el liberalismo) y debía volver a una concepción social de la ética de la que el Estado (entre democrático y socialista) no podía desentenderse. Juan Marichal, *El secreto de España*, Madrid, Taurus, 1995. p. 341. Ortega tenía en su biblioteca varios libros de Aranguren, *Catolicismo y protestantismo como forma de existencia*, Madrid, Revista de Occidente, 1952; *El catolicismo y la moral*, Madrid, Ediciones Sapiencia, 1954 y *Moral y sociedad. La moral española del siglo XIX*, Madrid, Revista de Occidente, 1963. Todos subrayados y anotados en los márgenes con diversos lápices y tintas que delatan sucesivas lecturas. Otros libros que también subrayó profusamente son el de Ernst Troeltsch, *El protestantismo y el mundo moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951. (Breviario, 51) y Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943. Tampoco podía faltar un texto sobre krausismo, *El krausismo español* de Juan López Morellas.

Ortega. Puede observarse, en cambio, su predilección por aquellos autores que fueron críticos de Estados Unidos como Luis G. Cuevas, Carlos Pereyra o Ricardo García Granados.

Están, por último, los libros de arte, desde las artes plásticas, en pocas colecciones ilustradas y más en textos teóricos, hasta la música. De la clásica hasta el cante jondo, incluido el ballet y danzas regionales españolas, éstas sí muy ilustradas

6. El viajero.

Don Juan aprovechó cuanta oportunidad tuvo de viajar, ya fuera por el interior del país o por el extranjero. Sin embargo, a diferencia de la inmensa mayoría de los que viajan y que hacen de sus viajes casi el único tema de conversación, Ortega, como sobre tantos otros aspectos de su vida, guardó también una gran reserva. Durante los doce años que vivió con él, Teresa Bosque no pudo saber nada de las impresiones que le habían dejado el conocimiento del territorio mexicano, su primera vuelta a Europa o los viajes posteriores al viejo continente.

No bien acababa de llegar a su fin en Coatzacoalcos su primera y larga travesía atlántica en 1940, cuando emprendió el viaje al fascinante y alejado estado de Chiapas,⁸² para trasladarse pocos meses después a la ciudad de México. Largo viaje que seguramente realizó por carretera, dada su precaria situación económica y no menos precario desarrollo de la aviación en México, pasando por Oaxaca y Puebla. De seguro no sabía entonces que en esta última se había incorporado a la ruta de arribo a la gran ciudad de Tenochtitlan que había seguido Hernán Cortés. Pronto excursionaría por los alrededores de la

⁸² En enero de 1983 estuvo en Tapachula, Tuxtla y San Cristobal a cargo de una asesoría histórica. *Ibid.*

capital, pero fueron más bien los congresos a los que asistió o los cursos que impartió los que nos sirven de guía en su conocimiento de la república.

Los Congresos Mexicanos de Historia no sólo fueron un estímulo en su vida académica sino que, sobre todo, le permitieron conocer viejas ciudades como Jalapa en 1943. La húmeda y fresca Jalapa a la que españoles y viajeros extranjeros ansiaban llegar tras desembarcar en Veracruz para evitar las enfermedades que eran el azote del puerto. En 1945 estuvo en Guanajuato, tan cargada de recuerdos del México colonial y de la lucha por la independencia.⁸³ Cuatro años después fue hasta Hermosillo y en 1953 a Guadalajara.

Al año siguiente ingresó como profesor a la Facultad de Filosofía y Letras y, poco después, perdidas las esperanzas de volver a su patria, decidió visitar a su padre. Avisó en la Facultad que iría a Europa vía Nueva York del 10 de diciembre de 1955 al 15 de febrero de 1956.⁸⁴ Para tal travesía, la primera de muchas que siguieron a Europa, confesó a su esposa que había tenido que pedir un préstamo al ISSSTE, pues quería darle la impresión a su padre de que si bien no había hecho la América, vivía con mucha holgura. Se encontró con los suyos en Lisboa, porque no podía todavía entrar en España. En Portugal se despidió por última vez de su padre. Cuando en 1960 pudo volver a la patria, sólo encontró a sus hermanas.

Las celebraciones del centenario del fallecimiento de Humboldt llevaron a Ortega a Alemania en 1959. Estuvo dos semanas en Berlín y Leipsig; en ésta dictó una conferencia titulada "Humboldt desde México", primicias de un libro que estaba por publicar. Años después asistió a un simposio en la Universidad de Trujillo, España, a fines de noviembre de 1988.⁸⁵ Antonio Pi-Suñer nos ha

⁸³ Ahí asistió también al VII Coloquio Internacional de Historia del Arte en noviembre de 1981. *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*, 18 de noviembre de 1955.

⁸⁵ *Ibid.* Participó con la conferencia titulada "Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al

dicho que en octubre de 1989 asistió con don Juan a un coloquio sobre el descubrimiento de América en Granada,⁸⁶ desde donde él se trasladó después a Madrid para pronunciar varias conferencias.

Su expediente guarda la noticia de dos viajes a América del Sur. Estuvo en Caracas en la Convención sobre Historia de las Ideas, en marzo de 1976. Posteriormente, en un viaje que duró más de dos meses en 1985, asistió al Congreso Internacional de SOLAR en Buenos Aires además de pronunciar unas conferencias en la Universidad de Río de la Plata.

Razones académicas lo llevaron en varias ocasiones a Estados Unidos. En representación de la UNAM asistió al Congreso de la Religión en el Nuevo Mundo celebrado en Washington en diciembre de 1957.⁸⁷ Poco después participó en Austin en la Segunda Reunión de Historiadores Mexicano-Norteamericanos en junio de 1958.⁸⁸ Desde entonces no dejó de asistir a dichos congresos, tanto en el vecino país como en el nuestro, y en los que dejaba escuchar su voz sobre asuntos que sonrojaban a no pocos colegas. Lo recordamos en Chicago en 1981 y, por última vez, en San Diego en 1990,⁸⁹

aniquilamiento. La publicó después en *Reflexiones Históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993. p. 202-237.

⁸⁶ "Terceras jornadas de historiadores americanistas" en Santa Fe, Granada, del 12 al 18 de octubre de 1989.

⁸⁷ Había sido invitado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y la Academia Franciscana de la Historia. *Ibid.*

⁸⁸ *Ibid.* El tema de dicha reunión fue la tesis de la frontera, puesta en boga desde hacía varias décadas por Frederick J. Turner. "Los estadounidenses no sospechaban la revolución epistemológica que las enseñanzas de José Gaos y el exilio español habían provocado en la historiografía mexicana: veían los filosofismos mexicanos como simple falta de profesionalismo, mero atraso en la escritura de la historia". Mauricio Tenorio, *op. cit.*, p. 895-896.

⁸⁹ En esta ocasión presentó la ponencia titulada "La imagen del indio en la conciencia norteamericana". Fue publicada después en Virginia Guedeay Jaime E. Rodríguez (ed.) *Five Centuries of Mexican History. Cinco Siglos de Historia de México, Papers of the VIII Conference of Mexican and North American Historians*, San Diego, California, October 18-20, 1990. *Memorias de la VIII Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*. San Diego, California, 18-20 de octubre de 1990. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-University of California Irvine, 1992. v. I, p. 157-174.

pero ya extrañamos su presencia en la IX Reunión de Historiadores Canadienses, Mexicanos y de Estados Unidos celebrada en la ciudad de México en octubre de 1994.

Su viaje más importante a Estados Unidos lo realizó durante los meses de noviembre y diciembre de 1967 y significó una prueba del reconocimiento a su calidad académica, pero también otras cosas más que conocemos gracias al cuidadoso informe que rindió.⁹⁰ La memoria del viaje está contenida en trece apretadas cuartillas divididas en cinco apartados, a saber: "Objetivo esencial del viaje", "Coronamiento del proyecto", "Programación del viaje", "Desarrollo del programa itinerario" (dividido en doce secciones) y "Balance del viaje" (seis secciones).

El objetivo del viaje había sido entrar en contacto con académicos especializados para darles a conocer sus ideas sobre la evangelización puritana entre los indios, a la vez que ponerse al tanto de las publicaciones y tesis más recientes sobre el tema, para completar el libro que planeaba dar a la imprenta en 1968 "en la nueva colección bibliográfica que prepara el Centro de Estudios Angloamericanos, que por designación expresa de usted [Leopoldo Zea] dirijo desde el mes de julio de 1966 en que se fundó dicho Centro".⁹¹ El proyecto se vio coronado cuando obtuvo una espléndida beca de la Embajada de Estados Unidos en México que además de cubrir todos sus gastos, le permitiría moverse por los lugares en los que llevaría a cabo su investigación. Sin embargo, el itinerario elaborado por la embajada no le satisfizo del todo pues su intención era pasar la mayor parte del tiempo en la Universidad de Harvard.

⁹⁰ "Informe del viaje a los Estados Unidos, realizado del 6 de noviembre al 17 de diciembre del año 1967". Expediente FFL. En junio del siguiente año pronunció la conferencia "Experiencias de mi viaje a Estados Unidos" en el Instituto Mexicano-Norteamericano. *Ibid.*, Informe 1968.

⁹¹ El libro, *La evangelización puritana en Norteamérica* se publicó en el Fondo de Cultura Económica hasta 1976.

De todos modos, aceptó de buena gana ir también a las universidades de Texas en Austin y Stony Brook en Nueva York. Le pareció exagerado dedicarle once días a la ciudad de Washington, aunque confesaba que la estancia ahí había sido “deliciosa, por cierto”, aunque los resultados “nulos” en cuanto se refería a sus tareas académicas. El viaje, en fin, había sido agotador y se había visto obligado a regresar a México debido -según extrañamente argumentó-, a razones familiares, mismas que reitera más adelante en el informe: “las malas noticias recibidas de mi casa (malas en cuanto que no tuve ninguna desde mi salida de México el 6 de noviembre) me inclinaron a regresar...” Sus anfitriones se comunicaron con su esposa en México y le dijeron que se encontraba bien, pero él no cambió de parecer, lo que hace pensar en otros motivos para adelantar su regreso, como podría ser que el proyecto no hubiera resultado del todo satisfactorio.

En casi ocho cuartillas Ortega relata su viaje que se inició en Austin, en donde Nettie Lee Benson le “mostró *sus* tesoros bibliográficos de origen mexicano e hispanoamericano”.⁹² Por su parte, él expuso ante profesores de la universidad el tema “Ensayos y polémicas mexicanas en torno a la idea y contenido de la Historia”.⁹³

Pero también se dolió de la condición de la población de origen mexicano que, “aunque bilingüe, no posee con propiedad mínima ninguna de las dos lenguas y suma además a esta inopia lingüística, un doble y desolador marginalismo cultural”. En consecuencia, le propuso a Zea impartir unos cursos en español por cuenta de la UNAM y de inglés por la Universidad de Texas con el objeto de promover en esa población marginada la “autoconfianza” y la “elevación cultural”, amén de que no estaría de más promover los cursos de español entre la población anglosajona para ayudarla a desaparecer “sus

⁹² “Informe del viaje a los Estados Unidos”, p. 3. Subrayado en el original.

viejos prejuicios antihispánicos”. Sus actividades turísticas y sociales en Washington no le impidieron aprovechar por las mañanas la Biblioteca del Congreso. También pidió conocer la Universidad de Virginia, construida por Thomas Jefferson, y la propia casa de éste en Monticello, visita, la única, que lo impresionó:

Monticello hace cierta la expresión de Goethe, de que la casa que ha sido habitada por un gran hombre, queda eternamente sellada con su real y etérea huella. Curiosamente, no pude expresar lo mismo cuando visité Mount Vernon [...] ⁹⁴

En Washington consiguió también (en una entrevista con Vicent Allin, el encargado de su viaje), hacer algunos cambios al itinerario que incluía originalmente, entre otras cosas, una visita a las cataratas del Niágara que no le interesaba, para sorpresa de sus anfitriones. El programa que ahí se delineó en forma definitiva se llevó a cabo “como un buen reloj, lo que no es poco mérito”.

En Stony Brook fue muy bien recibido por el deán de la universidad, su amigo Stanley Ross, el muy conocido estudioso de la Revolución Mexicana. Ahí le impresionó la gran cantidad de archivos de la ciudad de Guadalajara que contenía el Departamento de Estudios Latinoamericanos. Su exposición ante el cuerpo docente y el alumnado se tituló “Algunas reflexiones mexicanas en torno a la Historia”. Quedó de verse con Ross en Toronto en la reunión anual de la American Historical Association a fines de diciembre, lo que lamentó no sucediera porque adelantó su regreso a México.

El Día de Gracias lo pasó ya en Nueva Inglaterra con “una ‘típica’ familia norteamericana”, como habían planeado cuidadosamente los organizadores, pero que era judía: “seguramente fue así para que me sintiera más a mis

⁹³ Libro que publicó como *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, México, IIH-UNAM, 1970. Una segunda edición apareció en 1992.

⁹⁴ “Informe del viaje a los Estados Unidos”, p. 5.

anchas en un hogar judío que en uno puritano, cuando menos no recuerdo que el Dr. [Isaac I.] Katz bendijese la cena”.

A su llegada a Harvard contó con el auxilio de un intérprete y de su querido amigo el español Juan Marichal, profesor de la universidad.⁹⁵ Tuvo la oportunidad de conversar en varias ocasiones, sobre todo en francés (el intérprete debió incomodarlo sobremanera), con Oscar Handlin, Bernard Bailyn, John Womack y Frank Freidel, e impartió un curso sobre “Historia e historiografía mexicanas: Tópicos y problemas”. El resto del tiempo lo dedicó, por las mañanas, al estudio en la Biblioteca Widener de las obras de más reciente publicación sobre los puritanos. Por las tardes consultó documentos en la Massachusetts Historical Society de Boston. Con reverencia tuvo en sus manos las ediciones príncipes de las obras de sus bien conocidos puritanos como John Eliot y Cotton Mather. De este último le complació encontrar un opúsculo en latín que había firmado con su nombre también latinizado, Cotton Madero. Por otro lado, buscó la casa de William Prescott y la Old Corner: poco quedaba de estos lugares y estaban reconstruidos “sin ninguna autenticidad histórica”.

Tras abandonar Boston “no sin cierta tristeza y nostalgia”, su cansancio, aburrimiento y hasta irritación fueron en aumento. Le molestó sobre manera la visita a una “ciudad inventada”, Old Sturbridge Village, en la que habían colocado viejas casas novoinglesas llevadas desde diversos lugares. Allí

me ponderó mucho esta ciudad-museo, y desde luego reconozco que es interesante aunque todo es auténticamente falso. No dudo que esta *ciudad* cumple una efectiva función educativa; pero bien podría haberme ahorrado la visita, porque al fin y a la postre no se trataba sino de un colosal “pastiche”.⁹⁶

⁹⁵ Catedrático emérito de Harvard, especialista en la obra de Manuel Azaña, vive ahora en España. Mucho le hubiera complacido a Ortega la lectura de su último libro, *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Don Juan tenía en su biblioteca *El tránsito de un mundo histórico* y *La vocación de Manuel Azaña* de Marichal.

⁹⁶ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 8.

Un remanso fue la visita al Williams College de Massachusetts en donde gozó de la espléndida sección de libros raros y curiosos, montada con gran propiedad y elegancia, y pude en ellos encontrar una preciosa edición del Quijote, diplomas y documentos españoles y americanos del siglo XVI, además de bastantes textos impresos de mis perseguidos puritanos. De buena gana me hubiera quedado allí trabajando en lo mío; pero el programa-itinerario se imponía con su inexorable indiferencia, y el día 5 de diciembre dejaba el lugar no sin antes pasarme más de dos horas en el Museo en donde, para mi sorpresa, me encontré con treinta y cuatro, sí, 34 auténticos Renoirs, 4 Goyas y una sala completa con

cuadros y esculturas del famoso artista [Frederic] Remington, pintor epopéyico de las praderas...⁹⁷

En el Amherst College sostuvo una larga plática en francés con Henry S. Commager. De ahí lo llevaron a Yale en la avioneta de uno de los profesores. Poco pudo hacer en esta famosa universidad porque “estaba muerto de cansancio y de emoción de la dichosa avionetita”. De vuelta en Nueva York, decidió que ya no regresaba a Harvard como estaba planeado, pues acortaba su viaje, lo que fue una “inesperada resolución” para Allin. Fuera ya de todo itinerario disfrutó la ciudad de Nueva York. Trabajó en la Biblioteca Central, en la de la Fundación Hispánica y en la Universidad de Columbia. Ahí visitó al también muy interesado en la historia del México contemporáneo, Dr. Frank Tannenbaum. Tal y como lo había hecho en Harvard, compró más libros en rústica y baratos. Finalmente, asistió a una representación de la versión musicalizada de “El hombre de la Mancha” de la que sólo comenta con harta ironía “que sólo se puede montar y ver justamente en Nueva York”.

En su breve y desencantado “balance del viaje” señala que adquirió unos veinte libros que donaría al Centro de Estudios Angloamericanos después de utilizarlos. Aunque todos habían sido muy amables y dispuestos, no dejó de observar que entre

los colegas universitarios y especialmente los especialistas en puritanismo, no dejó de causarles sorpresa mi interés por el tema de la evangelización puritana. Su actitud fue a veces comprensiva, otras irónica, pero siempre correcta. Creo que lo que pensaban era esto: *Bueno, esperemos a ver que es lo que este historiador mexicano publica y entonces comentaremos.*⁹⁸

Los documentos manuscritos que había encontrado eran tantos que le llevaría más de un año trabajarlos a conciencia. Sin embargo, podía prescindir de ellos

⁹⁷ *Ibid.*, p. 9.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 13.

ya que su investigación se basaba en fuentes puritanas impresas y en el análisis historiográfico de las obras dedicadas al puritanismo, por lo que no representaría “un hueco muy sensible en mi libro la ausencia del trasiego de las fuentes documentales manuscritas”. Por último y por desgracia, el viaje había sido planeado de tal manera que en su “peregrinaje” las metas académicas no se habían cumplido.

Parece querer decir que, a diferencia de otros sufridos peregrinos, él sólo llegó a un santuario falso que no lo inspiró, el mismo creado por otros peregrinos, los que llegaron en el Mayflower. Su interés por este viaje fue tan solo académico y nada le sorprendió ni llamó la atención fuera de ese ámbito. Muy alejadas estuvieron sus impresiones de las despertadas por México en los viajeros sajones por él estudiados y de los mismos viajeros de los que él formó parte en este siglo y a quienes el inmenso México seguía sorprendiendo.

7. El transterrado: el encuentro de lo propio.

No sabemos hasta cuántos años después de su llegada a México, Ortega y Medina comenzó a considerarse un transterrado, como gustaba llamarse a sí mismo. Seguramente no lo fue en los primeros años de su estancia en tierras americanas pues tenía la esperanza de volver a España, su misma estadía le parecía pasajera y hacía de él un viajero residente, pero al fin y al cabo viajero, como los muchos que después estudió, pero no sajón, sino español. Atributo que le permitió identificar en los mexicanos rasgos de su propia cultura, a la vez que distinguió lo que nos era propio y a él ajeno:

... el extraño viene precisamente a poner de manifiesto, consciente o inconscientemente, su extrañeza, la que él mismo experimenta ante el nuevo cosmorama que se presenta ante su vista, viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos, viene por consiguiente a descubrirnos perfiles internos y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo

que constituyen un modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional: el aire familiar colectivo.⁹⁹

Sin embargo, en Ortega la extrañeza, “el golpe de la extrañeza que produce siempre lo nuevo e insólito”,¹⁰⁰ no fue tan grande como la sorpresa de lo familiar; reconoció rasgos propios en nuestro mundo mestizo al que contempló con simpatía por lo mismo que le era conocido. Y con esa misma simpatía se adentró en la historia de México que entre otras cosas le recordaba, porque también lo había vivido en España, la vieja rivalidad anglo-hispana, misma que había procreado a la muy añeja “leyenda negra” y a la que no pudo menos que ver continuada en la espinosa relación entre México y Estados Unidos. Así, a diferencia de los viajeros sajones que escribieron cartas, Ortega que era también un extraño pero no quería develar su intimidad, escribió historia; tal como en el siglo XVIII lo había hecho su predecesor Clavijero, el jesuita mexicano extrañado cuando vivió en Italia, quien

desde su melancólica nostalgia de la tierra en que nació, se crió y educó, sal[ió] en defensa del terruño y combat[ió] contra esos críticos falaces con una emoción particular que ya podemos llamar nacionalista.¹⁰¹

A través de la historia encontró y rescató lo propio en las tierras de Mexico, la hispanidad que creía haber perdido allende el océano. Y escribió una

⁹⁹ Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953, vol. I, p. 9 y 10. Acerca de los mexicanos sólo se ha encontrado este comentario de Ortega, muy comprensivo dada la forma de expresarse sin rodeos de los españoles: “Alusiones, ilusiones, podrá comentarse irónicamente; ¿pero es que existe acaso algún pueblo más sutilmente alusivo que el mexicano cuando quiere referirse a las cosas sin nombrarlas?” *Humboldt desde México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1960. p. 78.

¹⁰⁰ Ortega y Medina, “El indio absuelto y ‘Las Indias’ condenadas en las ‘Cortes de la Muerte’”, en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 110.

¹⁰¹ Ortega y Medina, “Clavijero y la conciencia historiográfica mexicana” en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991. p. 303. Don Juan conserva la ortografía original del nombre del historiador novohispano.

historia enmarcada en una primera rivalidad oceánica que se volvió terrestre en los dos mundos que España e Inglaterra construyeron en América. Una rivalidad fuente de mutua incomprensión, acrecentada bajo la mira historicista de Ortega por las diferentes actitudes vitales que llevó, finalmente, a la preeminencia de una sobre la otra; cobijada la poderosa ya no bajo la capa de la leyenda negra, sino bajo un nuevo ropaje religioso y materialista a la vez, el del destino manifiesto.

FALTA PAGINA

No. 144

IV. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS: UNA MIRADA A LA OBRA HISTORIOGRAFICA DE ORTEGA Y MEDINA

Séate agradable trabajar útilmente a fin de que tus graneros se llenen en tiempo oportuno. El trabajo hace a los hombres ricos en rebaños y trabajando serás más caro a los dioses y a los hombres porque tienen odio a los perezosos. No es el trabajo quien envilece sino la ociosidad. Hesíodo, *Los trabajos y los días*.

Mediante una sarcástica técnica tu quoqueista, permítaseme el término, que no tiene desperdicio, Clavigero se convierte en un polemista contundente. La erudición de que hace gala Clavigero no sólo le sirve para rechazar los despropósitos e injurias del prusiano [De Pauw], sino que también está al servicio del incipiente nacionalismo mexicano ansioso de una patria muy suya e independiente; de aquí la exaltación apologética de la cultura mexicana que no cede en nada frente a los valores consagrados de las antiguas y refinadas culturas clásicas del Viejo Mundo. Ortega y Medina.¹

1. La siembra.

En 1952 Ortega y Medina presentó su tesis doctoral titulada "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica (Hacia un estudio comparativo entre la evangelización angloprotestante y la hispanocatólica en América)". La dedicó a don Rafael García Granados "en cuya cátedra nacieron las inquietudes que hoy cristalizan en este ensayo"² y a Edmundo O'Gorman "maestro y amigo

¹ "Clavigero ante la conciencia historiográfica mexicana", *Estudios de Historia Novohispana*, 10, p. 307. Ortega bien podía estar pensando en sí mismo cuando escribió esto de Clavigero, salvo que, nos parece, tenía no sólo en mente la cultura mexicana y novohispana sino, sobre todo, la española.

² Ortega cursó Historia de América (Conquista Evangélica) con don Rafael, durante sus dos primeros semestres en Mascarones en 1944, según consta en su Certificado de

[...] a cuyo 'ejemplo', consejos y orientación metodológica debemos la confirmación de nuestra vocación histórica".

En la "Introducción" Ortega declara, con gran agudeza, que escribe con el objetivo de rectificar la interpretación que, en respuesta a la leyenda negra española, se ha dado en España e Hispanoamérica acerca de la evangelización anglosajona, a saber, la que consideraba a los ingleses y norteamericanos como "hombres excesivamente materializados, ametafísicos y, sobre todo, arreligiosos e incapaces y, por lo mismo, perversamente desdeñosos u olvidados de dar forma conceptual y práctica a un programa misionero orientado hacia la salvación de los indios durante la etapa colonial e independiente".³ Muy por el contrario, Ortega considera que sí hubo una verdadera preocupación por la evangelización, misma que "se inspiró en la obra misionera española" y, aunque "suene a enormidad o herejía [...] intentó sin éxito la nivelación del indio con los blancos advenedizos".⁴ Si los ingleses puritanos no lo lograron no fue por "una perversidad natural, y especialmente una naturaleza conformada y proclive a la destrucción de los indios" sino a la teología calvinista.⁵ Esta teología que había estudiado bien en su tesis de maestría *Reforma y Modernidad*.

Por lo demás, Ortega considera que las similitudes entre las dos obras de colonización son grandes, si bien no deja de apuntar que aunque Lewis Hanke decía que el pronunciamiento del pastor John Eliot "a favor de los indios resulta 'un simple balido comparado con los rugidos de Las Casas'",⁶ no es sino su pasión por el "empecinado dominico" la que le hace menospreciar a Eliot, pues éste, en opinión de Ortega,

Estudios. Expediente FFL. El mismo Ortega recuerda estos estudios en "Clavigero y la conciencia historiográfica mexicana" en *Estudios de Historia Novohispana*, 10, p. 293.

³ "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica", p. 1.

⁴ *Idem*.

⁵ *Ibid.*, p. 2.

⁶ *Idem*.

como evangelista auténtico y activo estuvo cien codos por encima del Obispo de Chiapa; y en cuanto a encaminar almas indígenas hacia el cielo puritano, el número de los iniciados, aunque no tan incontabilísimo como el de las compulsadas al paraíso -pongamos por caso- por el más modesto de los franciscanos, de seguro que fue superior al de las rescatadas por el padre Las Casas del que no hay noticias de que ganara por sí mismo ni siquiera una.⁷

Tras esta franca arremetida contra Fray Bartolomé, Ortega aclara que no es su propósito hacer una historia comparativa entre las formas de evangelización inglesas y españolas, tarea que futuros investigadores harán con mejores armas. Más bien su intención era, “por cierto pecadillo de vanidad [...] y por un compromiso vital”, corresponder a los historiadores norteamericanos que tanto se habían interesado por la historia de España y América pero, sobre todo, recalaba con atingencia, reflexionar e iluminar “uno de los grandes temas históricos norteamericanos hasta ahora *prácticamente olvidado*.”⁸ Con esto esperaba renovar y enriquecer el diálogo que condujese a un entendimiento más firme entre las dos Américas ya que el viejo diálogo anglo-español había sido sustituido por un ya centenario monólogo norteamericano, interrumpido sólo cuando este pueblo prefería emplear el garrote.

Tenemos así en esta “Introducción” apretada pero cargada de significado la esencia de la original preocupación de Ortega: la influencia del calvinismo, no en el desarrollo del capitalismo como había dicho Weber, sino en la mentalidad inglesa primero y después en la norteamericana que se manifestó, entre otras cosas, por sus efectos en la evangelización de los indios y en el expansionismo sobre las tierras de éstos y también en las de España y México. Un expansionismo que si bien no menciona en este momento, está implícito en los garrotazos que nos dice interrumpían de vez en cuando el

⁷ *Ibid.*, p. 3.

discurso mesiánico y civilizador. Por otro lado, esta breve "Introducción" no nos permite adivinar la riqueza temática de la tesis en cuestión que contiene ya, muy bien definidos, los temas centrales alrededor de los cuales girará la obra de Ortega.

Bástenos decir por ahora que esta tesis abarca una buena parte del pensamiento vertido en los tres libros más importantes de Ortega y Medina. Esto se comprueba cotejando el índice de la primera con los índices y con el contenido de los últimos. A saber, la primera parte de la tesis titulada, "El conflicto colonial hispanoinglés en América durante el siglo XVI" consta de dos capítulos: "España como modelo: Imitación emuladora" que dio lugar al también inicial capítulo y parte del segundo y el tercero de *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1982), si bien los títulos de éstos no corresponden al de la tesis, los de los subtítulos sí. El segundo capítulo de la primera parte mencionada es "Historia de un resentimiento. Raíz y razón de la Doctrina del Destino Manifiesto" y corresponde íntegramente a la primera sección de *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (1972) que lleva el título de "Historia de un resentimiento". Por último, los tres capítulos de la segunda parte de su tesis doctoral "Teología y evangelización: Santos y puritanos en América" corresponden *grosso modo* a los cuatro capítulos de *La Evangelización Puritana en Norteamérica* (1976). En la tesis, los títulos de dichos capítulos son "La edad dorada y el buen salvaje. Los problemas de la evangelización",⁹ "*Come over and help us*" y "Los enemigos de la evangelización puritana". En el libro que Ortega publicó veinticuatro años después (1976), y que había planeado publicar desde 1967,¹⁰ los encabezados capitulares, que son cuatro, a saber: "Teología y catequización: 'Santos' y puritanos en

⁸ *Ibid.*, p. 4. El subrayado es nuestro.

⁹ El tema del salvaje también lo amplió Ortega y dio a la imprenta años después: *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, Universidad Nacional autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987.

América. I. La edad dorada y el 'bueno' y mal salvaje. Los infortunios del Calibán indiano"; "Rescate y salvación por la 'letra'. II. 'Come over and help us'; "Los enemigos de la evangelización puritana. III. Competencia misionera y herencia trágica" y "Desarraigo telúrico y americanidad insuficiente. IV ¿Crueldad anglosajona?". Ahora bien, el nuevo texto es mucho más elaborado de acuerdo con la bibliografía actualizada en la que se sustenta, razón por la cual se estudiará en otra parte de este trabajo, al igual que el de los otros dos libros mencionados que también se ampliaron considerablemente.

Una vez apuntados los temas predominantes de la historiografía ortegamediniana procederemos a un repaso selectivo de su obra escrita que estará encaminado, sobre todo, a destacar en ella la presencia de su primigenia intención, la comprensión y defensa de lo hispano.¹¹

A escasos meses de la presentación de su examen de grado doctoral el 5 de noviembre de 1952, salió de la imprenta el primer volumen de su opera prima, *México en la conciencia anglosajona* el 11 de abril de 1953. Si bien el texto no forma parte de "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica", el tema había nutrido a la propia tesis y se prestaba por su interés y amenidad a darse a conocer. Ortega y Medina se estrenó ante el intelectualmente inquieto público mexicano de principios de los años cincuenta en una difundida y bien recordada colección "México y lo Mexicano" a cargo de Leopoldo Zea.¹² Con los dos volúmenes de *México en la conciencia anglosajona*

¹⁰ *Vid. supra*, capítulo III, 6. El viajero.

¹¹ Por su gran extensión, no nos será posible cubrir todos los escritos de don Juan. Nos limitaremos a sus libros y algunos artículos. Sin embargo, presentaremos toda su bibliografía en la cual resaltan sus temas favoritos.

¹² Zea integró con alumnos de José Gaos y de Samuel Ramos el grupo filosófico Hiperión cuyos miembros se preocuparon por el ser del mexicano, inspirados en el existencialismo. Formaron parte de ése Emilio Uranga, Luis Villoro, Salvador Reyes Nevares y Joaquín Sánchez MacGregor. Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad de lo mexicano*, México, Porrúa, 1987. (Colec. Sepan Cuántos ...) p. X. En los primeros números publicados de la colección escribieron Alfonso Reyes, José Gaos, José Moreno Villa, Luis Cernuda, Emilio Uranga, Salvador Reyes Nevárez y el propio Zea.

Ortega dio inicio a un tema, en muchos sentidos la fuente informativa que sirvió de sostén a sus tesis historiográficas, el muy amplio de los viajeros que visitaron la Nueva España y después México en el siglo pasado y cuya historiografía exploró de manera notable e impulsó a sus alumnos a hacer lo mismo.¹³ Este apartado sobre los viajeros incluye también el prólogo al libro de Branz Mayer, *México lo que fue y lo que es* (1953) y la traducción del alemán y estudio a *Cartas a la patria* de Karl Wilhelm Koppe (1955). El asunto no era novedoso, las relaciones de viajeros europeos abundaban desde el siglo XVI, y los viajeros que habían visitado México ya habían comenzado a estudiarse.¹⁴

El primer volumen de *México en la conciencia anglosajona* consta de un "Prólogo", cinco capítulos y un total de diecisiete apartados seguidos de la "Conclusión."¹⁵ Ortega señala en el "Prólogo" -acorde con las intenciones de la colección México y lo Mexicano-, que en la valoración de nuestro ser deben considerarse las opiniones que sobre México (no dice Nueva España)¹⁶ difundieron los viajeros anglosajones que nos visitaron en aquellos tres siglos, opiniones que

¹³ Sobre la historiografía viajera de Ortega han escrito Eugenia Meyer, "El desafío de las miradas extrañas" y José E. Covarrubias, "Los escritos de viajeros sobre el México de la primera mitad del siglo XIX en la obra de Ortega y Medina" en Cristina González Ortiz, comp., *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995. p. 111-123 y 35-48.

¹⁴ En la biblioteca de Ortega se encontraban *Relaciones de viajes desde la edad más remota hasta el siglo XVI*, Madrid, 1917, y J. García Mercadal, *España vista por extranjeros. Relaciones de viajeros y embajadores. Siglo XVI*, Biblioteca Nueva Lesta. Aquí en México Beatriz Ruiz Gaytán presentó en la UNAM su tesis de maestría "Thomas Gage, su *Relación de las Indias Occidentales*" en 1944. Además se publicaron Jorge Silva, *Viajeros franceses en México*, México, Editorial América, 1946 y William Mayer, *Early travellers in Mexico, 1534 to 1816*, Primera edición, México, 1961. ix, 176 p.

¹⁵ Los cinco capítulos se titulan: "La toma de contacto con el mundo colonial español. La Nueva España en el pensamiento de los viajeros ingleses"; "Un mundo que aprovechar"; "Las inevitables nuevas críticas"; "La misión regeneradora inglesa" y "El plan inglés de conquista de la Nueva España".

¹⁶ Más adelante aclara "aunque mejor no precipitemos acontecimientos y escribamos con más rigor histórico Nueva España y novohispano". *México en la conciencia anglosajona*, p. 16.

estuvieron condicionadas y lastradas por lo que ha venido llamándose el diálogo o conflicto histórico inglés-español; o pugna tenaz entre el misoneísmo hispanicocatólico y la modernidad angloprotestante, como convendría mejor apellidarlos.¹⁷

Consciente de que la abundancia de fuentes le dificulta el término de su tarea, se limita a los ingleses de las épocas de Isabel y de Cromwell que nos vieron como católicos, papistas, irreformados y sin salvación. Sin embargo, sorprende que en este sintético “Prólogo” Ortega no anticipe ni la riqueza informativa de su pequeño libro ni, mucho menos, manifieste su verdadera intención: defender la herencia hispánica, que sólo expresa ya avanzado el texto:

Dos serias preocupaciones llenaron la mente europea reformada a partir del siglo XVI; la lucha contra el catolicismo que defendía España, y la crítica más despiadada y adversa sobre el valor de la obra espiritual española en América. Nunca el mundo hasta entonces había conocido una campaña de descrédito tan destructora, rabiosa e injusta; pero en eso como en todo, nuestro tiempo ha superado las viejas marcas, y a juzgar por lo que clama el chinchán estentóreo y reclamista de los dos poderosos bandos hoy en pugna, la cruzada en contra nuestra, es decir en contra de lo hispánico, apenas si resulta un melancólico tañer de ángelus comparada con la actual.¹⁸

Tampoco señala las semejanzas entre la composición de este trabajo y la del segundo capítulo de la primera parte de “El horizonte de la evangelización anglosajona en América” acerca del Destino Manifiesto y que escribió al mismo tiempo que el libro que ahora nos ocupa. Pero no se crea que se trata de dos obras iguales. Nada más lejos de eso. Ortega tiene la inmensa habilidad de presentar un mismo tema y material bajo diversas consideraciones. En el caso de la tesis, como se verá con más detalle en el estudio de su libro *Destino Manifiesto*, las opiniones de los ingleses, vistas desde

¹⁷ *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 9.

¹⁸ *Ibid.*, v. I, p. 57.

la perspectiva de la historia de Estados Unidos, ya anticipan esa doctrina; en el presente caso, esas mismas opiniones reflejan el sentir de los viajeros hacia la Nueva España, pero Ortega las presenta acomodándolas en el esquema del pensamiento inglés predominante que no era sino antihispánico y anticatólico.¹⁹

La fuente original y principal de la historiografía viajera ortegamediniana es la monumental obra de Richard Hakluyt, *The Principal Navigations*,²⁰ publicada por primera vez en 1588 y considerablemente ampliada en su segunda edición entre 1598 y 1600. Interesado en respaldar la política colonizadora americana de Francis Walsingham, el Secretario de Estado de Isabel I, Hakluyt ya había publicado en 1582, *Divers Voyages Touching the Discovery of America*. Su interés provino de los consejos recibidos de un primo suyo,²¹ que trabajaba bajo las órdenes de Walsingham en el complicado

¹⁹ De ahí que aun cuando se pueda rastrear la respuesta de Ortega a *Manifest Destiny* de Albert Weinberg (*vid. infra*, capítulo V, 1. Los puritanos y América), no lo cita en *México en la conciencia anglosajona*.

²⁰ *The Principal Navigations, voyages, traffiques and discoveries of the English Nation, made by sea or overland to the theremate and farthest distant quarters of the earth at any time within the compasse of these 1600*. London, J. M. Dent & Sons, 1919. 8 v. (Everyman Library). Hakluyt no era, al menos desde el siglo pasado, un desconocido para los mexicanos. Joaquín García Icazbalceta tradujo algunos de los relatos recopilados por el inglés y los publicó en sus *Obras. Opúsculos varios*, IV y VI. México, Imprenta de V. Agüeros, 1898. Don Joaquín ya había escrito antes la referencia de Richard Hakluyt en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* publicado en 1853, en el tomo 8, volumen 4, páginas 18 y 19. *Vide* Antonio Pi-Suñer Llorens, coord., *Catálogo de los artículos sobre México en el Diccionario Universal de Historia y Geografía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1997. p. 105. En *México en la conciencia anglosajona*, aunque Ortega traduce la mayoría de los textos que cita de Hakluyt, en algunos prefiere utilizar la versión de don Joaquín “por la convincente y poderosísima razón de que es inmejorable”. *Ibid.*, v. I, p. 72. En Mascarones Ortega asistió a dos cursos de “Prehistoria” y dos de “Protohistoria del Antiguo Oriente” con don Pablo Martínez del Río, quien había estudiado en Eton y en Oriel College de Oxford y que entre otras muchas cosas escribió “La aventura mexicana de Sir John Hopkins” en *Memorias de la Academia mexicana de la historia, correspondiente de la Real de Madrid*, México, Imprenta Aldina, 1943. v. II, p. 241-295. El artículo, que Ortega cita en la obra que ahora nos ocupa, se basa principalmente en los documentos de Hakluyt. A nuestro novel historiador le cupo la fortuna que la obra del inglés se encontrara en El Colegio de México.

²¹ Su homónimo, de ahí que al geógrafo se le conozca con el sobrenombre de “el Joven”. El historiador inglés Louis B. Wright atribuye el expansionismo inglés, en buena parte, a la

aparato del servicio secreto que éste puso en marcha con el propósito de espiar, principalmente, a España. Pero nuestro Hakluyt, geógrafo de vocación, fue sólo un “part time spy”.²² Ello bastó para que no sólo mostrara a los ingleses las promesas pecuniarias de la colonización sino también justificara espiritualmente la acción inglesa en vista del mal trato que los españoles daban a los indios y su fracaso catequista.²³

En “Un mundo que aprovechar”,²⁴ Ortega destaca a tres viajeros como los más significativos: John Chilton que después de vivir siete años en España, obtuvo el permiso para visitar los dominios españoles en 1568;²⁵ Henry Hawks,²⁶ un comerciante que por esos mismos años residió cinco en la ciudad

sugerencia de Hakluyt de establecer bases navales navales en América desde las cuales vigilar los movimientos de los españoles. *The colonial civilization of North America, 1607-1763*, London, Eyre & Spottiswoode, 1949. p. 206.

²² Jack Beeching, “Introduction” a Richard Hakluyt, *Voyages and Discoveries*, London, Penguin Books, 1972. p. 19. Hakluyt también escribió *Particular Discourse of the Western Planting* que Walter Raleigh presentó a la reina en 1584 y fue publicado en 1587. *Ibid.*, p. 16.

²³ La obra de Hakluyt fue continuada por Samuel Purchas quien escribió *Hakluytus Posthumusor Purchas his Pilgrims*, publicado en 1625. Ortega y Medina cita la edición de Glasgow, James MacLehose & Sons, 1905-1907. Ortega titula así los cinco apartados del primer capítulo: “América o la posibilidad de la aventura”, “El antecedente histórico”, “La atracción aventurera. Tierra de maravilla”, “¿Naturaleza disminuida o naturaleza potenciada?” y “El tema antropológico: españoles, criollos, mestizos e indios”.

²⁴ Los apartados que integran este capítulo son: “Derroteros de viajes: espionaje y comercio”, “Las ciudades y sus riquezas: atractivos ciudadanos y mineros” e “¿Interés arqueológico?”.

²⁵ “A notable discourse of M. John Chilton, touching the people, manners, mines, cities, riches, forces, and other memorable things of New Spain and other provinces in the West Indies, seene and noted by himself in the time of his travels, continues in those parts, the space of seenteene, eightene yeeres” en Hakluyt, *The Principal Navigations*, v. VI. Citado por Ortega y Medina en *op. cit.*, v.I, p. 18. Varios de los viajeros de la época se colaron en los dominios españoles durante los años en que Felipe II estuvo casado con María Tudor, desde 1554 hasta la muerte de la reina en 1558.

²⁶ “A relation of the commodities of Nova Hispania and the manners of the inhabitant, written by Henry Hawks merchant, whichi lived five yeeres in the sayd country, and drew the same at the request of M. Richar Hakuyt esquire of Eiton in the county of Hersford, 1572” en Hakluyt, *op. cit.*, v. VI. Citado por Ortega y Medina, *op. cit.*, v.I, p. 19. La fecha del informe de Hawks nos indica que el Hakluyt al que se refiere es el primo mayor del geógrafo que se dedicaba a las tareas de espionaje al servicio de Walsingham. Hakluyt el Joven tenía a la sazón sólo 20 años.

de México y Thomas Gage²⁷ que estuvo en la Nueva España entre 1625 y 1636. Estos viajeros, de una u otra manera, refuerzan las opiniones de sus contemporáneos sobre los derechos de Inglaterra en América, su seguridad ante España, la naturaleza feraz de la Nueva España; aunque también pueden disentir acerca de las bondades de la flora, fauna y hombres de estas tierras, que saltan a la vista para Chilton, mas Gage no las ve por ningún lado.²⁸

Los viajeros ingleses, a la vez que se interesaban sobre todo por las posibles empresas comerciales, eran también espías o, como en el caso de Gage, pusieron más tarde su información al servicio del gobierno inglés. No se puede explicar Ortega de otra manera la profusión de detalles en la descripción de las ciudades novohispanas y sus defensas o de las zonas mineras. Sin embargo, tampoco pudieron escapar a la fascinación arqueológica, en la que todavía continúan aprisionados.²⁹

A partir del tercer capítulo de la obra que reseñamos,³⁰ Ortega encara las críticas más directas a la conquista y evangelización españolas que los viajeros añadieron a las originales de Las Casas. Se insinuaba que la conquista la habían hecho los tlaxcaltecas, negándose el carácter heroico que los españoles le habían dado y que no parecía interesar a los ingleses sólo

²⁷ Ortega ve a Gage -otro Capitán Araña igual a Hakluyt-, no sólo como "coadjutor de la leyenda negra" sino como un antecedente de Humboldt pues sus obras respectivas, *Relación de las Indias Occidentales* y *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, "descorren el velo de un misterio político, geográfico y hasta espiritual: el celoso secreto de la Nueva España; algo así como burlar o romper las sólidas murallas defensivas [...] que había levantado el recelo de España por medio del más estricto y total monopolio". Pero, a diferencia de Humboldt, Gage se propuso escribir una historia que mostrara el mal trato que recibían a los indios, no por piedad hacia ellos, sino para justificar que los dominios españoles pasaran a manos de Inglaterra. *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 83 y 105.

²⁸ *Ibid.*, p. 14-27.

²⁹ *Ibid.*, p. 33-49.

³⁰ Sus tres apartados son: "Enjuiciamiento de la conquista y evangelización españolas", "Críticas a la iglesia y religión católicas. Piedad novohispana e interés económico" y "Una sobremesa herética".

preocupados por valores materiales, por lo cuantitativo.³¹ Y si bien hubo ocasiones en que prefirieron no opinar sobre la empresa misionera por un “respeto institucional y mudo hacia la obra civilizadora que realizaba la iglesia española”, en otras, la visión que su mente reformista imponía era negativa. Sobre todo, ignoraba el “freno espiritual y legal” que impedía a los españoles, en muchas ocasiones, abusar de los indios. Ortega compara este trato con el que dieron los ingleses a los indios y afirma:

Así pues, el español conquistador o colono no es ni la blanca palomita que cierta escuela histórica quiere hacernos ver, ni tampoco el hediondo y carroñero zopilote que el otro sector histórico se complace en recrear; podemos añadir que la igualdad trascendental decretada por el pensamiento teológico católico salvó al indio si no por completo de la explotación, al menos sí de la devastación total; en cambio, y por contraste, la desigualdad trascendental [de réprobo] acordada por el puritanismo al indio acabó con casi todos los pieles rojas.³²

Las opiniones de los viajeros anglosajones acerca de la iglesia y de la Inquisición le permiten a Ortega recurrir a un concepto expresado con anterioridad: la influencia erasmista llegada hasta la Nueva España “remanso de paz y libertad espirituales” que sobrevivió hasta que en la lucha entre las fuerzas de la *Philosophia Christi* y la Contrarreforma, ésta se impuso.³³ El asunto lo lleva a insinuar una “sobremesa herética” debido a las declaraciones de un criado inglés al servicio de un español, que habiendo sido acusado de hereje se sorprendió de la actitud de tolerancia del pueblo novohispano, del que nuestro autor dice “era en el fondo -aun por aquel entonces- tolerante, y los espíritus

³¹ *Ibid.*, p. 51-52.

³² *Ibid.*, p. 55.

³³ *Vid. supra*, capítulo II, 1. La Escuela Normal Superior.

superiores del mismo tenían una marcada inclinación por el teísmo erasmista universal e ibérico [...].³⁴

La idea puritana de regenerar al mundo, tema del cuarto capítulo,³⁵ que más bien se limita a los indios y a todos aquellos bajo los dominios españoles y en la que Ortega se explaya en *Destino Manifiesto*,³⁶ se limita a rastrearla ahora en la obra de Gage. Nos dice que las riquezas de la Nueva España despertaban entre los ingleses asombro y horror al mismo tiempo “por la descomposición inherente a ellas”. Gage cultivaba ambas reacciones: llamar la atención de los ingleses y a la vez convencerlos de que debía darse otro fin a esas riquezas que la iglesia católica ostentaba. En suma, conquistar a la Nueva España para regenerarla espiritual y materialmente.³⁷ Cuando Gage escribía esto estaba pensando en que dicha conquista la hiciera Oliver Cromwell, convertido en Lord Protector de la Commonwealth inglesa que tenía por entonces sus “arcas vacías”³⁸ después de la Guerra Civil y muerte de Carlos I. Ahora bien, aunque pareciera contradictorio, Gage exaltaba ante los ojos del puritano la figura del conquistador de México Hernán Cortés para incitarlo a cumplir nuevamente con esa tarea. Ortega supone además que, como lo había hecho Hakluyt en el siglo anterior, Gage trataba de enardecer las ansias marineras matizándolas de religiosidad:

El *calling* [la vocación religiosa protestante], remachemos en ello, invocaba a la virilidad; su resonancia teológico-pragmática hacía de los credos protestantes religiones altamente belicosas, varoniles, combativas y asaz marineras.³⁹

³⁴ *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 75. La inclusión del “aun por entonces” no es sino un recurso retórico con el que implícitamente quiere hacernos creer que, con más razón, eran también tolerantes los mexicanos a quienes se dirigía.

³⁵ Sus apartados son: “La degeneración y su remedio”, “El plan de conquista, patente designio divino” y “Las tentadoras riquezas eclesiásticas”.

³⁶ *Vid. infra*, capítulo V, 1. Los puritanos y América.

³⁷ *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 80-81.

³⁸ *Ibid.*, p. 44.

³⁹ *Ibid.*, p. 95.

Tan hábilmente combinó Gage los intereses espirituales y los materiales que Cromwell organizó en 1654 una bien pertrechada expedición con un plan providencial: humillar a la soberbia España.⁴⁰ En ella también colaboraron varias de las colonias de Norteamérica, pero fueron derrotados en Santo Domingo y lo único que obtuvieron fue Jamaica.⁴¹ Ortega concluye con unas magníficas frases que contienen su esfuerzo por sintetizar la herencia española y la indígena en lo mexicano:

Las colonias españolas se salvaron entonces como se salvarían en los distintos intentos anglosajones realizados en los siglos XVIII y XIX; pero no fue la armada española ni el ejército lo fue tampoco -ninguno de los dos existía ya- los que libraron a las colonias, sino el feroz e indomable individualismo heredado de España; el orgullo y la vitalidad de la sangre hispanoindia, y la fuerza espiritual de la creencia y de la cultura religiosa e hispánica.⁴²

En el "Prólogo" al segundo volumen de *México en la conciencia anglosajona*,⁴³ Ortega explica porqué limitó su estudio al de los viajeros anglosajones que nos visitaron después de la independencia hasta el año de 1847 y no más allá de esta fecha. Para él la visión norteamericana cambió radicalmente, sobre todo, a partir de entonces (aunque elude mencionar el hecho de la guerra), al poder vernos ya con un aire paternal por no constituir más la amenaza que había difundido Humboldt "con su edénica visión futurista del universo novohispano",⁴⁴ y que había alimentado a todos los viajeros que

⁴⁰ De ello da cuenta Ortega en su último capítulo que consta de los siguientes apartados: "Cortés patrón de los ingleses. Un proyecto facilísimo", "Nuevos títulos para la conquista" y "La realización del proyecto. Cromwell y las Indias Occidentales".

⁴¹ *Ibid.*, p. 106 y 107.

⁴² *Ibid.*, p. 114. No sabemos qué quiere decir exactamente cuando se refiere al siglo XIX, pues si bien nuestra nación no desapareció del mapa, sí perdió más de la mitad del territorio, extensión incomparablemente mayor que la de Jamaica.

⁴³ México, Antigua Librería Robredo, 1955 (Colec. México y lo Mexicano, 22).

⁴⁴ *México en la conciencia anglosajona*, v.II, p.9.

nos visitaron tras la independencia.⁴⁵ Además de lo mucho que había temido Estados Unidos nuestra extendidísima tradición hispánica:

En la dramática decisión norteamericana de abandonar el sueño democrático rural jeffersoniano por un *destino* industrial y *manifiestamente* continental y manufacturero, que implicaba ante todo abrir de par en par las fronteras del país para dar entrada en masa a la salvadora emigración europea, bastante tuvo asimismo que ver la potencialidad real y latente de un México (avanzada agorera del mundo hispanoamericano sombrío y amenazador) que con sus siete millones o más de habitantes mezclados y católicos se enfrentaba a una Norteamérica que con sus 10 ó 12 millones de puros blancos protestantes ni con mucho lograba nivelar el platillo de la balanza continental, católica, hispánica e independiente.⁴⁶

Aclara también que el enfoque “históricoargumental” diferirá del empleado en el volumen anterior por tratarse no ya de la Nueva España sino del México independiente y, sobre todo, por la falta de espacio para decir todo lo que quería. Anuncia un tercer volumen y exorta a los jóvenes investigadores a “desplegar sus aptitudes y sacar a luz y reconstruir un primer bosquejo del ser mexicano histórico que se encuentra subsumido en tan vasto cuanto interesante material transeúnte y foráneo”.⁴⁷

El libro, de 158 páginas (el primer volumen sólo tiene 120) y formato pequeño, contiene una riqueza temática que el autor compactó en cuatro capítulos y 28 apartados cuyos meros títulos la reflejan muy cabalmente. En “Miscelánea viajante y aventurera”,⁴⁸ Ortega presenta al lector la “curiosa e interesante fauna viajera”⁴⁹ que nos visitó. La mayor parte era de habla inglesa y comprendía desde embajadores hasta tahures. De ellos, unos veinte, pusieron por escrito sus impresiones ya que, como decía Henry Ward, el primer

⁴⁵ *Ibid.*, p. 11.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 9 y 10.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 10 y 11.

⁴⁸ Sus apartados son: “Viandantes y trotamundos”, “Diplomacia viajera”, “Marinos y soldados”, “Otros viajeros” y “Una nueva China del Nuevo Mundo”. *Ibid.*, p. 12-42.

encargado de negocios y luego embajador de Gran Bretaña en México, estaban haciendo “un nuevo descubrimiento del Nuevo Mundo”⁵⁰ puesto que, como China, México había derribado sus murallas aislacionistas, aunque siguieron viéndolo, nos dice Ortega, como antes al imperio español:

[...] México, cual correspondía, ante la mirada extraña, a su papel de China del Nuevo Mundo, resultaba ser la consabida tierra original sobrecargada de cosas inauditas y esotéricas: el gran mandarín del continente americano como el imperio español lo había sido durante siglos frente a la mirada inquisitiva y codiciosa de la Europa moderna, ilustrada, codiciosa y escéptica. Era, por consiguiente, un México a cuestas con su indescembarazable herencia histórica. La toma de contacto con el mundo histórico mexicano ponía al descubierto como en el caso de China, un impulso vital desusado y distinto: un nirvanismo socioeconómico tanto más extraño supuesto que se tenía la sospecha al menos de la occidentalidad del país; mas una occidentalidad o modernidad anticuada, cansina, ecléctica: llevada a ritmo lentísimo, a cámara lenta, sofrenado, hispánico en suma.⁵¹

En “La nefasta herencia española”,⁵² Ortega da la razón a los que veían los rasgos de España en México, pero no está de acuerdo con la elección prejuiciada y negativa de éstos. Estos viajeros destacaban sólo vicios como la ignorancia, la pereza, la superstición, el excesivo uso del cuchillo, la voluptuosidad en la interpretación de la guitarra o el poco interés en los negocios y asuntos del gobierno. Estos defectos resaltaban aún más al ser comparados con los modos de los sajones, hombres trabajadores, industrioses y diligentes.⁵³ La crítica alcanzaba usos y costumbres como la

⁴⁹ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 38.

⁵¹ *Ibid.*, p. 40.

⁵² Integrada por los siguientes capítulos: “Diarios e inversiones”, “Pandereta hispánica: fandangos y cuchillos”, “El ser mexicano que transparenta la herencia española”, “Historia y actividad. La herencia distinta”, “Confort y desconfort”, “Otros rasgos de la nefanda herencia”, “Naipes y puntos”, “Hospitalidad y cortesía” y “Criados, sirvientes y domésticos”. *Ibid.*, p. 43-94.

⁵³ *Ibid.*, p. 59-61.

falta de limpieza,⁵⁴ el desconocimiento total del concepto del confort que se apreciaba en las ventanas que no cerraban, las sillas desfondadas o la falta de chimeneas en casas en las que, por otro lado, se hacía derroche de riquezas.⁵⁵ Ortega explica esta actitud de nuestros visitantes remachando el antagonismo católico-calvinista:

El hombre protestante anglosajón no es que desdeñase la riqueza, lo que le sacaba fuera de sí era el mal empleo y ostentación de ésta; la prodigalidad y el derroche inútiles; la falta de un sano espíritu de ahorro en todas las clases. Un vivir metódico, sabiamente regulado (ingresos, egresos y ahorro); un vivir regulado, confortable, ahorrativo era su máxima aspiración; su vida debía transcurrir sencilla, limpia, higiénica, sin lujos exorbitados ni insultantes. Frente a la incomprensible magnificencia y grandeza hispánicas opondrá él la virtud cardinal típica [del] alma protestante, la cicatería. El mal no estribaba en poseer riquezas, sino de utilizarlas de un modo poco práctico, ostentosa, viciosa, vana y señorialmente; es decir, sin el dispositivo éticoutilitario y satisfactor que representa en su cualidad de orden y comodidad la palabra "confort".⁵⁶

Menos entendían nuestras diversiones: que tras escuchar misa se marchara a ver las corridas de toros, lo que da lugar a que Ortega recuerde el "ser para la vida" y el "ser para la muerte" y todo en el mismo domingo, de O'Gorman.⁵⁷ Tampoco comprendían la afición a los juegos de cartas, ni nuestra cortesía ni el trato igualitario dado a los criados. A propósito de esta palabra, que Ortega afirma ninguna lengua moderna traduce su significado español, por no existir precisamente en ninguna otra nación, subraya su "señorial igualamiento".⁵⁸ Implícitamente Ortega está señalando que, a los ojos de los extranjeros, la sociedad mexicana estaba degenerada, tal y como la habían

⁵⁴ El mejor hotel de la ciudad de México, "La gran sociedad", era llamado por los viajeros "La gran suciedad". *Ibid.*, p. 66.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 69.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 70.

⁵⁷ *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, citado en *Ibid.*, p. 77.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 93.

visto los ingleses desde los siglos XVI y XVII y que, por lo mismo, debían regenerarla.

Peores que las críticas sociales fueron las que hicieron los viajeros a la iglesia católica, de las que Ortega da cuenta en el tercer capítulo "El trasfondo religioso, católico y hispánico".⁵⁹ Se trataba de las mismas viejas críticas que se venían repitiendo desde la Reforma y que ya habían expresado los viajeros ingleses estudiados en el primer volumen, pero ahora el horror a la magnificencia de los templos es complementado por el que causaba la supervivencia de ritos paganos entre los indios y que, en parte, les había hecho ver Fray Servando.⁶⁰ Sin embargo, Ortega considera que los indios

eran simplemente un pretexto; un ejemplo magnífico con el que demostrar la ineficacia religiosa y política de todo el mundo hispánico y no tan sólo ya de España. Además, tales críticas respondían asimismo a un viejo ataque, a una añeja controversia espiritual que tuvo su comienzo con el anglicanismo y que luego se proyectó a tierras americanas al entrar en conflicto amargo y tenaz los dos sistemas de salvación [el católico y el puritano] aplicados a los indios.⁶¹

A aquellos viajeros también les aterraba la intolerancia religiosa, pero por razones muy personales. Como protestantes que eran, pensaban que de morirse en México ningún panteón los acogería o la turba podía emprenderla contra el cortejo fúnebre o profanar su tumba.⁶² No menos les chocaba el fanatismo que creían ver en el "bautizo" de los animales que no era sino una

⁵⁹ Consta de las siguientes secciones: "Sentimiento histórico crítico", "La idolátrica religión católica de los indios", "Un contraste doloroso: esplendor y miseria católicos", "Intolerancia y fanatismo católicos", "Dos ejemplos a la mexicana", "¿Democracia en la Iglesia?", "Una solución liberal y heterodoxa" y "La incompatibilidad de los principios". *Ibid.*, p. 95-125.

⁶⁰ Contra quienes vieron en la virgen de Guadalupe sólo una Ceres, Ortega recuerda complacido como Arnold Toynbee "pudo muy a lo mediterráneo [...] descubrir otro milagro mucho más viejo y más prodigioso [...] una virgen que sirvió de puente entre 'seres humanos que son de distinta raza'." *Ibid.*, p. 97 y 99.

⁶¹ *Ibid.*, p. 98.

⁶² *Ibid.*, p. 105.

bendición o en poner nombres sagrados a tiendas o calles.⁶³ Ortega aprovecha para recordar, divertido, que en el siglo XVI se llamaba a los ingleses “rabosos”, por cobardes, lo que asocia con la creencia del pueblo mexicano en que los protestantes tenían rabo (el del diablo) y que por eso montaban en una silla tan diferente a la vaquera española.⁶⁴

La defensa ortegamediniana del viejo cristianismo medieval reaparece aquí al señalar que otra de las críticas que se le hacían a la iglesia católica provenía de constituir un recordatorio del pasado, cuando todos los hombres eran iguales a los ojos de Dios. Pues en nuestras iglesias se codeaban las damas ricamente vestidas con la masa andrajosa y maloliente, ocupando cada quien el lugar que quisiese y no en los asignados como en los templos protestantes.⁶⁵

Ortega señala cómo los decretos de Gómez Farías de 1833 entusiasmaron a no pocos de los viajeros aunque lamentaran su corta duración lo que los llevó a alentar su reinstalación. Quitarle los bienes al clero en “provecho del Estado era una inversión honrada y patriótica” para unos hombres de los que comenta con sorna, “tenían el proyecto de henchir sus arcas enflaqueciendo las de la Iglesia”.⁶⁶

Se trataba, en suma, de una iglesia que, según estos viajeros anglosajones que parecían repetir lo dicho ya desde el siglo anterior, debía regenerarse también, sobre todo, porque no era compatible con los principios republicanos, aunque estos tampoco se practicaban en la nueva república mexicana, de ahí el irónico título que Ortega da al último capítulo “México una república sin par”,⁶⁷ en el sentido de que no había otra como ella porque de

⁶³ *Ibid.*, p. 106-108.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 108 y 109.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 111-116.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 117.

⁶⁷ Por los títulos de los apartados que lo integran podemos adivinar el juicio adverso que nos merecimos: “Republicanism caótico e incomprensible”, “Palabras iguales y hechos

república no tenía nada. Los viajeros, de acuerdo con su nacionalidad, se acercaban a nuestra república, si francés “expectante y apasionado”; si alemán, el de “menos prejuicios antihistóricos” mostrando sus simpatías; si ingleses, con excepción de los comprensivos que llevaban apellido irlandés,

torcer[ían] la boca frente a las audacias republicanas. México les proporcionaba argumentos más que contundentes con los cuales probar la locura extrema de ciertos hombres que pretendían, como lo habían hecho los desagradecidos norteamericanos, gobernarse por ellos mismos desdeñando la instancia tradicional, perfecta y religiosa de los eternos y leviatanescos principios absolutos y monárquicos.⁶⁸

Mas los norteamericanos, tras su malestar y desprecio, ocultaban su “urgencia *manifiesta* y el *destino* cierto” que los había llevado a quedarse con las tierras de los pieles rojas y como harían después con las de los antiprogresistas de quienes pudieran aprovecharse. Jugando con las palabras Ortega presenta la doctrina del Destino Manifiesto:

El mensaje de los viajeros anglosajones se ha de entender también como crítica desde fuera y desde dentro de unos principios religiosos y filosófico-políticos. El destino manifiesto, a poco que se repare en él, asoma por todos lados la oreja teológica, heterodoxa por más señas. Ingleses y norteamericanos han de coincidir en sus censuras ilustradas o positivistas cuando contemplan el revuelto cotarro político mexicano al que sienten desorbitado, fanático, servil y despótico; es a saber, hispánico, oscurecido por la religión y poquedumbres católicas. Viéndolo, en suma, como una espantosa esfinge política: un cuerpo constitucional liberal coronado por una testa mesiánica y caudillera. Un corazón nacional que latía con ritmo atrasado, lento, tradicional. Para la penetrante mirada anglosajona, México resultaba monstruoso: un increíble ornitorrinco espiritual, social y político.⁶⁹

distintos”, “La independencia como espectáculo histórico”, “Anomalía revolucionaria: revolución y ‘revoluciones’”, “Una república que casi no lo era” y “El anverso de la medalla republicana”. *Ibid.*, p. 126-152.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 126 y 127.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 128.

De ahí que no entendieran que pudiéramos ser liberales cuando para ellos el liberalismo había surgido de la tradición calvinista de la libertad que justificaba la lucha contra los tiranos y nosotros seguíamos apegados a la intransigente religión católica y a un “despotismo militar [que] no eran pues, sino las dos caras monstruosamente conciliadas que presentaba el enigmático y mexicanísimo Jano republicano”.⁷⁰

También los pasmaban las diferencias sociales y la ignorancia. Por un lado veían la pobreza y abandono en que se encontraban los indios; por el otro, los rituales políticos que más tenían del Antiguo Régimen que de una república como la norteamericana.⁷¹ Ortega aprovecha para criticar la exaltación del republicanismo ante las tradiciones aristocráticas diciendo que los norteamericanos tenían

una aspiración desaforada, común: hacer dinero, mucho dinero, pronta e inescrupulosamente, democrática y republicanamente. la agricultura, el comercio, la industria, la especulación y la política constituían su campo de acción; del éxito o del fracaso en tales ocupaciones dependían los futuros blasones. Era la *nueva aristocracia* del trabajo individual, multiplicativo, ascético, intramundano y determinista; satisfacción y riquezas eran el correlato de la gracia o éxito predestinatorio.⁷²

El paralelismo entre los dos volúmenes se rompe, de manera interesante, al final del segundo. Los últimos informantes de Ortega son algunos norteamericanos que nos visitaron en vísperas de la guerra. Pero aunque como fuente testimonial no alcanzan la importancia de Gage, a diferencia de éste sí consiguieron quedarse con buena parte de las tierras de México. Si el primer volumen concluye con la fracasada expedición de Cromwell que fue derrotada por España, Ortega cierra el relato del segundo con las molestas palabras del republicano Waddy Thompson al enterarse de que un compatriota suyo (como

⁷⁰ *Ibid.*, p. 145.

⁷¹ *Ibid.*, p. 148.

⁷² *Ibid.*, p. 152. El subrayado es nuestro.

el inglés del que Ortega comenta en el primer volumen que era sirviente de un español)⁷³ era cochero de Santa Anna. Lo que ya no dice es que en esos momentos ya había puesto en marcha Estados Unidos, como dos siglos antes Cromwell, el mecanismo de una guerra en la que perdimos más de la mitad de nuestras extensas tierras.

Ortega publicó en 1953 “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”. Este escrito correspondía al tercer volumen de *México en la Conciencia Anglosajona* de la colección “México y lo Mexicano”, pero probablemente por la tardanza en las publicaciones de dicha colección, lo entregó a *Cuadernos Americanos*.⁷⁴ Este artículo no trata de la Doctrina Monroe como pudiera pensarse, ya que Ortega no se ocupó de ella sino como un mero apéndice del Destino Manifiesto,⁷⁵ prueba de que los norteamericanos habían aprendido bien la lección de su progenitora inglesa: controlar a América como ella había controlado a Europa. Más bien se vale de su significado de apropiación de todo lo americano que Ortega traslada a la América precolombina.

El ensayo en cuestión versa sobre los escritos del viajero norteamericano John Lloyd Stephens, que a la vez Ortega compara con los de su compatriota y contemporáneo Benjamin Norman. Stephens, a diferencia de los viajeros reseñados en *México en la conciencia anglosajona*, no escribió sobre la sociedad o la política del México que visitara, sino que buscó en el estudio de las ruinas mayas que había recorrido con asombro, un sostén

⁷³ *Vid. supra.*

⁷⁴ “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente” en *Cuadernos Americanos* 5, año 12, v. 71, septiembre-octubre, p. 168-189. *Cuadernos americanos*, 6, año 12, v. 72, noviembre-diciembre, p. 158-187, México, 1953.

⁷⁵ Años más tarde le dedicó dos páginas en las que más bien se ocupa del Corolario de Roosevelt. Véase “Disociación imperial y unificación latinoamericana” en *Reflexiones históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993. p. 192-193.

histórico para su país, pues Estados Unidos, nación carente de “raíces telúricas” trataría de afianzarse en las de sus vecinos apropiándoselas.⁷⁶

Al mismo asunto de la historiografía viajera corresponde el excelente prólogo de Ortega y Medina a *México lo que fue y lo que es* del diplomático norteamericano Brantz Mayer.⁷⁷ Lo que no había hecho en *México en la conciencia anglosajona* y en “Monroísmo arqueológico”, lo hizo en este prólogo: un conciso estudio de la literatura viajera en México debida, en parte, a la simple curiosidad, aunque las más de las veces a “debelar” los secretos, primero de la Nueva España y después del México independiente. Completa la tarea con una rápida exposición de los informes de un Chilton o un Gage, y los consabidos e inútiles afanes de México, tras alcanzar la independencia, de mostrarse como si tres siglos de vida colonial española no hubiesen pasado por ella. Con distintas palabras pero que expresan lo dicho en otros lugares, Ortega insiste:

El vecino [norteamericano] contemplaba nuestra voluntaria desnudez histórica con curiosidad; pero atendía más a la sombra que proyectaba aquélla; sombra en la que advertía y se le revelaba un ser histórico demasiado conocido para pasar por nuevo: a un ser hostil e hispánico por debajo inclusive de la tilma evocadora y del colpilli reivindicador.⁷⁸

Ahora bien, los intereses que movieron a los viajeros en el siglo XIX no fueron sólo románticos y de espionaje, sino también de tipo comercial:

[...] tras el fárrago lírico, tras el párrafo paisajista, claro o brumoso y tras el folklorismo en barata observado se oculta y trasluce casi siempre el aguzado olfato del pachón venteador de futuros dividendos; concesiones bancarias, mineras; empréstitos ruinosos; importaciones y

⁷⁶ Más adelante diría “Lo que nosotros hemos llamado el monroísmo arqueológico de [John Stephens] corre parejas con el *monroísmo* histórico de Prescott” “Prólogo” a William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1970. (Colec. “Sepan Cuantos...” núm. 150), p. xxxviii.

⁷⁷ México, Fondo de Cultura Económica, 1953. Nosotros citaremos la reedición del prólogo “México en 1841” en Ortega y Medina, *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 213-248.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 217.

exportaciones, proyectos ferroviarios y de explotación perlera; organización de fábricas y otros enjuagues más o menos apetitosos - sin olvidar entre éstos los políticos- y, en última instancia, las actividades más o menos descaradas del espionaje con vista a la posible rebatía; las fuerzas todas del capitalismo despiadadamente puestas en circulación.⁷⁹

No faltan unos párrafos dedicados a Humboldt, siendo su *Ensayo* lectura obligada de los que visitaban a México y cuyas opiniones variarían de acuerdo con las expectativas que les hubiera despertado la lectura del sabio alemán. Ortega adelanta algunas de las opiniones que sobre el Barón expresará después, como las referentes a su dependencia de los informantes locales:

Aprovechando los materiales sólidos aunque dispersos de sus predecesores los sabios novohispanos del siglo XVIII -como con justicia ha señalado Arnáiz y Freg- Humboldt construyó una obra despanpanante plena de aciertos y asimismo de errores; si bien, justo es confesarlo, hay más, mucho más de los primeros que de los segundos.⁸⁰

Sigue a este repaso la presentación de la vida y obra de Mayer. Sobre todo, su interés por la arqueología de México, en lo que no hizo sino seguir los pasos de Stephens, pero no se detuvo ahí, pues aunque eludió los tres siglos de la época colonial (que años después estudiaría), se ocupó de las primeras décadas de la historia del México independiente. Ortega comprende la actitud de Mayer quien no hacía sino seguir “el dictado de la moda histórica de su tiempo, muy desdeñosa, hostil e insurgente en aquel entonces -y no le faltaban razones- hacia todo lo español”.⁸¹

Dos son las cuestiones que más destaca Ortega en este viajero. Su referencia a “nuestra historia continental” en la que, como en el caso de

⁷⁹ *Ibid.*, p. 218 y 219.

⁸⁰ *Idem.*

⁸¹ *Ibid.*, p. 231.

Stephens, don Juan ve la apropiación de Estados Unidos del pasado de toda América. Esta apropiación la justifica con el rechazo de la dependencia cultural de las civilizaciones americanas de las de Europa, lo que no es sino una

especie de monroísmo arqueológico que, como el político del que se sirviera como inspirador, aspiraba a la más plena liberación intelectual e histórica respecto del Viejo Mundo: autoctonía cultural a toda costa. Además, para Norteamérica el reconocimiento del pasado indígena prehispánico, como *su pasado*, le proporcionaba la posibilidad de proyectarse sobre el Continente todo para saturarse de americanidad; una acción que, además, le otorgaba una función rectora continental verdaderamente auténtica y envidiable [...] ⁸²

Por otro lado, esparcidas por todo el libro se encuentran abundantes críticas a la iglesia católica que Ortega ordena bajo tres rubros: su carácter dogmático (las más burdas que desde la época de Lutero se repetían); su inmensa riqueza no productiva y, finalmente, el carácter de su sistema misionero. Nuestro autor, experto en el tema por su tesis "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica"; nos dice que Mayer no sólo se basó en las mismas críticas que los puritanos habían hecho de la evangelización católica (inspirados, por supuesto, en la *Brevísima* de Las Casas), sino que "insinuará la necesidad de adquisición por parte de su país, de los territorios novomexicanos y californianos."⁸³ Ya entrado en el tema de las anexiones, Ortega subraya que Mayer agregó al argumento religioso, el político. En este caso tampoco fue original; se trataba del muy explotado también en Estados Unidos: la intromisión de Inglaterra que, se rumoraba, podía quedarse con California a cambio de asumir la deuda mexicana. Mayer no mencionó, como *whig* que era, el asunto de Texas, pero no vaciló en sugerir la anexión de California y de Nuevo México valiéndose de uno de los argumentos de sus paisanos sobre Texas: la amenaza inglesa. En suma, no podía esperarse del

⁸² *Ibid.*, p. 233.

⁸³ *Ibid.*, p. 239.

diplomático norteamericano sino que fundamentara ante sus conciudadanos la necesidad, sobre todo, la justificación del derecho de Estados Unidos a las tierras de México, como lo habían venido haciendo por centurias muchos de los viajeros que lo habían antecedido.

En 1952, Ortega aprovechó la celebración del segundo centenario del nacimiento de don Miguel Hidalgo y publicó "El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo".⁸⁴ Ahí expresó, contra lo que podría esperarse de un historiador español liberal y republicano, cómo en el cura de Dolores habían pesado más la ortodoxia y la fe cristiana que las ideas ilustradas.⁸⁵ Ortega no quiso decir la última palabra sobre el tema, pues no era especialista, pero a manera de hipótesis, lo que llamó un "planteamiento exploratorio" se acercó a base de preguntas a la conciencia cristiana del padre Hidalgo. La preponderancia de la ortodoxia católica en éste, es la misma que, recalca, también se observa en los ilustrados españoles, quienes dan un tinte especial a este movimiento. Tras hacer gala de sus conocimientos acerca de la teología católica y sus aplicaciones prácticas, concluye en su personalísimo tenor de crítico de las ideas:

Y el fundamental impedimento que nosotros vemos para un Hidalgo ilustrado en lo filosófico y en lo político, estriba en su radical imposibilidad espiritual; en su manifiesta ineptitud e impenetrabilidad religiosa para con la heterodoxia.⁸⁶

⁸⁴ *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 24, n. 47-48, 1952. p. 193-211.

⁸⁵ Idea que sostiene Carlos Herrejón en *Hidalgo antes del grito de Dolores*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1992, y en *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987.

⁸⁶ "El problema de la conciencia cristiana en el Padre Hidalgo" en *Filosofía y Letras*, t. 24, núm. 47-48, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1952. p. 201. Originalmente presentó este trabajo en la Segunda Asamblea de Mesa Redonda de la XI Sesión del Congreso Mexicano de Historia el 30 de noviembre de 1953. Ortega asistió a las dos asambleas del citado congreso, la primera realizada el 1 al 5 de mayo en Guanajuato y la segunda del 27 de noviembre al 1 de diciembre, a la vez que reseñó ambas: "Crónica 'El marco histórico de Hidalgo'" en *Universidad de México*, v. viii, núm. 3, noviembre de 1953. p. 17 y 27. "La XI sesión del Congreso Mexicano de Historia" en *Historia Mexicana*, Num. 12. México, El Colegio de México, 1954. p. 621-632. Esta

Así, con mucha galanura, despoja a Hidalgo de la vestimenta afrancesada con que se le había cubierto, cuando su misma ortodoxia católica debía hacerlo reconocer las bondades de un régimen español ideal, en concordancia con pensadores como Francisco de Vitoria y Francisco Suárez, distinto del afrancesado y napoleónico contra el que se enfrentó.

Por último, no podemos pasar por alto un particular género de análisis de las ideas al que Ortega recurre en varias ocasiones en forma específica aunque lo encontramos presente aquí y allá a lo largo de su obra: sus referencias a obras de literatura, en especial al teatro, por considerar que en ella era donde mejor podían expresarse las ideas populares de un momento particular. El primer ensayo que cabe en esta categoría lleva uno de los títulos más sugestivos de los escritos de Ortega, a saber, "El indio absuelto y las Indias condenadas en las 'Cortes de la Muerte'"⁸⁷ Fue escrito en el Seminario de Historia de las Indias de O'Gorman en 1952 y contiene una ardiente defensa del historicismo a la vez que desdén por quienes no compartían esta doctrina, en particular de Silvio Zavala.⁸⁸ Fue por este tono que el corrector de estilo de *Historia Mexicana*

última la publicó de nuevo en su libro *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962. p. 271-285. Además de una síntesis de la segunda asamblea en la que él participó, "Crónica 'La insurgencia desde nuestro tiempo'", en *Universidad de México*, v. viii, núm. 5, enero de 1954. p. 10.

⁸⁷ *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. iv, n. 4, abr-jun, 1955, p. 477-505. También en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 89-123, en donde aparece el texto completo y que es la versión que nosotros empleamos.

⁸⁸ A don Silvio le llegó el turno de ser desagraviado, al igual que a Pompa y Pompa (*vid. supra*, capítulo II, 1. La Escuela Normal Superior). Ortega dedicó el capítulo VII, "Sueños y ensueños exóticos" de su *Imagología del bueno y del mal salvaje*, al estudio del libro de Zavala *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, que encomia sobremanera. También cuando explicó la corriente "tradicionalista, hispanista, positivista" de los años cuarenta, dijo estar representada por Zavala, "entonces muy joven, quien comenzaba a hacer una carrera que culminó espléndidamente en nuestro tiempo". "La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras" en *La historia hoy*, p. 9. Subrayado nuestro.

[...] mutiló a su gusto el texto, cambió adjetivos y sustantivos, suprimió la dedicatoria [a Edmundo O'Gorman] y eliminó la introducción. Hoy a fuer de empecinamiento y a riesgo de insistir en las imperfecciones, preferimos presentar al texto tal y como salió hace diez años de nuestras manos.⁸⁹

Sin embargo, haciendo a un lado la pasión con que defiende a su maestro, Ortega expone una de sus tesis, de sobra puesta en práctica por él mismo, sobre el valor de la literatura como fuente para el conocimiento del pasado:

Adelantemos, ya que nos sale al paso, que todas las obras literarias pueden resultar tan documentables como los más empingorotadísimos *materiales históricos*, pues que todo será cuestión de método y de manejo crítico. Aunque de Dilthey a la fecha ha llovido, y mucho, pocos son, empero, los historiadores que se hayan calado; por ello no tendría nada de particular que se nos hiciera cierta probable objeción por el hecho de que hayamos empleado una pieza dramática (en este caso un auto de cortes medievales) como fuente histórica, amén de exclusiva.⁹⁰

Es exclusiva, porque como el historiador nunca puede tener a la mano todas las fuentes que agoten un momento del pasado, una sola, bien empleada, puede arrojar luz para la explicación y comprensión de los hechos, pudiendo ser así una legítima tarea del historiador como le había enseñado Gaos. En el siglo XVI, nos dice Ortega, la historia se había vuelto, a través del teatro, una "experiencia utilizable" para la audiencia, de ahí la importancia que el asunto del indio y las Indias se presentara en ése.⁹¹

En una elaborada interpretación de la pieza, Ortega muestra a un pueblo español condolido por la figura del indio "en sí", a la vez que reprueba la empresa española de conquista, "dentro de la postura tradicionalista cristiana", que no es otra sino la tan admirada por nuestro autor *Philosophia*

⁸⁹ *Ensayos, tareas y estudios históricos*, "Nota", p. 87. Entre los cortes que hizo el anónimo corrector debió pesarle especialmente la frase con la que concluía el ensayo, "la tan vilipendiada cuanto incomprendida España", p. 123.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 89.

⁹¹ *Ibid.*, p. 92.

Christi y que acarrea desde sus años de estudiante,⁹² frente a los frailes dominicos que si bien reconocían los excesos de los conquistadores, condenaban el mundo de las Indias. Resulta obvio el propósito último de Ortega de criticar a Las Casas cuando recalca que la defensa del indio que se hace en el teatro arranca de la corriente católica popular tradicional y no tiene nada que ver con la defensa “modernista” del indio emprendida por el dominico y sobre la que volverá después al relacionarla con el acercamiento de los puritanos hacia los indios.⁹³ Nuestro autor concluye con una alabanza al valor y la difusión que la autocrítica alcanzaba en España, misma que,

a veces feroz, no se había detenido en las cabezas teológicas y representativas, sino que las había desbordado y había hecho llegar su exaltada *verdad* al corazón del pueblo. Autocrítica original como ninguna otra nación antes o después se ha dado el lujo de realizar; autocrítica además propia, española, cristiana y católica; preciosísima semilla histórica para todo el inmenso arcoiris de leyendas negras y blancas y demás colores; punto de partida para todos los gruesos y presuntuosos tomos de Historia, y para la legioncilla de los escolares: nacimiento, fuente e inspiración para todo repetido chisme denigratorio.⁹⁴

Con estos escritos que Ortega apretó en los primeros cinco años de los cincuenta, culminó la construcción del arco toral de su obra. No sólo había definido los temas de su interés y el trato que les daría sino elaborado y sustentado las tesis directrices de su obra. Todo ello a diez años de haber ingresado a estudiar a la Facultad de Filosofía y Letras y cuando acababa de alcanzar los cuarenta años de edad con un cuerpo y un espíritu marcados por la guerra. Hubiera sido difícil siquiera imaginar que hubiese también tenido el tiempo de hacer vida social, cuando en tan poco tiempo había escrito dos

⁹² *Vid. supra*, capítulo II, 1. La Escuela Normal Superior.

⁹³ *Ibid.*, p. 117 y 118.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 122.

tesis, un libro, ocho artículos, dos traducciones y prólogo y editado *México, lo que fue y lo que es* de Brantz Mayer.

2. La escarda.

En los años sesenta, aunque Ortega pareciera alejarse de su temática germinal, ésta seguía presente, aunque velada; razón de más para que procuremos rastrearla. Los cuatro libros que entonces publicó, *Humboldt desde México* (1960), *Historiografía soviética iberoamericanista* (1961), *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962) y *Polémicas y ensayos en torno a la historia* (1970), responden a las necesidades apremiantes del momento a las que ahora, como el historiador maduro que frisa los cincuenta años y con la libertad del que ha soltado las amarras y capitanea su nave, se lanza a enfrentarlas. Incursiona así en diversos temas historiográficos, amén de buscar la oportunidad de contender por ellos. Mientras, los libros que saldrían de su tesis doctoral tuvieron que esperar otra década más de reflexión hasta ser completados. Por el momento, lo que hizo Ortega fue adelantar la publicación de algunos de los capítulos o una síntesis de ellos, cuya selección permite adivinar, si no las mejores partes, sí las preferidas.

Con motivo de otra conmemoración centenaria y de carácter ineludible para Ortega por tratarse del viajero más importante -por la trascendencia de su obra-, que había visitado nuestras tierras, Ortega publicó *Humboldt desde México*.⁹⁵ Dicha obra, sin embargo, no constituye en absoluto un caso aislado dentro de la historiografía ortegamediniana. Alejandro de Humboldt como los

⁹⁵ México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1960. Ortega dedicó el libro a don Arturo Arnáiz y Freg, y señala que se fraguó en su seminario de Historiografía Moderna Mexicana. Fue reseñado por Josefina Zoraida Vázquez, "Imágenes de Humboldt" en *Historia Mexicana*, v. X, n. 3, México, ene-mar, 1961. p. 488-491.

historiadores William H. Prescott y William Robertson fueron objeto del cuidadoso y bien dirigido interés de Ortega.⁹⁶

En *Humboldt desde México*, Ortega emprende un repaso de las apreciaciones sobre la obra del viajero alemán que se encuentran en la historiografía mexicana. Repaso en el que empleará una aproximación historicista, adoptando así un estilo que conservará en varios de sus escritos. Y si bien se aproxima comprensivamente a las divergentes posturas que liberales y conservadores mostraron hacia el *Ensayo*, unos de aceptación, otros de rechazo, prefiere una tercera opción, la que proporciona Carlos Pereyra, quien considera que España debió preocuparse más de la obra de Humboldt

[...] como título preferente de su *reivindicación histórica*, en el único sentido posible que puede tener esta palabra en nuestro tiempo; a saber, el estudio de lo que contiene de noble y duradero el pasado común, si hemos de reanudarlo en una coordinación de esfuerzos vigorosos y fraternales.⁹⁷

⁹⁶ Los escritos de Ortega alrededor del tema de Humboldt son varios, a saber: "Humboldt visto por los mexicanos" en *Ensayos sobre Humboldt*, México, UNAM, 1962; la reseña a este mismo libro en *Anuario de Historia*, núm. II, 1962; "El 'Humboldt' de José Miranda" en *Anuario de Historia*, núm. III, 1963; "Humboldt por los caminos de México" en *Caminos de México. Revista Goodrich-Euzkadi*, 1963. Estuvo a cargo del Estudio Preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de la edición del *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* de Humboldt publicado en la colección "Sepan Cuántos..." de Porrúa en 1966. También "Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje" en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. xxv, n. 3, ene-mar, 1976. p. 335-362. "El ensayo cubano de Alejandro de Humboldt desde la perspectiva historiográfica mexicana" en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, v. 25, Köln Wien, Böhlau Verlag, 1988 y en *Reflexiones Históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 317-340. Y, finalmente, "LandesKunde humboldtiana y pintura de paisaje" en *op. cit.*, p. 341-357. Con respecto a Prescott, estuvo a cargo del Prólogo, notas y apéndices de la *Historia de la conquista de México*, publicada también en la colección "Sepan Cuántos..." de Porrúa en 1970 y escribió "En recuerdo de Prescott" reseña sobre *W. H. Prescott, a memorial* en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, 1961. Por último, escribió un ensayo titulado "Sobre *The History of America* de William Robertson" en *Anglia*, núm. 1, 1968. Mismo que repitió en su antología *Estudios de Tema Mexicano* en 1973.

⁹⁷ Carlos Pereyra, *Humboldt en América*, Madrid, Ruffino Blanco Fombona, s. f., citado en *Humboldt desde México*, p. 151. El subrayado es nuestro.

Un Humboldt que es visto como defensor de España y no el detractor del que tanto gustaban los liberales decimonónicos. De ahí que Ortega defienda la propuesta de Pereyra de publicar el *Ensayo*, que el coahuilense veía como “solución para nuestro descrédito colectivo y para nuestra propia abulia histórica”⁹⁸ Ortega emprendería pronto esa tarea, dada la urgencia, de rescatar los fragmentos de Humboldt en donde

[...] se manifiesta la claridad real de América y la lealtad y hombría de bien del hombre hispánico. Se trata de rescatar nuestra desdeñada cultura y de defendernos de la vieja leyenda negra, en la cual se incluye lo mismo al hombre iberoamericano que al español.⁹⁹

Sin embargo, Ortega no cree que una lectura sin guía del *Ensayo* rinda los frutos esperados por Pereyra por lo que, en el “Estudio preliminar” que hizo de la obra del erudito alemán y que incluye una síntesis del *Humboldt desde México*, añade su propia interpretación, desde luego, historicista. Mediante ésta reconoce la verdad de las interpretaciones conservadora y liberal de Humboldt:

Las dos caras de este jánico personaje, la prometeica y la simplemente sinóptica, poseen su íntima verdad y la una no anula a la otra: las dos son ciertas y pues necesarias dentro del constante proceso dialéctico de la historia mexicana; las dos responden a las respectivas circunstancias y al dramático sentido de la existencia humana.¹⁰⁰

Aunque insiste en que la cultura ilustrada criolla, representada entre otros por Carlos María de Bustamante (de quien escribió después un importante estudio

⁹⁸ *Idem.*

⁹⁹ *Ibid.*, p. 162.

¹⁰⁰ “Estudio Preliminar” en *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, p. xlvii-xlvii.

historiográfico),¹⁰¹ se encargó a todo trance de desprestigiar la obra de España en América.

Tras un detallado estudio define a Humboldt como un “burgués liberal evolucionista”, amante del *self government* y del *laissez faire*, lo que explicaba “su incomprensión y oposición decidida frente al imperio español americano; su pasión liberal a favor de los Estados Unidos, su *modelo* político, y a disfavor, por contra, de la Nueva España, y su injusta persecución de Carlos Marx”.¹⁰² Estas actitudes del sabio alemán son también desmenuzadas críticamente y sólo repararemos en algunas. Largas páginas son dedicadas a la relación entre Humboldt y Jefferson y al uso que de sus mapas hicieron éste, Fremont y hasta Polk durante la guerra con México. Amén de ilustrar la antipatía que el alemán sentía por su compatriota Carlos Marx.¹⁰³

Más bien, Ortega se concentra en el Humboldt que se oponía al imperio español porque no alcanzaba a comprenderlo. Así, dice que aunque poseía una innegable experiencia acerca de los asuntos políticos y económicos de Europa, no la tenía respecto a los americanos. Así, cuando alaba el sistema borbónico de intendencias, Ortega sale en defensa de los Habsburgo cuyo sistema era menos “regalista” que el de los Borbones y sí más “generoso e independiente”. Además considera que el imperio “tuvo al menos la noble justificación de que aplicaba el freno para evitar la explotación o destrucción de los indios” y que condujo empresas como la de las Filipinas eliminando la incontrolable actividad individual. Los borbones en cambio habían convertido los reinos de ultramar en colonias y reemplazado a los criollos por peninsulares.

En suma, según don Juan, Humboldt no comprendió el paternalismo español tan cargado de un “profundo contenido social y humanitario” que se

¹⁰¹ “El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana” en *Anuario de Historia*, III, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1963. p. 9-58.

¹⁰² “Estudio Preliminar”, p. xv.

ejercía bajo la forma de “monopolios, restricciones, planificaciones” o los “situados”, considerados por Ortega como nuestros actuales subsidios federales.¹⁰⁴ Esta incompreensión del ilustre viajero fue puesta de manifiesto por nuestro autor, con todos los argumentos a su alcance, para prevenir al lector del *Ensayo* en caso de que, al ponerse de nuevo en circulación, pudiera ser usado nuevamente en contra de España. Las críticas se extienden también al aspecto formal de la obra. Si bien Humboldt poseía una “nunca satisfecha avidez informativa”, su lado débil era

su manifiesta inhabilidad para analizar y verificar sus datos; pero sobre todo su falla extrema fue su incapacidad para insistir y profundizar sobre un tema o fenómeno hasta alcanzar sus raíces. Allí donde halló fuentes abundantes de información se muestra Humboldt consistente aunque no profundo, y sus análisis, si se observa con cuidado, adolecen de apresurados, incompletos y no obstante prolijos.¹⁰⁵

Este juicio lo respalda con las críticas que sus mismos contemporáneos hicieron al Barón, entre ellos Schiller.¹⁰⁶ Señala a la vez otras, pero de diferente cariz, las de aquellos que le reprocharon haberse quedado corto en su censura a España, al rehabilitarla, contra las denuncias de De Paw, Raynal, Robertson y Buffon.¹⁰⁷

En 1975, Jaime Labastida publicó *Humboldt ese desconocido*, refiriéndose al científico al que no se había prestado importancia por vérselo siempre desde el punto de vista político o de un nacionalismo “mexicano” o “ibérico” que había deformado su imagen.¹⁰⁸ El libro no es sólo polémico, como su autor lo anuncia, en los dos capítulos que lo conforman sino en la introducción en la que arremete contra varios autores, convirtiéndose Ortega

¹⁰³ *Ibid.*, p. xv-xxii.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. xiv, xxxiv-xxxv y xl

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. xii.

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. xxix.

en su mira principal. Tras citar fuera de contexto frases de éste acerca de Humboldt como “‘insaciable e inmodesta curiosidad’, experimentos ‘superficiales y aun superfluos’ a causa de una morbosa circunstancia inquisitiva””, lo acusa también de “falta de criterio histórico”, de guiarse por “parámetros [ya desde entonces había entrado en circulación la palabrita] subjetivos y de carácter personal”, amén de sus limitaciones críticas por no entender los alcances de la labor científica del ilustre alemán.¹⁰⁹ En suma,

Ortega y Medina, pues, está inscrito en una línea que se sitúa a contrapelo de quienes elevan a Humboldt y su obra, especialmente la dedicada a Nueva España, a tal esfera de excelencia que olvidan o denigran la situación real de la colonia. Ortega ha sido suficientemente explícito a este respecto [... y] a medida que reseña la visión que del sabio alemán se ha tenido en nuestro país, desde el siglo pasado hasta 1959, Ortega ironiza, enmienda, añade, critica, pondera.¹¹⁰

Labastida ignoraba que sólo estaba dando a Ortega la oportunidad de entrar en uno de sus terrenos predilectos, el de la polémica. El historiador respondió con prontitud, entusiasmo y facilidad en “Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje”. Ante la ocasión, también se explayó en la crítica del propio trabajo de Labastida porque, en el afán de éste de defender a capa y espada a Humboldt para enaltecerlo como científico dijo, entre otras cosas, que Ortega no podía aceptar que en la Nueva España no hubiera podido escribirse una obra como el *Ensayo*, ya que los eruditos novohispanos no estaban a la altura del alemán y por lo mismo negó la existencia del “diálogo fabuloso” que Ortega había mencionado.¹¹¹

¹⁰⁸ *Humboldt ese desconocido*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975. (Colec. SepSetentas, 197) p. 9-11 y 29.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 17.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 19.

¹¹¹ Labastida considera que los novohispanos a quienes Humboldt trató eran modernos pero no ilustrados: “su modernidad es tímida, adherida a una concepción escolástica”. *Ibid.*, p. 28 y 29. Ortega, en cambio, considera que el *Ensayo* es la mejor prueba “ante el mundo de la existencia de la ilustración mexicana”. De ahí que juzgue que dicha obra

Ortega explicó que sólo había contrastado el sistema imperial español con las ideas de Humboldt para comprender cómo éstas le hicieron verlo como despreciable, a la vez que se enriquecía con toda la información que los novohispanos le proporcionaron, aunque “no escatimó sus elogios al referirse a las instituciones científicas mexicanas”.¹¹² Elogios no gratuitos y que Ortega confirma con la sapiencia histórica que lo caracteriza. Sin embargo, junto con lo erudito de la polémica, se cuela la fina ironía que nunca lo abandona:

Aunque el profesor Labastida no lo crea, sus coincidencias con nosotros son bastantes más de las que él mismo se sentiría inclinado a otorgar. De tanto arremeter contra nosotros y de tanto enfrascamiento crítico, no se ha dado cuenta de la relativa proximidad de sus ideas de 1974-75 con las nuestras de 1960 y 1966.¹¹³

Comprobada la capacidad científica de los sabios novohispanos y recordando a Antonio Alzate a quien faltaron recursos pecunarios, amén de la inconveniencia para las autoridades españolas de mostrar las riquezas de sus dominios, Ortega acaba llamando a Labastida “casi malinchista” por haber dicho que no había en la Nueva España quien fuera capaz de escribir una obra del calibre del *Ensayo*. Además de parecerle “inmoral intentar hacer ciencia crítica sin poseer el equipo científico mínimo”.¹¹⁴

“es simplemente el resultado del fabuloso diálogo entre los sabios del virreinato (ya españoles -que los hubo y muy importantes- ya mexicanos) y el gran estimulante y receptor Humboldt”. “Estudio Preliminar” al *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, p. xlv.

¹¹² Ortega pasa revista de quienes como el padre José Antonio Pichardo, Fausto Elhuyar, Feliciano Marín, fray Antonio de San Miguel y don Manuel Abady Queipo pusieron mapas, crónicas o sus conocimientos al servicio de Humboldt. “Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje” en *Historia Mexicana*, v. xxv, núm. 3, ene-mar, 1976. p. 441-443.

¹¹³ *Ibid.*, p. 450.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 452 y 454.

El segundo de los libros correspondientes a esta segunda etapa es *Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)*,¹¹⁵ obra que dio lugar a la polémica pública más importante que sostuvo Ortega en su vida y a la que con frecuencia rememoraba con mucho orgullo, aunque por el tema y el momento en que se escribió, es de sus libros menos recordados.¹¹⁶ Consta de cuatro partes, una "Presentación", dos traducciones que Ortega hizo del alemán y el inglés de dos escritores soviéticos, Manfred Kossok e I. R. Lavretskii, "Estado de la historiografía soviética referente a la América Latina" y "Un análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review* (1956-1958), respectivamente, y concluye con una "Crítica de la crítica".

En la primera parte, Ortega argumenta que así como no se podía ignorar la historiografía norteamericana, tampoco debíamos pasar por alto a la soviética que en ese momento se interesaba por los asuntos iberoamericanos.¹¹⁷ Tras el elogio se esconde el temor a depender en exceso de lo que otros escriben sobre nosotros, de su imperialismo cultural que "es tan peligroso o más que el económico y político" porque en él se "están jugando nuestro ser histórico".¹¹⁸

En la historiografía soviética censura la profunda huella que el método deja en sus trabajos, misma que hace que la crítica se dirija a lo metodológico y filosófico. A la vez, el apego al método hace previsible lo que los historiadores

¹¹⁵ *Historiografía soviética ibero-americanista (1945-1960)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961. Lo dedicó don Juan a la memoria de Miguel Othón de Mendizábal, "en abono de una deuda intelectual que jamás podrá ser saldada completamente". Fue reseñado por Elena Hernández Casas, "Juan A. Ortega y Medina, *Historiografía soviética ibero-americanista*" en *Anuario de Historia*, v. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1961. p. 295-298.

¹¹⁶ Los ejemplares que se encuentran en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras no tienen anotado nombre alguno en las tarjetas de préstamo a domicilio y, probablemente, han sido poco consultados por el buen estado en que se conservan y la ausencia de subrayados y notas en sus páginas.

¹¹⁷ *Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)*, p. 9.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 10.

van a decir, amén de desmerecer su estilo, pues ya no se necesita del ingenio para comprobar lo que ya se sabe.¹¹⁹

Nos dice que Kossok y Lavretskii opinaban que el interés de los soviéticos por la historia de Hispanoamérica no se debía únicamente a la curiosidad académica, sino que era movido por la simpatía de los camaradas hacia los pueblos oprimidos, por lo que reconocían la fuerte carga política que dicho interés conllevaba y que, desde el punto de vista del materialismo histórico, no estaba reñida con la científicidad y sí era un arma libertadora. Además de que los mismos norteamericanos también ponían sus estudios historiográficos al servicio del imperialismo, para “disimular o tergiversar” sus propias agresiones a Iberoamérica.¹²⁰

En “Crítica a la crítica” nuestro autor se repite, aunque aquí se refiere a los autores que habían escrito sobre la Revolución Mexicana, pero acaba por mostrar una de las razones de más peso que tuvo para escribir este libro: si le complacía que los soviéticos criticaran acrimoniosamente la injerencia de Estados Unidos en los asuntos de México,¹²¹ le incomodaba, por decir lo menos, que hicieran lo mismo con la herencia hispánica,¹²² -para nosotros- su talón de Aquiles, a la que los soviéticos consideraban así:

El esfuerzo por idealizar el periodo del dominio español, que en substancia es presentado como la edad de oro de la América Latina, se encuentra actualmente en manos del círculo reaccionario de las repúblicas latinoamericanas, y representa muy frecuentemente un elemento importante en la lucha contra las fuerzas democráticas nacionales. El santo y seña del hispanismo ‘retorno a la madre España’ que durante la segunda guerra mundial ha sido frecuentemente repetido por los elementos fascistas, representa el mantenimiento de *una propaganda extremada, reaccionaria y clerical, que hasta el día de hoy no ha perdido su peligrosa significación.*¹²³

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 24 y 172.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 8, 14 y 15.

¹²¹ *Ibid.*, p. 19 y 37.

¹²² *Ibid.*, p. 131.

¹²³ Citado en *ibid.*, p. 45 y 46. El subrayado es nuestro.

Si este libro, como reconoció el mismo Ortega había recibido muy poca atención en México, no había pasado desapercibido por los soviéticos. Unos años después, en 1965, Ortega se enteró de que había sido comentado, por lo que no descansó hasta dar con el texto de Y. G. Mashbits, mismo que primero encontró en inglés y luego en ruso, el cual hizo traducir por Carmen Castellote de Volny, cuya versión titulada en español, “¿Crítica argumentada o ataques sin fundamento?” publicó acompañada de su propia defensa en “Crítica y contracrítica en torno a la historiografía soviética americanista”.¹²⁴

Mashbits consideraba que Ortega se había equivocado al decir que había un “imperialismo cultural” cuando sólo existía simpatía por las causas de liberación de América Latina. Menos aceptaba que el método historiográfico soviético fuera dogmático, alegando que era el único científico, que no era ni monótono ni pobre y que su estilo era de lo más pulido. Afirmó lapidariamente que

Los fundadores del materialismo histórico, Carlos Marx y Federico Engels, ya en el siglo pasado demostraron la inevitabilidad de las revoluciones socialistas y la bancarrota del colonialismo. La historia, como es conocido, confirmó brillantemente la justicia de esta conclusión.¹²⁵

Ante esta postura, indudablemente más dogmática que científica, Ortega mostró abiertamente su estilo polémico y hasta agresivo, sin renunciar a la ironía que aquí resulta más hiriente que en el libro que había dado origen a la réplica de Mashbits. De entrada, consideró “enojoso” que los soviéticos emplearan el adjetivo latinoamericano en vez de ibero o hispanoamericano, o que Mashbits sustituyera por Latinoamérica los sustantivos que Ortega había

¹²⁴ *Anuario de Historia* V, 1965 y después en *Estudios de tema mexicano*, 1973, versión que ahora utilizamos. p. 65.

¹²⁵ Citado en *ibid.*, p. 75.

empleado, Hispanoamérica e Iberoamérica. Esto lo calificó de “escamoteo” pues era tanto como “declarar nominalmente inoperante a uno de los elementos constitutivos [de Hispanoamérica]: lo hispánico”¹²⁶ En el texto que después escribió sobre Bartolomé de las Casas se descubrirá con más facilidad la razón de tal enojo.

Ortega se mantuvo en su postura considerando muy pobre un método que todo lo reducía a al determinismo económico sin querer ver la importancia de elementos subjetivos en el curso histórico. Recurriendo al manido argumento de que Marx y Engels habían predicho el triunfo del socialismo y marcado el curso de la historia, afirmaba que ésta no les había sido muy fiel, pues las revoluciones socialistas no ocurrieron en Inglaterra ni en los países industriales como ellos creyeron, sino en países agrícolas, Rusia, China, Cuba, por sólo citar unos ejemplos.¹²⁷

También dejó asentado que no había tanta objetividad en el método empleado por los soviéticos sino que dependía de actitudes políticas, con lo que también respondió a Mashbits acerca del “imperialismo cultural soviético”. No podía dejar pasar la ocasión sin citar las famosas palabras de Engels acerca de la guerra entre México y Estados Unidos ni la postura de Marx ante ese conflicto: el triunfo norteamericano era el de la civilización contra la barbarie y que más valía a México convertirse en un protectorado o ser absorbido por ese pueblo trabajador y capitalista, como era el norteamericano.¹²⁸ Sin embargo, Ortega se explayó más con el caso de Bolívar. Para los historiadores soviéticos anteriores a la biografía del libertador de América que escribió Lavretskii en 1958, Bolívar no era sino un burgués que actuaba de acuerdo con

¹²⁶ *Ibid.*, p. 82. En descargo de Mashbits podría señalarse la posible dificultad de poner estos términos en ruso.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 88 y 89.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 84 y 85. Tal declaración de Marx y Engels la repite en *Destino Manifiesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. (Colec. SepSetentas, 49), p. 11, y en *Zaguán abierto al México republicano*, México, UNAM, IIH, 1987. p. 6.

los intereses de los capitalistas ingleses. En cambio, para su nuevo biógrafo soviético, no es sino antinorteamericano e irreligioso, es decir, un héroe progresista con un compromiso con el pueblo oprimido. Ortega explica esta mudanza en la interpretación soviética sobre Bolívar como una decisión para contraponerse al imperialismo norteamericano en Hispanoamérica.¹²⁹

Al año siguiente, Ortega continuó la polémica en "Bartolomé de Las Casas en la historiografía soviética".¹³⁰ De entrada la emprende contra los historiadores marxistas de México que debían estar atentos no sólo a la producción historiográfica norteamericana sino también a la soviética, amén de que no parecían trabajar como debieran:

Lo inaudito, lo increíble incluso es que bien por pereza, o lo que es peor, por manifiesta ignorancia, el estado mayor intelectual de los historiadores marxistas mexicanos no ha respondido emulativamente a la incitación historiográfica soviética ni tampoco lo ha hecho a nuestro reto de 1961, cuando insistimos en la necesidad en que se encontraba de elaborar una interpretación marxista de nuestra historia, empero desde México; es decir, en su contorno propio y teniendo en cuenta las circunstancias mexicanas; situación dramática nacional que no puede ser precisamente la de los rusos.¹³¹

En este ensayo queda claro que si bien un historicista como Ortega no se interesaba por ver el curso de la historia como causas y efectos y menos podía admitir el determinismo marxista, tampoco podía, sobre todo, estar de acuerdo con los soviéticos que no hacían sino repetir la consabida leyenda negra, aunque lo hiciesen desde un punto de vista muy ajeno al de los

¹²⁹ "Crítica y contracrítica en torno a la historiografía soviética iberoamericanista", p. 99 y 100.

¹³⁰ *Historia Mexicana*, El Colegio de México, 1967, p. 320-340 y en *Estudios de tema mexicano*, p. 105-127. Originalmente fue una conferencia leída el 25 de octubre de 1966, en el ciclo Homenaje a fray Bartolomé de las Casas.

¹³¹ "Bartolomé de Las Casas en la historiografía soviética" en *Estudios de tema mexicano*, p. 109 y 110. Finalmente Enrique Semo, en esos momentos director de la revista *Historia y Sociedad*, emprendería la tarea de hacer el análisis marxista de nuestra historia en *México en la Historia* (poner referencia bibliográfica)

anglosajones. Esto lo veía Ortega en algunos autores soviéticos¹³² que encomiaban tanto al aguerrido dominico, al grado de creer todas sus afirmaciones sobre la conquista (germen de la leyenda negra), y hasta de convertirlo en precursor del socialismo:

Por último, lo que sí nos parece desorbitado es la transformación de Las Casas en un antecesor de los comunistas actuales, supuesto que su gran inspiración fue hacer efectivos los eternos principios evangélicos. Podemos admitir incluso, pese a la deformación histórica que ello entraña, que los comunistas se consideran [...] herederos ideológicos de todos aquellos hombres que en el pasado lucharon contra la injusticia social, contra la explotación del hombre por el hombre, contra las guerras de conquista, contra el colonialismo; pero lo que nos parece impropio es querer sacar a Las Casas de su propio telón de fondo histórico para etiquetarlo como una mera mercancía utilitaria y valorarlo de acuerdo con unas categorías que no le corresponden.¹³³

Por esta razón Ortega pensaba que la historiografía soviética era imperialista, antihispanista y peligrosa, y que muchos mexicanos se conformaban con aceptarla sin criticarla. Insistió así en que era bueno estar al

¹³² Se refería Ortega sobre todo a I. Grigulévich que había dicho que el mérito de Las Casas no había sido denunciar las atrocidades de los españoles, lo que muchos habían hecho, sino criticar el sistema colonial; amén de considerar que hubiera sido comunista de vivir en la actualidad: "El que se compare a un sacerdote con los comunistas puede resultar, a primera vista, paradójico, aunque hay motivos que hacen racionalmente válida la comparación. Los comunistas se consideran herederos ideológicos de todos aquellos hombres que en el pasado lucharon contra la injusticia social, contra la explotación del hombre por el hombre, contra las guerras de conquista, contra el colonialismo. Si miramos a Bartolomé de las Casas desde este punto de vista, se nos presenta, sin duda alguna, como uno de los antecesores de los comunistas actuales...". "Fray Bartolomé de las Casas enemigo de los conquistadores" en *Historia y Sociedad*, 5, México, Ediciones Historia y Sociedad, primavera de 1966, p. 46. Todo el artículo está escrito en el mismo tenor y a Ortega debieron incomodarle muchas cosas como que Grigulévich recordara que la monarquía española del siglo XVI, como había dicho Marx, no se asemejaba a las de Francia o Inglaterra sino más bien a las asiáticas. *Ibid.*, p. 51. Curiosamente entre los escasos autores citados por Grigulévich está Fernando de los Ríos y su *Religión y Estado en la España del siglo XVI*. El autor soviético dice en descargo de la iglesia que si le dió el espaldarazo a la conquista, también reflejó "las aspiraciones de las masas españolas por la justicia social, apoyando la sed de perfección absoluta que sentían sus creyentes". *Ibid.*, p. 48.

¹³³ *Ibid.*, p. 119 y 120.

corriente de todo lo que se escribía sobre México en el extranjero, sobre todo para no aceptar versiones que pretendían apropiarse de nuestro ser histórico.¹³⁴ El que los historiadores soviéticos se opusieran a los historiadores burgueses angloamericanos no significaba que estuvieran a favor de lo hispanoamericano, sino que, en todo caso, estaban a favor de ellos mismos. La mera pasión catequista de Las Casas (que entre 1519 y 1524 también había intercambiado productos indígenas por baratijas españolas), a base de la “suave moción de la voluntad” de los indios, no había sido sino una forma de colonialismo intelectual o “intervencionismo” del que tanto se quejaban los soviéticos.¹³⁵

Tampoco pudo evitar Ortega dejar de llevar agua a su molino al defender a España ante la oportunidad que los ataques soviéticos le brindaban. Intrigado ante el fenómeno que se presentaba en México en donde no se olvidaba -como es humano y por higiene mental-, lo que era desagradable como el caso de la destrucción de las Indias, explicó que por la magnitud de lo que ésta significó, habíamos buscado

la manera de librarnos de una culpa que nos es común, hemos procurado proyectarla fuera de nosotros mediante la búsqueda y la condena de un responsable que nos sea ajeno. Nos parece, pues, que lo que más se lamenta no es la destrucción en sí, sino la aniquilación del hermosísimo sueño renacentista, neoplatónico, en torno a la idea del hombre natural, puro, ingenuo, incontaminado, mansuetísimo y bellamente conformado; [...] De esta suerte la destrucción de las Indias es, ante todo, la destrucción del ideal del noble salvaje; de una relampagueante nueva edad dorada que apenas si entrevista quedó inmediatamente muerta, o para ser más exactos, asesinada. Lo que verdaderamente lamentamos hoy como ayer es la disolución de aquel hermosísimo ensueño o sombra clásica. He aquí la más profunda razón según creemos, para que hasta el presente no le hayamos podido perdonar a España tan sensible cuanto amada pérdida.¹³⁶

¹³⁴ *Ibid.*, p. 105-108.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 111. *Vid.* Cristina González, *op. cit.* p. 88.

¹³⁶ “Bartolomé de las Casas en la historiografía soviética”, p. 126 y 127.

En una de sus últimas apariciones en público, con motivo de un ciclo de conferencias sobre "El historiador frente a la historia" en el Instituto de Investigaciones Históricas, al hablar sobre "La verdad y las verdades históricas", Ortega finalizó con un "repaso autocrítico" en el que habló de sus libros, pero en el que omitió dos de ellos que consideramos de suma importancia y que no son sino selecciones de artículos suyos diseminados en revistas y cuya supervivencia quiso asegurar. Ellos son, si bien cronológicamente corresponden a diversas etapas de la producción historiográfica de Ortega, *Ensayos, tareas y estudios históricos* (1962), *Estudios de tema mexicano* (1973), a los que añadiríamos otro más, *Reflexiones históricas* (póstumo, 1993).

Al periodo que ahora examinamos corresponde la primera de estas antologías aunque no la presentó bajo esta forma. Dado el interés, por demás muy legítimo y en este caso más que justificado, por rescatar agrupadas una serie de publicaciones que carecían de un tema central que las unificara, aunado a su eros pedagógico, proporcionó a sus discípulos y lectores en *Ensayos, tareas y estudios históricos*,¹³⁷ el modelo de diversas formas de presentación de trabajos académicos. A saber, cuatro ensayos, dos reseñas, tres prólogos, un comentario bibliográfico y una crónica. No se trata de utilizar el método aristotélico, en el caso de la tragedia, por ejemplo, en el sentido de que ésta debe contener tales y cuales elementos; con el resultado de todos conocido de que en la Antigüedad no se volvieron a escribir obras de calidad en este

¹³⁷ Jalapa, Universidad Veracruzana, 1962. Fue reseñado por Virginia Guedea en "Juan A. Ortega y Medina, *Ensayos, tareas y estudios históricos*" en *Anuario de Historia*, v. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1962. p. 284-287. Tanto Josefina MacGregor como Álvaro Matute le han dado una gran importancia a este libro de Ortega. Véase MacGregor, *op. cit.*, p. 30 y Matute, "Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina", p. 25, en *Históricas*, 36, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, sep-dic, 1992.

género. Ortega recurre a una especie de “el que tenga ojos para ver”: vea por usted mismo las diferencias y constantes entre los cuatro ensayos que presento o la diferencia en estructura entre el ensayo y la recensión o entre el comentario bibliográfico y la crónica. Como hará también en sus otras antologías, Ortega recoge lo más granado de sus escritos hasta ese momento publicados.

A casi todas estas obras nos hemos referido ya y por lo mismo es pertinente las enumeremos con el objeto de lograr una visión más amplia del pensamiento ortegamediniano. Los cuatro ensayos son: “El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo”, “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”,¹³⁸ “El indio absuelto y ‘Las Indias’ condenadas en las ‘Cortes de la Muerte’, auto popular español del siglo XVI”, (el artículo que había sido mutilado cuando lo publicó en *Historia Mexicana*) e “Ideas de la evangelización anglosajona entre los indígenas de los Estados Unidos de América”. Las reseñas son “La conciencia de lo indio en norteamérica” (sobre el libro de Roy Harvey Pearce, *The savages of América: A study of the Indian and the idea of civilization*, publicado en 1953, un año después de que Ortega escribiera su tesis de doctorado)¹³⁹ y “México a raíz de la Independencia” (sobre el *Diario y Correspondencia* de Edward T. Tayloe, joven viajero que visitó México entre 1825 y 1828).¹⁴⁰ Los prólogos a los que dio los repetitivos títulos de “México en 1830”, “México en 1832” y “México en 1841”, con los que sin embargo da cuenta de la amplitud de su exploración de

¹³⁸ Ortega aclara que el artículo “constituye una parte importante de lo que alguna vez será nuestro tercer tomo sobre los viajeros anglosajones en México (*México en la conciencia anglosajona*, vols, 1 y 2)” *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 35.

¹³⁹ Este comentario crítico lo había publicado Ortega en dos ocasiones en 1954, en México en *América Indígena* y en Washington en la *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*. Después pasó a formar parte del último capítulo de *Imagología del bueno y del mal salvaje*.

la literatura viajera, corresponden a los que escribió para sus traducciones de *Cartas a la Patria* de Carlos Guillermo Koppe, *Cartas sobre México* de Carl Cristian Becher y *México lo que fue y lo que es* de Brantz Mayer. El Comentario bibliográfico se refiere a “La literatura viajera alemana del siglo XIX sobre México”¹⁴¹ y en la crónica “La insurgencia desde nuestro tiempo” da cuenta del Congreso Mexicano de Historia con el que se celebró en 1953 el segundo centenario del nacimiento del Padre Hidalgo.

Este segundo ciclo de la obra ortegamediniana se cierra con el libro que constituyó la aportación más importante de nuestro autor a la historiografía mexicana, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*.¹⁴² La obra, concebida con fines didácticos y dirigida a los estudiantes de la carrera de Historia entre quienes quiso fomentar los estudios historiográficos, es un libro de texto escolar como Ortega mismo reconoció.¹⁴³ *Polémicas y ensayos* es una antología en la que Ortega dio cuenta de varios textos escritos. poco

¹⁴⁰ En *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. X, n. 4, abr-jun, 1961, p. 655-660. Una versión más breve en la *Revista de Historia de América*, n. 53-54, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, jun-dic, 1962. p. 268-269.

¹⁴¹ Publicada antes en *Filosofía y Letras*, t. 27, n. 53-54, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, ene-jul, 1954. p. 119-132.

¹⁴² México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. Las notas bibliográficas y el índice onomástico son de Eugenia Meyer quien a la vez lo ayudó mucho en la edición y de quien dice en la “Introducción” que el “libro es tanto suyo como mío”. p. 5. El libro también fue fruto de su seminario de Historiografía Moderna Mexicana. Fue reseñado por Elías Trabulse, “Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*” en *Historia Mexicana*, v. XXIII, n. 1, México, El Colegio de México, jul-sep, 1973. p. 190-196. Ortega había publicado previamente dos artículos relacionados con su libro, a saber, “Un plagio de don Lorenzo de Zavala”, en *México en la Cultura*, suplemento cultural de *Novedades*, México, 26 de febrero de 1967, y “Un olvidado ensayo histórico de don José María Vigil” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 3, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. 67-74. Cabe añadir que no ignoramos la importancia de su proyecto para escribir *Historiografía Mexicana*, qué sólo pudo poner en marcha, porque ya no alcanzó a ver publicado ninguno de sus volúmenes, cuando la UNAM a través de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, financió este tipo de proyectos.

conocidos, en los que sus autores expresan sus reflexiones acerca de la función que le atribuían a la historia y su enseñanza. Este libro de Ortega, amén de otros trabajos como el de Bustamante, hizo decir a Álvaro Matute que Ortega pudo ser el Fueter de la historiografía mexicana.¹⁴⁴

Los nueve textos cubren poco más de un siglo, de 1824 a 1929 en un afán de reconstruir el “horizonte intelectual mexicano relativo a la problemática de la Historia” y de “tender un puente entre la historiografía de ayer y de hoy”.¹⁴⁵ Cada uno de ellos está precedido de una sucinta biografía y de una reseña acerca de bajo qué condiciones se dio el ensayo y la polémica; seguidos estos breves renglones de un “Trasfondo Histórico” del momento en que se escribió y la introducción propiamente dicha al texto en la que pueden encontrarse aspectos relevantes del pensamiento y de los motivos que cada autor tuvo para escribir o polemizar en torno a la historia. Así desfilan ante el lector el “Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia”, escrito por Constantin François de Volney y transcrito por Lorenzo de Zavala; un Discurso y varias cartas de la polémica entre José Gómez de la Cortina y José María Lacunza; “necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria” de José María Vigil; una nueva polémica, en esta ocasión entre el viejo liberal Guillermo Prieto y el joven pedagogo Enrique C. Rébsamen, a la que se incorporó también Porfirio Parra con “Los historiadores. Su enseñanza”; del *Concepto*

¹⁴³ “Advertencia a la segunda edición” en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. p. 3.

¹⁴⁴ En ocasión de la presentación de Virginia Guedea (coord.) *Historiografía Mexicana III: El surgimiento de la Historiografía Nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, llevada a cabo el 30 de octubre de ese año. Este proyecto fue iniciado por don Juan debido a la imposibilidad de llevarlo a cabo por sí solo. Por desgracia no pudo verlo concluido. A la fecha sólo han sido publicados dos de los cinco volúmenes planeados: el mencionado de Virginia Guedea y *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884* coordinado por Antonia Pi-Suñer. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996.

¹⁴⁵ *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, 1a. ed. p. 7.

científico de la Historia de Ricardo García Granados recoge varios capítulos; la última polémica incluida es la sostenida entre Antonio Caso y Agustín Aragón en torno a Xenopol y concluye con “Lo previsible y lo imprevisible en el acontecer histórico de Jesús Galindo y Villa.

Lo más celebrado del libro fue el primer ensayo del poco conocido escritor francés Volney, ya que Ortega descubrió que Lorenzo de Zavala había plagiado las *Leçons d'Histoire* del conde, aunque prefiere llamar al hecho “ligereza intelectual”.¹⁴⁶ Ortega relata cómo llegó, haciendo gala de tenacidad y perspicacia, a la conclusión de que la publicación de Zavala en el *Águila Mexicana* de octubre de 1824 era obra de Volney.¹⁴⁷ Amén de que un liberal como Zavala que admiraba tanto a Estados Unidos no podía simpatizarle mucho debido a la incomprensión hacia lo hispánico de quien murió como vicepresidente de la República de Texas.¹⁴⁸

Más interesantes son las cartas cruzadas entre José María Lacunza y José Gómez de la Cortina, a partir del 8 de febrero de 1844 en el *Siglo XIX*. La polémica surgió a partir de la propuesta de la Junta de Notables en el plan de estudios para la enseñanza de la historia. Lacunza fue el encargado de dictar la primera cátedra de historia de acuerdo con el nuevo plan. Cuando fue publicada, el conde de la Cortina la criticó por no incluir una suficiente información científica. Lacunza respondió y ése fue el origen de la polémica. Lacunza creía, al estilo de Cicerón, que el análisis de las causas históricas podía prevenir el futuro, emular a los hombres de acción y formar buenos ciudadanos; mientras que el cosmopolita Gómez de la Cortina recomendaba un

¹⁴⁶ Ortega ya había adelantado el asunto en “Un plagio de don Lorenzo de Zavala” en *México en la Cultura*, suplemento cultural de *Novedades*, n. 936. 3a. época. México D. F., 26 de febrero de 1967. p. 1 y 6. Por lo que sabemos ya de nuestro autor, nos parece que el llamar “ligereza intelectual” al plagio, no sólo no aminora la gravedad del hecho sino que tal “ligereza” puede también aplicarse al propio pensamiento del liberal mexicano.

¹⁴⁷ *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, p. 22-24.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 23.

método menos narrativo que incorporara los avances historiográficos del viejo continente en nuestra provinciana historia patria. Ortega contrasta las ideas del liberal patriótico y patriotero, mas conservador en su forma de escribir historia, con las del progresista conde que se interesaba más en incluir a México en el concierto de las naciones civilizadas que en subrayar lo propio;¹⁴⁹ idea esta última que Ortega no dejó de propugnar en la cátedra.

“Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México” del chiapaneco Manuel Larráinzar, es quizá uno de los primeros reclamos por escribir una historia general de México. Don Manuel se lamentaba de la falta de una obra de ese tipo cuando la riqueza documental y el potencial historiable eran enormes. Ortega nos dice que Larráinzar estaba consciente de la necesidad de trabajar en equipo para tan magna obra, pues sabía de la imposibilidad de que un solo hombre pudiera acometer tan grande estudio. Su propia participación en esa tarea, mínima si se quiere, fue importante pues sentó las bases para que, andando el tiempo, don Vicente Riva Palacio dirigiera a los escritores del *México a través de los siglos*, auténtico cumplimiento del sueño larrainzariano.¹⁵⁰ Don Juan dio a conocer las ideas del autor conservador no sólo porque buscó una visión completa y reflexiva de la historia de México que sirviera de conciencia a la nación,¹⁵¹ sino también por el repaso bibliográfico contenido en su texto, en el que emite, a juicio de Ortega, opiniones muy atinadas sobre los cronistas españoles o sobre historiadores como Robertson o Prescott.¹⁵²

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 78.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 137.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 140. El pensamiento de Larráinzar se convirtió en uno de los clásicos de la filosofía de la historia mexicana a partir de la difusión que le dio Ortega. Sin embargo, es de lamentarse que no todos los autores que dio a conocer sean tan socorridos como es el caso del olvido en el que sigue Ricardo García Granados.

¹⁵² *Ibid.*, p. 138, 177-179. Larráinzar dice de Clavijero que “[...]vindicó a los americanos de los conceptos y rasgos depresivos con que los pintan Robertson, Raynal y Pauw[...].” *Ibid.*, p. 171. Palabras parecidas a las que empleó Ortega acerca del jesuita

José María Vigil escribió en *El Sistema Postal* del 9 de junio al 6 de julio de 1878 cinco artículos titulados “Necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria”. Creemos que uno de los motivos por los que Ortega incluyó en su libro a Vigil fue por la apología del mestizaje que hizo. Don José María vindicó tanto el pasado indígena como el español, especialmente este último por considerarlo superior y promotor del mestizaje y, por lo tanto, de la nación mexicana. Sólo con el conocimiento y aceptación de ambas raíces el mexicano podría comprenderse y justipreciarse. Así, don Juan nos dice:

Lo que nos admira más en Vigil es la actualidad de su pensamiento crítico. Su dramático llamado a la creación original, propia, mexicana, intelectualmente desalcabalada, posee una vigencia tal que parece cúspide de las circunstancias y necesidades de nuestro tiempo. todavía no se ha alcanzado la grandeza presumida por Vigil; mas en la búsqueda de ella nos hallamos todos, afanosos y comprometidos, especialmente los cultivadores de la Historia, puesto que de acuerdo con el crítico, la comprensión de ella es la única garantía que tenemos para reconocernos a nosotros mismos; por consiguiente para poder trabajar. Porque en definitiva, si es que entendemos bien el mensaje de Vigil, el famoso complejo de inferioridad que traba y frena al mexicano, no deja de ser a fin de cuentas sino una viciada e incorrecta digestión de su historia.¹⁵³

Por otro lado, no dejaba de serle grato el reclamo de Vigil de una educación fincada en lo universal y en lo mexicano que integrara nuestra vida nacional, mismo que procedía de sus ideas krausistas a las que defendió contra el positivismo.¹⁵⁴

novohispano, aunque no menciona a Larráinzar. “Clavigero y la conciencia historiográfica mexicana” en *Estudios de Historia Novohispana* 10, México, Universidad Nacional autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991. p. 303.

¹⁵³ *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, p. 264.

¹⁵⁴ Cuando el krausismo se difundió en España, aún no llegaba el positivismo; en cambio, en México, las ideas de Comte ya estaban establecidas cuando trató de introducirse el krausismo. Vigil lo defendió junto con “la metafísica, el espiritualismo y, finalmente, el liberalismo político” en el debate que sostuvo con los positivistas a propósito de la enseñanza de la lógica, pues quiso, sin éxito, que se estableciera en la Escuela Nacional preparatoria, el texto del krausista Guillaume Tiberghien. Charles Hale, *El gran debate*

A propósito de la segunda polémica sólo hemos de hacer un brevísimo comentario. Guillermo Prieto pedía en sus Cursos de Historia que los estudios de esta disciplina sirvieran para formar buenos liberales y ciudadanos patriotas que se opusieran a las trampas de la reacción que, si bien derrotada, seguía tratando de dominar la cultura y la mente de los mexicanos. Ante esta propuesta, el pedagogo Enrique C. Rébsamen, nacido y formado en Suiza, pugnó por una historia imparcial, que no sacrificara la verdad por ningún motivo, ni siquiera por patriotismo y, por supuesto, menos por espíritu de facción o de partido. Ortega considera que Rébsamen

tenía toda la razón, empero una razón general, europeizante, y no una razón particular, circunstancial y mexicana como la que Prieto liberalmente defendía, incluso contra la libertad de enseñanza proclamada por la propia Constitución (1857). Sin quererlo, cabe suponer, el maestro suizo había minado los fundamentos filosóficos y políticos sustentadores de Prieto y había así puesto en peligro su unívoca y mexicanista *verdad*.¹⁵⁵

Al parecer, la polémica la “ganó” Prieto, pues su fama era tanta que el público lo favoreció. El tercero en discordia que apoyó a Rébsamen fue el ilustre doctor don Porfirio Parra. Ortega incluyó su artículo porque este autor exigía a los historiadores que no se limitaran al mero relato de lo que efectivamente ocurrió, sino que buscaran las razones íntimas y necesarias para explicar y comprender el acontecer histórico. Crítica que, según Ortega, “podemos también hacerla extensiva, sin mayor dificultad, a la historiografía postpositivista” de nuestro tiempo.¹⁵⁶

Don Juan no podía pasar por alto *El concepto científico de la historia* de Ricardo García Granados, culminación de la reflexión histórica durante el porfirismo. Nieto de José Fernando Ramírez y educado en Alemania, emprendió

de libros de texto en 1880” en *Historia Mexicana*, v. xxxv, n. 2, oct-dic, 1985. p. 284-289.

¹⁵⁵ *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, p. 283.

la revisión de la idea de la historia, inspirado por Karl Lamprecht y su método histórico-cultural, indagando acerca de su sentido y de la solución al problema de la causalidad. Aunque arranca desde la historiografía griega, García Granados entra en detalles a partir de la Ilustración. Tras hacer la crítica a Comte y a toda clase de determinismos, declara la necesidad de tomar en cuenta al libre albedrío sin el cual no puede comprenderse la historia política que es para él la historia por excelencia:

A [los] instintos egoístas se opone el espíritu de justicia y desde las épocas más remotas es la Historia una lucha entre esas pasiones humanas, para establecer y garantizar el derecho de cada uno. Continuada esa lucha hasta nuestros días es la que conocemos con el nombre de "política".¹⁵⁷

Esto lo adivinó Ortega al comentar que el libro de García Granados fue

una oportuna advertencia acerca de la tormenta que se cernía sobre el país. los técnicos *científicos* del porfirismo no entendieron o no quisieron desentrañar el mensaje profético que desde la revista filosófica positiva les enviaba García Granados, y siguieron empeñados en la ya gastada y vieja fórmula porfirizante, que al intentar desterrar o empequeñecer la política, lo que de hecho hizo fue triturarla o corromperla. Desprovisto el país de una dirección tética, intencionalmente dirigida, como tal vez lo deseó fervientemente García Granados, la nación se deslizó por la pendiente de la violencia revolucionaria, que las fuerzas genéticas desencadenaron y aceleraron una vez libres del freno intelectual o tético. Como en el caso de José María Vigil, el pensamiento político de García Granados cobra en nuestro tiempo una actualidad que lo hace en verdad, impresionante y hasta incluso vaticinador.¹⁵⁸

No está de más señalar la expresa simpatía de Ortega hacia el tío de don Rafael García Granados que en su *Historia de México*, tanto criticó y se opuso a Estados Unidos, a la vez que defendió nuestras tradiciones hispanas.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 304.

¹⁵⁷ Ricardo García Granados, *El conceptocientífico de la historia*, apud, *ibid.*, p. 369.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 320.

La *Teoría de la Historia* del rumano Alexandru Dimitru Xenopol motivó una polémica entre varios autores mexicanos, entre ellos, Antonio Caso y Agustín Aragón. El primero, desde su postura francamente idealista, rechazó que la historia, narradora de acontecimientos, fuera una ciencia en el sentido aristotélico de estudio de lo general. Para don Antonio, la historia era una actividad creadora, más cercana al arte que a la ciencia.¹⁵⁹ Agustín Aragón rechazó este aserto, pues argumentó que la ciencia histórica no era un mero recuento de acontecimientos sino de series, éstas sí generales. Además, se opuso al idealismo y al intuicionismo de Croce y Bergson asumidos por Caso.¹⁶⁰ Un tercero en discordia, el oaxaqueño Briosó y Candiani, crítico del materialismo del rumano, aseguró que la historia es una ciencia porque tiene la capacidad de abstraer teorías de los hechos y de aceptar principios generales científicos. Por último, “Lo previsible y lo imprevisible en el acontecer histórico” de Jesús Galindo y Villa, ese “desadaptado”,¹⁶¹ historiador conservador y positivista, cuya postura se parece a la de Xenopol, y defiende la historia relatora de lo que aconteció, cuyo objetivo es fijar las causas entre los acontecimientos.

Finalmente, hemos de comentar que, si bien es cierto que Ortega pudo escoger sus textos por creerlos afines a sus ideas historicistas o a su hispanismo, en verdad los rescata y redescubre por considerarlos importantes para la historiografía mexicana, a la que consideraba tan falta de discusiones teóricas y filosóficas en torno a su objeto de estudio.

A esta etapa de la historiografía ortegamediniana pertenecen también los arriba mencionados estudios sobre Robertson y Prescott. Ortega recordaba con “nostálgica emoción [...] el día en que O’Gorman puso en mis

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 377 y 378.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 379 y 380.

manos la edición príncipe de la *Historia de América* de William Robertson fue, al mismo tiempo, el más feliz y el más conturbador de mi vida de pobretón estudiante facultativo.”¹⁶² Por lo visto, desde entonces ya conocía y había estudiado a este autor, estudio del que parece conservó el breve preámbulo original en el que aclara, conforme a los postulados historicistas que entonces había que repetir “a fuer de machacones”, que en todo análisis historiográfico cuentan tanto el tiempo y las vivencias del historiador como los del comentarista, “porque toda obra histórica así como todo comentario histórico-crítico surgen siempre del curso de la historia, es decir, de la vida”.¹⁶³

Tras ubicar acuciosamente a Robertson y destacar la importancia de su obra a la que debe comprenderse dentro de la tradición de la ilustración inglesa, Ortega le critica el título de *Historia de América* cuya amplitud no corresponde al contenido, ya que sólo trata la América hispana de la última década del siglo XV y el siglo XVI. Esto le permite hacer una digresión a propósito de los títulos o los nombres de los encabezados, que tiene mucho que ver con la atención que él mismo les prestaba:

La función que realiza en el arco la dovela clave puede muy bien equipararse a la que representa, dentro del campo histórico, la llave del título que, casi siempre, viene a servir de remate o coronamiento significativo de toda obra histórica.¹⁶⁴

¹⁶¹ Nacido en 1867 y educado en el positivismo, escribió este texto en 1936, un año antes de morir, cuando el positivismo, dice Ortega, se había venido abajo “en cuanto pensamiento filosófico y en cuanto inspirador de la política. *Ibid.*, p. 388.

¹⁶² “Y va de cuento” en *La obra de Edmundo O’Gorman*, México, UNAM, 1978. p. 3. Fue esa la edición de Robertson que Ortega utilizó en el ensayo que escribió. *The History of America*, London, W. Strahan, 1777-78. 2 v. El día referido fue “conturbador” porque pudo haber empeñado los libros en el Monte de Piedad. En su primer libro salido de la imprenta Ortega decía a propósito de los viajeros del siglo XVI: “aún no existía el prurito determinante de desacreditar a España, como lo haría Robertson en el siglo XVII en su *Historia de América*”. *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 21.

¹⁶³ “Sobre *The History of America* de William Robertson” en *Anglia*, (1968) y en *Estudios de tema mexicano* (1973), versión que utilizamos. p. 158.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 162.

Ortega señala que como buen ilustrado que creía en el progreso, el estudio del pasado le permitía a Robertson conocer las etapas por las que las sociedades humanas habían transcurrido. Es así que al no tener ya presentes a los galos o a los escitas para observarlos, qué mejor que estudiar al indio americano y poder imaginar cómo habrían sido los antepasados de los europeos, para “completar la historia de la mente humana y llegar a un perfecto conocimiento de su naturaleza y operaciones”.¹⁶⁵ Acorde con esta idea de progreso, veía a los indios como niños (con “la ignorancia y la imbecilidad del estado pueril”), ante lo que don Juan considera que Robertson,

[...] en su fuero interno [...] sabe muy bien, como buen teólogo calvinista que es, que la diferencia es radicalmente ontológica y que las razones o raíces de la misma no dependen, en última instancia, sino del misterioso y terrible doble decreto predestinatorio, que divide a los hombres en electos y condenados.¹⁶⁶

Nuestro autor exhibe así las raíces calvinistas de Robertson que más adelante confirma cuando el escocés, que achacaba el estado de los indios a la falta de estímulos, a su continua indolencia;¹⁶⁷ estaba convencido de que el hombre se civiliza ante la necesidad de satisfacer sus “necesidades y apetitos” a través de la “industria” que es la actividad, el tan llevado y traído “ascetismo intramundano”.¹⁶⁸ El estigma calvinista lo hizo también despreciar las fuentes españolas por estar “mechados de falsedades y supersticiones, hijas de la ignorancia de aquella época”. Sólo confiaba en dos autores, Las Casas y el padre José de Acosta.¹⁶⁹ Aunque Ortega reconoce que si bien Robertson recibió el influjo de Voltaire, es más racional y más “ecuánime [que el francés] para

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 170.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 172.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 173.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 187.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 174.

elogiar la acción misionera a favor de los indios".¹⁷⁰ Mas no se puede negar su ignorancia acerca de la cultura mexicana, cuya importancia, en verdad, no había sido exagerada por los españoles.¹⁷¹

A varias de las críticas que Robertson hizo de la conquista o del gobierno español colonial, Ortega responde que el escocés veía todo a través de la lente de la escuela económica liberal que había sido ajena a España. Sin embargo, al poner al descubierto "el oculto cáncer que condenaba [al imperio español] irremisiblemente a la muerte" hizo que el libro fuera prohibido en los dominios españoles y puesto en el Índice por la Inquisición.¹⁷² Entre otras respuestas a dicho libro, Ortega señala, en el mundo hispánico, la réplica de Clavijero y, en Norteamérica, que se justificara el trato dado a los indios, a la vez que las "críticas antihispánicas disculpaban los viejos proyectos expansionistas del mundo anglosajón a costa del hispanoamericano".¹⁷³

Ortega concluye que, en reconocimiento al valor historiográfico de la *Historia de América* y por acercarse el segundo centenario de su primera edición (Ortega escribía en 1967), debía publicarse nuevamente con una más fiel traducción al español que no suprimiera "las asperezas y juicios incómodos" sobre todo en "aquellos párrafos en donde Robertson condena

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 162.

¹⁷¹ En "Clavijero y la conciencia historiográfica mexicana", Ortega destaca la importancia de la obra del jesuita veracruzano, *Historia Antigua de México*, publicada en 1780, como respuesta a las críticas de los "deslustrados" como Cornelio de Pauw, el conde de Buffon y Robertson habían escrito. *Estudios de Historia Novohispana*, 10, p. 303. Sin embargo, Ortega no hace referencia al hecho de que Robertson, tras conocer todos los errores que Clavijero señaló en su *Historia de América*, "examinó de nuevo su obra, se hizo cargo de las observaciones de Clavijero, contestó algunas procurando vindicarse, y en otras le dio la razón, sometiéndose francamente a la corrección; todo lo cual aparece en el escrito publicado en 1738 [sic], bajo el título de *Additions and corrections of the former editions of the former editions of Dr. Robertson's History of America*." Manuel Larráinzar, *Algunas ideas sobre la Historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días*, en Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, p. 177 y 178.

¹⁷² *Ibid.*, p. 176.

5
27

exageradamente la codicia y la crueldad castellanas”, como hizo en 1827 su traductor, un liberal español.¹⁷⁴ Quedará la duda de qué tan cierto fuera que Ortega tuviera en mente esta empresa. La que sí emprendió poco después, es probable que por ser más conveniente, fue la edición de la *Historia de la Conquista de México* de Prescott, encabezada por un extenso, erudito y luminoso prólogo.

Ortega no había prestado atención tan tempranamente a Prescott como a Robertson. Vino a interesarse en él y a leerlo a raíz de la publicación que conmemoró el centenario de su muerte y que Ortega reseñó no sin cierto enojo por no haberse invitado a participar a ningún historiador mexicano y sí a los peruanos.¹⁷⁵ Años después, en vista del éxito que había tenido su edición de Humboldt, le dieron el encargo de editar la *Historia de la conquista de México*, que gustosamente aceptó pues seguramente estaba consciente de la trascendencia que sus ideas adquirirían al prologar estos libros cuya circulación la colección “Sepan cuantos...” garantizaba de sobra.

Tras el estudio de su formación intelectual, Ortega afirma que Prescott, como hombre de su época, era un romántico pero conservó la impronta de la historiografía ilustrada de Robertson, Gibbon y Voltaire, razón por la que no vio a Cortés como lo hubiera visto Carlyle, sino como “un héroe en el que se acusan más las capacidades intelectuales que las propiamente heroicas”.¹⁷⁶

¹⁷³ *Ibid.*, p. 189.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 190.

¹⁷⁵ “En recuerdo de Prescott” en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1961, v. x, n. 39, p. 493-497.

¹⁷⁶ “Prólogo” a Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. xix. Entre las “deudas intelectuales” de Prescott, Ortega da cuenta de la influencia que ejerció en éste el libro de Gabriel de Mably, *De la manière d'écrire l'Histoire*. Recoge la definición del historiador que siguiendo a Mably expresó Prescott, y que entre otras cosas decía “Cuando el historiador tiene que analizar otras épocas, otras naciones y otros principios, debetransportarse al interior de los mismos, *expatriándose de sí mismo* [justamente lo que más aborrecía Descartes en la tarea del historiador], con objeto de percibir la forma verdadera y los latidos e impulsos de los tiempos que él intenta conocer y delinear”. *Ibid.*, p. xi y xli. Razón de más de las simpatías que por Prescott sentía Ortega. Por otro

El apartado “La novedad temática y las reacciones de lectores y críticos” contiene varias consideraciones acerca de las diferencias entre ingleses y españoles y sus descendientes americanos. Comienza Ortega por citar un conciso comentario sobre la *Historia de América* de Robertson que difundió la idea “de un Colón superheroico, de un salvaje supernoble y de una leyenda supernegra”,¹⁷⁷ y dar una también concisa explicación de su idea de la “vieja pugna... misoneísmo contra modernidad” que habían hecho suya los poetas ingleses desde el siglo XVI, que se seguía repitiendo en el siglo pasado y a la que tuvo que enfrentarse Prescott y combatirla:

Esta actitud crítica demoledora, antihispánica, tenía su origen, por una parte, en el cargamento emocional de signo negativo recibido como herencia competitiva a través de la tradición isabelina, iluminista y en especial ilustrada; por otra, en los intereses políticos, económicos y culturales inmediatos de la Norteamérica del destino manifiesto. Resulta, por tanto, clarísimo que esta enraizada y enconada opinión formaba parte consubstancial, médula hueso y carne de [su] espíritu [...] estereotipos literarios que responden y conforman íntimas vivencias. Infundios deformativos que calan hondo y cuyas huellas pueden rastrearse incluso en nuestros días en el ciudadano común y corriente, e inclusive en alguno que otro trasnochado historiador de Estados Unidos.¹⁷⁸

En el siguiente encabezado “La justificación de la empresa española”, Ortega alaba la comprensión de las acciones españolas de la que hace gala Prescott al apreciarlas de acuerdo con los valores del lugar momento en que

lado, tan popular fue Prescott entre los norteamericanos durante la guerra con México que tanto Winfield Scott y Zachary Taylor le propusieron escribir algo así como “la segunda conquista de México”, encomienda que con cordura rechazó, pues no iba a escribir como su paisano George Bancroft la historia del expansionismo norteamericano con el que no estaba de acuerdo. *Ibid.*, p. xxii y xxxvii. Es indudable la simpatía de Ortega por este historiador novoi inglés que se autodefinía como un “cristiano liberal” y que había sido partidario de federalistas y *whigs*, crítico de la anexión de Texas, de la guerra con México y del despojo de territorio que la siguió, “tendencias y actitudes heredadas de su padre, antiesclavista, antijacksonista y antianexionista declarado”. *Ibid.*, p. xxxv y xxxviii.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. xxiii, citado en F. S. Stimson, no aparece el nombre de la obra.

se llevaron a cabo y no con los propios. Y aunque rechaza la idea de la cultura tribal azteca de Robertson, convirtiendo a los aztecas en los “clásicos de América”, no deja de insistir en que lo hecho por la civilización cristiana española en América estaba mucho más allá de los alcances que hubiera podido tener la “sociedad gentil azteca”.¹⁷⁹ Explica también Ortega que Prescott pasó por alto los juicios de Las Casas sobre Cortés por el apasionamiento del dominico que no le permitió ver a lo que la conquista conduciría, un proceso que lejos de irracional tenía una “dirección progresista”.¹⁸⁰

Por otro lado, considera que si Prescott se alejó de la historia norteamericana, parece que, en cambio, contribuyó -aunque no conscientemente-, a la “americanización” de la historia de su país, algo semejante a lo que John Stephens había hecho y que Ortega había denominado “monroísmo arqueológico” y ahora “histórico” al de Prescott, dando inicio a la comunicación entre el mundo anglosajón y el ibérico.¹⁸¹

Sólo le queda a don Juan lamentar que Prescott le hubiese pedido al “bondadoso” Pascual Gayangos que ayudara también a John Motley a localizar los documentos que necesitara de los archivos españoles, precisamente a Motley que, como otros contemporáneos de Prescott volvieron a los “antañones estereotipos antiespañoles y católicos”.¹⁸² Y también alabar la

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. xxv.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. xxvi.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. xxxix y xl. “Defendiéndose Prescott de un crítico que le atacaba por la blandura con que había enjuiciado a Cortés y por la manera mórbida como justificaba la Conquista, alegó *juiciosamente* que había que distinguir entre la inmoralidad del acto y la inmoralidad del actor; y que si bien la primera podía ser juzgada mediante la escala universal de valores, la segunda dependería del fluctuante patrón del tiempo”. *Ibid.*, p. xxviii. Años después Ortega se refirió a la distinción de la moralidad o inmoralidad del acto del actor, sin mencionar ya a Prescott. “La formación histórica de la Facultad de Filosofía y Letras”, p. 14.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. xxxviii.

¹⁸² *Ibid.*, p. lii y liii. Motley escribió *El nacimiento de la república holandesa y la Historia de los Países Bajos Unidos*.

“hermosa versión” castellana de José María González de la Vega a la que tuvo que hacer sólo pequeñas enmiendas para restituir al libro de Prescott su “leve impronta no católica”, ya que donde éste escribía “doctrina cristiana”, González de la Vega traducía “doctrina *santa* cristiana”.¹⁸³

3. La siega.

En una tercera etapa de su quehacer historiográfico que comprende los diez años que van de 1972 a 1981, Ortega y Medina publicó los tres libros que habían sido gestados cuando escribió su tesis doctoral, *Destino Manifiesto* (1972), *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976) y *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1982, aunque lo había concluido en febrero de 1979). Entre ellos intercaló otra selección de sus textos, *Estudios de tema mexicano* (1973) y, para mejor definir su postura historicista, una obra de carácter especulativo, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980, concluido en mayo de 1978). De los tres primeros libros, por razones que ya hemos señalado, nos ocuparemos en el siguiente capítulo.¹⁸⁴

Al examinar el contenido de *Estudios de tema mexicano* encontramos que es predominantemente historiográfico: “El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana”,¹⁸⁵ constituye la primera parte de un trabajo que Ortega nunca entregó completo a la imprenta:

El título de nuestro ensayo implica la realización de una doble labor: el análisis crítico de las opiniones mexicanas vertidas en torno al contradictorio historiador oaxaqueño y nuestra propia actividad crítica frente a las ideas históricas del autor. Sin embargo, esta última tarea no la hemos podido completar dada la extensión inmensa de la obra de Bustamante y dado también el volumen que alcanzaría este trabajo nuestro si incluyéramos lo indicado líneas arriba. Por lo mismo, sólo adelantamos aquí, dividido en dos partes, el estudio provisional de lo

¹⁸³ *Ibid.*, p. lvii y lviii.

¹⁸⁴ *Vid. supra.*

¹⁸⁵ Publicado originalmente en el *Anuario de Historia*, III, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1963. p. 9-58.

que hemos podido cosechar en nuestra incursión previa por el campo analítico de los comentaristas e historiadores interesados en las obras, propias o editadas, del infatigable don Carlos María de Bustamante.¹⁸⁶

Por lo que se lee, parecería que la segunda parte del ensayo estaba en marcha, pero no fue así. Cuando preguntamos a Ortega la razón de que no hubiera aparecido respondió que como O’Gorman también estaba estudiando a Bustamante, él no había querido interferir. Pero de esto no dice una palabra en la “Addenda” a la segunda publicación del artículo en la que parece olvidar lo prometido y sólo se congratula del interés por la obra del oaxaqueño que la publicación del artículo en el *Anuario de Historia* había despertado, amén de alabar las publicaciones de Ernesto Lemoine y, sobre todo, la *Guía bibliográfica de don Carlos María de Bustamante* de O’Gorman, pues había requerido de una constancia benedictina, al tiempo que había sido como “poner una pica en el Flandes bibliográfico mexicano”.¹⁸⁷

Es lamentable que no se publicara la opinión ortegamediniana acerca del historiador criollo que tanto había renegado del pasado español de México. Sin embargo, el mismo análisis que hace de las opiniones que desde su publicación hasta nuestros días se han hecho de Bustamante es significativo, amén de la abundancia con que estudia en su propia obra diversos aspectos del rechazo nacionalista decimonónico al pasado colonial, cuyo artífice ideológico había sido nada menos que don Carlos “nuestro mitógrafo sin par”.¹⁸⁸ Seguramente le fue muy difícil a Ortega escribir sobre un autor por el que sentía pocas simpatías, aunque comprendiera ese “desgarramiento vital”¹⁸⁹ que sufrieron los criollos como Bustamante después de la Independencia. Por otro lado, no podemos ignorar la vastedad de la obra bustamantiana, ni siquiera publicada en su

¹⁸⁶ *Estudios de tema mexicano*, p. 7-8. El artículo en esta edición consta de 55 páginas.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 62-64.

¹⁸⁸ Ortega y Medina, “Edmundo O’Gorman y su idea de la historia” en *La obra de Edmundo O’Gorman*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1978. p.44.

totalidad, cuyo cabal estudio hubiera requerido no sólo mucho tiempo sino también un minucioso conocimiento de las primeras décadas del México independiente.

Al ensayo dedicado a Bustamante, siguen “Crítica y contracrítica en torno a la historiografía soviética americanista”¹⁹⁰ y “Bartolomé de las Casas en la historiografía soviética”¹⁹¹ de las que nos ocupamos más arriba. Viene luego “‘Divertimento’ crítico en torno a *La verdad sospechosa* y *Le menteur*”¹⁹² Ortega vuelve, en esta ocasión, a valerse del recurso del teatro, aunque en este caso comparando una comedia de Juan Ruiz de Alarcón con otra de Corneille. Esto le da la oportunidad, por un lado, de sostener la tesis de la definitiva influencia que el teatro español tuvo sobre el francés, influencia no bien reconocida en Francia debido al “gastado recurso nacionalista” ignorante de que “la cultura europea, a pesar de sus específicas diferencias nacionales, constituye una herencia común a la que todos han contribuido y de la que todos son copartícipes”.¹⁹³ Por otro lado, Ortega hace el análisis de la mentalidad e implicaciones morales entre el “mentiroso” español y el francés. Bien sabida la afición musical de Ortega no llama la atención que recurra a un término de Euterpe que se refiere a un género ligero, aplicado en las letras a unos comentarios acerca de dos comedias sobre el mismo tema, pero cuando

¹⁸⁹ Miguel Soto recuerda a Ortega referirse a ello en sus clases.

¹⁹⁰ Publicada con anterioridad en *Anuario de Historia*, V, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1965. p. 261-290. Posteriormente en *Secuencia*, n. 10, México, Instituto Mora, 1988. p. 138-159.

¹⁹¹ Publicada anteriormente en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. xvi, n. 3, ene-mar, 1967. p. 320-340..

¹⁹² Publicado originalmente en Ortega y Medina (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas: escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Históricas, 1968. p. 257-277.

¹⁹³ “‘Divertimento’ crítico en torno a *La verdad sospechosa* y *Le Menteur*” en *Estudios de tema mexicano*, p. 131.

para dicho “divertimento” se echa mano de la interpretación de las pasiones en las filosofías tomista y cartesiana sólo cabe pensar en la ironía de Ortega.¹⁹⁴

Don Juan nos explica que las pasiones, según la doctrina escolástica, no eran sino la herencia del pecado original y se gestaban en el “seno de nuestra corrupta naturaleza”, emprendiendo tales combates entre ellas mismas que dividían el alma humana. Descartes, en cambio, en su *Tratado de las Pasiones*, relacionaba éstas con el cuerpo, la corporalidad que el hombre comparte con los animales, considerando que no eran sino el “efecto natural de la unión del alma y el cuerpo” y, en su mayoría, buenas.¹⁹⁵ Esta concepción cartesiana significó un giro de ciento ochenta grados con respecto de la visión tradicionalista tal y como nos lo dice Ortega:

La nueva moral cartesiana, moral filosófica, no permite aquí la menor intromisión teológica: el *medio intelectual* y el *medio moral* son los dos recursos o máximos principios que sirven para regular nuestras pasiones. Gracias al primero el hombre establece la distinción entre lo que depende de él y lo que no depende en absoluto; verbigracia la reglamentación de nuestros deseos, que nos permite distinguir lo que hay de bueno o de malo en los objetos; mediante el segundo, y recurriendo al uso de su voluntad, se resuelve firmemente a obrar bien y reconoce, si es necesario, que debe cambiar antes de intentar alterar el orden providencial del mundo. De este modo el sujeto reduce sus deseos a los justos límites y no se esfuerza por poseer objetos que están fuera de su alcance. La voluntad se propone otros pensamientos, otras emociones, y logra de este modo que el hombre se libere de una pasión haciendo nacer la contraria. El hombre puede así a voluntad pasar de una pasión a otra siguiendo su conveniencia o su deseo. Descartes no duda del éxito y asegura que por este medio se puede adquirir un imperio absoluto sobre las pasiones. En definitiva, la médula de la teoría se reduce a un adecuado empleo del libre albedrío; es decir de la libertad personal, que sólo puede lograrse, en última instancia, mediante el noble ejercicio de la *generosidad* (poco conocida de los

¹⁹⁴ Llama la atención la relación temática entre este estudio de Ortega con el contenido de dos clases que José Gaos impartió en marzo de 1967, “Las ideas morales en el teatro de Moliere” y “La idea del amor en el teatro de Moliere”, publicadas en *Historia de nuestra idea del mundo*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1973. p. 293-327.

¹⁹⁵ “Divertimento crítico en torno a *La verdad sospechosa* y *Le Menteur*”, p. 142.

antiguos, nos dice Descartes), que es la pasión clave de todas las otras y la que nos proporciona firmeza y constancia en todas nuestras virtuosas resoluciones.¹⁹⁶

Es la generosidad, “la primera de todas las pasiones en nobleza y dignidad”¹⁹⁷ la que salva al mentiroso francés Dorante quien impone su voluntad y decide cambiar, aceptando de buena gana el matrimonio con Lucrecia (mismo que en la continuación de la obra no se lleva a cabo), mientras que el mentiroso don García no controla su pasión y sufre, además, el castigo -única manera de reprimir la pasión-, de casarse con Lucrecia a la que no ama. Ortega comenta acerca del mentiroso español: “De esta suerte, su probable enmienda no será resultado como vimos en Dorante, de un autoconvencimiento emotivo y racional, sino de una virtud purgativa, drástica y alopática”.¹⁹⁸ Ortega ya no repara en el libre albedrío del que parece gozar Dorantes y carecer el español don García.

Finalmente, el último ensayo del libro *Estudios de tema mexicano* es “Sobre *The History of America* de William Robertson”, al que quiso también rescatar para conservar la interpretación, amén de las agudas críticas que hizo a la obra del antihispanista historiador.¹⁹⁹

Este ciclo de las obras de madurez de nuestro autor se cierra con *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, libro que Ortega terminó en mayo de 1978, unos meses después de la muerte de su esposa Alicia,²⁰⁰ aunque el pie de imprenta indica la fecha de 1980. Fue la primera

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 143.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 151.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 157.

¹⁹⁹ *Vid. supra*, 2. La escarda.

²⁰⁰ México, UNAM, 1980. Dedicado a su esposa con las siguientes palabras: *Dulci patientique vxori in transitu animosae* (Dulce y paciente esposa, animosa en el tránsito). Cuando cursamos en 1996 el “Seminario de Historiografía” de Álvaro Matute, sorprendió a todos que este libro de Ortega se pudiera encontrar sin dificultad en las librerías de la UNAM. Matute reconoció que en su momento la obra no había tenido

publicación de Ortega como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas, al cual había ingresado en 1977.²⁰¹ En principio, según señala en la “Advertencia” y dada la afición de Ortega por los escritores alemanes, el objetivo era sólo dar a conocer dos textos de Guillermo de Humboldt y nueve de Leopoldo Ranke,²⁰² pero como fuera menester introducir al lector mexicano en la historia del pensamiento germánico del siglo XIX, agregó dos partes: “Análisis de los orígenes” (del idealismo historiográfico alemán a Marx y al positivismo comteano) y “La idea de la historia en Ranke”. Encabezó los textos con sendas presentaciones, la de Humboldt es breve mientras detallada la que dedicó a los nueve artículos rankeanos con lo que hace que este autor se lleve la parte fundamental del libro de Ortega.

El título de la primera sección es muy expresivo acerca de la tesis general de la parte primera: “La recaída teológica”. En efecto, el desfile de filósofos muestra cómo el tema fundamental del idealismo alemán es la caída,

impacto alguno debido, probablemente, al ambiente marxista que predominaba en esos momentos. Por su parte, los asistentes, jóvenes estudiantes de posgrado, manifestaron su admiración por el historiador que con tanta lucidez expusiera y criticara los fundamentos de dicha historiografía alemana, amén de mostrarles un Marx más completo y continuador del providencialismo secularizado. Expresaron también que les había facilitado la comprensión del libro de Ortega la lectura previa de *El historicismo y su génesis* de Meinecke. La única ocasión en que encontramos citado a este distinguido historiador alemán en la obra de Ortega fue en “Sobre *The History of America* de William Robertson” en *Estudios de tema mexicano*, p. 161; pero es evidente su presencia en sus otras obras.

²⁰¹ Cabe recordar que, aun cuando el Instituto de Investigaciones Históricas publicó esta obra en una serie de Historia General, fue quizá la primera que estaba completamente desvinculada de la historia mexicana, pues las anteriores trataban, generalmente, de temas mexicanos, hispánicos, hispanoamericanos y antropológicos.

²⁰² “Reflexiones sobre las causas determinantes en la historia universal” (1818) y “Sobre la tarea del historiógrafo” (1821) de Guillermo de Humboldt y [“De historia y filosofía” (1830)] (Los nombres entre corchetes los puso Ortega a conferencias y manuscritos que no tenían título), “Idea de la historia universal” (1830), “Final de la introducción al curso de la historia moderna (s.d.)”, “Introducción a un curso sobre historia universal” (1840), [“El quehacer historiográfico”] Prefacio a la primera edición de las historias de los pueblos latinos y germánicos” (1824), “Primera conferencia” (1854, acerca del progreso y de la historia universal), [“Lo particular y

el *peccatum originale*. Desde un punto de vista católico esto no representaba ningún problema, pues el hombre libremente podía salvarse, pero sí lo presentaba desde la perspectiva agustina-luterana, por lo contradictorio que resultaba insertar en el plan perfecto de Dios al hombre pasional, irracional, en suma, pecaminoso. Se trataba entonces

de cerrar la fisura provocada por la reforma luterana entre el ideal de la libertad (dignidad humana) y la doctrina de la servidumbre y perdición de la voluntad [...] El siglo alemán de la Ilustración es el de la fusión de la reforma religiosa con el humanismo; el de la reconciliación de Lutero con Erasmo, cediendo aquí el absolutismo del *servum arbitrium* a la humanista y evangélica *Philosophia Christi* erasmiana. Esta reconciliación con el humanismo permite que el protestantismo luterano del siglo XVIII se convierta en religión de la libertad y que se dé paso a la secularización de la historia.²⁰³

Cada uno de los filósofos que presenta Ortega en los tres apartados siguientes, Juan Godofredo Herder, Immanuel Kant, Federico Schiller, Teófilo Fichte y Federico Schelling, va agregando un nuevo elemento a la solución del problema de la secularización. El hombre como individuo podía ser irracional y pecaminoso, pero el curso de la historia del hombre se encaminaba hacia el progreso, el desarrollo y hasta el fin de la historia, la salvación. Así, la creación del hombre (tesis) y su caída (antítesis) conducen a la salvación (síntesis), la cual “se realiza a través de la evolución natural (el mundo) y del proceso histórico (el hombre)”.²⁰⁴ Estos serán los elementos de la dialéctica hegeliana, en la cual lo irracional (pecaminoso) del hombre no es sino una “astucia de la razón” que conduce al progreso humano, tal como lo concebía Kant.²⁰⁵

El famoso vuelco materialista a la propuesta hegeliana es estudiado por Ortega en dos apartados. En la “La interpretación dialéctica materialista”

lo general en el estudio de la historia”] (1860), “Los grandes poderes” (1833) y “Diálogo político” (1836) de Ranke.

²⁰³ *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, p. 15.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 25.

muestra algunos de los elementos principales de las tesis materialistas, sobre todo las de Ludwig Feuerbach,²⁰⁶ hasta llegar a la lucha de clases (dialéctica material) de Carlos Marx. Lucha que al culminar llevaba al fin de la historia, pero ésta sería salvada por los “hombres nuevos”, los comunistas quienes encaminarían “sus esfuerzos a la infinita tarea de la *praxis*, que ante ellos no será otra cosa sino una libertad consciente de la necesidad”.²⁰⁷ En “El mesianismo judío del Manifiesto Comunista”, Ortega comienza por asentar que Marx, aunque de origen judío (nieta de rabino), pero educado en el luteranismo y, más tarde, de “talante antirreligioso e incluso una marcada inclinación antisemita” no pudo escapar al ambiente judío en el que creció, de ahí que nunca perdiera “el talante y el empaque físico y psíquico de un profeta bíblico del Viejo Testamento. Así, el antiguo mesianismo y el profetismo judíos pueden explicar la base idealista del materialismo de Marx”.²⁰⁸ Esta base no era sino la concepción de que el desarrollo histórico de la humanidad conduciría a un estado final de salvación para los oprimidos y los que nada tienen: el proletariado, al que convocaba a unirse en una lucha universal.²⁰⁹ Ortega parece forzar la teleología marxista para inscribirla en su tesis general, a saber, que hasta los pensadores alemanes más ateos eran, en el fondo,

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 26.

²⁰⁶ Ortega critica a Feuerbach quien de haber visto que en las “sociedades modernas muy bien alimentadas [también pululan] el crimen y el vicio” sabría que “no sólo de pan vive el hombre” *Ibid.*, p. 33.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 36.

²⁰⁸ *Loc. cit.* No sabemos hasta que punto el empleo de la palabra “talante” lo relacione Ortega con José Luis Aranguren que se refiere al “talante religioso” como a uno de los estados de ánimo del individuo. *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Revista de Occidente, 1952. p. 12-15. Este libro, junto con otros del mismo autor, se lo regaló Ortega a Alicia Mayer. Todos están profusamente anotados y subrayados. Aranguren, contemporáneo de Ortega (nació en 1909), fue de los pocos republicanos que permanecieron en España y pudieron exponer sus ideas en la cátedra. Católico, sus libros fueron puestos en el *Índice* por defender una “izquierda democrática” matizada de un fuerte significado “ético-social”. Juan Marichal, *op. cit.*, p. 339 y 340.

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 37-40.

teólogos que intentaban responder a la pregunta de cómo el hombre pecaminoso podía insertarse en el plan perfecto de Dios.

En cuanto al apartado referente a “El positivismo comtiano”, pudiera parecer gratuita su inclusión. Comte no tiene mucho que ver con los pensadores alemanes anteriores ni con la historiografía rankeana. El pretexto para incluirlo es mostrar cómo hasta la presunta visión científicista de la historia de Comte estaba cargada de religiosidad (el culto a la humanidad) y de salvación cuando la sociedad llegara a la tercera etapa: la positiva. Además, Ortega cree que Comte es el puente entre los filósofos-teólogos alemanes y la historiografía científicista de Ranke.²¹⁰ Parte del malentendido puede deberse a la tradicional consideración historicista de que Ranke era positivista. Ranke, como muestran los propios textos que se incluyen en el libro, no compartía la opinión de Comte de las tres etapas del desarrollo histórico, mientras que el francés no era muy riguroso con los documentos a la hora de aplicar su método más sociológico que histórico. Tradición historicista que acusaba de positivismo a cualquiera escuela historiográfica que no tomara en cuenta al pasado como parte del presente, que no admitiera la subjetividad del historiador ni la realidad del conocimiento histórico, en suma, positivista era cualquiera que no fuera historicista, como lo ejemplificó el mismo O’Gorman cuando calificó al propio Ortega y Medina de positivista.²¹¹

²¹⁰ *Ibid.*, p. 41.

²¹¹ Al preguntársele a don Edmundo, en sus últimos meses, acerca de los discípulos de Gaos respondió: “Gaos tuvo un grupo de amigos entre los que yo fui muy distinguido, el más cercano a Gaos. Porque Justino era crítico de arte. También Juan Ortega y Medina al principio, pero después no. Escribe libros bonitos pero se volvió positivista” en Teresa Rodríguez de Lecea, “Una entrevista con Edmundo O’Gorman”, p. 966. Tampoco Gaos se salva del sambenito de positivista: Gaos quería “ser historiador. Y la verdad no lo era. Se volvía positivista con la historia. Es donde yo no lo seguí para nada”. *Ibid.*, p. 968. En realidad, O’Gorman parece equiparar “positivismo” con la muy añeja tarea del historiador de recopilar datos, sin los cuales difícilmente podría escribir. Tarea a la que historicistas como O’Gorman tampoco escaparon, como puede verse en su *Destierro de sombras. Luz en el origen del culto a nuestra Señora del Tepeyac*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984.

La segunda parte, “La idea de la historia de Ranke”, inicia con los antecedentes del método empleado por este autor que Ortega rastrea en Juan Bodino, Jean Mabillon, Gabriel Mably y Agustín Thierry, no menos que en los religiosos eruditos que se interesaron en las ciencias auxiliares de la historia (paleografía, cronología, diplomática, filología etc.) y que prepararon el camino a la crítica rankeana,²¹² ya que de ninguna manera fue Ranke original o innovador en cuanto a la manera de hacer historia, aunque sí el más notable defensor de la crítica documental y de la historia presuntamente objetiva, imparcial y científicista decimonónica.

No puede dejar don Juan de dedicar unos párrafos al Ranke profesor que si bien no fue muy afortunado en sus clases, “su voz era apagada, farfullante, y los discípulos se quejaban de su monologal monotonía”, si lo fue en su seminario en donde “surgió la llamada escuela rankeana de la historiografía”.²¹³ En él había sesiones dedicadas a la teoría y filosofía de la historia y otras a la crítica de las fuentes, las que más gustaban a Ranke, lo que no quería decir que descuidara las primeras. Tampoco se aprovechó de sus alumnos interviniendo en “la selección de los temas buscando su propio interés como investigador”, amén de que hasta instituyó un premio como acicate para sus alumnos.²¹⁴

Si bien Ortega puede mostrarse historicista -comprensivo-, con los religiosos que antecieron a Ranke quienes, pese a toda su erudición no hicieron sino ratificar lo que ya sabían, la intervención divina en la historia de sus órdenes,²¹⁵ no puede hacerlo con Ranke a quien acusa de engañar y de engañarse con la pretendida objetividad. En el apartado “Directrices y reglas de la investigación”, la crítica de Ortega a la historiografía rankeana está

²¹² *Teoría y crítica*, p. 49-54.

²¹³ *Ibid.*, p. 54 y 55.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 55 y 56.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 50.

fundamentada en la que O´Gorman le había hecho.²¹⁶ Se acusa a Ranke de cosificar los acontecimientos históricos, de considerarlos objeto de estudio inanimado, ajeno por completo al historiador, dependiente de las fuentes. De ahí que si dos documentos se contradicen, en realidad no hay contradicción, se trata de un “error histórico” y habrá que esperar la llegada “del documento inédito que venga a descubrir el equívoco”.²¹⁷

Para Ranke, nos dice Ortega, la labor del historiador era escribir lo que verdaderamente había ocurrido, conduciéndolo a evitar las abstracciones tan del gusto de los filósofos-historiadores alemanes.²¹⁸ Pero en la práctica, este autor tan desapasionado no pudo evitar el incurrir en ciertos prejuicios como la elección del tema en su *Historia de los Papas*.²¹⁹ La mera selección de los acontecimientos “los que siempre cambian, los importantes, los de los grandes hombres”, implica ya una interpretación de la historia. Tampoco era imparcial como no era de esperarse de un conservador prusiano.²²⁰ Ni cumplía con sus objetivos de agotar los documentos de primera mano, pues en muchos casos no tuvo acceso a los papeles que requería y en otros fue humanamente incapaz de consultarlos completamente, lo que sucede casi siempre. Por último, Ranke sí tenía una idea de la historia universal, la cual se encaminaba hacia formas más acabadas de civilización, aunque su nacionalismo y eurocentrismo no le permitiera ver en la historia universal mucho más que la historia europea.²²¹

²¹⁶ Es una glosa de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, Imprenta Universitaria, 1943. Primera Parte.

²¹⁷ *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, p. 57 y 58.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 65.

²¹⁹ El que Ranke no simpatizara con los católicos y el papado, matiza su propia evaluación de los pueblos modernos.

²²⁰ *Ibid.*, p. 74.

²²¹ *Ibid.*, p. 77.

4. El granero pleno.

El ciclo final de la obra de nuestro autor corresponde a un Ortega que ha alcanzado los sesenta y siete años de una vida llena de trabajos, a la vez que ha iniciado una segunda vida matrimonial que pudo gozar con suma placidez a partir de 1980. En los primeros años de esta década su producción no fue muy abundante. Aparecieron sus estudios acerca de los historiadores y antropólogos españoles exiliados y artículos alrededor de sus temas más conocidos, sobre todo un ensayo que en este mismo periodo fue publicado en cinco ocasiones: "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones",²²² que recoge de manera sintética sus reflexiones acerca de la leyenda negra y sus repercusiones.²²³ No fue sino hasta 1987 que publicó tres libros, *Zaguán abierto al México republicano*, *Imagología del bueno y del mal salvaje* y *La idea colombina del descubrimiento desde México (1936-1986)*.

El primero contiene la traducción de las cartas y diario de un viajero inglés que estuvo en México entre 1824 y 1826, y cuya desconocida identidad fue descubierta por Ortega tras muchas pesquisas como la de William T. Penny.²²⁴ En sus últimos años, Ortega expresó a menudo cuán satisfecho estaba con "el zaguán abierto". No era para menos. Como en ocasiones anteriores, había combinado el placer que el traducir y el dar a conocer una

²²² *Históricas*, núm. 16, UNAM-IIH, ene-abr. 1985. Traducido al inglés como "Race and democracy" en *Texas Myths*, Austin, Tex. Texas Committee for the Humanities, 1986. *Anuario*, v. 8, Málaga, 1989. *Secuencia*, núm. 20, may-ago 1991 y, póstumamente, en *Reflexiones Históricas*, 1993.

²²³ Fue reseñada por Lorena Careaga en "Juan A. Ortega y Medina, 'Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones'", en *Nuestra América*, v. 23, México, Universidad Nacional Autónoma de México, may-ago, 1988. p.159-162. La numeración de esta revista, como es frecuente, está retrasada, por lo que no es de extrañar que la autora se refiera a la guerra del Golfo Pérsico de 1991.

²²⁴ *A sketch of the customs and society of Mexico, in a series of familiar letters; and a journal of the travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826*, London, Longman and Co., 1828. El libro ya lo cita Ortega en *México en la conciencia anglosajona*, v. II, p. 157. Además, en su informe académico de 1961, anunciaba la pronta terminación de la traducción de las cartas de Penny que daría a la imprenta bajo el título de "México en 1821". Expediente FFL.

obra le deparaban, con el todavía mayor de aprovechar el comentario de la obra para expresar, reafirmar y dar a conocer su pensamiento alrededor del tema de la hispanidad en México. El erudito análisis del origen y contenido de la correspondencia de Penny le sugiere presentar al lector, para mejor ubicarlo, un apretado -mas no por ello poco sugestivo-, recuento de los testimonios de los viajeros venidos a México durante los primeros años de la independencia y que él mismo venía estudiando desde los inicios de los años cincuenta. Recuento que encuadra, acertadamente, en la propia ideología liberal de los visitados, misma que precisamente había propiciado se abriera el zaguán de la nueva república por tanto tiempo cerrado.²²⁵

Ortega explica cómo tras la independencia “recuperada” (como la hacían aparecer) y para justificarla, los mexicanos habían renegado de su herencia española, a grado tal de borrar tres siglos de su historia retomándola en el momento de la independencia perdida por la conquista española. Prueba de ello, la columna que Bustamante pidió al Ayuntamiento de la Ciudad de México fuese levantada en el lugar en el que había sido capturado Cuauhtémoc, cuya leyenda acusaba un “antihistórico” criterio: *Pasagero/ aquí expiró la libertad/ mexicana/ por los invasores castellanos/ que aprisionaron en este lugar al emperador/ Quautemoc/ en doce de agosto de 1521/ ¡Odio eterno a la memoria esecrable de/ aquellos/ bandoleros!*²²⁶

²²⁵ México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987. (Serie Historia Moderna y Contemporánea No. 18). La obra está dedicada a su sobrina política Carolina Ávalos Bosque, “que cierto día, cuando aún era niña, me pidió que le dedicase un libro. Ojalá y que la lectura de éste la incite en el futuro a escribir los suyos”. El libro contiene los mapas que registran los diversos recorridos de Penny por México, los esquemas de estos mismos y hasta un glosario de términos, en su mayoría de procedencia náhuatl, que aparecen en el texto. Además, una serie de ilustraciones, iconografía por la que Ortega tuvo una gran predilección y que complementó varias de sus publicaciones.

²²⁶ *Ibid.*, p. 5.

Lo más grave fue que, como ya lo había dicho Ortega hacía tiempo y en otro lugar,²²⁷ los mexicanos se presentaron no como lo que eran, sino como creían que los querían ver los visitantes ante los que ansiosamente se exhibían. Mas esto no había sido posible pues los extranjeros no se dejaron engañar:

[...] los otros, los de siempre, los que habían batallado denodada y tozudamente a lo largo de tres centurias contra todos los valores e intereses hispánicos, penetraron o rasgaron con sus inveterados prejuicios y estereotipos históricos la veste solemne y pudorosa, y descubrieron o vieron bajo ella la misma vitanda creatura española, incluso más degenerada todavía (y al negativo e injusto juicio de Marx-Engels, respecto al conflicto yanqui-mexicano de 1847 remitimos al crítico lector a guisa de ilustración histórica) contra la que habían luchado y a la que habían logrado desacreditar a partir del siglo XVI. La indolencia, incapacidad, anarquía, egoísmo, orgullo desaforado, fanatismo, intolerancia, explotación, crueldad e inclusive cobardía hispánicas siguieron siendo los calificativos y tópicos vigentes para caracterizar ahora a los descendientes de la espuria España.²²⁸

Con este libro dio fin Ortega a la larga lista de publicaciones y estudios acerca de la obra de los viajeros que habían visitado la Nueva España y México, acerca de cuyo conocimiento concluye, hablando como mexicano para justificar así una velada reprimenda:

[...] toda esa literatura viajera asomaba, si no es que todavía sigue mostrando (el caso de *La Serpiente Emplumada* de D. H. Lawrence resulta más que patente) el antiguo desprecio y la añeja y arrogante incomprensión coheredadas. La situación acabó siendo para nosotros trágica: a nuestra buena fe se respondió con engaños, amenazas y agresiones. Fue un penoso y pesado tributo el que tuvimos que pagar y

²²⁷ *México en la conciencia anglosajona*, v. II, p. 100 y 128.

²²⁸ *Zaguán abierto al México republicano*, p. 6. Estas palabras las tomó casi textualmente de la "Introducción" a su *Destino Manifiesto*, p. 10. Es interesante señalar que los españoles unas décadas antes habían mostrado la misma actitud que los mexicanos. Ante el desprecio que se sintió en Europa por España en el siglo XVIII, los ilustrados españoles quisieron "hacer ver a los demás europeos que España aspiraba a ser *otra*". A la vez, el resultarle España a Napoleón una tierra "enteramente enigmática" en 1808, movió la curiosidad de muchos viajeros que la visitaron y descubrieron el "secreto de España" que se manifestaba principalmente en su "espíritu religioso" y "fidelidad a las personas e instituciones eclesiásticas". Juan Marichal, *El secreto de España*, p. 345.

que aún, no nos hagamos ilusiones, continuamos pagando por causa de nuestra herencia española, de nuestro lastre hispánico; porque los *otros* se empeñaron en ignorar nuestra inocente y aventurada actitud de querer ser distintos y nos siguieron viendo tras los lentes ahumados de sus rancias monomanías antiespañolas.²²⁹

El libro *Imagología del bueno y del mal salvaje*²³⁰ tuvo su origen en las reflexiones que Edmundo O'Gorman hizo en torno al tema desde 1941, en su artículo "Sobre la naturaleza bestial del indio americano".²³¹ El asunto no podía menos que atraer a Ortega, interesado como estuvo siempre en el tema del

²²⁹ *Ibid.*, p. 7.

²³⁰ México, UNAM, IIH, 1987. (Serie Historia General No. 15). Está dedicado a su esposa María Teresa. Contiene una serie de ilustraciones entre las que predominan los dibujos y grabados de los salvajes americanos recién descubiertos, acompañada de una relación explicativa. Estas ilustraciones las tomó Ortega de otro de los artífices de la leyenda negra, Theodore de Bry, *The New World: the first pictures of America, made by John White & Jacques Le Moyne, and engraved by [...]*, edición y notas de Stefan Loran, New York, Duell, Sloan and Pearce, 1965. La obra se encuentra en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Probablemente le hubiera sorprendido saber que la casa editorial española Siruela lo había publicado recientemente. *América. Teodoro de Bry, 1590-1634*, Prólogo de John H. Elliot. Edición y Epílogo de Gereon Sievernich, Madrid, Ediciones Siruela, 1995. (Colec. La biblioteca sumergida). Ganó el premio al libro mejor editado en 1992. Sobre este libro de Ortega escribió Joaquín Sánchez Macgrégor "Reflexiones a partir de la imagología del bueno y del mal salvaje", Amaya Garritz, coord. y ed., *Un hombre entre Europa y América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993. p. 209-218.

²³⁰ El libro concluye a manera de epílogo con el poema *Los salvajes* de Josephine Miles. Éste había rematado también el artículo "*Indi sunt delendi*" en *Anuario de Historia VIII* (1976) y *La evangelización puritana en Norteamérica*, pero entonces no dio Ortega ninguna explicación del poema que él mismo había traducido y Miles escrito a propósito del libro de Pearce. Además, sólo la edición del *Anuario* no contiene una errata que confunde aún más el difícil texto: en el octavo verso, en lugar de "gozo del paraíso" debería decir "pozo del paradigma". "*Indi sunt delendi*" p. 57. *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 141. El error volvió a repetirse en "Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento", *Reflexiones históricas*, p. 233. Por último, en una conferencia mecanografiada que se refiere al tema del bueno y del mal salvaje, Ortega añadió al final una fotocopia del mentado poema de Miles correspondiente a la versión publicada en *Imagología*, pero en el que ya no corrigió el texto dejando "gozo del paraíso" en lugar de "y en ese infierno y pozo del paradigma hombre". "El Nuevo Mundo en la mente ibérica y sajona", p. 18.

²³¹ *Filosofía y Letras*, (v. I y II, ene-mar y abr-jun), México, UNAM, 1941. "[...] ensayo provocativo como todos los suyos". *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 29.

trato que había recibido el indio americano tanto de parte de los españoles como de los sajones y que, de alguna manera, respondía a la idea que los europeos se habían formado del “salvaje” que había aparecido ante sus atónitos ojos. Lo había explorado desde que escribió su tesis de doctorado, continuando con él en *La evangelización puritana en Norteamérica*. Sin embargo, es muy probable que al contar con un material abundante sobre el tema, decidiera presentarlo como un erudito repaso historiográfico, amén de completarlo con sugestivas láminas de la expresiva iconografía sobre el “salvaje”.

Ortega nos presenta primero las opiniones que sobre los indios tuvieron aquellos que por primera vez se encontraron con ellos, para después referirse a las reflexiones que dichas opiniones habían suscitado en los años recientes, todo ello a lo largo de once capítulos. En el primero, “Leyenda áurea. El buen indio y el Calibán indiano” expone y comenta la imagen que de los indios se formaron Colón, Las Casas, Vespucio, Oviedo y fray Antonio de Guevara en su “famosísimo” *Reloj de Príncipes*.²³² Si a un “alto nivel de conocimiento crítico” Guevara había condenado el trato que los españoles daban a los indios, Ortega no puede evitar recordar la defensa que de éstos se hizo también, pero a nivel popular y concluye con una exposición sucinta de su artículo “El indio absuelto y las Indias condenadas”,²³³ seguida por un elogio ya expresado, en otra versión, *mutatis mutandis*, como es usual en él dada su machaconería en cuanto se refiere a la defensa de su patria, a la madura autocrítica española que

[...] no se había detenido en las cabezas de humanistas y teólogos, sino que las había desbordado y llevado su exaltada verdad al corazón del pueblo. Autocrítica original despiadada como ninguna otra nación antes

²³² Éste lo había comentado también José Gaos *op. cit.*, p. 222-225. Ortega sigue muy de cerca, en algunas partes de su relato, un capítulo de Gaos en el libro citado, “Los nuevos mundo humanos” p. 216-228.

²³³ *Vid. supra*, 1. La siembra.

o después se ha dado el contrito y mortificante lujo de realizar. [...] el auto viene a ser como una ventana por dónde asomarse y ver por ella cómo se forja la opinión del pueblo relativa al indio. El vulgo español tomaba contacto si no con éste, por lo menos con un trasunto idealizado del mismo: copia falsa evidentemente; pero cierta en la conciencia viva de la gente durante tres siglos. Visión positiva ahora: el noble indio, el indio sosegado y bueno; el hombre en estado de naturaleza, mas no bruto y sin razón, como un animal, sino ente racional dotado de humanidad cristiana, compadecido y perfeccionado por la redención de Cristo. Éste y no otro es el noble y buen salvaje que captó el pueblo español a través de la trashumante y polvorosa carreta del *Auto de las Cortes de la Muerte*; auto que llevó crítica, popular y cristianamente el mensaje generoso indiano hasta los más apartados lugarejos de la tan vilipendiada cuando incomprendida España.²³⁴

Los restantes capítulos son los siguientes y se refieren al estudio de autores contemporáneos: “II. ¿Bestias u hombres?” (O’Gorman); “III. ¿Animalidad del indio?” (Lino Gómez Canedo, “¿Hombres o bestias?”.); “IV. El indio desde la Nueva España” (Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México.*); “V. Suma y sigue imagológica: Oviedo y las Relaciones Geográficas” (Josefina Zoraida Vázquez, *La imagen del indio en el español del siglo XVI.*); “VI. El concepto del indio de Montaigne a Rousseau” (Gilbert Chinard, *L’Éxotisme américain dans la Littérature française au XVIe siècle y L’Amérique et le Rêve exotique dans la Littérature française au XVIIe et au XVIIIe siècle.*); “VII. Sueños y ensueños exóticos” (Silvio Zavala, de quien alaba la “objetividad, imparcialidad y erudición” mostrada en *América en el espíritu francés del siglo XVIII.*);²³⁵ “VIII Apologistas y denostadores del Nuevo Mundo y del indio” (Antonello Gerbi, de quien Ortega dice como si hablara de sí mismo “por su larga estancia en Latinoamérica y su amor y admiración por el mundo

²³⁴ *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 26 y 27. Por cierto, este texto corresponde a dos párrafos rehechos de “El indio absuelto y las Indias condenadas”, p. 122 y 123. El primero de los cuáles ya ha sido citado por nosotros. *Vid. supra*, nota anterior.

²³⁵ *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 80.

iberoamericano bien merece que lo despojemos de su capa de extranjería y por naturalización intelectual lo tengamos por nuestro”, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900.*);²³⁶ “IX Encuentro de mundos y culturas” (Urs Bitterli, “autor alemán, que sin duda es protestante o cuando menos se muestra protestantizado, y esto lo decimos no como reproche sino en tanto que actitud vital y circunstancial, [pues] parece ignorar, estimamos que a sabiendas, el empeño tricentennial misionero de franciscanos, dominicos y agustinos [...] por convertir es decir por civilizar a los indios”, *Los salvajes y los civilizados.*)²³⁷ “X. Caribes, Caníbales y Calibanes” (Aníbal Ponce, *Humanismo burgués y humanismo proletario* y Roberto Fernández Retamar, *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América.*)

Vale la pena detenerse en el último capítulo, “Historia de una desilusión y de un amor imposible”. Como los anteriores, se trata de la reseña de un libro, en este caso *The savages of America* de Roy Harvey Pearce, que Ortega había publicado ya con anterioridad.²³⁸ El libro despertó el interés de Ortega porque Pearce, historiador de las ideas al igual que él, buscó un acercamiento comprensivo al tema de los indios, en el que incluye su relación con los pastores puritanos, pero no desde el punto de vista que lo había hecho Ortega, un año antes, en su tesis de doctorado “El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica”, presentada en 1952.

²³⁶ *Ibid.*, p. 8.

²³⁷ *Ibid.*, p. 112.

²³⁸ *The savages of America. A Study of the Indies and the Idea of Civilization*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1953. Al año siguiente Ortega publicó una reseña breve “La conciencia de lo indio en Norteamérica” en *América Indígena* 21, México, Instituto Indigenista, 1954. p. 173-175. Ese mismo año y bajo el mismo título escribió un comentario crítico que envió a Estados Unidos para su publicación en *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, v. V, núm, 27. Washington, D. C. , Unión Panamericana, 1954. p. 103-112. Esta fue la versión que nuevamente publicó en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962. p. 149-162 y que pasó textualmente a formar, salvo el último párrafo que denotaba su carácter de reseña, este capítulo XI de *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 125-140.

Por otro lado, Pearce no pertenece a la corriente de la “americanización” de la historia de Estados Unidos, en el sentido de anclarla en su raíces indígenas, a la que se refiere Ortega al citar a Félix S. Cohen.²³⁹ Pero tampoco en el mismo sentido de lo que Ortega, por esas mismas fechas, había llamado “monroísmo arqueológico”. Pearce quiere “americanizar” la historia de su país, pero no a partir del mundo de los indios, “sino del marco estructural, tradicional y psicológico montado por los propios americanos blancos para enmarcar el cuadro histórico de las relaciones tricentenarias entre novoiñgleses, norteamericanos y pieles rojas”.²⁴⁰ No la historia de los indios contada por ellos mismos, sino por quienes los vencieron, amén de sorprender a Ortega que Pearce que parece mostrarse tan comprensivo con los indios no los vea como “constitutivo auténtico, legítimo y positivo” del pasado de Estados Unidos.²⁴¹

Reprocha también a Pearce que, al hacer el recorrido cronológico del significado de los indígenas en el pensamiento de los blancos, no cayera en la cuenta de que, alrededor de mediados del siglo pasado, en el momento en que junto a la visión romántica del indio como “noble salvaje” también colocaran los norteamericanos la del héroe blanco contra un “innoble salvaje”, que es la que,

²³⁹“Americanizing the white man”, en *American Scholar*, 21 (1952) y en *Boletín indigenista*, v. XII, núm. 2, México, 1952. En 1942 había escrito *Handbook of the Federal Indian Laws*, y en 1954 editó *American Thought* de Morris R. Cohen (1880-1947 ¿su padre?), filósofo y educador que escribió para la *Cambridge History of American Literature*, (1921) el capítulo “Santayana” y posteriormente *Law and social order* (1933) y *Legal Philosophy in America* (1937). Felix Cohen expresó en “Americanizing the white man” la tesis de que la democracia, el federalismo, la libertad y otras virtudes de los norteamericanos fueron tomadas de la organización tribal de los indios. Su admiración por éstos lo llevó a recomendar el uso del tabaco, otra aportación indígena que, “también acarreó consigo misma una forma de vida. La pipa de la paz es un duradero símbolo de la invitación al contentoy al reposo que hace rico al hombre pobre.” *Ibid.*, p. 137. La traducción es nuestra. Salvo la referencia a Cohen en *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 125, no se ha encontrado, comprensiblemente, ninguna otra, pues Ortega no buscaba la reivindicación del indígena sino la del español.

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 125-126.

²⁴¹ *Ibid.*, p. 139.

en verdad, más les acomoda, “un indio salvaje, aborrecido, marginal, ahistórico y en trance inevitable de total desaparición”.²⁴² Paradójicamente, cuando esto pensaban algunos, Ortega había descubierto a otros norteamericanos de aquella época como John Lloyd Stephens, Benjamin Norman y Brantz Mayer que habían admirado los monumentos y esculturas de los indios de Mesoamérica, al grado de ver ese pasado

[...] aunque muerto o fosilizado, artística y civilizadamente utilizable, dramáticamente necesario y compensatorio. La idea del salvajismo se resucita y rechaza, y se traduce ahora en la idea arqueológica de un indio civilizado, creador de espléndidas culturas autóctonas (maya, azteca, inca, etc.) y capaz, por tanto, de colmar la insuficiencia clásica y telúrica de Norteamérica (Stephens, Mayer, Norman, etc) y apta asimismo para servir de contrapeso y merecida réplica frente a las pretensiones culturales imperialistas del Viejo Mundo.²⁴³

Lo que Ortega había llamado en 1953, a propósito de esos viajeros, “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”, constituye un aporte que, como otras muchos de nuestro autor, fue ignorado, pese a su atinada intuición sobre el significado que finalmente acabó teniendo el salvaje en Estados Unidos.²⁴⁴

El último aniversario que Ortega conmemoró, y con anticipación, fue el Quinto Centenario del que siguió llamando, fiel a la tradición española, descubrimiento de América, con todo y que defendió la idea de la “invención” de Edmundo O’Gorman en contra del “encuentro” de Miguel León Portilla, mismo que sólo encontró una acrimoniosa oposición. Sin embargo, no fue este debate el que motivó a Ortega a escribir su, propiamente dicho, último libro: *La idea*

²⁴² *Ibid.*, p. 140.

²⁴³ *Idem.*

²⁴⁴ Las dos ocasiones que en este libro aparece citado el artículo mencionado (una en nota al pie de página y otra en la bibliografía), se le da como fecha de publicación 1942, cuando fue 1953.

colombina del descubrimiento desde México (1836-1986),²⁴⁵ sino la oportunidad de rastrear, a lo largo del tiempo, el significado del acontecimiento en sí, del descubrimiento, obra de España, que dio lugar a la colonización del continente, a la llegada de los europeos a tierras americanas. Colonización, sobre todo la hispana, acerca de la cual se han adoptado tan diversas posturas. El libro de Ortega es, otra vez, un rico repaso historiográfico, medio de aproximación al pasado que le era tan caro como historiador de las ideas.

La imagen tan controvertida de a quien Ortega califica como “el descubridor por antonomasia”²⁴⁶, amén de la defensa del libre albedrío individual que emprende cada vez que la ocasión se lo permite, le hace citar a un periodista mexicano del siglo pasado,²⁴⁷ que se mofaba de que Colón hubiese sido visto tanto como un hombre de fuerte voluntad como un “producto del medio”:

[...] esa aplicación incondicional a la ley del medio que nulifica todo esfuerzo del individuo, es lo más absurdo que conozco. No sólo desaparece así el mérito de los grandes hombres, sino hasta el de los pequeños. apurando un poco resultará que no es obra mía este pobre “Río Revuelto” sino del medio. Yo soy producto. ¡Y no hay ya hombres sino puros productos!²⁴⁸

²⁴⁵ México, UNAM, 1987. Está dedicado a la memoria de su suegro, Guillermo Bosque Pichardo (1903-1985), “cuyos profundos conocimientos médicos y generosa entrega al prójimo desvalido confirmaron y renovaron en él los valores humanos del famoso juramento de Hipócrates”. El libro contiene numerosas ilustraciones, reproducciones de medallas conmemorativas alusivas al descubrimiento y mapas, además de un índice analítico. Fue reseñado por Jorge Alberto Manrique, “Juan Antonio Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento desde México*” en *Historia Mexicana*, v. xxxviii, n. 1, México, El Colegio de México, jul-sep, 1988. p. 160-163. Carlos Bosch García, “Nuevo libro de Juan A. Ortega y Medina” en *Cuadernos Americanos, Nueva Época*, n. 10, México, Universidad Nacional Autónoma de México, jul-ago, 1988. p. 190-195. Eugenia Meyer, “Un sujeto llamado América” en *ibid.*, p. 202-206. Cristina González, “Ortega y Medina y la historiografía colombina” en *ibid.*, p. 195-201.

²⁴⁶ *La idea colombina del descubrimiento desde México*, p. 16.

²⁴⁷ Martín Gómez Palacios Ibarra que escribía en *El Partido Liberal*, la columna “Río Revuelto” bajo el pseudónimo de Martín Pescador.

²⁴⁸ *Ibid.*, (15-X-1892). Citado por Ortega en *La idea colombina del descubrimiento desde México*, p. 10.

En una erudita revisión historiográfica cuyo propósito es encontrar la respuesta a interrogantes planteadas por él mismo, Ortega da cuenta en la primera parte, "Desfile crítico de autores", de la cambiante imagen de Colón que las fobias y filias de los mexicanos han urdido desde Carlos María de Bustamante, el "inquieto, controvertido y paradójico historiador [...] hijo de padre español y madre criolla",²⁴⁹ hasta Leopoldo Zea pasando por Justo Sierra, Carlos Pereyra y Alfonso Reyes. De la misma manera como Ortega había estudiado la imagen que los viajeros extranjeros se forjaron de Méxco, así indaga ahora la que los mexicanos se idearon de España, a través del marino que abrió a los españoles (y a otros muchos) las puertas de América. Imagen que plantea el problema del conocimiento y la aceptación de la identidad del mexicano, asunto que no es de poca monta si se considera que, como en el caso de los viajeros anglosajones, en él se siguieron mezclando intereses ajenos a nosotros.

Originalmente el libro sólo contenía esta parte que culmina con lo que Ortega llamó "Reflexiones penúltimas" en vista de la adición de la segunda parte "Apéndice polémico". Es indudable que a nuestro historiador le preocupaba más la imagen de España que la del descubridor o lo que de aquella se asociaba con éste. Plantea la cuestión de la siguiente manera: Colón salió a buscar una cosa y encontró otra, aunque siempre creyó haber encontrado lo que buscaba y que era lo que podía esperarse de sus equivocados conceptos científicos, mismos que don Juan detalla. La contradicción había sido explicada de dos maneras: aunque Colón ignoró que había descubierto un nuevo continente, le cabe la gloria del descubrimiento por haber sido un instrumento de Dios o, aunque sus cálculos eran erróneos, por casualidad encontró unas tierras que no eran las esperadas por él. En ambos casos, Ortega percibe una segunda intención, la de negar a España cualquier

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 13 y 22.

mérito científico o técnico y afirma que aunque Colón sí estaba equivocado en su cálculos no lo estaba la Junta a la que explicó sus planes:

La Junta que sesionó en la Ciudad de Tormes y donde Colón expuso con reticencia y velada oscuridad sus ideas, rechazó el proyecto colombino fundada en que la estrechez que Colón pretendía dar al océano no tenía fundamento. Lo que se discutió no fue, como lo urdió Washington Irving, la esfericidad de la tierra sino la anchura del Atlántico, y los que objetaban a Colón tenían razones científicas para opinar así. La leyenda sobre la ignorancia de la Junta la pusieron en circulación, y no ha dejado de girar hasta nuestros días, el padre Las Casas, don hernando Colón y el poeta, escritor e historiador ya citado, W. Irving [...] ²⁵⁰

Por otro lado, recuerda que Colón no era español, aunque la empresa sí, y que en ésta destacaron hombres de mar como los seis Pinzones, igual número de Niños (uno de ellos el dueño de *La Niña*) y el gran cartógrafo Juan de la Cosa. Además, que para tan grande expedición fueran suficientes los recursos de un puerto como el de Palos, que no se encontraba entre los primeros de España. ²⁵¹

Aunque nuestro autor no tomó parte en el debate O'Gorman-León-Portilla por el que muchos se echaron al ruedo, lo siguió con interés y lo historió "lo más sincera y objetivamente que hemos podido", ²⁵² conservándolo como lo había hecho con otros semejantes del siglo pasado en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. ²⁵³ Además, no podía pasar por alto las diferencias porque en ellas se le iba la vida al estar en juego el mérito español del descubrimiento. Sin ir más lejos, la idea del "encuentro" no podía satisfacerle porque ahondaba las diferencias entre el mundo indígena y el español, pues no podía en verdad valorar el mestizaje, si negaba una de

²⁵⁰ *Ibid.*, p. 119.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 120-122.

²⁵² *Ibid.*, p. 14.

²⁵³ *Vid. supra*, 2. La escarda.

nuestras raíces, presente en nuestra lengua, literatura y artes. Claro está que León-Portilla no niega dicho mestizaje, pero la

mesticidad que alienta, que justifica y cultiva en tanto que portavoz de esta tendencia ya oficializada está vista desde una sola perspectiva, la de la compasión y pues la de la justicia sentida hacia el explotado indio, descendiente de los antiguos señores de la tierra, creador de extraordinarias civilizaciones y proveedor de importantes dones materiales a nuestra cultura occidental; valoración unilateral que nos conducirá como ya ha ocurrido, irrefrenablemente a la autártica interpretación chicana centrada en los fabulosos e imaginarios valores del mítico Aztlán; más por otro lado, la otra vertiente física y espiritual del ser mestizo podría también unilateralmente poner asimismo el acento exclusivo en la herencia europea tan variada y rica que México posee y con él el resto de los países iberoamericanos. El peligro se muestra latente si no es que es ya patente, cuando menos el rencoroso alud de regaños al pasado, a los muertos, como decía Burckhart y ha repetido entre nosotros O'Gorman, se ha recrudecido o avivado en la prensa capitalina e inclusive por las calles y avenidas de nuestra ciudad.²⁵⁴

Por otro lado, le parece a Ortega que León-Portilla se inspiró en Arnold Toynbee, en F. S. Northrop²⁵⁵ y en Urs Bitterli²⁵⁶ quien en *Los salvajes y los civilizados* plantea los problemas que genera el encuentro entre estos dos grupos como se dio entre Europa y el "mundo de ultramar".²⁵⁷

Las cuarenta y cinco páginas que Ortega dedica a la polémica contienen, analizadas con todo el conocimiento factual y formal que el asunto requería, la tesis de León-Portilla, las tres réplicas de O'Gorman, dos intervenciones de Eduardo Blanquel a favor de su maestro, la "confirmación oficial" del *encuentro*, y otras intervenciones más, amén de la sección titulada "Cristóbal Colón al

²⁵⁴ *La idea colombina del descubrimiento desde México*, p. 154.

²⁵⁵ *El encuentro de Oriente y Occidente*, México, EDIAPSA, 1948.

²⁵⁶ A quien el propio Ortega ya había criticado en el capítulo "Encuentro de mundos y culturas" en *Imagología del bueno y del mal salvaje*, en donde precisamente anota a pie de página que fue León-Portilla "el primero en hablar del "encuentro violento de dos mundos" en su *Visión de los vencidos*. Editada por primera vez en 1959.

²⁵⁷ *La idea colombina del descubrimiento desde México*, p. 152.

paredón”, en el que con harta ironía y sentido del humor, a propósito de una marcha de organizaciones campesinas en la que éso se gritaba además de “Mueran los gachupines”, Ortega comenta:

especialmente se recurría al resentimiento antiespañol que la tradición politiquera liberal se había encargado de mantener vivo, pese a haber sido los políticos liberales del siglo pasado los responsables directos de la disolución de las comunidades indígenas y de la enajenación y despojo de sus tierras comunales. Llegados a la Plaza de la Constitución y tras los discursos y vivas y muera de rigor se dirigieron a la calle Nacional Monte de Piedad, y en el costado de la Catedral, donde se levanta un modesto monumento (busto del *Águila que desciende*) lo rodearon, lo limpiaron de las coronas secas que tenía y depositaron las que habían cargado consigo del monumento a Colón. Como ocurrió durante todo el recorrido, bailaron y guarachearon de lo lindo y gritaron a coro: ‘De la costa al centro los campesinos se encuentran en lucha’, ‘¡Justicia, justicia exigen los campesinos!’, ‘¡Nosotros sólo queremos trabajar, pero no nos deja el Gobierno’.²⁵⁸

Finalmente, al no parecerle a Ortega la forma de conmemoración que por decreto presidencial se había establecido del “encuentro”, le da pie para recordar que la conmemoración del cuarto centenario llevada a cabo en México no le parecía “frívola ni insustancial” y que en Madrid, México se “llevó la palma” porque “la orientación diplomático-política del festejo centurial fue de conciencia y defensa del indigenismo e iberoamericanismo[...]”.²⁵⁹

Finalmente, nos referiremos a los dos últimos libros de don Juan. Estando ya muy enfermo, salió de la imprenta en abril de 1992 *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann. Cartas y testimonios*. En cambio, ya no alcanzó a ver su última selección de textos, *Reflexiones Históricas*,²⁶⁰ que puede considerarse su legado historiográfico máspreciado.²⁶¹

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 163.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 15.

²⁶⁰ México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993 (Colec. Cien de México). Eugenia Meyer estaba entonces a cargo de la Dirección de Publicaciones del Consejo y puso un gran empeño para que esta recopilación de artículos, que sabía contenía lo más significativo del pensamiento de Ortega, se publicara en Cien de México, colección que ya

Ortega dividió los escritos contenidos en *Reflexiones Históricas* en tres apartados: "El Imperio Español y América: Grandeza y Decadencia", el más amplio y que cubre 268 páginas del total de 357, y que incluye numerosos títulos, a saber: "Los reinos hispánicos antes del descubrimiento del continente americano",²⁶² "La *Universitas Christiana* y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI",²⁶³ "La conciencia jurídica hispánica del siglo XVI en el nivel literario popular",²⁶⁴ "La crítica a la ideología colonizadora de España",²⁶⁵ "De Andrenios y Robinsones",²⁶⁶ "Disociación imperial y unificación latinoamericana",²⁶⁷

contaba con la obra de historiadores de la talla de Sahagún, Payno, Roa Bárcena, Riva Palacio y Sierra entre otros. Para Meyer, esta publicación tuvo además un significado muy especial, ya que sus tareas editoriales las había iniciado bajo la guía de don Juan en la publicación del *Anuario de Historia* o la de *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*.

²⁶¹ Se publicaron también de manera póstuma el Estudio Introdutorio a *Porvenir de México* de Luis Gonzaga Cuevas, diciembre de 1992; "Propósitos y fines de la expansión" en Amaya Garritz (coord. y ed.), *Un hombre entre Europa y América*, en su homenaje, el 4 de julio de 1993 (seguramente le hubiera gustado más ser llamado un hombre entre España y América); "La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras" en *Historia Hoy*, diciembre de 1993. "Introducción. De la necesidad de medir el tiempo" en Patricia Galeana (compiladora), 1993; *Cronología Iberoamericana, 1803-1992*; "La novedad americana en el Viejo Mundo" en Leopoldo Zea (compilador), *El descubrimiento de América y su impacto en la historia de México*, 1993; "Hispanismo e indigenismo en la conciencia historiográfica mexicana" en Roberto Blancarte (coord.), *Cultura e identidad nacional*, 1994 y "Luis G. Cuevas" en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, 1997.

²⁶² Publicado antes en Leopoldo Zea (comp.) *Ideas y presagios del descubrimiento de América*, 1991. *Reflexiones Históricas*, p. 23-72.

²⁶³ La ya mencionada introducción a su tesis de maestría, *Reforma y Modernidad que* fue publicada en la revista *Filosofía y Letras* en 1953 y en *Reflexiones Históricas*, p. 73-105.

²⁶⁴ Conferencia que se había publicado en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, 1988. *Reflexiones Históricas*, p. 106-120.

²⁶⁵ Publicado originalmente en Carlos Herrejón Peredo (ed.) *Humanismo y ciencia en la formación de México*, 1984. *Reflexiones Históricas*, p. 121-142.

²⁶⁶ Bajo estétitulo pronunció una conferencia en el Centro de Lingüística Hispánica en 1969. Expediente FFL. Informe 1970. La idea la desarrolló y presentó con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia en 1976, siendo publicada ese mismo año en el t. xxx de las *Memorias* de dicha Academia. Este trabajo lo leyó en un homenaje que se le hizo en la ENEP-Acatlán en mayo de 1979, publicándose en *Organo del Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades*, ese mismo año. *Reflexiones Históricas*, p. 143-180.

²⁶⁷ Publicado anteriormente en *El mundo de los libertadores* de la colección Nuestra América núm. 25, en 1991. *Reflexiones Históricas*, p. 181-201.

“Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento”,²⁶⁸ “Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones”.²⁶⁹ La segunda parte de *Reflexiones Históricas* abarca cuarenta y siete páginas y contiene seis artículos que se caracterizan, además del tema que es “Reflexiones sobre Mestizaje e Identidad”, por su corta dimensión. Ellos son: “La idea precursora de “lo mexicano” en José María Vigil”;²⁷⁰ “Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica”;²⁷¹ “A propósito de una antología (*Vocación de América*) de Alfonso Reyes”;²⁷² “La vocación americana de Alfonso Reyes”;²⁷³ “El latinoamericanismo de Leopoldo Zea”²⁷⁴ y “La interpretación histórico-filosófica del pensamiento latino-americanista de Leopoldo Zea”.²⁷⁵ En la tercera parte, “Meditaciones recientes sobre la obra americana de Alejandro de Humboldt”, en unas cuarenta páginas Ortega incluyó “El *Ensayo* cubano de

²⁶⁸ Ponencia que presentó en Trujillo, España, en 1988. *Ibid.*, p. 202-237.

²⁶⁹ *Vid. supra*, 4. El granero pleno.

²⁷⁰ “Semblanza de un mexicano”, conferencia que pronunció en el Club Rotario de la Ciudad de México en octubre de 1986 y que se basa en su trabajo historiográfico sobre *Necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria* de José María Vigil, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 1970. *Reflexiones Históricas*, p. 269-277.

²⁷¹ Publicado en *El Buho de Excélsior*, 1988 y en Leopoldo Zea (comp.), *Quinientos años de historia, sentido y proyección*, 1991. *Reflexiones Históricas*, p. 278-286.

²⁷² Publicado originalmente en *Cuadernos Americanos Nueva Época*, núm. 28, 1991. *Reflexiones Históricas* p. 287-295.

²⁷³ Ortega y Medina señala que el artículo corresponde a una conferencia que impartió en la Cátedra Latinoamericana del Antiguo Colegio de San Ildefonso, el 1 de julio de 1991. Lo publicó en *Cuadernos americanos. Nueva Época*, núm. 29, 1991 y en *Reflexiones Históricas* p. 296-301.

²⁷⁴ Es el texto de su presentación del libro de Zea *Descubrimiento e identidad latinoamericana* (1990), que ya había publicado en *Cuadernos Americanos* en 1991. *Reflexiones Históricas*, p. 302-306.

²⁷⁵ Texto pronunciado en el homenaje a Leopoldo Zea del 30 de junio de 1987 y publicado en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* en 1989. *Reflexiones Históricas*, p. 307-316.

Alejandro de Humboldt desde la perspectiva historiográfica mexicana²⁷⁶ y “*Landes Kunde* humboldtiana y pintura del paisaje”.²⁷⁷

El mero reparar en el número de páginas dedicado a cada sección del libro y su ordenamiento, nos indica cuáles fueron para Ortega sus reflexiones más importantes. Si en sus escritos sobre América dedicó tantas páginas a las colonias inglesas y a Estados Unidos, el sujeto que está presente ahora en los tres apartados es Hispanoamérica. Se comprende, además, que en el primero le dedique tanto espacio al imperio español porque su herencia histórica estaba en América. Estudia a dicho imperio desde sus inicios hasta su ocaso, lo comprende y justifica; analiza las críticas que recibió y el carácter de sus críticos a los que desenmascaró a la vez que las relaciones con sus dominios americanos y su legado latinoamericano que adelanta ya el contenido de la segunda parte en la que recoge las voces de Vigil, Reyes y Zea, para en la última dar cabida a dos artículos aún no publicados en México pero que se refieren también al tema hispanoamericano.

El ensayo de la primera parte, “Disociación imperial y unificación latinoamericana” contiene una apretada síntesis de la administración imperial española y sus razones, a la vez que la relación que España guardaba con sus colonias, para rastrear después la suerte de éstas tras su independencia que fue, pese a los planes de Bolívar, la de enfrentarse a Estados Unidos. En suma, gira en torno a una América que comparte idioma, cultura y religión con España y que puede hacer frente al imperialismo norteamericano. Un imperialismo cuya política en Cuba y Panamá en los albores de este siglo sirvió no sólo para desenmascararlo, sino también

²⁷⁶ Publicado anteriormente en alemán en Viena en 1988. *Ibid.*, p. 317-340.

²⁷⁷ Lo había entregado para la publicación de las obras completas de Alejandro de Humboldt en la Universidad de París a cargo de Charles Minguet. Ignoramos si ya se publicó. *Reflexiones Históricas*, p. 341-357.

para reconciliar a la élite pensante latinoamericana con su ser hispánico y pues con España. El *odio* de la generación que hizo la independencia y el *desprecio* de la generación que realizó, o mejor, intentó realizar la independencia mental, fue sustituido por una tercera generación más abierta y comprensiva ante su propio pasado histórico.²⁷⁸

Las últimas dos partes contienen reveladoras a la vez que oportunas consideraciones. Estas abarcan la difícil relación, hasta la fecha, entre Iberoamérica y Estados Unidos. Por supuesto llama la atención el trato extenso sobre este tema que se observa en sus últimos años, ya con menos temor pero sin referirse nunca específicamente a la política mexicana, y en lo que tiene no poco que ver Leopoldo Zea, de ahí también la consideración de Ortega de referirse, a veces, a Latinoamérica, aunque prefiere Iberoamérica cuando no puede emplear la que es una constante en su obra: Hispanoamérica.²⁷⁹ Insiste también en la necesidad de una educación más humana o humanista que la positivista o científica y en la urgencia de la incorporación de los indígenas con su herencia autóctona a la tradición hispánica de carácter universalista, misma de la que carecen los norteamericanos y algunos europeos, pero sin soñar, en palabras de Alfonso Reyes, “en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena.”²⁸⁰ Finalmente reitera, la responsabilidad de Hispanoamérica como conservadora de la herencia cultural europea de origen greco-latino, por cuya conservación tanto trabajó este moderno humanista español.

5. El rebaño cebado.

Como se ha tratado de poner de manifiesto en este selectivo repaso de los escritos ortegamedinianos, pese a la aparente diversidad de temas estudiados, en el fondo de ésta subyace la comprensión a la vez que defensa, en un sentido

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 192.

²⁷⁹ *Vide supra*, 2. *La escarada*.

²⁸⁰ *Vocación de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 93. Citado en *Reflexiones históricas*, p. 295.

general, de la vieja España de los siglos XVI y XVII. Aunque para los siguientes, XVIII y XIX el interés parece moverse hacia la Nueva España y México, pero sin perder de vista a la madre patria. Es así que, tomando del gusto de don Juan por la música que lo llevó a escribir un “divertimento crítico”, podemos considerar su vasta obra, no como algo ligero, sino como un sólido rondó, también crítico, o unas ricas variaciones alrededor del tema del mundo hispano ante el anglosajón; original y erudito trato que será objeto de nuestras consideraciones en el siguiente capítulo. La recurrencia a los mismos temas explica también lo selectivo que pudo ser en todos los trabajos que emprendió desde sus traducciones y ediciones hasta sus reseñas y libros. Además, como convenía tanto a su vida personal como a su vocación historicista, necesitada de la perspectiva temporal, Ortega escribió alejado del presente,²⁸¹ recreando lo que otras voces han repetido en diferentes tonos sobre el pasado, de ahí que no encaje en lo que Álvaro Matute llama “presentismo, inmediatismo, historiografía politizada”.²⁸² Esto no quiere decir que Ortega no fuera combativo y no quisiera a todo trance dar a conocer sus ideas, como lo hizo en la cátedra y en su obra escrita en la que es patente su orientación pedagógica, a la vez que delata la influencia del español Quintiliano, el sin par maestro de retórica latina.

La facilidad de Ortega para provocar al lector puede verse en el cuidado que pone no sólo en la elección de sus palabras o frases sino también en la de sus títulos a cuya belleza nos hemos ya referido, como “La historia en el teatro

²⁸¹ Salvo algunas excepciones como en *Historiografía soviética americanista*, en la que lidia no sólo con la visión de ésta de la conquista sino también con la de Revolución Mexicana. También en *La idea colombina del descubrimiento desde México*, en la que incluye la ríspida polémica que desató O’Gorman y que alcanzó al propio gobierno mexicano, en contra de la idea del “encuentro” planteada por León Portilla a propósito de la celebración del quinto centenario del descubrimiento. *Vid. supra*, 2. La escarda y 4. El granero pleno.

o del descrédito hispánico en la historia”.²⁸³ No menos patente es la formación retórica en el uso del método que recurre a la complicidad del lector. Hay en el estilo de Ortega algo de reserva, de dejar que el lector adivine por sí mismo no revelándole sus intenciones. A la vez, la huella del de Calahorra se observa claramente en la habilidad con que Ortega polemizaba. Si en un principio, sobre todo, defendió al historicismo de la historia científicista a la que se llamaba “positivista”, en una etapa posterior, alcanzada la madurez del oficio, pero nuevamente con el pretexto del historicismo señaló, en el momento en que estaba en boga, las deficiencias de la historiografía marxista. Al final, cuando lo teórico había sido apabullado ante la inaprehensible variedad de la vida humana y social, el único frente de batalla que mantuvo abierto fue el de la defensa de su patria.

Ortega, como dijo Álvaro Matute, pudo ser el Fueter de la historiografía mexicana.²⁸⁴ Sin embargo, no lo fue, pues aunque la conoció y la enseñó como pocos, sólo escribió sobre aquellos historiadores que aportaron ideas acerca del significado o de la enseñanza de la historia o cuyas ideas acerca del pasado mexicano encontraban resonancia en su propio pensamiento. Fue de esta manera, amén de un historiador original, un activísimo divulgador de la obra de otros autores, algunas sólo conocidas gracias a su empeño. Amén que la visión que dejó de dichos autores y sus obras no es sólo la suya propia sino enriquecida, pues los presentó también desde la perspectiva de los diversos significados que a lo largo del tiempo habían tenido, haciendo patente su historicidad.

Aunque en muy contadas ocasiones Ortega se refirió a su persona, no podía evitar dejar ciertas pistas de su interioridad. Un evidente exceso de

²⁸² Álvaro Matute, “Sesenta años de historiografía mexicana (1921-1991)” en *Estudios Historiográficos*, Cuernavaca, Centro de Investigación y Docencia de Humanidades del Estado de Morelos, 1997. p. 49.

²⁸³ *Anuario de Historia*, I (1961), p. 229-241.

modestia, recurso retórico, se revela en las palabras que pronunció en una plática después de comentar su obra:

[...] remito al auditorio al contenido temático de mis principales obras no sin declarar que me he sentido un tanto desasosegado y, más aún, apenado por haber tenido que hablar de mí mismo.²⁸⁵

Más inconsciente es, de seguro, la contradicción entre las simpatías que expresa por la “generosidad” cartesiana amén de otras virtudes cristianas con el sarcasmo devastador con el que respondió a Labastida.²⁸⁶

Enrique Plasencia dice que Lucas Alamán escribió para refutar a Bustamante pero también por vanidad. Y en palabras que nos recuerdan a Cicerón, dice que Alamán “aspira poco a honores y distinciones, pero no mira con desprecio la fama”, aunque procuró pertenecer a sociedades históricas en el extranjero.²⁸⁷ Don Juan, con el ejemplo y la palabra, no dejó de recomendar la modestia a la vez que fustigar a los que carecían de tan ilusoria virtud, como cuando escribió, sospechamos que pensando en sí mismo y también en algunos colegas:

Labor, por tanto, de pocas pretensiones; pero que realizada por un auténtico humanista, como lo es el padre Garibay, adquiere perfiles inolvidables de sapiente humildad intelectual, la cual queda ahí para lección de tantos soberbios mentecatos cuya supuesta ciencia infusa no les permite descender, según ellos, de las elevadas esferas para codearse con los más necesitados de conocimientos.²⁸⁸

²⁸⁴ *Vid. supra*, 2. La escarda.

²⁸⁵ “La verdad y las verdades en la historia” en *El historiador frente a la historia*, p. 46.

²⁸⁶ *Vid. Supra*, 2. La escarda. En una nota al pie de página escribió: “nos aprovechamos de la oportunidad que nos ha dado Charles Minguet para agradecerle su elogio y al mismo tiempo, en nota como él asimismo hace, defendemos de una crítica que aún no acabamos de entender bien del todo”. “Otra vez Humboldt ese controvertido personaje”, p. 439. El subrayado es nuestro.

²⁸⁷ Enrique Plasencia de la Parra, “Lucas Alamán” en *Historiografía Mexicana. El surgimiento de la historiografía nacional*, p. 325-326.

²⁸⁸ *Humboldt desde México*, p. 212.

Sin que intentemos negar las debilidades de la humana naturaleza, en Ortega se antepuso a la vanidad,²⁸⁹ poco afín con su viril personalidad, el honor, el propio y el de su patria. El honor que como la gloria para el cordobés Séneca es, gracias a la memoria, “lo único que puede igualar al hombre dioses en cuanto posee el brillo de la inmortalidad”.²⁹⁰

Ortega tuvo la fortuna de vivir los años suficientes para alcanzar a ver el reconocimiento a su infatigable quehacer magisterial e indagatorio. En 1976 ingresó como miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid, habiéndose modificado los estatutos de la misma para que pudiera acceder un mexicano por naturalización. Años después, en 1984, Josefina MacGregor como Coordinadora de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, organizó un ciclo de conferencias para celebrar los treinta años de docencia de don Juan. Ese mismo año, cuando se creó el Sistema Nacional de Investigadores ingresó, merecidamente, con el más alto nivel. Fue para Ortega una gran satisfacción ser nombrado Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM en 1987.²⁹¹ También obtuvo el Premio Universidad Nacional 1990 en Docencia en Humanidades y ese mismo año, la Rectoría de la UNAM le otorgó la Medalla de Reconocimiento al Exilio Español. Finalmente, en 1991, recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía que otorga el Gobierno de México.²⁹²

Al llegar 1992, lo recibió con tan mala salud que no pudo viajar a Sevilla como lo tenía planeado, ni menos celebrar el 12 de octubre, puesto que, como

²⁸⁹ Aunque se confesó culpable, en sus años mozos, de un “cierto pecadillo de vanidad”. “Introducción” a su tesis doctoral, p. 7.

²⁹⁰ Carmen Fernández Daza (ed.), *Invitación a la serenidad: Séneca*, México, Planeta Mexicana, 1997. p. xlv.

²⁹¹ Por esta distinción se le rindió homenaje en la Universidad Autónoma Metropolitana de Azcapotzalco al año siguiente.

²⁹² Por este premio se le festejó en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán-UNAM, en marzo de ese mismo año.

si lo hubiera presagiado cuando escribió “nadie puede asegurar de antemano su supervivencia para el año 1992”,²⁹³ falleció el 4 de julio, fecha en que los descendientes de sus bien conocidos puritanos conmemoran el triunfo de la lucha de la libertad contra la tiranía.²⁹⁴

²⁹³ *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*, p. 15.

²⁹⁴ Como homenaje póstumo cabe mencionar las publicaciones que se le dedicaron. *Homenaje a Juan A. Ortega y Medina, Históricas*, 36 (sep-dic.1992). Amaya Garritz (coord. y ed.) *Un hombre entre Europa y América*, México, IIH-UNAM, 1993. Cristina González (comp.), *Juan Ortega y Medina: Historia y Vida*, México, ENEP-Acatlán-UNAM, 1995.

V. SER ESPAÑOL O SER INGLÉS: LOS GRANDES TEMAS DE ORTEGA

Todos recordamos la pregunta y su respuesta de la monumental *Encyclopédie* “¿Qué debe la civilización a España? Nada” Juan Marichal.¹

Existe en el hombre hispánico “la fría desesperación de una raza vieja, de una raza que ha vivido largo tiempo bajo una fórmula de la vida a la cual ha sacrificado mucho; sólo para descubrir al final que la fórmula no sirve”. John Dos Passos.²

Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo del que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica. Alfonso Reyes.³

1. Los puritanos y América: *Destino Manifiesto*

A lo largo de la prolífica vida de Ortega se muestra en la variedad de sus afinidades historiográficas, desplegadas tanto en la cátedra como en sus escritos, una actitud sostenida, definida y coherente por el tema de España. Mejor dicho, por la reivindicación de España. La revisión de su obra nos obliga a asumir la constancia de este tema recurrente que arrastra, a contrapelo, el de su poderosa rival a partir del siglo XVI, Inglaterra, y que se extiende a su

¹ *El secreto de España*, p. 345.

² Ortega escogió estas doloridas palabras de *Rocinante vuelve al camino* como epígrafe a su primer libro, el primer volumen de *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953. (Colec. México y lo mexicano, 13). p. 7. Casi treinta años después, eligió el mismo epígrafe para la obra que más lo enorgullecía, *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982. p. 5.

³ Palabras pronunciadas en la presentación de *Cuadernos Americanos* en 1941. Citado en Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987. (Colec. Nuestra América, 21). p. 171.

patria de adopción México y su vecino del norte, Estados Unidos. Aunque el orden cronológico de esta temática vital de Ortega corresponde al del original enfrentamiento entre España e Inglaterra a partir del siglo XVI, mismo que fue después heredado a sus respectivas colonias en América en el siglo XIX, nos sujetaremos en su exposición al orden en que Ortega, con oportunidad, publicó sus libros fundamentales sobre el tema, comenzando con el que mayor interés podía tener para los mexicanos que lo habían acogido en las tierras heredadas de España, mas menguadas por el destino manifiesto de Estados Unidos. En efecto, no bien acababan de transcurrir quince años del fin del dominio español en México, cuando el país sufrió la pérdida de la inmensa provincia de Texas a la que doce años después siguió la de California y Nuevo México. En menos de media centuria al territorio mexicano lo habían mutilado en más de la mitad de su total extensión. El efecto no podía ser más demoledor y el Destino Manifiesto de nuestro vecino se convirtió en nuestra némesis.

En 1972, Ortega y Medina publicó *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*.⁴ Por fin se había dado el tiempo para concluir el tema ya adelantado en el segundo capítulo de la primera parte de sus tesis de doctorado "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica". Debe aclararse que la parte de más reciente elaboración no perdió su relación con el tema primigenio de la evangelización, de ahí que los señalamientos que

⁴ México, Secretaría de Educación Pública, 1972. 164 p. (Colec. SepSetentas, 49). Nosotros utilizaremos la segunda edición, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Alianza Editorial Mexicana, 1989, 154 p. (Colec. Los Noventa, 8). No tiene dedicatoria alguna, al igual que *La evangelización puritana en Norteamérica*, probablemente porque la tesis de doctorado había sido dedicada a Rafael García Granados y a Edmundo O'Gorman. El libro fue reseñado por Jesús Velazco Márquez, "Juan A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*" en *Anuario de Historia*, IX, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1977. p. 317-319. También lo estudió Rosa Alicia Sotomayor, "Tres puntos de vista sobre el destino manifiesto" en *El destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1977 (Serie Estudiantil 1). p. 107-125. Los artículos de esta revista fueron motivados por la celebración del segundo centenario de la independencia de Estados Unidos.

hace Ortega de la doctrina calvinista para, en este caso, apuntalar los orígenes del destino manifiesto, los había utilizado también en la tesis para explicar el fracaso catequístico puritano.

Como el mismo título del libro lo precisa, la obra no versa sobre los efectos de la consabida doctrina en México, sino que procura descubrirla ante los ojos de los mexicanos que sufrimos -como antes España de Inglaterra-, las asechanzas e intromisiones de Estados Unidos ahora bajo la justificación del Destino Manifiesto. Única manera de reafirmar nuestro yo hispánico tan menospreciado pero, a la vez, indudable sostén de un efectivo nacionalismo con el que enfrentar al exaltadísimo de nuestros vecinos que ellos mismos no perdían la oportunidad de seguir alentando. Así, Ortega no sólo tuvo la oportunidad de mostrarle su agradecimiento a México, sino también la de asestarle un golpe a la leyenda negra, a la que casi no menciona, por aquello de que no se fuese a creer que escribía la contraleyenda.

Desde que Ortega escribió en su tesis el capítulo dedicado al Destino Manifiesto, estaba ya respondiendo, aunque sin hacerlo explícitamente, al conocido libro de un profesor de la Universidad de Johns Hopkins, Albert K. Weinberg autor de *Manifest Destiny*,⁵ en el que se exploran los orígenes y la justificación ideológica de éste, a la vez que su aplicación expansionista que fue magnificada por el nacionalismo de la nueva república. La misión de Weinberg no parece ser otra que revigorizar ese nacionalismo, pero en los años críticos de la gran depresión económica del siglo XX. En 1968, con un retraso de treinta y tres años, dicha obra fue publicada en español.⁶ Creemos que ésta pudo ser una de las razones por las que Ortega se vio urgido a dar fin a un

⁵*Manifest Destiny. A study of nationalist expansionism in American History*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1935; versión que Ortega utilizó.

⁶*Destino manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, tr. de Aníbal C. Leal, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1968 (Biblioteca de Historia Paidós, 2)

libro del que había publicado pocos “anticipos”,⁷ amén de mandarlo a la imprenta antes que *La evangelización puritana en Norteamérica* que tenía prometido desde 1966.⁸ Como vimos en el caso de su “Estudio Preliminar” al *Ensayo* de Humboldt, también ahora era vital para Ortega dar a conocer su versión, la hispano-mexicana, del Destino Manifiesto y responder a la historiografía norteamericana. Sobre todo, cuando acababa de estar en tan estrecho contacto con ésta al ser director del Centro de Estudios Angloamericanos (1966-1970).⁹ Cabe recordar que pocos años antes había aparecido otra obra muy comentada sobre el mismo tema, *Manifest Destiny and Mission in American History* de Frederick Merk, profesor de la Universidad de Harvard.¹⁰

Análisis.

El libro de Ortega consta de una breve “Introducción” y está dividido en dos partes: “Historia de un resentimiento”,¹¹ y “Teología y repercusiones históricas”,¹² que cuenta con unas pocas páginas menos que la primera pero la duplica en número de apartados, de no menos sugestivos títulos como veremos.

⁷ “Historia de un resentimiento: raíz y razón de la doctrina histórico-teológica del ‘Manifest Destiny’”, en *Extremos de México. Homenaje a Daniel Cosío Villegas*, México, El Colegio de México, 1971. p. 411-460. A esta primera parte de su libro *Destino Manifiesto*, se refiere en otro artículo que contiene la segunda parte “Fundamentos doctrinales del Manifest Destiny” en *Anglia*, 5, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1973. p. 11-50.

⁸ *Vid. supra*, capítulo III, 6 “El viajero”.

⁹ Expediente FFL.

¹⁰ New York, Vintage Books, 1963.

¹¹ Publicado antes bajo el título “Historia de un resentimiento: raíz y razón de la doctrina histórico-teológica del ‘Manifest Destiny’” en *Extremos de México. Homenaje a Daniel Cosío Villegas*, México, El Colegio de México, 1971. p. 411-460. Mismo que en la tesis de doctorado se titulaba “Historia de un resentimiento. Raíz y razón de la doctrina del destino manifiesto”, conteniendo los mismos ocho apartados.

En la "Introducción", Ortega justifica su empresa diciendo que la historiografía de México ha pecado por su aislamiento académico al no estar al tanto de lo publicado en el exterior. Además, si desde fuera se nos estudiaba, bien podíamos hacer lo mismo con la historia de otras naciones cuyos asuntos coincidieran con los nuestros. Así, nos dice, no es necesario que

comencemos por grandes y definitivas obras, sino que nos dediquemos modestamente a establecer las bases de una futura importante historiografía, que al indagar sobre el pasado ajeno profundice en el propio. Habituada como está nuestra historiografía a contemplarse a sí misma [...] ha dado la espalda a los temas históricos que no son estrictamente nacionales y se ha negado a mirar más allá de sus fronteras intelectuales [...] para averiguar qué es en verdad lo que ha sucedido y sigue sucediendo fuera de los límites alegre e irresponsablemente trazados.¹³

Dada la costumbre de Ortega de dejar al lector adivinar sus intenciones, elude explayarse en el contenido del libro y sólo plantea brevemente que, al profundizar en el estudio del Destino Manifiesto cuyo tema es "típicamente norteamericano", había caído en la cuenta de que sus orígenes se remontaban al siglo XVI en el que, como no se cansó nunca de repetir, "estall[ó] el conflicto entre el misoneísmo contrarreformista español y la modernidad reformista (anglicano-puritana) británica". De ahí que los norteamericanos no elaboraran sino sólo heredaran la "doctrina justificativa de su poder, de su superioridad y de su predestinado imperialismo".¹⁴ Don Juan se dio así a la tarea de rastrear la manera como se expresó la fe calvinista, fundada en la creencia de réprobos y elegidos, en el expansionismo inglés y luego norteamericano, para que los

¹² También lo publicó antes como "Fundamentos doctrinales del 'Manifest Destiny'" en *Anglia*, 5, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973. p. 10-50.

¹³ Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, p. 8 y 9. Clara alusión a la historiografía marxista ya criticada con anterioridad. *Vid. supra*, capítulo IV, 3. La siega.

¹⁴ *Idem*.

mexicanos lográramos “un mejor entendimiento de nuestra propia historia”.¹⁵ Implícitamente señala su intención de abrir los ojos de los estudiosos del siglo XIX que parecen no entender el triste papel que desempeñaron los mexicanos tras la independencia, tratando de hacer el juego, sin conseguirlo, a los visitantes norteamericanos, ante quienes querían mostrarse sin mácula de hispanidad. Todo ello expresado con las mismas palabras que transcribiría después en su último libro dedicado a la historiografía viajera¹⁶ y que indican la estrecha relación entre el estudio sobre los viajeros y el fundamento histórico de su interpretación del Destino Manifiesto. Pues, como ya había adelantado Ortega en otro lugar:

El norteamericano veía en nuestro sistema la caricatura o veía, insistamos en ello, la horrible máscara hispánica, católica y aristocrática que cubría dolorosamente el rostro augusto de la noble patrona republicana; de aquí su malestar y desprecio; de aquí también la urgencia *manifiesta* y el *destino* cierto que obligaban a rescatar (adquirir, comprar y nunca conquistar) vastas extensiones de tierra de la barbarie indígena (pieles rojas) o de las no menos bárbaras instituciones antirepublicanas, antiprogresistas y antidemocráticas de México. El móvil de las adquisiciones o cesiones territoriales es, ante todo, la desilusión: el desencanto y aún el sufrimiento al ver unos principios republicanos viciados, pésimamente interpretados y vividos como era el caso de los mexicanos.¹⁷

Lo que se guarda para sí es que su libro es nada menos que una muy crítica respuesta al *Manifest Destiny* de Weinberg, seguido literalmente capítulo por capítulo. En las ocho secciones de la primera parte,¹⁸ Ortega responde

¹⁵ *Op. cit.*, p. 10.

¹⁶ Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano*, p. 6.

¹⁷ Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, v. II, p. 128.

¹⁸ 1. “Los rasgos espirituales de la doctrina: vocación (*calling*)”; 2. “The last age of the world”; 3. “La barrera natural discriminatoria y geoteológica”; 4. “Otra muestra de la bondad divina a favor de Inglaterra”; 5. “Las primeras críticas contra el sistema evangelizador de España”; 6. “Una profecía manifiesta o una misión que cumplir” (probablemente el libro de Merk le hizo añadir a este título “una misión que cumplir” que no tenía en su tesis doctoral); 7. “Derecho a la seguridad” y 8. “El decreto divino de cultivar y aprovechar la tierra”.

implícitamente a Weinberg al rastrear con más profundidad los orígenes del Destino Manifiesto hasta la Inglaterra del siglo XVI, mismos que el historiador norteamericano sólo había desentrañado de los establecimientos puritanos ingleses en América.

La obra en cuestión nos confirma que los escritos de Ortega son “económicos” en el sentido en que Quintiliano emplea el término, organización y plan de un poema o pieza retórica.¹⁹ Los construye sobre una estructura ordenada y lógica en la que procura que nada sobre ni falte, a la vez que la misma estructura dice mucho del sentido del contenido de la obra. Los 24 apartados que la constituyen pueden dividirse exactamente en tres por su contenido.

En el título de la primera parte, “Historia de un resentimiento”, está la clave para adivinar el propósito fundamental de Ortega: iluminar el resentimiento de una Inglaterra que a principios del siglo XVI estaba muy por detrás del poderío español y que sacaría fuerza de flaqueza para igualarlo y, finalmente, aventajarlo, resentimiento que dio lugar a una serie de postulados y acciones que justificaron la empresa colonizadora inglesa en América, en la que no hizo otra cosa que seguir los pasos de la española. El sujeto del relato es Inglaterra, pero toda su actividad se dio en razón de una temida España, que parece presidir desde lo alto del escenario, aunque ahora apesadumbrada y acaso resentida también, por el daño irreparable que le ocasionó la leyenda negra urdida en su contra por sus enemigos.

¹⁹ “También entre éstos [los viejos poetas latinos] la economía de sus piezas es más cuidada que entre la mayoría de los modernos que creen que el único mérito de todas las obras reside en las frases solemnes. A ellos ciertamente tenemos que dirigirnos para recuperar la dignidad y, por así decirlo, la virilidad, cuando nos encontramos perdidos en medio de todos los vicios de una elocuencia preciosa y rebuscada.” Carlos Gerhard, dedicado a la puesta en español de *De institutione oratoria*, nos proporcionó generosamente la traducción del versículo 9. Quintiliano, 1.8.9.

Ortega fundamenta hábilmente toda la historia del resentimiento no en fuentes españolas o católicas, sino en el mismísimo autor, Richard Hakluyt el Joven, quien mostró a Isabel las promesas de la colonización de ultramar, en una obra que contenía la recopilación de innumerables relatos de viajeros y que constituyó un decisivo empuje a su nación hacia el mar, la ya varias veces mencionada *The Principal Navigations*.²⁰

Ortega abre su relato comentando la firme creencia que tenían los anglicanos, legada por un cronista de la “expedición conquistadora” de Humphrey Gilbert a Terranova en 1583, en que Dios expresaba su voluntad en la vocación, *calling*, que destinaba a los hombres. Fue este “llamado” el que los llevó a justificar su establecimiento en América, justificación de la que nuestro autor recoge abundantes testimonios: su vocación marinera que se derivaba de vivir en una isla; su relativa cercanía con las playas nórdicas y los viajes y descubrimientos de los Cabotos. Sin embargo, don Juan opina que a diferencia de los españoles, que también habían visto señales divinas en sus empresas descubridoras, conquistadoras y colonizadoras, los preceptos doctrinales de los protestantes darían resultados distintos: desde el punto de vista de la doctrina del *calling*, el sentirse elegidos individualmente para realizar un trabajo intramundano que les aseguraría la salvación significaba, de paso, que podían esperar ganancias de su empresa, lo cual dio a la expansión inglesa un carácter empresarial moderno.²¹ De esta manera, lo que Weinberg atribuía al

²⁰ Ignoramos cuántos años escudriñó Ortega los volúmenes de Hakluyt y de su sucesor Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrims*, Glasgow, James MacLehose & Sons, 1905-1907. Hakluyt, como ya vimos, también le había servido de sostén en el primer volumen de *México en la conciencia anglosajona*, ya que los testimonios de los viajeros que nos visitaron en el siglo XVI proceden de la recopilación del, llamado por Ortega, Capitán Araña. Un ejemplar de la edición que Ortega consultó se encuentra en El Colegio de México, mas no en las bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

²¹ Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, p. 13, 15, 18 y 23.

derecho natural y a una idea de misión traída por los peregrinos del Mayflower, Ortega lo rastrea en la idea del *calling* anterior a la llegada de los *pilgrims*.²²

Los ingleses, a ejemplo de los españoles -nos dice-, también habían venido al Nuevo Mundo en busca de riquezas, misma que debían justificar. Lo hicieron basándose en su superioridad en tanto pueblo elegido al que la Divina Providencia le había asignado propagar la fe cristiana en el ámbito americano que a la vez le reservara. Propagación de carácter urgente ya que, desde la Edad Media, se arrastraban doctrinas milenaristas que con la Reforma se propalaron. Con la marcha hacia el oeste, la última edad, se cerraría el círculo de la propagación del Evangelio y vendría el reino milenarista de Jesucristo. Ortega apunta que Carlos Pereyra captó el “mensaje latente” en las palabras *Far West*, el impulso “hacia el poniente en cumplimiento de la voluntad divina”.²³

Sin embargo, señala que a los ingleses no les bastaba afirmar su derecho sino poner un límite al de los españoles. El hecho de que España no pretendiera colonizar los territorios nórdicos era una señal divina de que éstos les estaban reservados a ellos. Ortega puntualiza que si los españoles no avanzaron más hacia el norte fue porque no hallaron oro y no por decreto providencial.²⁴ Razón por la que, como tampoco lo hallaron los ingleses, no les quedó más que robárselo a España. No menos alegaron razones climáticas a su favor: que el clima les sentaba a los ingleses y en cambio los españoles tiritarían de frío. Nada de esto, se mofa un tanto Ortega, tenía fundamento, más allá de disimular la envidia que las tierras cálidas de España “de climas profundamente desmoralizadores” les causaban por tener metales preciosos.²⁵ Comenta, en cambio, que los españoles se reían de los ingleses porque, cuando

²² “Derecho natural”, primer capítulo de Weinberg, *op. cit.* p. 23-51.

²³ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 25 y 26.

²⁴ *Ibid.*, p. 31 y 32.

²⁵ *Ibid.*, p. 36-38. El tema de la envidia inglesa lo retoma con más desenfado en *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, p. 24. *Vid. infra*, 3. Los católicos españoles de la Contrarreforma.

éstos por fin se establecieron en América, sus ingresos sólo provenían del cultivo de la tierra.²⁶ El tema le da también la oportunidad de recurrir a sus gustados símiles histórico-teológicos, cuando explica que los tomistas, siguiendo a Aristóteles, decían que en las tierras frías del norte, los hombres sólo podían encontrar lo “hostil, incierto y paupérrimo”. Pero los filósofos ingleses Roger Bacon, Duns Escoto y William de Occam la emprendieron contra el tomismo y su pueblo dio señales de abrir la modernidad al animarse a colonizar las inhóspitas tierras del norte.²⁷ En fin, el expansionismo inglés fue un “programa imperial insuflado, estimulado y arrullado desde la cuna por Dios”.²⁸

Ortega encuentra que los ingleses reforzaron el argumento de la predestinación alegando la estabilidad y paz interna de que gozaban en su isla (aunque se olvidaban de Irlanda).²⁹ Las guerras europeas, como la que peleaba Francia, les dieron argumentos para descalificarla, pero él ve algo más en la descalificación de Francia de la empresa colonizadora:

Por medio de este capcioso argumento quedó asentado el precedente pseudo-legal de disputar o despojar al vecino de su patrimonio nacional o colonial so pretexto de una situación doméstica inestable.³⁰

Argumento intervencionista que, ya olvidados sus orígenes, esgrimieron más de dos siglos después los norteamericanos en contra de España y México: “curiosa si no es que sospechosa coincidencia o herencia histórica”.³¹

²⁶ Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, p.34.

²⁷ *Ibid.*, p. 36.

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Ibid.*, p. 40. Corresponde al capítulo “La predestinación geográfica” en Weinberg, *op. cit.*, p. 52-78. A propósito de este olvido, Ortega comenta con señalada parcialidad que Irlanda “era incluso más vital para los ingleses que los Países Bajos para España. En realidad, fue la importancia de esos territorios la que hizo la lucha tan encarnizada entre católicos y calvinistas. Por otro lado, asiste la verdad a nuestro autor cuando dice que los calvinistas se empeñaron en hacerle la guerra a España y a Francia. Aunque Calvino, como lo había hecho Lutero se opuso al uso de la fuerza, su discípulo Teodoro Beza que en un principio recomendó que se respondiera con las armas de la oración y de la paciencia, acabó participando activamente en la política y en la guerra.

³⁰ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 41.

También observa nuestro autor cómo la argumentación inglesa adquirió cada vez un carácter más belicoso hacia España. Dado que la Reforma había impedido a los anglicanos gozar de la bendición de Roma en el reparto de las tierras americanas, tuvieron que demostrar que con justicia las merecían atacando la labor evangelizadora católica en América, cuyos frutos -en su opinión-, demostraban su desmerecimiento. América estaba dominada por el demonio que sometía a los indios y a los españoles y para quitarle a estos últimos el control sobre las almas de los primeros bastaba con criticar su método de evangelización, a saber, el de la vía rápida que no exigía la certeza del convencimiento del neófito, al que se había opuesto también Las Casas.³² Así, la *Brevísima* del dominico, publicada en inglés en 1583,³³ había difundido por Europa las atrocidades de los españoles en América, prueba inequívoca de que Dios no podía estar con ellos y que convertía a los protestantes ingleses en los elegidos para llevar la palabra divina a las Indias. Para Ortega todo esto forma parte de la "sistemática campaña reclamista contra el temido y envidiado imperio hispánico".

[...] el conflicto hispano-inglés del siglo XVI significa, desde el punto de vista anglosajón, el enfrentamiento de la libertad inglesa contra la tiranía española; es decir, lo que en el siglo XIX norteamericano se planteará como el esfuerzo pugnaz por extender el área de la libertad en las regiones tiranizadas de Hispanoamérica. La conciencia política norteamericana hacía suya la constante libertaria del expansionismo inglés iniciado por los Raleighs y Gilberts y heredará de esa audaz generación isabelina, las premisas fundamentales para su imperialismo a escala continental y mundial.³⁴

³¹ *Ibid.*, p. 42.

³² *Vide infra* (cuando hable en La evang purit de los métodos de catequizar) provisional

³³ El libro de Las Casas inspiró la famosa "Apología" que Guillermo de Orange, el Taciturno, pronunció cuando Felipe II puso precio a su cabeza por la resistencia que había encabezado contra el gobierno español y que dio finalmente lugar a la creación de Holanda como nación independiente y no menos a la leyenda negra española.

³⁴ *Ibid.*, p. 66. Corresponde a "La ampliación del área de la libertad" de Weinberg, *op. cit.*, p. 104-130. Dos siglos después el proceso se secularizaría triunfalmente con la frase de "extensión del área de la libertad", Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 43.

Por otro lado, la empresa colonizadora inglesa no estuvo desprovista de alicientes materiales. En la práctica, las compañías mercantiles inglesas estaban oficiosamente autorizadas para piratear y resarcirse de sus pérdidas con un galeón español atiborrado de riquezas. Piratería que no era moralmente censurable pues un golpe contra los españoles significaba un triunfo del Dios puritano o, al menos, contra la tiranía española combatida también en los Países Bajos:

En realidad los ingleses luchaban dramática, tesonera y angustiosamente por su supervivencia y no hacían, por tanto, sino responder con violencia y por un motivo de elemental defensa vital mercantilista al cerco y a los ataques monopolistas hispanos [...] Por consiguiente, destruir el poder español era restituir la paz a Europa y, por encima de todo, significaba asegurar el porvenir nacional de Inglaterra. Arrebatarse sus colonias a España era anular la tiranía, impedir el arribo de los tesoros a Sevilla, era suprimir para siempre las causas de la guerra. 'Abajar de su poderío al rey de España -escribe Hakluyt en su *Discurso* sobre colonización- sería tanto como dejarlo cual el envanecido cuervo de la fábula de Esopo'.³⁵

Por último, no sólo debían los ingleses asegurar su posición ante España sino ante los propios indios. Si éstos no seguían la fundamental "vocación" religiosa tras haberseles enseñado los secretos de la agricultura y se negaban

³⁵ Cabe señalar que Ortega no indica la procedencia de esta cita ni de otra del mismo Hakluyt que añade a continuación: "Si le tocáis las Indias a Felipe II es como si le tocáis las niñas de sus ojos, puesto que le arrebatáis sus tesoros, que son el *nervus belli* y le quitaréis además lo que posee fuera de las Indias; es decir, sus veteranas bandas de soldados, que de este modo pronto estarían dispersas, y el poder del rey quedaría menguado, su orgullo abatido y su tiranía completamente anulada." *Ibid.*, p. 70 y 71. Efectivamente Hakluyt el Joven escribió *Particular Discourse on the Western Planting*, publicado en 1586, pero Ortega no la menciona en su Bibliografía, ni indica de qué autor tomó esta traducción en que los verbos de la segunda persona del plural se usan a la española.

a trabajar la tierra, no merecían ocuparla y se justificaba el despojarlos de ella.³⁶

De todo ello nuestro comprensivo e historicista autor concluye que si Inglaterra sembró las semillas del futuro Destino Manifiesto fue porque en verdad se sentía amenazada en grado sumo por España, la que ciertamente podía invadirla, como quedó demostrado con el frustrado propósito de Felipe II. Así, no le quedó más que luchar “dramática, tesonera y angustiosamente”.³⁷

La segunda parte de *Destino Manifiesto*, “*Teología y repercusiones históricas*”, fue elaborada posteriormente a su tesis doctoral si bien, por lo que se refiere a la religión calvinista, Ortega echó mano de las nociones expresadas ya en “Reforma y Modernidad”. A fuerza de exponer en la cátedra los conocimientos que a lo largo de los años fue asimilando sobre la reforma protestante y en especial el calvinismo, Ortega fraguó su propia idea, olvidando, como sucede a menudo, su variada procedencia. Así, aunque cita la *Instituzion religiosa* de Calvino y a algunos autores consultados en “Reforma y Modernidad”, incluye a otros que habían escrito más recientemente, pero sin que la esencia de lo dicho en su tesis cambiara en *Destino Manifiesto* en donde ha hecho suyos los pensamientos de Weber y Troeltsch a quienes ya cita poco.

En “Teología y repercusiones históricas”, Inglaterra y España parecen retirarse del escenario para ceder su lugar a Estados Unidos y México, permitiéndose Ortega continuar la réplica a las tesis tanto de Weinberg como de Merk, mas ahora desde el punto de vista mexicano e hispanoamericano. En esta parte -dividida en 16 secciones-,³⁸ nuestro autor dedica las ocho primeras

³⁶ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 72 y 77. Corresponde al capítulo “El uso del suelo” en Weinberg, *op. cit.*, p. 79-103.

³⁷ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 70

³⁸ 1. “Religión condenatoria”; 2. “La predestinación, ‘decretum horribile’”; 3. “Vocación o *calling*”; 4. “Seguridad del electo. Triple pacto”; 5. “Liquidación del mundo medieval”; 6. “The Puritan way of life”; 7. “Libertad, democracia y oportunidad económica”; 8. “Los nuevos rumbos del Evangelio. *Laissez faire*”; 9. “Una ingeniosa pero inoperante distinción”; 10. “Cohonestación de la rebatiña territorial”; 11. “El

a la teología calvinista y a sus manifestaciones prácticas en la vida de los puritanos, mientras que en las ocho restantes es más polémico, rebatiendo las tesis de los norteamericanos con los hechos, con los que a su parecer se confirman las verdaderas acciones de los colonos y de los norteamericanos en toda América.

Ortega comienza por dar cuenta de cómo Calvino llevó hasta sus últimas consecuencias en su implacable teología el concepto de la caída del hombre:

Desde la vertiente teológica calvinista el hombre es, todo él, condenación, pecado; la concepción católica con la que rompió Calvino, admitía y sigue admitiendo que el hombre simplemente *comete* pecados.³⁹

De donde se sigue que, para los calvinistas, los hombres son réprobos y nada bueno merecen fuera de la condenación eterna. Mas de ser así, arguye Ortega, tampoco podría hablarse de la misericordia divina, la cual dejaba mucho que desear a los ojos de los católicos en su versión calvinista. El Todopoderoso tenía en sus manos, *decretum horribile*, otorgar su gracia a aquellos elegidos por Él y así salvarlos, sin que ellos tuvieran mérito propio alguno, aunque debieran hacer manifiesta su santidad a los demás:

Ni el propio Calvino, tan lúcidamente 'sage et logique' (la palabra más empleada en la *Institución* es *sapientia: sagesse*: sabiduría, según se ha dicho), el creador de la nueva y absoluta doctrina de salvación, que al eliminar las andaderas agustinianas (*dilectio, charitas et voluntas*) eliminaba la libertad e inclinación voluntariosa del hombre, pudo dar razones claras, comprensibles de [su] doctrina.⁴⁰

viejo y el nuevo tema de la regeneración"; 12. "El derecho a la seguridad"; 13. "Nuestra afortunada incapacidad"; 14. "Viejas y nuevas tesis doctrinales"; 15. "Darwinismo social: crítica y contracrítica" y 16. "Postreras tesis y explicación final".

³⁹ *Ibid.*, p. 80.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 82. Ortega calla aquí, porque no es todavía el momento de decirlo, una de las consecuencias más importantes de esto, que los indios fueran incapaces de dar muestra de

Destaca Ortega que la doctrina de la "vocación" que Dios inspiraba en los protestantes para el cumplimiento del ascetismo intramundano, contenía un concepto del mundo muy distante del que tenían los católicos; ése era, para los puritanos,

una realidad de la que y en la que había que vivir; no era el *Gran Teatro del Mundo* calderoniano sobre cuyo inseguro escenario el hombre acendradamente católico se las componía mal que bien para representar su evanescente papel. El hombre nuevo reformado no soporta al mundo, no lo sufre, sino que actúa intensa, práctica, fructíferamente sobre éste.⁴¹

Con su actividad en el mundo (sacarle fruto a la tierra, una de las más socorridas), los elegidos tenían la obligación de hacer manifiesta su santidad a los demás. Actividad, en su manifestación marinera, que condujo a la modernidad:

[...] el callejón histórico sin salida hacia el que se encaminaba irremisiblemente la Reforma [por su antirrenacentismo y poca inclinación a lo científico], tan antimoderna en sus comienzos, tan regresivamente evangélica, pudo eludirse merced al escenario oceánico y a la domesticación del hasta entonces indomable Leviatán gracias a 'la brida de los vientos y la silla de los navíos', como escribe Purchas. Es decir mediante el 'arte de todas las artes: la navegación'. A pesar de los grandes éxitos iniciales de Portugal y España en todo lo tocante a dicho arte, serían Inglaterra y Holanda, dos potencias protestantes y marineras, las que llevarían a su máxima perfección (siglo XVII) todo lo relativo a la ciencia náutica. Pero en ambos casos, a los que habría que añadir el de otras potencias nórdicas, fue sin duda la nueva doctrina religiosa reformada, tan abstracta (en extremo la calvinista), tan individualizadora y tan *vir-tuosa* (laboriosidad, frugalidad y actividad de Calvino a Franklin), la que permitió, asimismo, mediante su influjo espiritual (fe-predestinación-elección-vocación-justificación-santificación-

estas señales de elección, como lo será en *La evangelización puritana*. Vid. *infra*, 2. Los puritanos y los indios.

⁴¹ Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, p. 84.

glorificación) el éxito de la tecnocracia y talasocracia anglosajona y holandesa.⁴²

No puede Ortega ignorar otro aspecto importante del calvinismo que ya había tratado en "Reforma y Modernidad": el alejamiento de los puritanos de los reglamentos económicos tomistas vigentes en la Europa medieval, como eran la prohibición de la usura y el precio y el salario justos, que ponían cortapisas al enriquecimiento. Pero precisamente éste era señal casi inequívoca de elección y de salvación para los seguidores de Calvino. Sin embargo, nuestro autor aclara atinadamente:

No es que los hombres reformados ingleses se desembarazasen de Dios, sino que más bien al quedar inoperante el libre albedrío, en tanto que arbitrio de cosalvación o de autosalud, quedarán liberados de todos los frenos y oblaciones tradicionales que hasta ese momento les habían impedido actuar con entera y egoísta independencia sobre el mundo. El puritanismo pudo así alimentar el viejo apetito humano de riquezas; mas ahora no se trataba de la obtención de éstas para usarlas de acuerdo con el viciado sentido suntuario y asistencial típico del catolicismo corporativo medieval, sino de emplearlas con fines estrictamente individuales, al servicio exclusivo de los que sabían producirlas y acrecentarlas metódica, inteligentemente, para beneficio de ellos y de la nueva sociedad.⁴³

Así, los ingleses encontraron en la teología calvinista un poderoso elemento para justificar su desarrollo capitalista terrateniente, comercial, inversionista, artesano y de otras actividades menos honradas. Y al ser el hombre sólo un medio para que la divinidad se mostrara, quedaba libre de cualquier responsabilidad ética y, en cambio, "la búsqueda tesonera de bienes terrenales y la acumulación subsiguiente de dichos bienes se [convertían] en la principal tarea de la vida social. Paradójica y escandalosamente, la mayor gloria de

⁴² *Ibid.*, p. 86 y 87.

⁴³ *Ibid.*, p. 91.

Dios significaba provecho del propio elegido".⁴⁴ En comparación, los españoles no vieron la riqueza como signo de beneplácito divino o vía expedita de salvación, sino como algo que sólo tenía que ver con los asuntos de este mundo.

Ortega considera que las doctrinas calvinistas influyeron también en la política. La nueva Jerusalén del Nuevo Mundo, estaba destinada a hacer propias las características de los elegidos: idea después "aceptada sin escrúpulos por los políticos más destacados de [Estados Unidos], acerca del destino ineluctable, expreso, manifiesto de ésta"⁴⁵ a saber, su derecho a la prosperidad en estas tierras. La vida política de las comunidades estaba íntimamente relacionada con la religión a tal grado que la comunidad con carácter político era la encargada de velar por la moral. Y aunque los puritanos no pensaban en constituir un gobierno democrático, "de hecho poseían un sistema representativo en extremo y directamente responsable".⁴⁶

Otro ingrediente importante de las creencias puritanas, nos dice, era la defensa de la libertad. De ahí que insistieran en la legitimidad de combatir a los tiranos, aquellos que no fueran dignos de su confianza, (*trust*), para encomendarles el cuidado de su libertad, misma que les permitiera llevar la vida santa que probara su elección. Vida santa que sólo podía fructificar en una comunidad de iguales. El mismo poeta puritano Milton veía hasta en el infierno el cumplimiento del "indispensable ordenamiento de la votación democrática".⁴⁷

⁴⁴ *Loc. cit.* A propósito de esto Ortega recuerda la casi creencia de los calvinistas de que Dios existía para la mayor gloria de Dios y no del hombre, concepto que toma precisamente de Weinberg, como él mismo reconoce, aunque antes lo hubiera mencionado dos veces como ya hecho suyo. Ortega y Medina, *op. cit.*, p 112, 72 y 88. Vide Weinberg, *op. cit.*, p. 129.

⁴⁵ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 92.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 93.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 97 y 98. Ortega conocía muy bien no sólo *El paraíso perdido* sino la prosa de Milton. En otro lugar dice de éste que es "el testimonio histórico más representativo de cómo el puritanismo tenía que evolucionar, a partir de la defensa de la libertad individual del nuevo cristiano reformado hacia la democracia política". "Impacto del

Por otro lado, todo en la vida del puritano parecía propiciar el enriquecimiento que, si no era en sí mal visto, podía corromperlo. Calvino había dicho que el hombre “era sólo administrador de los bienes que Dios le había otorgado” y que la riqueza podía darla tanto a los elegidos como a los réprobos; pero pasado el tiempo, sus “hijos espirituales póstumos” vieron la riqueza como señal de elección.⁴⁸ Nuestro autor señala con acierto las diferencias entre los españoles y los ingleses que se manifiestan en las ideas opuestas que los católicos y protestantes tienen del mundo : los que en éste sólo juegan un “evanescente papel” y los que como elegidos lo tienen a su disposición para mejor mostrar su elección. Actitudes contrarias que también se expresan con respecto a la riqueza: como algo que se obtiene para gozarse y punto, o para mostrar la elección divina; lo que de un plumazo borraba toda la culpa que comúnmente el exceso de aquella suele traer consigo.

Una vez expuesta la teología calvinista y sus manifestaciones más notables en la vida diaria de las colonias inglesas de Norteamérica que heredaría Estados Unidos, Ortega pasa, en los restantes ocho apartados, a la polémica con los historiadores más distinguidos que hasta ese momento habían escrito sobre el Destino Manifiesto. El tono se torna más ríspido al despojar a las acciones norteamericanas de su halo religioso santificante y presentarlas en la realidad que él ve tan impregnada de inhumanidad, ambición y egoísmo. Disiente de la tesis de Frederick Merk,⁴⁹ según la cual la aplicación del Destino Manifiesto como expansión territorial se circunscribió sólo a los años 1840-48 y 1890-98, mientras que lo definitivo en la historia de Estados Unidos había sido su idea de misión, derramar los beneficios de sus instituciones por todo el mundo. Ortega recuerda las intervenciones norteamericanas en Iberoamérica

liberalismo europeo” en *Secuencia*, 1, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, marzo de 1985. p. 17.

⁴⁸ Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, p. 102.

⁴⁹ *Manifest Destiny and Mission in American History*, New York, Vintage Books, 1963.

en el siglo XX, comenzando por el "activo misionero Theodore Roosevelt el as del garrote" que aunque influido por el darwinismo social, conservó "el cristiano empeño de salvar al hombre" que no es sino el mismo de los puritanos.⁵⁰ La misión, incluso, se volvió punitiva en múltiples ocasiones, desde la emprendida por los colonos contra los indios o, después, contra "los pueblos y naciones desordenados, revoltosos y anárquicos" que no habían asimilado los conceptos de libertad y democracia del *puritan American way of life*. De ahí que con la idea de misión sólo encubran "so capa de espiritualidad los egoísmos" del destino manifiesto y de los intereses de Estados Unidos.⁵¹ Merk no vio que la "misión" hundía sus raíces en la Inglaterra que se había sentido con derecho a intervenir en las naciones que no gozaban de estabilidad política, en parte como defensa de su seguridad.

A Albert Weinberg⁵² no le va mejor, pues entre los orígenes del Destino Manifiesto había destacado el derecho de los puritanos de ocupar las tierras de los pieles rojas, argumento que repitieron los norteamericanos cuando reclamaron el territorio de México porque los mexicanos, como raza inferior, no lo merecían. Ortega no ve en esta "cohonestación de la rebatiña territorial" más que la justificación de la superioridad que creían tenían de las instituciones anglosajonas ante las hispanas que se arrastraba desde el siglo XVI. Comenta acerca de esta actitud hacia España :

Empero si se ha prestado atención a todo lo que ya llevamos escrito, se caerá en la cuenta que el vivo resentimiento contra los *done*s, como peyorativamente llamaban los norteamericanos a los españoles, no surgió de la noche a la mañana sino que fue un sentimiento heredado y estofado históricamente a lo largo de cuatro siglos. Lo peor del caso fue que dicho resabio histórico se hizo extensivo, sin excepción, a todos

⁵⁰ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 111.

⁵¹ *Ibid.*, p. 112.

⁵² "V. El título válido" en Weinberg, *op. cit.*, p. 131-157.

los hispanoamericanos en tanto que descendientes desmedrados de la ya archidegenerada España.⁵³

A partir de la creación de su república, los norteamericanos que codiciaban las tierras españolas en su frontera sur, esgrimieron el argumento del “derecho a la seguridad” que no era sino el heredado alegato inglés ante el poderío español, aunque ni Isabel ni Oliver Cromwell habían podido acabar con éste. Ortega no desaprovecha la oportunidad de narrar la fracasada expedición que organizó en 1654 el lord Protector a las Indias Occidentales y la Nueva España, en donde fue humillada “la soberbia británica”.⁵⁴ Ahora bien, el mismo alegato de raíz inglesa justificó también que los Estados Unidos se quedaran en el siglo XIX con Texas, California y Nuevo México:

Una cosa, eso sí, es común: la cohonesta justificación del razonamiento. La amarulencia anglosajona contra España iniciada en el siglo XVI constituye la matriz del pensamiento y de la actitud norteamericana frente a Hispanoamérica; fue y sigue siendo todavía la causa motriz de toda la incompreensión entre ambas Américas.⁵⁵

Finalmente, en el siglo XIX se entrelazaron, por un lado, la responsabilidad del hombre blanco en la regeneración del mundo, misma que se tradujo en la difusión de los principios de la libertad y de la democracia. La tesis que Weinberg denomina Rudyard Kipling-McKinley.⁵⁶ Legado que, nos dice Ortega, los hispanoamericanos recibimos con entusiasmo, mas por poco tiempo porque al descubrirse sus ocultas intenciones, se reveló lo “egoísta y

⁵³ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 122. Corresponde al capítulo “La misión regeneradora” en Weinberg, *op. cit.*, p. 158-184.

⁵⁴ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 128. Ortega sigue aquí el relato de Carlos Pereyra en su *Breve historia de América*, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1938. En cambio, pasa por alto que él mismo había tratado el asunto en el primer volumen de *México en la conciencia anglosajona*, p. 105-108. Sólo remite al lector a *La Nueva Relación* de Thomas Gage. *Vide supra* (capítulo 4, en donde trato Mex en la conc angl)provisional

⁵⁵ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 133. Corresponde a “VII. El desarrollo natural [de la expansión]” en Weinberg, *op. cit.*, p. 185-215 y a “XIII. Defensa propia”, p. 357-384.

bastardo” de sus intereses: “de ahí la ya irreparable quiebra moral de la doctrina de misión, destino e imperialismo manifiestos.”⁵⁷ Por otro lado, el darwinismo social, tan en boga en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo pasado, pudo deber su éxito a que los aptos se podían equiparar con los elegidos. Se volvía a repetir la “presencia grata al Señor de los triunfadores o poseedores de la marca de elección”.⁵⁸ Paralelamente, en el mundo industrializado anglo-sajón podría pensarse que el proletario era el réprobo, al menos por el trato que recibió.⁵⁹ Asimismo, a propósito de los industriales millonarios de esa época, Ortega puede admitir que no estuvieran al tanto de las ideas del darwinismo social, pero no que se quiera ignorar que las prácticas que emplearon “[...] tienen su fundamento en el *ethos* puritano y en la injustísima tesis o doctrina del electo”.⁶⁰ Sólo se habían secularizado los principios calvinistas y como muestra se remite al significado de la palabra *trust* que de confianza y seguridad “ha adquirido una semántica especial crediticia por cuanto mienta ahora una coalición de negociantes monopolizadores”.⁶¹ Aunque, añade con gracejo, nos cueste trabajo entender “la cabriola moral puritana de soltarse del trapecio moral para agarrarse del financiero”.⁶²

Para nuestra fortuna, continúa nuestro autor, el carecer entonces y ahora de las virtudes morales y políticas que los puritanos y los norteamericanos abanderaron nos libró de su tutela. Amén de la posible ayuda

⁵⁶ *Ibid.*, p. 296. “X. La carga del hombre blanco” p. 269-304.

⁵⁷ Ortega y Medina *op. cit.*, p. 136.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 138. Reginald Horsman remonta la discriminación racial de los norteamericanos a los anglo-sajones de la Edad Media que tan admirados fueron por el propio Jefferson. *Race and Manifest Destiny*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1981. p. 3-6 y 18-21.

⁵⁹ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 139.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 140.

⁶¹ *Idem.*

⁶² *Ibid.*, p. 141. Llama la atención que ignore el movimiento progresista en Estados Unidos iniciado a finales del siglo pasado.

que el clima de nuestras tierras nos brindó pues, en un principio y al menos en su retórica antihispánica, los ingleses habían despreciado los climas tropicales por “desmoralizadores”.⁶³ Lo que no quita el riesgo de que la inestabilidad política o la crisis económica de una nación americana los autorice a intervenir. Vieja idea procedente de Inglaterra y a la que todavía recurrió Woodrow Wilson al justificar la ocupación de Veracruz por la “anarquía revolucionaria” en 1914.⁶⁴

El meollo del Destino Manifiesto es teológico y radica en el cumplimiento de la vocación del hombre elegido, del predestinado, sujeto de la religión del *decretum horribile* que Ortega sólo describe y condena implícitamente cuando se refiere a los católicos que con su esfuerzo buscan la salvación y se responsabilizan de sus obras a diferencia de los calvinistas, mero instrumento de su Dios.⁶⁵

Las libertades de los elegidos en su sentido teológico y religioso, no del albedrío, tema que Ortega elude en este caso, los empujaron a rechazar cualquier impedimento al ejercicio de su vocación, que conllevara al enriquecimiento. Libertades que se secularizarían en una relación que Ortega no explica sino sólo hace aparecer como lógica para forzar la causalidad entre Calvino, Locke y Jefferson⁶⁶ y que daría lugar tanto a la democracia como al Destino Manifiesto y, por supuesto, también al capitalismo.

En suma, como buen apologista, Ortega hace la defensa de España criticando a sus enemigos. Para ello se valió de las propias ideas de Weinberg y Merk que desenmascaró al mostrar sus orígenes, ideas con las que demostró

⁶³ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 134. Corresponde a “Gravitación política” en Weinberg, *op. cit.*, p. 216-240.

⁶⁴ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 142.

⁶⁵ Los mismos protestantes opinan que el Dios de Calvino parece estar muy necesitado del aplauso humano, “que se hace publicidad de sí mismo” porque creó al hombre sólo para que éste supiera de Él. Geoffrey R. Elton, *op. cit.* p. 256.

⁶⁶ Relación que explicita un poco más pero no lo suficiente en “Impacto del liberalismo europeo”, p. 17-21.

que lo que Estados Unidos había hecho a México no era sino una extensión de la política inglesa contra España, la curiosa “herencia histórica”. Concluye su libro con las dos razones por las que no puede aceptar las tesis de estos historiadores. En la primera asoma una España no nombrada. El impacto de la segunda referida a México es abrumador por su precisión:

Weinberg y sobre todo Merk distinguen entre misión y destino e imperialismo, y sin duda les asisten algunas buenas razones históricas para hacerlo así. Nosotros no es que las desdeñemos; mas nos resultan inoperantes por dos razones: la primera porque nos hemos remontado en el origen de la doctrina a sus fuentes anglopuritanas y las tres etapas las vemos como las adecuaciones sucesivas de la tesis a la realidad histórica cambiante; la segunda porque considerada la doctrina desde el punto de vista mexicano, sobre todo las dos etapas últimas, no encontramos diferencia alguna supuesto que tuvimos que experimentar en carne propia y a costa de inmensos territorios cedidos, o de intervenciones militares moralizadoras más o menos recientes, el peso del *destino manifiesto* de nuestros muy buenos vecinos.⁶⁷

Consideraciones.

Las páginas de este pequeño libro de Ortega muestran tal erudición que podría hacer difícil su lectura, sobre todo en lo referente a la teología calvinista, si no fuera por la hermosa prosa de su autor. Mas examinado de cerca, Ortega se nutre básicamente de pocas fuentes que podemos dividir en dos tipos: uno estaría constituido por la información proporcionada por Hakluyt el Joven y otro por los historiadores como Weinberg que lo inspira, pero al que no puede dejar de criticar, y Merk que sólo es criticado. Ortega evalúa y comenta atinadamente sus fuentes gracias a su especial talento para el análisis historiográfico que le permite adivinar no sólo el significado velado de ideologías

⁶⁷ Ortega y Medina, p. 142 y 143.

y actitudes sino también los propósitos que a veces se tratan de disimular o de ocultar.

Hakluyt representa para nuestro autor una de las figuras más destacadas de la temprana historiografía inglesa moderna, pues supo aprovecharse de las ventajas de la imprenta no sólo para servir a su nación, sino para desacreditar a su enemiga, propalando los infundios contra España que había desencadenado la *Brevísima* de Las Casas:

Es motivo de irónica reflexión el sopesar que no era el amor al prójimo el que movía las prensas europeas a editar la *Historia del Nuevo Mundo* (Venecia, 1565) de Girolamo Benzoni; la *Masacre española en la Florida* de los colonos franceses hugonotes; la *Apología* de Guillermo de Orange contra Felipe II; la *Breve Historia* y cientos de panfletos y adaptaciones *ilustradas* convenientemente por Teodoro de Bry, sino la sistemática campaña reclamista contra el temido y envidiado imperio hispánico. Si la caridad hubiese sido la que ponía en movimiento péñolas y tórculos tendríamos ahora, con toda seguridad, una fogosa y cristiana réplica de un Las Casas anglicano denunciando la horrorosa y cruel campaña conquistadora contra los “salvajes, haraganes, feroces” y hasta “caníbales” irlandeses, quienes pretendían legítimamente seguir siendo irlandeses y católicos.⁶⁸

Con las críticas a la colonización y evangelización de los españoles, Inglaterra trató de desposeer a España de su más legítimo título sobre América, el espiritual.⁶⁹

El empleo de la obra de Hakluyt constituye, además, un reproche a Weinberg porque se quedó corto en su indagación de las raíces del Destino Manifiesto, al ignorar la obra del geógrafo inglés pues, en la única mención que hace Ortega del historiador norteamericano, en la primera parte del libro, dice que éste no tenía “ni por qué salirse de casa para encontrar los fundamentos de dicha doctrina [la barrera natural] supuesto que a poco que hubiera

⁶⁸ *Ibid.*, p. 49.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 51.

reparado los habría hallado en las crónicas ultramarinas coleccionadas y publicadas por Hakluyt y Purchas".⁷⁰

En las crónicas de estos viajeros ingleses encontró Ortega la expresión del cumplimiento de la vocación tanto para extender el cristianismo por las tierras de Norteamérica como para el éxito en sus actividades mercantiles con las que buscaban justificarse y poner un coto a la extensión de los dominios españoles. De ahí que Ortega explote la información de Hakluyt, aunque en sentido inverso al pretendido por el inglés y lo convierta, recreándolo a su antojo y necesidad, en sostén inapreciable de sus tesis cardinales.

Ortega no tiene nada que objetarle a la erudición de Weinberg que es todavía más impresionante y precisa que la suya, basta con comparar sus 154 páginas con las 449 del segundo, pero es que el objetivo de ambos es distinto: uno expone con toda erudición (sin mucha culpa y con la intención de fortalecer el nacionalismo norteamericano) el carácter expansionista del Destino Manifiesto, mientras que nuestro autor sólo emprende la crítica y la refutación del libro de Weinberg, las cuales, mientras más concisas mejor, como ya vimos; y hasta puede hacer suya una idea de su colega que encontró acorde con su propio pensamiento: la del Dios calvinista hecho a la mayor gloria del hombre y contraria a la tradicional del católico que trabaja para la mayor gloria de Dios. Pero tampoco se contiene de hacer unas llamadas de atención a Weinberg por no haber leído a Hakluyt.⁷¹

Cabe señalar respecto a las fuentes que Ortega sabía al dedillo la historia de la Europa moderna, mientras que la norteamericana la conocía

⁷⁰ *Ibid.*, p. 29.

⁷¹ *Ibid.*, p. 142. Weinberg, *op. cit.*, p. 142. La coincidencia del número de página en los dos libros es verídica. También recuerda que Weinberg no cita el origen de una frase con el que Ortega pone en evidencia su desconocimiento de la historia europea: que Pablo Jovio contaba que cuando le dijeron a Francisco I que las tierras de América habían sido repartidas entre España y Portugal, pidió le mostraran el testamento de Adán en donde eso se establecía.

más en el terreno de las ideas que en el de los hechos. La de México la sabía bien en su generalidad, pero no en sus detalles, salvo los que su dominio de la historiografía del siglo XIX le proporcionó. Los noventa títulos de la bibliografía de *Destino Manifiesto* son un patente ejemplo de ello. Recoge, además de Hakluyt, a Purchas y Gage, William Bradford, Cristóbal Colón, Vasco de Quiroga, Fray Antonio de Remesal, Ginés de Sepúlveda y el capitán Alonso de Contreras. Los historiadores norteamericanos e ingleses, alrededor de cincuenta, destacan sin duda frente a tres españoles y dos franceses. Los autores mexicanos mencionados son sólo cinco: Carlos Bosch, Gastón García Cantú, Othón de Mendizábal, Carlos Pereyra y Josefina Vázquez. Por otro lado, además de Weber y Troletsch, cita a Dilthey, Locke, Marcuse y Ortega y Gasset, además de referirse a dos economistas. En cuanto a su propia obra, Ortega anota "La historia del teatro o del descrédito hispánico en la Historia", *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia* y "Crítica y contracrítica a la historiografía soviética americanista", pero pasa por alto, y no por descuido, su *México en la conciencia anglosajona*. Lo atribuimos, fundamentalmente, a que cuando escribió esta obra no sólo ya conocía a Weinberg sino que, sin explicitarlo, también le respondía, como en *Destino Manifiesto*, pero desde otra perspectiva.⁷²

Llama la atención la inclusión de autores que no aparecían en la bibliografía de "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica" por la sencilla razón de que todavía no habían escrito entonces. Se trata de autores de los años sesenta, anteriores al viaje de Ortega a los Estados Unidos, pero que tampoco añaden nada sustantivo a la parte del libro que ya había sido escrita, aunque los utiliza más en la segunda parte de éste. Esta

⁷² No olvidar la estrecha relación que hay entre *México en la Conciencia Anglosajona* y su tesis de doctorado, "El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica", en la que sí cita a Weinberg, que fueron escritas casi al mismo tiempo. Por supuesto,

historiografía norteamericana es tratada con respeto, aunque seguramente seguía pensando de ella lo que en otro lugar había escrito con ironía y coraje a la vez:

En nuestros días debemos al talento estadounidense, a su dedicación histórica, etnográfica y antropológica, y a sus excelentes métodos germanos de investigación y, sobre todo, a sus generosos medios económicos el conocimiento, en buena parte, del pasado prehispánico no ya únicamente de México, sino también de toda la América ibera: esfuerzos nobles, desinteresados y rigurosamente científicos, es a saber, *imparciales y objetivos*; pero que a veces arrastran tras de sí, como les ocurre a los cometas y papalotes, la inevitable cauda de prejuicios y utilitarismos; como cuando en el año de 1944, en el mero Museo Nacional de Antropología e Historia, se imprimieron salmos y oraciones evangélicos en diversas lenguas y dialectos del Sur con el elevado intento, sin duda, de alfabetizar y catequizar especialmente y ganar a los indios para la salvación; mas a lo protestante.⁷³

El estilo apologético de Ortega resultó ser muy efectivo. Pese al acentuado espíritu antinorteamericano de los mexicanos, Estados Unidos tenía a su favor el peso de la tradición liberal y democrática. Él había venido repitiendo cómo los liberales mexicanos dieron prueba de la pertinacia de la leyenda negra. Pero el tabú que en cierta forma era para él nuestra historia fue superado al tener la oportunidad de defender a su patria y al mismo México con la propia historia de Estados Unidos. Cabe aclarar, sin embargo, que debido a dicho tabú generalizara, con poco fundamento, el rechazo del pasado español por nuestros liberales; si de esto puede ser un ejemplo Lorenzo de Zavala, no lo es, en cambio, José María Luis Mora. Cabe señalar también, que al criticar el providencialismo inglés no menciona el español que tuvo exponentes de la talla de Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara.

tampoco menciona en *Destino Manifiesto* la susodicha tesis. *Vid. supra*, capítulo IV, 1. La siembra.

⁷³ *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 49.

Sin embargo, partir de este libro de Ortega nos forjamos una idea renovada de los norteamericanos y nos quitó un peso de encima, pues nos mostró que no habíamos sido menospreciados por ser como somos sino por las ideas de ellos sobre sí mismos. Para nosotros es ya un lugar común saber que nos desdeñan y hasta justifican sus asechanzas e intromisiones por un calvinismo que les hace vernos como réprobos. Además, bajo la impronta de sus ideas, Ortega despertó en muchos un fructífero interés acerca de la historia de Estados Unidos. Si a veces puede parecer que no se le cita mucho, no hay que perder de vista que difundió sus ideas más a través de la cátedra que de sus libros. Para decenas de generaciones de estudiantes de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, las ideas de Ortega y Medina, escuchadas en el aula, se convirtieron en su propio bagaje. Algo semejante a lo sucedido con el historicismo de Ortega y Gasset que tantos maestros difundieron. Sin embargo, *Destino Manifiesto* fue el único libro de Ortega que se reeditó en vida de él.

Nuestro maestro no encontró respuesta en Estados Unidos, pero seguramente ni él mismo la esperó. Su despiadada crítica iba precisamente dirigida al meollo de la piedad religiosa del pueblo norteamericano. Tanto habían atacado los anglosajones al catolicismo español y, a tal grado, que la visión negativa de éste ha pasado a formar parte de su vida diaria hasta nuestros días.⁷⁴ Pero, en cambio, no podían tolerar tal ataque frontal a la suya. Podemos decir -usando el mismo ejemplo, tan grato para Ortega, acerca de nuestros liberales decimonónicos quienes, según él, por más que se esforzaron no pudieron ocultar su hispanidad a los ojos de los extranjeros,⁷⁵-que él nos hizo ver a los mexicanos lo que también se oculta bajo el ropaje liberal y

⁷⁴ Sólo un ejemplo reciente. Un crítico de cine norteamericano escribió: "The actors appear to be on trial for unknown offenses, and what could be blithe and affecting instead comes on like, oh, like the Spanish Inquisition". Richard Corliss "I led two lives, simultaneously" en *Time*, New York, abril 27 de 1998. p. 40.

democrático de los norteamericanos: la religiosidad puritana. Porque aunque don Juan vio en el destino manifiesto la secularización de la creencia calvinista en la predestinación, este carácter religioso se ha mostrado pertinaz. Continúa presente en la educación que se da en las escuelas evangélicas que tanto han proliferado en Estados Unidos durante los últimos años. En ellas, además de darle, por supuesto, preferencia a los estudios religiosos, se enseña la historia de manera harto preocupante tal y como nos lo hace ver un artículo de la conocida revista inglesa *The Economist*: “llevar la noción del ‘destino manifiesto’ de América más allá de los sueños de Monroe. España fue derrotada en Norteamérica porque era católica. George Washington se salvó por un milagro en la guerra de los franceses y de los indios [la guerra de los Siete Años en América]. Todos los musulmanes son descendientes del medio hermano de Isaac, Ismael. Sobre todo, el ‘americanismo’ es el modelo divino para todo el mundo”.⁷⁶

2. Los puritanos y los indios: *La evangelización puritana en Norteamérica*

Quizá el momento histórico más controvertido y no bien asimilado de la historia de México fue la conquista española de 1521. Desposeyó a innumerables pueblos indígenas de lo propio imponiéndoles las ideas y creencias religiosas y lengua y cultura en general de los conquistadores. Por si fuera poco, la violencia con que el nuevo dominio se impuso y el sufrimiento que acarreó a los indios que sobrevivieron los postró todavía más al ver su mundo totalmente alterado.

⁷⁵ Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, p. 10.

⁷⁶ “The history curriculum carries the notion of America’s ‘manifest destiny’ far beyond Monroe’s dreams. Spain was defeated in North America because it was catholic. George Washington was preserved by a miracle during the French-Indian war. All Muslims are descendants of Isaac’s half-brother Ishmael. Above all, ‘Americanism’ is the divine template for the world.” “God’s own scholars” en *The Economist*, London, 6 de junio de 1998. p. 30.

Los excesos de los españoles, denunciados por ellos mismos como es el caso de Las Casas, fueron usados por sus rivales para descalificarlos, sobre todo en el terreno religioso, pues precisamente tales excesos fueron cometidos cuando la iglesia cristiana sufría la más trascendente ruptura de su historia. Pero la discordia entre católicos y protestantes en el siglo XVI sirvió también para escudar poderosos intereses políticos y económicos. Los más empeñados en combatir a la iglesia católica que habían abandonado fueron los calvinistas, cuya actividad misionera en América, en otras palabras, el trato que dieron a los indios, fue puesta en tela de juicio por Ortega y Medina.

La doctrina luterana que negaba todo valor de las obras humanas para alcanzar la gracia divina afirmando que el justo se salvaba sólo por su fe, fue llevada hasta sus últimas consecuencias por Juan Calvino quien publicó en 1536 su *Institución Cristiana*. Se trata de una obra de teología y aunque su autor la revisó continuamente hasta su muerte, no la salvó, como sucede en el espinoso terreno de compaginar a la razón con la divinidad, de algunas contradicciones. Al considerar la abrumadora omnipotencia divina, Calvino dedujo que la salvación y condenación eternas dependían del Todopoderoso. En un principio la idea de la predestinación no apareció como tema medular de la doctrina calvinista sino como derivada de su interpretación. Mas con el tiempo, la desesperanzada idea se convirtió en el meollo de la vocación de los calvinistas.

Lord Acton decía que el largo peregrinaje que precedió al afincamiento definitivo de Calvino en Ginebra le hizo perder "el hábito de la monarquía", pero además, que el mismo sistema que ahí implantó "no se fundó en hechos existentes, no tenía raíces en la historia, era puramente ideal, especulativo, y por lo mismo, más consistente e inflexible que cualquier otro".⁷⁷ De Ginebra salieron innumerables predicadores dispuestos a desafiar a las autoridades

⁷⁷ Lord Acton, "The protestant theory of persecution" en *Essays on freedom and power*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1972. p. 134.

civiles y haciendo gala de una vocación de mártires que chocó a luteranos y a católicos por igual. Desde un principio se les asoció con el desorden civil por el carácter de su prédica; en ella eximían a sus seguidores de la sujeción al príncipe que no les permitiera vivir con libertad en sus comunidades cuya conducción era asunto de todos; cuando mucho, respaldarían al gobierno que apoyara y cuidara de la moral de la iglesia calvinista sobre la que, sin embargo, el Estado no tenía control.⁷⁸ Resulta paradójico cómo seres tan desesperanzados como los calvinistas, puesto que la salvación no dependía de ellos, dieron muestras de tal espíritu combativo.

El meollo de “El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica” tras meditarlo y enriquecerlo, Ortega lo publicó como *La Evangelización Puritana en Norteamérica*.⁷⁹ Éste es sin duda su libro más

⁷⁸ *Idem.*

⁷⁹ México, Fondo de Cultura Económica, 1976. 342 p. (Colec. Tierra Firme). El libro fue reseñado por su entrañable amiga y colega Beatriz Ruiz Gaytán en “La encrucijada histórica anglosajona” en *Anuario de Historia IX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1977. p. 301-307. El tema también fue estudiado por Marcela Terrazas en “Comentarios al ensayo del Dr. Juan Antonio Ortega y Medina ‘La imagen del indio en la conciencia norteamericana’”, Amaya Garritz, coord. y ed., *Un hombre entre España y América*, p. 219-223 e “Indio, conciencia e identidad en la obra de Juan Antonio Ortega y Medina”, Cristina González Ortiz, comp., *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, p. 125-144, y por Cristina González Ortiz, “La evangelización puritana”, *Multidisciplina. Nueva Época*, 3, 1994. p. 109-131. Ortega ya había dado a la imprenta, antes de su publicación, diversos capítulos del libro, a saber: “Ideas de la evangelización anglosajona entre los indígenas de los Estados Unidos” en *América Indígena*, v. 18, n. 2. México, Instituto Nacional Indigenista, abril de 1958. p. 129-144. Con el mismo título volvió a publicarlo cuatro años después, en su libro *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 127-147, en donde repitió la anotación hecha en *América Indígena* en 1958: “Presentamos aquí a la consideración del lector un avance conclusivo de un libro nuestro que ya está incluido en el proyecto de publicación del *Comité de las Ideas en América* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, cuya edición, (como todos los demás volúmenes de esta colección) se llevará a cabo por el Fondo de Cultura Económica, en México. *Ibid.*, p. 129. “Come over and help us” en *Anglia*, 3, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1970. p. 33-83. “La competencia misionera puritana en América” en *Humanidades* 1, México, Universidad Iberoamericana, Instituto de Investigaciones Humanísticas, 1974. p. 47-65. “La novedad mercantil de la empresa misionera puritana en la Nueva Inglaterra” en *Anglia* 6, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1974. p. 9-30. “*Indi sunt delendi*” en *Primer*

reconocido tanto por la originalidad de sus tesis, la cuidadosa investigación que las respalda y, sobre todo, por la nueva visión que ofreció a los estudiosos de la evangelización católica española.

Análisis.

El libro está dividido en cuatro partes precedidas, de manera excepcional, por un prólogo que no es del autor sino de su maestro, colega y amigo Leopoldo Zea, quien nos confirma que no fue accidental la aparición del libro en fecha tan señalada como 1976; año en que Estados Unidos celebraba el segundo centenario de su independencia. Los cuatro capítulos, como se ha dicho, constan de un doble título.⁸⁰ Es probable que Ortega consciente de su agudeza para inventar encabezados y del impacto que éstos pueden producir en el lector, conservó los de su tesis de doctorado amén de añadir otros de más reciente creación.⁸¹

encuentro de historiadores latinoamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1974. También en *Anuario de Historia*, VIII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1976. p. 25-59. Aquí aclara que este artículo era la "sección final de nuestro libro sobre *Pieles rojas y puritanos. El sentido peculiar de la evangelización protestante en Nueva Inglaterra*." Título a nuestro parecer harto explícito y sugestivo por el irónico toque dado por la palabra "peculiar", adjetivo con el que los norteamericanos calificaban la institución de la esclavitud. Dicho artículo contiene también la única versión sin erratas del poema "Los Salvajes" de Josephine Miles. Después de la publicación del libro, aunque con el título cambiado por otro más aséptico y un subtítulo añadido, "Delendi sunt Indi", Ortega continuó escribiendo sobre el tema: "La imagen del indio en la conciencia norteamericana" en Virginia Guedeay Jaime E. Rodríguez O. (eds.), *op. cit.*, v. I, p. 157-174. "Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al anquilamiento" en *Reflexiones Históricas*, p. 202-237.

⁸⁰ *Vid. supra*, capítulo IV, 1. La siembra.

⁸¹ *Teología y catequización: "Santos" y puritanos en América* [en la tesis es el título de la segunda parte -salvo que usa la palabra "evangelización" en lugar de catequización-, que comprendía todos los capítulos que pasaron al libro]. I. La edad dorada y el "bueno" y mal salvaje. Los infortunios del Calibán indiano [en la tesis "La edad dorada y el buen salvaje. Los problemas de la evangelización"]. *Rescate y salvación por la letra*. II. "Come over and help us" [segundo capítulo de la tesis]. *Los enemigos de la evangelización puritana* [título del tercero y último capítulo de la tesis] III. Competencia misionera y

Desde la perspectiva del conjunto de la obra ortegamediniana, *La evangelización puritana* encaja perfectamente en el esquema de la rivalidad anglo-hispánica. Amén de que, como en la segunda parte de *Destino Manifiesto*, aunque en menor grado, está presente la continuación de dicha rivalidad entre mexicanos y norteamericanos en el siglo XIX. Tampoco debe soslayarse que, originalmente, *Destino Manifiesto*, en su primera parte, era el preámbulo al estudio de la evangelización anglosajona y que no perdió ese carácter en su segunda parte, en la que expone la doctrina calvinista, y que Ortega retoma al considerar la prédica de ésta pero añadiendo la desventurada figura del sujeto evangelizado, el indio, verdadero protagonista del libro que ahora nos ocupa, estudiado desde tres puntos de vista.

El primero, consiste en los impedimentos que una teología como la calvinista presentaba a la consideración del indígena como individuo digno de elección. El segundo se refiere a que el cumplimiento de los pactos, sobre todo el político, tampoco facilitó el ingreso de los naturales a la comunidad de los ingleses. Al parejo, recurre también al tema de la crueldad, porque nuestro autor se ocupa, por supuesto, de las guerras que le hicieron a los indios. Junto a la teología y al común uso de la crueldad entre los ingleses, incorpora un tercer tema que, como los anteriores, reaparecerá en los capítulos segundo y tercero: el omnipresente método lento de evangelización pugnado por el padre Las Casas.

El primer capítulo, "Teología y catequización: 'Santos' y puritanos en América", es el más extenso y está dividido en once apartados.⁸² A manera de

herencia trágica. *Desarraigo telúrico y americanidad insuficiente*. IV. ¿Crueldad anglosajona? [título del último apartado del capítulo tres de la tesis].

⁸² 1. "Pórtico, representación y leyenda"; 2. "Dos conceptos interpretativos excluyentes"; 3. "Los primeros fracasos: el peligroso olvido de la misión espiritual"; 4. "Naturaleza y calificación del indio desde la postura puritana"; 5. "Pactos y alianzas, compromisos y quebrantos"; 6. "El quebranto del pacto y el consiguiente castigo"; 7. "La responsabilidad teológico-política del pacto"; 8. "La significación y proyección territoriales de la alianza"; 9. "Roger Williams. Prolegómenos a la guerra del Rey

preámbulo, Ortega se ocupa de la imagen del indio que se habían forjado los europeos a raíz de los descubrimientos pero cuyo mundo, casi paradisiaco, pronto vieron amenazado por los conquistadores españoles. A esta visión, nos dice, contribuyeron no pocos: el ubicuo Hakluyt cuya obra fue descrita como “literatura de promoción y encargo”; Las Casas y el efecto de la publicación de la *Brevísima* de en 1552 y Teodoro De Bry que publicó sus grabados en latín, inglés, francés y alemán. Pero no en español, se queja Ortega, cuando éste era “la lengua franca del momento, la lengua cultural, política y diplomáticamente dominante”.⁸³ Dicho trabajo iba dirigido contra España, tenía “por mira intencional, indirecta, el descrédito de la obra española en América, y por lo mismo iba dirigida a la opinión pública extranjera, hostil y antiibérica,⁸⁴ Además, nuestro autor echa mano de su erudición y sensibilidad artísticas al contrastar la imagen del indio que presenta el puritano De Bry con la de los grabados de fray Diego Valadés, que nada desmerecían ante el primero. Así nos dice que Valadés retrató unos indios -también “buenos salvajes”-, que fueron incorporados al cristianismo y salvados, mientras que De Bry idealizó al indio, mas mostrándolo como un ser distinto, extraño e incapaz de incorporarse al cristianismo.⁸⁵ Ortega concluye con inspiradas palabras que el

celofán de la envoltura estética renacentista protegía la desnudez física e histórica del indio norteamericano, pero dejaba transparentar la desnudez real, selvática y demoniaca de aquella inexplicable e incatalogable cuarta raza. [...] No es pues casual el hecho de que Valadés o el que haya sido, presente siempre desnudos a los indios pecadores y paganos, y vestidos a los ya catequizados: la desnudez puede ser bella pero es reprobable. Valadés salva al indio al vestirlo; De Bry lo condena, aun sin saberlo, al dejarlo encuerado.⁸⁶

Felipe (1675-1676)”; 10. “La devastadora contienda” y 11. “Otro intento también fallido”.

⁸³Ortega y Medina, *La evangelización puritana*, p. 30.

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ *Ibid.*, p.34.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 34 y 35.

Una vez presentado el indígena, todavía ideal, Ortega inicia su tesis con la figura del indio que al tratar de ser catequizado perdería los atributos con que se le había idealizado. Los puritanos y los ingleses en general habían procurado, tanto como los españoles, convertir a los indios al cristianismo. Por supuesto, los ingleses nunca vieron con malos ojos el afán de riquezas y de explotar a los naturales, pero para tener éxito en tales empresas mundanas era menester no olvidar la obligación primera y legitimadora: evangelizar. Labor que no sería difícil, según Hakluyt, pues los indios eran racionales. Esto lo saca a colación Ortega para decir que el teólogo y geógrafo inglés estaba bien enterado de la “apasionante discusión hispánica, de resonancia mundial, sobre el problema de la racionalidad del indios”.⁸⁷ Sin embargo, explica la confianza de Hakluyt en la racionalidad del indio por ser ésta el elemento indispensable para que pudiera ser catequizado y sujeto de salvación. Característica fundamental de la evangelización puritana que se llevaba a cabo basada en el intelecto del indio, no en su total humanidad. Preparado el terreno, Ortega puede introducir ya el tema del método evangelizador puritano, tan cercano al de fray Bartolomé, al que “sólo le faltaría para ser complet[o], o cuando menos semejante, la tercera exigencia del método evangelizador propuesto por el padre Las Casas: la invitación y suave moción (*allicio*) de la voluntad”.⁸⁸

Mas el contraste no puede ser mayor con el tema que a continuación introduce Ortega y con el que a la vez concluye, el de la crueldad. Tras éste subyace el *leit motiv* de la obra: de la confianza que inicialmente sintieron los puritanos en un indio racional, pasaron a la desazón que les provocó no obtener los frutos deseados debido, opina Ortega, al trato poco humanitario que dieron a los naturales a quienes vieron sólo como seres racionales.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 40.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 41.

Volviendo a la crueldad, puntualiza que ésta era vista con naturalidad y no se ocultaba en la Inglaterra de Isabel I. Los mismos actos de crueldad de la reina empalidecieron a los de María Tudor. Por otro lado, “las atrocidades estaban a la orden del día y nadie se compadecía hipócritamente, como hacemos hoy, de la suerte de los vencidos”.⁸⁹ Asimismo, recuerda que la frase “el mejor indio, el indio muerto” procedía de Irlanda, donde los ingleses masacraron a la población en diferentes épocas amén de adquirir la experiencia colonizadora que después emplearían en América. Ante las sospechas que estas declaraciones pudieran suscitar, aclara que no quiere crear una “contraleyenda”, a saber, si los españoles fueron crueles, más lo fueron los ingleses, por lo que define su postura:

[...] nosotros no nos sentimos con ánimo para emplear el desacreditado sistema argumental *ad hominem*, muy utilizado por otra parte entre los historiadores interesados y entre los acomodaticios. Nuestro interés, por lo tanto, radica menos en intentar fijar los resultados destructores, ciertamente fatales para el hombre y culturas indígenas en Norteamérica, que en determinar las circunstancias y condiciones que motivaron desde muy adentro la actividad devastadora anglosajona. Para ser más claros, dirigimos nuestra atención a las ideas que acerca de la naturaleza del indio se forjaron los puritanos ingleses y novoingleses, lo cual nos llevará de la mano a preguntarnos, en suma, por el problema todavía más interesante y dramático, el del pensamiento anglo-puritano relativo a la naturaleza del hombre.⁹⁰

Acomete ahora, con renovado brío, contra la exposición de la doctrina calvinista, tan repetida a lo largo de sus escritos, mas desde el punto de vista de las dificultades que enfrentó en la catequización de los indios, meollo de su libro. La considera la doctrina “que más desconfianza y desprecio ha mostrado por el hombre” pues, para Calvino, el ser humano era un “ente esencialmente pecaminoso y depravado del que nada bueno [era] de esperarse”.⁹¹ Con detalle

⁸⁹ *Ibid.*, p. 43.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 43 y 44.

⁹¹ *Idem.*

explica los postulados doctrinales calvinistas, haciendo hincapié, entre otros, en la predestinación incondicional, la inhabilidad humana para alcanzar la salvación, los limitados beneficios de la redención de Cristo, sólo para los elegidos y, para coronar tanta soberbia, la imposibilidad de que el elegido no alcanzara la salvación. El programa se completaba con la consabida vocación que bien podía interpretarse como signo de elección y por la que Dios “permite que cada hombre se gane la vida honrada y activamente dentro del mundo (ruptura con la tradición jerárquica y estatutaria medieval) y otorga plenitud al *status* de cada quien supuesto que únicamente se realiza la vocación ejercitándola”.⁹²

Por otro lado, continúa, la relación con Dios se establecía a través del ya conocido triple y complicado “pacto”: de gracia, eclesiástico y político, a saber, con Dios, con la comunidad religiosa y con la comunidad política a la que Dios veía como su pueblo elegido, aunque no todos sus integrantes fuesen a salvarse. Lo que no obstaba para que todos se sometieran a las normas establecidas, pues la falla de uno solo de sus miembros los afectaría a todos.⁹³ Esta era, nada menos, la religión a la que los puritanos tratarían de convertir a los indios. Y aunque veían difícil que los indios estuvieran entre los elegidos, pensaban que acaso sí podrían establecer los dos primeros pactos, el de gracia y el religioso. Mas el tercero, el político federal, era casi imposible que lo constituyeran.⁹⁴

En verdad, comenta Ortega, los peregrinos “aspiraban a vivir de lo mismo que tanto hemos censurado en los conquistadores: de los indios”. Con ello no hacían sino seguir el consejo de Samuel Purchas, “sembrar espiritualidades para recoger temporalidades” o, como cita Ortega en otro

⁹² *Ibid.*, p. 45 y 46.

⁹³ *Ibid.*, p. 48.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 52.

lugar, “comprar las perlas de la tierra” y vender las del cielo.⁹⁵ Sin embargo, era evidente para los bien informados anglosajones que quienes se beneficiaban más de las “espiritualidades” eran los españoles. Pero los soberbios puritanos, que veían en todo la mano de Dios, no interpretaron este hecho como un favor divino a los papistas, por lo que aprovecha la oportunidad para recordar - precisamente de entre todos los ejemplos de la conquista española-, que el proyecto evangelizador de Las Casas de 1516 a 1520 se basaba también en el interés mercantil y espiritual: intercambio pacífico de productos indígenas por baratijas españolas, comentando con satisfacción:

[...] lo más curioso del caso si no es que también lo más irónico del mismo es que[Las Casas] no experimentara los mismos ciegos e hipócritas escrúpulos que acongojan a algunos historiadores y sociólogos de hoy por el hecho de que en la operación de rescate se adquiriesen metales preciosos a cambio de féferes y quincallería.⁹⁶

El incumplimiento del pacto por parte de los indios llevó a los colonos a hacerles la guerra: castigo que Dios daba a los infieles que se atrevieran a romperlo. Nuestro autor ilustra con numerosos ejemplos tanto la importancia que los puritanos daban a los pactos políticos y religiosos, como a la ignorancia, ingenuidad e incapacidad de los indios para cumplirlos. Recuerda cómo la cómoda interpretación de los protestantes (que compraban legalmente tierras a los indios, mas los castigaban cuando rompían un contrato que no entendían) fue rechazada por Roger Williams, pastor de Salem, expulsado de su comunidad porque rompió el pacto político y de quién está seguro había leído la *Brevísima* de Las Casas. Además, considera con cierta ironía, que el puritano

resultaba tan original con su libertad de conciencia, su gobierno democrático y su aceptación de una posible iglesia indiana, como el padre las Casas con sus ideas y su método de evangelización lento y

⁹⁵ *Ibid.*, p. 66. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, p. 19.

⁹⁶ Ortega y Medina, *La evangelización puritana*, p. 69.

muelle en medio de la jauría interesada y ambiciosa de clérigos y seglares.⁹⁷

Para ambos religiosos no había diferencias entre un europeo y un indio, coincidiendo también en el “carácter utópicamente tópico de sus respectivas fundaciones: la Vera Paz y Providencia”.⁹⁸ Sin embargo, los ingleses desoyeron los alegatos de Williams a favor de los indios y tuvieron que sufrir la destructora guerra del Rey Felipe (cuyo nombre recordaba el de los odiados monarcas españoles), quien se negó a aceptar la nueva religión, liquidando “el sueño cristiano de la convivencia y buenas relaciones con los indios.”⁹⁹ Los colonos no sólo fueron implacables con los vencidos sino que persiguieron también a los indios rezanderos (los conversos) a quienes quitaron sus tierras.

Concluye nuestro autor que los colonos ingleses

posteriores adquirieron mucha experiencia de estos ejemplos novoingleses; experiencia que andando el tiempo pasó casi íntegra a los norteamericanos los cuales, gracias asimismo a las provocativas guerras contra los indios, fueron ensanchando su territorio: una política que después, a escala continental, practicarían contra españoles y mexicanos.¹⁰⁰

También se ocupa de William Penn quien, como antes Williams, había procurado la evangelización de los indios. Sin embargo, pese a todo el amor que le ofrecían los cuáqueros a los indios, éstos estaban muy lejos de comprender la teología protestante. Y cuando fracasaron sus tareas catequistas, como los cuáqueros no podían pelear, encargaron a los bravos iroqueses, con los que mantenían un muy lucrativo comercio de pieles, arrebatarse sus tierras a los indios vecinos.¹⁰¹ Por otro lado, los perezosos pieles

⁹⁷ *Ibid.*, p. 99.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 100.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 101.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 105.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 107.

rojas no cumplieran con el precepto de cultivar la tierra, de modo que los escoceses (léase calvinistas presbiterianos) que llegaron a Pennsylvania, tuvieron pretexto para despojarlos. Pero eso sí, legalmente, pues la historia de los colonos y después la de sus herederos los norteamericanos, está llena de términos que justifican la “integración” que no es sino la expansión territorial, de ahí que nuestro autor concluya que echar una

ojeada a un mapa histórico de los Estados Unidos nos confirma en la cándida manía que poseen sus estudiosos de presentar las adquisiciones territoriales de su país, insistamos en esto, como *compras* o *cesiones voluntarias*: el pudor mercantil puritano subsistente todavía en la Unión Americana, en tanto que herencia histórica e inconsciente colectivo, no les permite escribir lo que para cualquier otro país sería menos embarazoso: CONQUISTADO. Los Estados Unidos son, pues, hoy por hoy el único país de la Tierra que puede afirmar sin sonrojo que no le ha quitado nada a nadie. Y si alguien se lo cuestionare le bastará con poner bajo las narices del atrevido el contrato o recibo correspondiente.¹⁰²

Ortega y Medina prepara a sus lectores, antes de exponer con detalle a los métodos empleados por los puritanos para catequizar a los indios,¹⁰³ con una comparación entre la evangelización puritana y la católica, de donde concluye que, en las tareas evangelizadoras, el catolicismo español logró lo que se propuso: incorporó al indio a la cultura cristiana, tanto espiritual como material, porque lo vio como un hombre pleno. En cambio, nos dice, no sucedió así en la evangelización protestante en la que esfuerzos no faltaron. Pero en este caso, la diferencia no la hicieron los hombres, sino sus ideas religiosas. Mientras los católicos hicieron a los indios cristianos, los puritanos apenas los

¹⁰² *Ibid.*, p. 112.

¹⁰³ 1. “El mandato evangélico y la destrucción de los indios”; 2. “Vía evangelizadora puritana: ‘*Scripturae plenitudinem adoro*’”; 3. “Más preguntas incisivas”; 4. “Luz alfabetizadora y evangélica”; 5. “La iglesia indiana”; 6. “Expansión misionera”; 7. “El Colegio Indiano de Harvard”; 8. “La novedad mercantil de la empresa misionera”; 9. “Financiamiento de las Compañías o Sociedades misioneras” y 10. “Tribulaciones novoinglesas y repercusiones indianas”.

ponían en el difícil camino de serlo mediante el método lento de convencimiento. Entre las diferencias que Ortega apunta está la falta de valor de las obras a los ojos de Dios, que significaba para los puritanos que no tener éxito entre los indios era signo de la voluntad divina. Mas “el misionero católico, por contra, por lo mismo que sabía el alcance que poseían las obras, no podía ambicionar sino el desprendimiento evitando así los enguizcamientos de la soberbia”.¹⁰⁴ Por lo mismo, llenos de confianza, los católicos eran muy versátiles y lo probaron todo:

Los puritanos no tuvieron más que un método y cuando éste les falló ya no supieron qué hacer; los frailes españoles, en cambio, lo intentaron todo con mejor o peor fortuna; *incluso el disparatado aconsejado por el padre Las Casas, que imaginó a un indio excesivamente capacitado por la bondad y la razón, con lo que a la larga el método resultó impracticable por desorbitadamente ingenuo y confianzudo.*¹⁰⁵

Por supuesto, señala don Juan, los empeños de los puritanos por catequizar fueron encomiables, pero ellos mismos arruinaron sus propios afanes. Aún así, generaciones de misioneros de una misma familia, sin desalentarse por los magros logros de sus mayores, se dedicaron a la prédica misionera.¹⁰⁶ Entre ellos destacó John Eliot, traductor nada menos que de la Biblia al algonquino.¹⁰⁷ Sin embargo, su objetivo no era que se valieran de ella los predicadores -como fue el caso de los misioneros católicos-, sino que el libro sagrado cumpliera su función como instrumento de salvación, que fuese leído por los indios y se pusiesen en contacto con Dios. Así, el camino del adoctrinamiento resultó sumamente lento: se necesitaba que los indios aprendieran a leer para luego valerse de la Biblia. El tardío convencimiento de que, pese a la utilización del método lento, eran pocos los indios convertidos,

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 127.

¹⁰⁵ *Idem.* El subrayado es nuestro.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 126.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 135-137.

fue decisivo para que se abandonara al indígena, amén de que muchos predicadores llegaron a la conclusión que si no era la voluntad de Dios que se salvaran salía sobrando tanto esfuerzo humano. Ortega apunta otras razones del fracaso que se prestan a la comparación con la evangelización hispana. Si en tiempos de paz pudo haber armonía entre los puritanos y los indios, rota ésta los nativos se encontraron sin ninguna protección al no haber freno alguno a la agresividad inglesa. En las colonias españolas, en las que se daba cuenta de todo a la metrópoli, no se podía actuar tan impunemente contra los indios pacificados que eran nada menos que súbditos de la corona.¹⁰⁸ Por último, comenta nuestro autor acerca de las rígidas, si no inhumanas, disposiciones a que debían someterse los conversos en las colonias inglesas:

Es indudable que en muchas de estas ordenanzas priva un profundo y sano sentido moral; pero también es cierto que en ellas campea un mórbido deseo de acabar de raíz, bueno y malo, con todo lo procedente del mundo indígena. Por primera vez en la historia cristiana, en lugar de la sustitución se imponía la destrucción de la individualidad soterrada [...] La acción depredadora y destructora se apunta no sólo contra el típico panteísmo del piel roja, sino también contra toda la naturaleza con la que él se identifica en sus juegos y vivir cotidianos.¹⁰⁹

Por razones obvias, nuestro autor se explaya en un tema poco común en la evangelización católica. el de los misioneros a sueldo y las exigencias a las que los sometían sus patrocinadores. De esta manera, destaca el caso de un pastor indio, Sansón Occom que fue llevado a Inglaterra en donde despertó tanto entusiasmo que regresó con la fabulosa cantidad de 12 000 libras esterlinas que, sin embargo, no fue usada para ayudar a los indios sino para fundar la Universidad de Darmouth en 1771. El indio había sido sólo “un gancho excelente para la maniobra recaudadora filantrópica”¹¹⁰ Por ello, Ortega afirma

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 140.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 145.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 166.

que la ayuda económica para las misiones no procedía de la tradicional caridad cristiana de los católicos, sino de la filantropía en su sentido protestante. Las donaciones de los fieles se reunían en un fondo que se invertía en valores de cualquier sociedad comercial y con los intereses obtenidos se sostenía la misión. No se trataba, dice con agudeza don Juan, de gastar el dinero sino de ponerlo a trabajar. Mas, con todo el dinero que fluyó hacia las misiones, éstas fracasaron. El tema, convenientemente ilustrado por nuestro autor, es de los más importantes del libro, sobre todo porque no puede evitar la comparación con lo sucedido en los dominios españoles en donde no se prohibió, como en los ingleses, el trabajo artesanal de los indios:

Los misioneros organizaron el trabajo indígena por profesiones y en muchos casos enseñaron a los indígenas las artes y oficios de procedencia europea. En suma, los conventos, colegios y misiones católicas se convirtieron en semilleros de excelentes artesanos.¹¹¹

Los puritanos poco se preocuparon por el fruto de la obra misionera que, en realidad, era magro: las “escasas ganancias (conversiones) no compensaron el alud de las pérdidas (gastos)”.¹¹²

El espíritu mercantil que desde un principio acompañó a los puritanos, impregnó de tal manera sus vidas que llegó el momento en que lo material llegó a ser más importante que lo espiritual como prueba de la elección. Le complace a Ortega encontrar ejemplos de puritanos que presumían del favor divino de acuerdo con el éxito obtenido en los negocios.¹¹³ Si a finales del siglo XVII abundaban los casos que mostraban el desprecio que sentían los puritanos hacia los pobres de su comunidad, es fácil imaginar que el indio les merecía muy poca o ninguna consideración. Mas huelga decir, insiste machaconamente, que

¹¹¹ *Ibid.*, p. 182.

¹¹² *Ibid.*, p. 189.

¹¹³ *Ibid.*, p. 194.

los puritanos no se percataron que su problema era el método evangelizador y así siguieron creyendo que ésa era la voluntad de Dios.¹¹⁴

El capítulo “Los enemigos de la evangelización puritana”¹¹⁵ lleva como epígrafe unas palabras de Cotton Mather inspiradas en un verso de Virgilio: “Era empresa de mucha monta fundar el imperio de Cristo entre la gente indiana”. La frase ilumina la intención de Ortega: mostrar el esfuerzo evangelizador de los puritanos pero desde la perspectiva de su expansión por América, en donde se encontraron con el obstáculo y amenaza de los establecimientos católicos franceses. Los puritanos y los indios no eran los únicos que poblaban los nortefños territorios de América. Desde 1608, antes que los puritanos, ya se habían asentado los franceses y, con ellos, los ubicuos jesuitas, los religiosos católicos más odiados por los calvinistas pues tenían entre sus tareas más señaladas la de combatir a los protestantes. A través de la evangelización católica francesa, Ortega apuntalará mejor su defensa de España.

Así, retoma el asunto, ya tratado al principio del libro, de las bondades americanas frente a la corrupta Europa, pero en esta ocasión, desde el punto de vista de los puritanos del siglo XVII. Habían creído encontrar en América el mejor lugar para establecer su comunidad de santos, pero pronto descubrieron la presencia del Demonio que se enseñoreaba también en estas tierras. Se impusieron entonces la misión que se remontaba a la Inglaterra del siglo XVI de combatir al maligno como elegidos de Dios que eran. Ortega

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 196.

¹¹⁵ El capítulo está dividido en los siguientes apartados: 1. “Cristianografía utópica y justificación misional”; 2. “La oposición de los servidores (papistas) del Anticristo”; 3. “Reto misionero”; 4. “Dificultades del método puritano de evangelización”; 5. “Nueva dificultad: ‘*certitudo salutis*’”; 6. “Sátiras e ironías puritanas”; 7. “Rivalidad económica”; 8. “Testimonio de la propaganda y competencia apostólicas”; 9. “‘Taumatología pneumática’ u otra vez el Diablo”; 10. “*Incubos y súcubos*. Racismo teológico”; 11. “Una luz epicúrea en la tiniebla moral puritana”; 12. “El enemigo

aprovecha la justificación puritana para señalar la trascendencia de su misión en América que fue continuada por los norteamericanos:

Respondiendo a esta típica corriente optimista, coloreada toda ella por la evidente (manifiesta) excepcionalidad americana, declarará John Adams en 1765 que la colonización inglesa, ya triunfante, había sido intentada providencialmente para libertar a todos los habitantes del planeta. El pueblo elegido de Dios seculariza sus afanes y se proclama ahora por boca del gran político, el gonfaloniero de la democracia. La libertad que postula Adams está ya muy embuchada de elementos que no son estrictamente espirituales; mas hay que considerar asimismo que dicha libertad americana, en tanto que inexcusable compromiso espiritual puritano, *también estuvo embutida de legítimos e ilegítimos intereses políticos y económicos*¹¹⁶

Continúa señalando que el proteico Demonio se manifestaba bajo la forma de los predicadores católicos. Los puritanos pronto se dieron cuenta de que españoles y franceses, a través sobre todo de los jesuitas, obtenían mayores frutos en la evangelización de los indios. Por supuesto, la competencia era eminentemente política, pero la expresaron mediante la justificación religiosa. Los peregrinos no sólo encontraron en América

el obstáculo empecinado del poder demoniaco sino también el odioso y pugnaz del Anticristo representado por los católicos de España y Francia. Pese al peligro que representaban los sirvientes de Satanás (indios y papistas), el temple espiritual no decayó y antes bien, se mostró diamantino.¹¹⁷

Pero esta religiosidad era estimulada por el comercio de las pieles que controlaban los franceses y los ingleses codiciaban. Si en un principio, último tercio del siglo XVI, el conflicto era eminentemente religioso, pasado el tiempo, entre los puritanos americanos,

francés y la misión como enemiga"; 13. "Freno a la expansión y calificación de la misma" y 14. "Nuevos métodos puritanos. El recuerdo inmarcesible de Francia".

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 211. El subrayado es nuestro.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 212.

los resortes espirituales se enmohecerían hasta tal punto que sólo quedarían como fuerzas actuantes las económicas y políticas; mas la inercia del pasado sería tan actuante y potente que de vez en cuando aparecería agitando furiosamente los brazos y reclamando su puesto. Los argumentos espirituales justificantes, como esos fantasmas de mirar polifémico que aún se aparecen por los pueblecillos serranos, harían acto de desafortada presencia lo mismo contra los franceses (1689-1763) que contra los hispánicos (1817); igual en 1835 que en 1847 contra México.¹¹⁸

Ortega observa que el Demonio bajo la forma de indios y católicos fue poderoso acicate entre los evangelizadores puritanos. Uno de los más eminentes catequizadores, Cotton Mather sólo aprendió el español, y en pocas lecciones, para escribir un catecismo calvinista en el que rebatía los postulados católicos. Sin embargo, poco adelantaron estos puritanos, no obstante que empleaban los mismos métodos (intercambio de materialidades por espiritualidades) que censuraban en los católicos. Insistieron en que su “método lento de conversión (método racionalmente persuasivo, meticoloso, delicado y rígidamente comprobatorio) permitía asegurarse que se hacían cristianos de hecho y no de nombre,”¹¹⁹ como eran los católicos. Ortega se permite volver a hablar de Las Casas, de Eliot y de Williams para contrastar el pesimismo evangelizador lascasasiano con el optimismo de Motolinía y el de Sahagún, “franciscano tan conocedor y sabio”.¹²⁰

También recrea otros problemas que enfrentaron los puritanos, mas desde el punto de vista de lo que hacían los misioneros católicos. Estos convivieron con los indios, les enseñaron sus artes y artesanías, música, cocina, arquitectura barroca; los dejaron seguir bailando en las iglesias, pues si David lo había hecho ante el Arca “¿por qué no habían de tocotinear los indígenas delante de las imágenes cristianas como antes lo habían hecho ante las

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 214 y 215.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 219.

paganas?"¹²¹ En apretadas palabras, hace Ortega la defensa de la rica tradición hispana comparada con la escuálida puritana:

El catolicismo cultivaba y expandía pedagógicamente la belleza que, por lo general y de acuerdo con lo dicho, el protestantismo rechazó en gran parte y que el calvinismo-puritano en lo particular, condenó demencialmente. Los hombres nórdicos reformados, "bárbaros sin experiencia" como los apellidó Jorge Santayana, fueron incapaces de comprender la cristiandad romana en lo que ésta postulaba, por una parte, de renuncia al mundo y, por la otra, de paganización alegre, esplendorosa y bella. El puritanismo, de acuerdo con el filósofo norteamericano nacido en Madrid pero educado en Harvard, rechazó lo que el catolicismo aceptó con gozo; el refinamiento, el esplendor, la poesía; en suma, añadamos, la rica tradición helenística presente, sobre todo, en el estilo de vida (formal y ornamental) barroco e hispánico.¹²²

Al no haber duda alguna de que en la carrera por ganar a los indios les sacaban ventaja los católicos, los puritanos optaron por satirizar los esfuerzos de éstos: que presentaban a los indios un cielo muy atractivo y un infierno terrible. Sin embargo, Ortega devuelve la ironía y dice que los puritanos nunca pudieron presentar un cielo que fuera apetecible para los indígenas.¹²³ Mas no escapaba a los indios que tras la competencia religiosa estaba el comercio de pieles; un cacique indígena declaraba sin ambages que, según quien le diera más dinero, tendría "ministro" o "padre". Fue así la escasez de "temporalidades" la que llevó a los puritanos, ante el éxito y avance de las misiones católicas, amén de todas las pieles de castor que se llevaban los franceses, a dar armas de fuego a los indios iroqueses.¹²⁴

¹²⁰ *Ibid.*, p. 220.

¹²¹ *Ibid.*, p. 224. Creemos que Ortega inventó el verbo "tocotinear" derivándolo de tocotín, danza antigua de México.

¹²² *Ibid.*, p. 224 y 225. Precisamente, las ideas de Santayana las tomó Ortega de Paul K. Conkin, *Puritans and Pragmatists. Eight Eminent American Thinkers*, Toronto-Nueva York, Dodd, Mead & Co. 1968. p. 411 y 412.

¹²³ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 230.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 232.

Sorprende a nuestro autor que los pastores puritanos, especialmente Cotton Mather, vieran el progreso de las comunidades puritanas y la evangelización indígena como una constante lucha contra el Diablo, pero no sólo en el sentido teológico, sino como un adversario físico que podía dejar su olor a azufre. De ahí que considere a Mather un “caso psiquiátrico” por creer en prodigios y portentos dañinos y maléficos, aventurando un comentario un tanto retórico en cuanto que los católicos no se quedaron atrás en esto de sentir la presencia física del Maligno:

Uno se queda en verdad perplejo ante estas afirmaciones sostenidas por personas muy serias, estudiosas y además de no vulgar talento; pero es que aquellos hombres, testigos de tales manifestaciones diabólicas, poseían sin duda una espectral vivencia y evidencia del Demonio que con dificultad podemos nosotros modernamente aprehender y experimentar.¹²⁵

Lo más grave fue que, a los ojos de los puritanos, los indios acabaron siendo instrumento del propio Demonio en su lucha contra Dios; de esta manera,

las guerras contra los pielesrojas, las herejías novoinglesas, los amargos conflictos intereclesiásticos, la aterradora proliferación de las brujas y los vitandos pecados de algunos colonos eran señales más que ominosamente patentes de que Satán (*El acusador*) había aceptado el reto puritano y anglicano y de que no estaba fácilmente dispuesto a ser derrotado y destronado de su secular imperio indoamericano.¹²⁶

Tampoco desaprovecha Ortega el asunto racial en su crítica a los puritanos. La creencia que tenían los ingleses en la superioridad de los blancos se manifestó en el rechazo a tener relaciones sexuales con los nativos, otro obstáculo a la evangelización. Esta actitud racista provocó una justificada desconfianza entre los indios, por considerar ofensivo el desprecio inglés.¹²⁷ Y

¹²⁵ *Ibid.*, p. 239.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 242.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 243.

aunque no faltaron quienes recomendaran como benéfico el mestizaje, nuestro autor señala que la causa del rechazo era teológica, la predestinación:

Una vez que Calvino y con él las congregaciones puritanas rompieron con la idea católica del *Corpus mysticum* y se acogieron exclusivamente a la idea selectiva del remanente elegido, dividiendo así a la humanidad entre *santos y réprobos*, las relaciones sexuales de los primeros sólo pudieron consumarse entre iguales;¹²⁸

La labor de los misioneros franceses permite a Ortega hacer la comparación entre la evangelización católica y la protestante, sobre todo, sin necesidad de echar mano de los españoles, cuya presencia es, sin embargo, evidente, pues es en su provecho que dicha comparación se hace. Durante más de un siglo de guerras intermitentes originadas en Europa, los colonos ingleses y franceses se apoyaron en las tribus indias, catequizadas o no, para combatirse entre ellos. La rivalidad la recrudecía el hecho de que los puritanos, con todo y las campañas emprendidas contra los católicos, tuvieron que reconocer “la incapacidad puritana para transformar a los indios en fieles creyentes”, muestra del éxito de los “apóstoles” franceses.¹²⁹

Así, ante el asunto del racismo puritano, Ortega aprovecha para hablar a favor de España y de Las Casas. Nos dice que si los puritanos rehuyeron el contacto sexual con los indios y los franceses lo permitieron, aunque no alentándolo, en el caso español el Cardenal Cisneros y fray Bartolomé promovieron el mestizaje con la idea de que los caciques fueran, en poco

¹²⁸ *Ibid.*, p. 254 y 255. Por abundar en sus críticas a la evangelización puritana, Ortega justifica la existencia del establecimiento comercial de un Thomas Morton en donde se reunían indios y blancos para beber, bailar y darse a toda clase de desenfrenos. Aunque reconoce que Morton pensaba que las “plagas que afligían y diezaban a los indios eran una providencial bendición”, no menos creía que “el mejor modo de estrechar los lazos entre ambos pueblos era el amoroso”. De ahí que nuestro autor, abusando de la parcialidad, se admire de ese “oasis renacentista situado en mitad del desierto y resequedad puritanos.” Los puritanos no sólo se quejaban de la inmoralidad de Morton sino de que les aventajaba en el comercio de las pieles. *Ibid.*, p. 251.

¹²⁹ *Idem.*

tiempo, españoles. Mas no sólo por esto, sino por el trasfondo religioso católico que consideraba a todos los hombres sujetos de salvación.¹³⁰

Sigue, en turno, la apología de los jesuitas, tanto por sus métodos evangelizadores como por su oposición a la inmigración francesa. Los jesuitas tenían en mente más que una colonia, una misión en la que pudieran proteger a los indios del contacto con los europeos. Idea que compartieron también con los franciscanos de Georgia y de la Florida. Ortega desprende dos conclusiones del hecho de que los frailes desalentaran la colonización: la una, que ésta no prosperó no por falta de recursos o energías, menos por cierta “decadencia”,¹³¹ sino por una política expresa de los misioneros. La otra que, por desgracia, al faltar el apoyo de la población blanca, los indígenas fueron fácil presa de tribus más belicosas armadas por los anglosajones “codiciosos, enemigos jurados de todo lo hispánico” que los exterminaron junto con sus “heroicos misioneros jesuitas” quienes no pudieron salvar la contradicción: o conservaban las tierras gracias a la intensa colaboración del hombre blanco o, las perdían con todo y los indios que habían catequizado y apartado de los blancos.¹³² En suma, quiere dejar bien sentado el éxito de las misiones jesuitas para acabar con el falso alegato de que los indios de Norteamérica no eran sujetos de civilización. Sin embargo, alarga el relato al incluir la consabida crítica a las políticas liberales decimonónicas que tanto afectaron a los indios, pues si

[...]nuestros liberales de la década de los treinta del siglo pasado, los iniciadores de la tragedia californiana, hubiesen podido tener hacia el pasado colonial casi inmediato una actitud histórica más emocional y comprensiva hubieran tenido en cuenta antes de festinar sus principios sociopolíticos y económicos individualistas, lo que había acontecido 66

¹³⁰ *Ibid.*, p. 258.

¹³¹ *Ibid.*, p. 267.

¹³² *Ibid.*, p. 255 y 256.

años antes con las misiones jesuitas de Sonora, cuando los mal llamados "frailes prietos" fueron extrañados.¹³³

No le resta más que referirse al trato que los norteamericanos dieron a los indios, ya desprotegidos, después de quedarse con las tierras del norte de México:

Los indios californios desaparecieron al impacto despiadadamente liberal y utilitario del hombre blanco anglosajón y las feracísimas tierras roturadas y fructificadas con los sudores y esfuerzos de los indios (y también de mestizos y colonos blancos) pasaron a manos mucho más activas, productivas y emprendedoras; pero también menos humildes, misericordiosas y cristianas.¹³⁴

Otro punto más a favor de españoles y franceses -en esta extrema contraposición de católicos y puritanos que a nuestro autor complace-, lo constituye el hecho de que fue tanto el empeño que mostraron los misioneros católicos en proteger a los indios del contacto de los colonos, que se sacrificó el interés de éstos. Empeño que, por supuesto, estuvo respaldado por los gobiernos de España y Francia. En comparación, el daño causado por los ingleses, desde el punto de vista étnico y ecológico fue inmenso, debido a la

originalidad inglesa, antitradicional y pues reformista, de colonizar sin haber contado con los *otros*, con el prójimo, con los dueños previos de la tierra; es decir, con los indios, que es justamente con lo que contaron bien que mal (más lo primero que lo segundo para ser justos) en primer término, las órdenes religiosas para aplicar sus planes misioneros: incorporación, convivencia y salvación.¹³⁵

¹³³ *Ibid.*, p. 265. *Vid.*, Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984. p. 205-233. Del Río parece no compartir la opinión de Ortega acerca de las bondades de las misiones de los jesuitas, pues si bien se protegió a los indios, también se les hizo dependientes y se les desarraigó de sus tradiciones culturales.

¹³⁴ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 266.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 268.

Tal era la envidia que los puritanos sentían por el éxito de los misioneros católicos y el desconcierto ante sus propios fracasos que buscaron evangelizadores muy bien preparados sin comprender que “si la simpatía de los indios se inclinaba por los franceses, era a cuenta del roce cotidiano.”¹³⁶ Menos parecían darse cuenta de que, en verdad, más se interesaban en las tierras de los indios que en la catequesis, amén de que los predicadores no podían frenarlos ante la falta de “*imperium*” que, en cambio, si ejercía el gobierno español.¹³⁷ Los mismos indios reclamaban a los colonos el poco cuidado de que eran objeto y los predicadores respondieron tratando de enseñarles la doctrina cristiana en inglés. Pero este experimento también fracasó: se quejaban los puritanos de que los indios les hablaban “con mansas palabras pero sus corazones esta[ban] con los franceses.”¹³⁸ Finalmente, los franceses siempre respetaron a los indios y a sus tierras, no los trataron con orgullo ni menos los ridiculizaron. Por si esto fuera poco, también dieron su vida por ellos, pues como dice Ortega en una sorprendente declaración:

[...] los padres franceses no tenían, no podían tener competidores serios en su apostolado que fue acompañado frecuentemente con la corona de los más horripilantes martirios. El heroísmo y los sacrificios de los jesuitas franceses constituyen una página extraordinaria en la historia de las misiones católicas sólo comparables a otras no menos espeluznantes escritas con su sangre por los jesuitas hispanos en el Japón medieval del siglo XVII.¹³⁹

De esta manera deja implícita la tajante diferencia que tenía el significado de misión entre los católicos y la que Frederick Merk le había dado al destino manifiesto anglosajón y que justamente ya había rebatido en su propio *Destino Manifiesto*.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 271.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 274.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 273.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 277.

Nuestro autor inicia la última y polémica parte de su libro, "Desarraigo telúrico y americanidad insuficiente,"¹⁴⁰ con el retórico "debemos insistir" al que mucho recurre porque ahí está contenida la conclusión de su trabajo. Considera que a la pregunta de por qué fueron casi exterminados los indios en Norteamérica se han dado tradicionalmente dos respuestas: una, la incapacidad de los naturales, menos civilizados que los de Mesoamérica; otra, la crueldad anglosajona. Ortega rechaza ambas. En el primer caso abunda en ejemplos que prueban que muchos de los indios de Norteamérica eran bastante sedentarios, pero sobre todo, recurre a los logros alcanzados por muchos de los mismos predicadores puritanos, por no mencionar los de los franceses católicos que catequizaron al mismo tipo de indígenas. Esta primera tesis es, por supuesto, de origen sajón, con ella

[...] se intentaba, por un lado, justificar el exterminio llevado a cabo; por el otro, ablandar las premisas diferenciadoras que hicieron posible el éxito civilizador de España con los indios de las altas culturas agrícolas precolombinas, y el inevitable fracaso anglosajón por causa de operar con tribus indígenas cazadoras; es decir, de escasa o casi nula civilización.¹⁴¹

No puede evitar establecer algunas comparaciones entre la colonización inglesa y la española ya que, si son juzgadas por sus resultados, "la política española se lleva la palma", con sólo considerar su legislación a favor de los indios.¹⁴² En el segundo caso, nuestro autor recurre a una distinción que aprendió, nada menos que, significativamente, de William Prescott,¹⁴³ entre la moralidad o inmoralidad del acto y la del actor; si juzgamos la del primero "por los inmutables principios de lo bueno y lo malo, debemos tratar la [del actor]

¹⁴⁰ La divide en: 1. "La exclusión ineluctable"; 2. "Unos cuantos botones de muestra"; 3. "El muestrario norteamericano" y 4. "Consideración sumaria".

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 291.

¹⁴² *Idem.*

¹⁴³ *Vide supra* (cap. IV, prólogo a Prescott) provisional

mediante el fluctuante patrón de la época”.¹⁴⁴ De ahí parte para explicar por qué no hubo tal crueldad anglosajona por más que parezca tan evidente:

[...] los norteamericanos, aniquiladores de indios, actuaron de acuerdo con las luces ilustradas, liberales, sociodarwinistas, pragmáticas y positivistas del siglo XIX; pero dichas luces o fórmulas estaban también condicionadas, insistamos en ello, por la herencia espiritual protestante que durante tres siglos, a partir de finales del XVI, forjó la conciencia destructora, apróxima y antiindia: conciencia motora para los más innobles apetitos y justificadora de las más inexorables medidas. Por consiguiente, creemos que la política destructiva hunde sus raíces en el pasado; no fue causada la destrucción por una innata perversidad anglosajona sino provocada originalmente por la definición teológica de lo que se supuso era el hombre: pecado, condenación.¹⁴⁵

Los ingleses, en efecto, sí trataron de evangelizar a los indios, pero su religión se los impidió. Los indios no se salvaron por ser indios sino por ser réprobos.

Ortega abunda en la documentación del mal trato que los puritanos dieron a los indios, para decirnos que tales acciones se debían a la teología calvinista, tras lo cual, paradójicamente, quedamos más que convencidos de la crueldad con que efectivamente se trató a los indios. Crueldad que se encarga de recordarnos, casi en cada caso, no se encuentra en el trato de los españoles a los indios: una cosa era aceptar la servidumbre, cosa común en la Europa de entonces, otra era “contextuar el exterminio”¹⁴⁶. El efecto de este apartado, si leído entre líneas, es demoledor:

[los elegidos puritanos] creían histórica y religiosamente en la rectitud de su dominio destructivo sobre sus adversarios [...] se consideraban real y verdaderamente los ejecutores del plan bíblico-histórico: instrumentos activos, purificadores y jehovizantes. El puritanismo, debemos aclararlo, no era perverso; a veces, (más de la cuenta en muchas ocasiones) destruía racionalmente a los que su Dios rechazaba y negaba: a los indios en este caso. El porqué de esto no es cosa que se le planteaba con inquietante profundidad crítica y psíquica, porque

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 294.

¹⁴⁵ *Idem.*

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 303.

todo se resolvía en última instancia mediante un juicio secretísimo de Dios; es a saber, por medio del misterioso mecanismo espiritual de la predestinación, siempre o casi siempre negativa para los indígenas.¹⁴⁷

En el caso de los norteamericanos y tras la ilustración, la teología pasó ya a segundo término y en el trato a los nativos se impuso la codicia por sus tierras, encubierta por el propósito de que abandonaran la caza y se dedicaran a la agricultura. En realidad, Ortega introduce a los norteamericanos para rematar con el tema del que se ocupaba desde 1953, cuando percibió,

que el construir una historia sobre un tembladero de incomprensiones y sin el enraizamiento adecuado, dramáticamente necesario, con la cultura india había hecho del ente histórico norteamericano un ser desarraigado [...] ¹⁴⁸

Sin falsa modestia, porque tenía razón, comenta que la historiografía moderna sobre los indios, había confirmado “[su] intuición de hac[ía] veinte años”.¹⁴⁹

Establece así que en el trato a los indios no hubo una “ingénita perversidad anglosajona” ni poco interés de los misioneros, sino “una progresiva y nefasta actitud espiritual frente al hombre y, por añadidura, frente al hombre indio”.¹⁵⁰ Si bien da cuenta de la ayuda que los indios prestaron a los colonos en las muchas guerras que pelearon y, sobre todo, de la suerte que los naturales corrieron cuando se quedaron sin la protección de los franceses, lo que en verdad muestra es la evidencia del fracaso evangelizador de los puritanos que no es sino el propuesto también por Las Casas. La arremetida de Ortega contra el dominico no es en ningún momento frontal, ni siquiera en este caso de la doctrina del convencimiento lento. La mejor manera de rebatirlo era criticando sus propuestas a través de la aplicación que le dieron los calvinistas al evangelizar a los indios.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 304.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 312.

¹⁴⁹ *Idem.*

Ortega se limita a presentar los resultados. La vía humana, emotiva, comprensiva fue más efectiva que la meramente racional. Sin embargo, las consecuencias del fracaso evangelizador puritano, con el consecuente rechazo a los indios y la ocupación de sus tierras, se extendieron hasta el siglo XIX en que México fue despojado de más de la mitad de su territorio.

Finalmente, Ortega concluye con el caro tema de la americanidad insuficiente, la falta de arraigo telúrico y el consecuente monroísmo arqueológico. Este último surgió de la extrañeza que provocó en él, el interés de los norteamericanos por apropiarse del pasado precolombino de los dominios españoles. Debía tener una explicación que resultó terrible: como los anglosajones habían exterminado a la población nativa, no por crueldad, sino por su credo religioso, se quedaron en unas tierras carentes de raíces, por lo que fueron a buscarlas, inútilmente, a otro lado.

Dos milenios de cultura occidental, nos dice, no compensaron a los norteamericanos de la pérdida de su otra raíz, la de las tierras que habitaban, la que truncaron al exterminar a los indios. Visto de esta manera, no todo fue ganancia y beneficio para los anglosajones; tuvieron que pagar un precio por el aniquilamiento del piel roja, el de quedar “telúricamente desarraigados y pues, semihistóricos”, faltos de parte de su pasado que no pueden en verdad recuperar, pues

no sirven de mucho las compensatorias calas arqueológicas, los análisis antropológicos, los “relajantes relajamientos” estadísticos y los profundos análisis históricos sobre el ambiente iberoamericano; porque ellos no pueden compensar el humus humano derrochado y destruido.¹⁵¹

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 316.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 317.

Consideraciones.

La evangelización puritana es el libro más erudito de Ortega. El ámbito de las ideas en el que de preferencia se desempeñó está aquí apuntalado por una exhaustiva investigación a la que respalda una extensa bibliografía de cerca de doscientos cincuenta títulos, sin incluir los pocos poetas de que echa mano en esta ocasión. Es tal el cúmulo de testimonios que las fuentes históricas le proporcionan que, a diferencia de otros escritos, entre los que destaca *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, puede dejar a un lado las bellas letras. De sobra está decir que la inmensa mayoría de los libros consultados es de procedencia norteamericana o inglesa. Combate al contrario con sus propias armas, amén de ser notoria la calidad de las obras consultadas y su carácter exhaustivo. A lo largo del libro, Ortega sabe bien de qué autores echar mano, ya sea para apoyarse en ellos -es impresionante el número de testimonios que cita como sustento-, ya para criticarlos y rebatirlos.

El clásico estilo retórico de Ortega campea en todo el libro. Se basa en el hábil recurso de poner en evidencia al rival no criticándolo sino, por el contrario, mostrando sus bondades o buenas intenciones para, como en el caso de los puritanos, echarlas por tierra, paradójicamente, por su extraña ideología predestinatoria. Por lo mismo que no deja fuera hecho alguno que ejemplifique las virtudes de los elegidos, no tiene necesidad de recurrir a una novela como *La letra escarlata* en la que Nathaniel Hawthorne delató la maligna hipocresía puritana. Por supuesto, también polemiza mas no con los

autores que hacen la loa de la evangelización puritana, sino con los que prodigan sus críticas a la católica, como el conocido Francis Parkman.¹⁵²

Si *Destino Manifiesto* no encontró eco entre los historiadores norteamericanos, peor suerte tendría *La evangelización puritana*. Con todo y que Ortega develó los orígenes teológicos del destino manifiesto, no fue el primero en criticar una doctrina que tampoco había sido bien vista entre muchos norteamericanos, comenzando por los que se opusieron a la guerra con México. Sin embargo, no obtuvo respuesta.

La evangelización puritana es otro cantar. A través de un enfoque novedosísimo, veinte años antes de que los norteamericanos adoptaran el atractivo estudio de las minorías, ya fueran de negros, mujeres o indios, desde México Ortega abordó, desde su particular perspectiva, acorde con su inclinación por la historia de las ideas, su propia ideología política y, no menos, sus sólidos conocimientos en asuntos morales, religiosos y teológicos, el tema de la evangelización anglosajona de los indios, acerca de la cual, la historiografía norteamericana había guardado un elocuente silencio.

El libro se encuentra en una de las bibliotecas de la Universidad de Harvard, en la del Congreso en Washington y, seguramente, en otras más y fue también leído aunque probablemente por muy pocos debido a la barrera del idioma. Pero ni lo académico ni lo novedoso del estudio pudo superar la muda reacción ante este certero contragolpe a la difamación de lo hispano. Los que se habían ufanado en denunciar las crueldades de España con los indios resultaron ser capaces de una crueldad más fría y cerebral debida, nada menos, que a sus principios religiosos. Para abatir la leyenda negra había que desenmascarar tanto a su creador Las Casas, como a los fundamentos teológicos de sus divulgadores puritanos.

¹⁵² *Ibid.*, p. 266.

La obra quedó para consumo hispano, que es, en última instancia, el que nos importa a nosotros. Haciendo a un lado la defensa de la evangelización católica de España, implícita en el libro, Ortega y Medina proporcionó a eruditos y legos, la imagen de la contrapartida puritana. Tarea no fácil si consideramos la llevó a cabo en el intrincado campo de las ideas. Aunque indudablemente su compromiso era rescatar la evangelización española, no deja de ser válida su tesis sobre el trato tan distinto al español que los sajones dieron a los indios.¹⁵³

Por otro lado si, como reconocemos en su afán de pintar en blanco y negro a católicos y puritanos, pasó por alto que también muy probablemente la evangelización fue para los españoles justificación y máscara de otros motivos menos espirituales; que, a diferencia de los indios seminómadas de Norteamérica, los de la Nueva España, abundantes y sedentarios, merecieron más atención por el oro y la plata sobre los que estaban asentados, a diferencia de los caribeños que fueron también exterminados; o que escamoteó el temor de los escasos colonos norteamericanos ante la real amenaza de los ataques de los aguerridos indios, podemos responder que, si bien todavía es patente el atraso de innumerables comunidades indígenas en México, éstas aún están ahí y constituyen aproximadamente un quince por ciento de nuestra población que, además, es mestiza en su inmensa mayoría.

3. Los puritanos y los católicos españoles de la Contrarreforma:

El conflicto anglo-español.

El estudio de la España de Felipe II y sus sucesores que emprende Ortega en *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*¹⁵⁴ no constituye un caso aislado

¹⁵³ Vid., Reginald Horsman, *op. cit.*, p. 51, 52, 58 y 59.

¹⁵⁴ México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1981. 293 p. (Colec. Serie de Historia General, 12). Contiene un índice onomástico de 17 páginas a dos columnas. El libro está dedicado a la memoria de sus padres Felipe y Socorro. Lo terminó en febrero de 1979 y salió de la imprenta dos años y medio después; como si hubiera querido adelantarse una década al cuarto centenario de la

en su historiografía sino que es el remate de su indagación acerca de la tornadiza fortuna de España, iniciada desde que era alumno de la Escuela Normal Superior. Si primero le preocupó la tarea de justificar, sobre todo ante los ojos de los mexicanos, las políticas de Carlos V, últimas enclavadas en la vieja *universitas christiana* y matizadas con el ideario de Erasmo,¹⁵⁵ después encaminó sus empeños, cuyo resultado es el libro que ahora nos ocupa, a la explicación del decaimiento español aparejado con el despunte de Inglaterra como potencia marítima.¹⁵⁶

derrota de la Armada invencible, de la que da su doliente visión. También se publicó en España con un prólogo de Carlos Bosch García, Málaga, Editorial Algazara, 1992. (Colec. Tiempo de España, 1), aprovechando la señalada fecha del quinto centenario del descubrimiento. En esta edición española se suprimió el prólogo de Ortega de la original y también algunas de las láminas, sustituyéndolas por otras de mayor significado para el público español. Jesús Salafranca, sobrino de don Juan, que desconoce la lentitud con que se venden importantes trabajos historiográficos en México, nos comentó que la edición malagueña “se ha agotado, aunque en honor a la verdad, se han tardado seis años en vender los 2000 ejemplares”. Carta citada del 11 de junio de 1998. La UNAM publicó una segunda edición en 1994. Fue reseñado por Paul E. Hoffman en *Hispanic American Historical Review*, v. 63, n. 3, College Station, Durham, N. C., Duke University Press, agosto de 1983. p. 601 y 602. Partes del libro habían aparecido con anterioridad en otras publicaciones como “El sentido de la pugna anglo-española por el dominio oceánico en el siglo XVI” en *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, v. 31, n. 63-64, México, Universidad Nacional Autónoma de México, ene-dic, 1957. p. 173-220. “De Andrenios y Robinsones”, Discurso de Recepción en la Academia Mexicana de la Historia leído en la Sesión Solemne del 5 de octubre de 1976, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XXX, México, 1971 a 1976. p. 216-251. Con este mismo nombre había ofrecido una conferencia en el Centro de Literatura Hispánica, Torre de Humanidades, el 23 de octubre de 1969. Expediente FFL, Informe de 1971. El artículo volvió a ser publicado, junto con otros referentes a España en *Reflexiones Históricas*. Vid. *supra*, capítulo IV, 4. El granero pleno.

¹⁵⁵ Vid. *supra*, capítulo II, 2. La Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones.

¹⁵⁶ El libro consta de un “Prólogo” y cuatro capítulos.¹⁵⁶ El primero, “De la renovada justificación británica frente al mar”, corresponde al también primer capítulo de su tesis de doctorado, “El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica”, titulado en ésta “España como modelo: imitación emulatória”. Le sigue un capítulo de corta extensión, “La antimodernidad española” cuyo contenido está también esbozado en el mismo capítulo de su tesis mencionada. A continuación Ortega insertó la que había sido su disertación de ingreso a la Academia mexicana de la Historia, “De Andrenios y Robinsones”, aunque en el libro se titula “El Robinson británico y el Andrenio español”, dos de cuyas partes también se encontraban en la susodicha tesis. El cuarto y último capítulo, el más novedoso por ser el de más reciente creación y cuyas razones

Análisis

En el "Prólogo", como lo hacía de rigor, Ortega vuelve a manifestar su intención de ayudar a la comprensión del pasado mexicano (que para él era el suyo, el español), con el fundamental estudio de la España imperial durante los mismos siglos en que la Nueva España formó parte de ella. Sobre todo, reflexionar sobre la suerte de ese imperio español tras su encuentro marítimo con los ingleses. Insiste, remachando su historicismo y en velada respuesta a O'Gorman, que no se trataba

de remontarnos en la cadena causal retrospectiva hasta nuestros primeros padres Adán y Eva, sino de hacer inteligible que la presencia de Estados Unidos, nuestro vecino, estuvo y sigue estando condicionada por la victoria de la modernidad protestante y burguesa británica frente a su oponente católico y misoneísta hispánico.¹⁵⁷

La lectura de este "Prólogo" sólo es inteligible a la luz de las palabras con que O'Gorman respondió al discurso de ingreso de Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia. En esa ocasión Ortega pronunció una "brillante disertación" (en palabras de O'Gorman), la ya mencionada, "De Andrenios y Robinsones".¹⁵⁸ O'Gorman respondió con una lúcida síntesis del ensayo, del cual dijo también que, tras haberlo escuchado, "nadie se sorprenderá [que Ortega] sea hijo de España". Mas concluyó diciendo que no estaba de acuerdo con la deducción última de su autor, quien consideraba que no había sido el pueblo

apuntaremos enseguida, es "El imperio marítimo y su manejo desde la meseta castellana: la decadencia como secuela".

¹⁵⁷Ortega y Medina, *El conflicto anglo español*, p. 9.

¹⁵⁸ En este "Prólogo" Ortega dice que tal discurso fue el origen del libro "al ir ampliando y fundamentando las ideas [ahí] expresadas". Verdad a medias, porque de alguna manera tenía que decir a O'Gorman que su tesis estaba bien fundamentada, ya que, como hemos

español sino sus monarcas los que lo llevaron a la decadencia. Según O'Gorman, no se podía responsabilizar así a la monarquía dado que la pregunta obligada sería por qué se habían comportado así esos gobernantes y, fuera cual fuere la respuesta, a los mil porqués que en cascada se presentarían (de ahí que Ortega hubiera aclarado que no se remontaría a Adán), no llevaría sino a

desarraigar la cuestión del ámbito de la historia para anclarla, ya en los designios de la Divina Providencia, ya en el capricho de la inconstante fortuna, ya, en fin, en el cumplimiento inexorable de alguna teleología que, misteriosa, resulte inmanente al devenir humano.¹⁵⁹

Estas palabras debieron incomodar, por decir lo menos, a nuestro autor a la vez que actuar como poderoso acicate para escribir el cuarto capítulo y concluir el libro. Un último capítulo cuya "fundamentación" confirmaría empíricamente (volviéndose "positivista" diría O'Gorman) las verdades que de manera poética había esbozado en "Andrenios y Robinsones". Por eso, en otro largo párrafo del "Prólogo", vuelve implícitamente a responderle a O'Gorman que lo había acusado de dar a la historia un sentido teleológico, y de paso, responder también a aquellos que habían tratado de explicar la suerte de España sin sustento material alguno:

La victoria inglesa, comenzando por la famosa de 1588, fue el triunfo de los hombres libres frente a los mediatizados; la ganancia de los defensores de la libertad de comercio contra los representantes y beneficiantes del estricto monopolio comercial. "España -dijo Nietzsche poco antes de morir- quiso demasiado"; pero las demasías, conviene añadir, fueron conscientes decisiones personales tomadas en función de unos intereses materiales y espirituales bien tangibles. Ningún determinismo metafísico o fatalista, ninguna ciega fuerza histórica orientó a la España imperial; tampoco la trasnochada Divina Providencia

repetido el primer capítulo y parte del segundo de *El conflicto anglo-español*, estaban escritos desde 1952.

¹⁵⁹ "De Ave Fénix" Respuesta al discurso de ingreso del doctor Juan Antonio Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XXX, año de 1971 a 1976, México, p. 258.

tuvo nada que ver en el rumbo torcido -según creemos- por el que el Estado español se deslizó hacia la decadencia intelectual, política y económica; empero, el decidirse por un camino determinado implica la elección de uno entre dos o más posibles, y en el caso español está más que probado el hecho ante la sensata oposición y ante el vocerío crítico que se levantó contra la egoísta y enajenada política dinástica de los Austrias. Las voces de alarma fueron muchas y económicamente bien fundadas; mas el Estado-Iglesia español optó por la solución que lo conduciría al previsto fracaso.¹⁶⁰

Sin embargo, la réplica a O'Gorman era tan evidente que terminó por dirigirse directamente a su mentor y criticarle que desconociera

el famoso volteo de la dialéctica tradicional, en virtud del cual lo que parecía ser un conflicto de ideas es real, material e históricamente una pugna entre intereses concretos, los cuales fueron, en definitiva, los que determinaron los papeles históricos respectivos.¹⁶¹

Ortega se ocupa entonces, en plena rebeldía y porque es un historiador que defiende una causa política, de esos "intereses concretos" para explicar la decadencia española, sin ignorar, como él mismo lo había experimentado amargamente, que

las ideas tradicionales, muy bien manipuladas, en efecto, estuvieron contuberniosamente al servicio de la permanencia y no del cambio propiciado, como siempre ocurre y ha ocurrido, por la minoría audaz, progresista y renovadora. El análisis histórico de la época imperial hispánica nos muestra, frente a todo dogmatismo filosófico y metodológico, que no siempre las fuerzas nuevas renovadoras triunfan en la historia sobre las caducas y estancadas.¹⁶²

¹⁶⁰ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 10.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 11.

¹⁶² *Ibid.*, p. 12. Tampoco se podía quedar Ortega sin responder a la amonestación de O'Gorman que, paradójicamente, le había recordado que el historiador comprende y no regaña, añadiendo "Quiero decir, que si bien puede hallarse consuelo en achacar culpas y atribuir responsabilidades, esta actitud de juzgador supremo sólo logra quemar en estatua, si se quiere, a los villanos, pero no hace justicia al suceder mismo de la historia. " *De Ave Fénix*", p. 258.

Aún así, sin doblegar su espíritu ante los los múltiples lazos que parecen aprisionar y determinar al hombre, Ortega renueva su fe humanista al afirmar que la “historia la hacen los hombres, la viven, la padecen o la gozan; pero siempre son ellos los que deciden la dirección que se ha de tomar, aunque a veces la determinen a redropelo”¹⁶³

En el primer capítulo, el interés de Ortega por “la justificación británica frente al mar”¹⁶⁴ obedece a su intención de probar que todo lo que los ingleses hicieron en este sentido fue tratar de imitar a España. Igual que los españoles como Oviedo, después de que los teólogos españoles habían descalificado la autoridad papal para dividir las tierras descubiertas, Inglaterra también buscó documentar sus derechos al Nuevo Mundo. En ello se distinguieron los harto conocidos Hakluyt y Purchas, a cuyo casi infinitamente variado testimonio vuelve a recurrir Ortega.¹⁶⁵ Sin embargo, le interesa sobremanera dar razón de por qué los ingleses se lanzaron al mar. Comienza, de modo inesperado, por recordar los siete pecados capitales hasta detenerse en el doble carácter de la envidia: la que el individuo mismo sufre y la que hace sufrir a los demás. Envidia que “reverdeció” por toda Europa a raíz de los descubrimientos marítimos,¹⁶⁶ y que Inglaterra experimentó en los dos sentidos al pasar de envidiar a España, a engolosinarse, poco después, con la envidia que despertó su creciente poderío.

Ortega relaciona esta envidia, a la vez, con el cambio que se operó en el sentido de insularidad inglés: de inseguridad y desventaja en la Edad Media: el deseo “permanente de reclinarsse sobre la tierra firme continental en busca de

¹⁶³ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 11.

¹⁶⁴ Los apartados de este primer capítulo son “La justificación histórica inglesa”, “El sentimiento de insularidad, eje de la historia inglesa”, “La singular rareza británica”, “La justificación geográfica nacional”, “Nacionalismo y emulación”, “La orgullosa exaltación de lo propio” y “Espíritu y sentido de la imitación”.

¹⁶⁵ Ortega y Medina, *op. cit.* p. 19 y 20.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 24.

apoyo y sustancia”¹⁶⁷, a la seguridad que le dio el mero control del Canal de la Mancha; comentario con el que ya está anticipando la derrota de la Armada Invencible en 1588, a la vez que declara abiertamente, adelantándose a los tiempos, que desde que Inglaterra perdió Calais en 1559 “y hasta 1945, la nueva política inglesa consistió en impedir que cualquier potencia continental unificase a Europa; lo que explica los fracasos de Felipe II, de Luis XIV, de Napoleón y de Hitler”.¹⁶⁸

Tras los descubrimientos, los ingleses alegaron como argumento para reclamar su lote en América, la posición de su isla, “la superioridad geográfica” que los colocaba tan cerca del norte del nuevo continente, amén del derecho a la búsqueda del paso hacia oriente. Asunto de no poca monta y que Ortega ejemplifica con argumentos de fray Bartolomé:

El padre las Casas, siempre alerta y, como diría Fray Toribio de Benavente (Motolinía, su oponente franciscano), “entrometido y conturbador”, consumiría un dilatado turno en la disputa y declararía taxativa e incontrovertiblemente (cosa habitual de su genio) que las costas de Portugal estaban en realidad más cerca de las Indias que las de España.¹⁶⁹

El derecho a ocupar las tierras de Norteamérica fue defendido con fervor por los ingleses pues no contaban con el espaldarazo de Roma y se sentían amenazados por los católicos: de ahí el inspirado celo colonizador de Hakluyt. Pero si halaga a nuestro autor que los consejos del geógrafo en el área de la competencia económica procedieran del deseo de imitar a España en sus empresas marítimas, se alerta, en cambio, ante otra señal que es meollo de la justificación británica, su recomendación a Walter Raleigh de enviar

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 25.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 27.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 35.

“buenos clérigos anglicanos a los indios” si querían tener éxito, quitando así a los españoles el privilegio del argumento religioso.¹⁷⁰ Comenta al respecto:

Hacían los fanáticos católicos españoles un uso demasiado exclusivo de Dios para que los anglicanos y puritanos ingleses y escoceses pudieran tolerarlo; porque el apelar y reclamar exclusivamente para sí a la divinidad no debía ser, como no lo era en efecto, una excepción española, y quien más y quien menos de continuo la importunaba demandándole justificaciones e inclusive gollerías, y hasta el oro y el moro, sin importar que lo hiciera desde éste o desde el otro lado de la reforma religiosa protestante. Por lo tanto, los británicos tenían también que subrayar que Dios estaba fundamentalmente con ellos y, como se lee, a remolque asimismo de la prosperidad burguesa. Mas esto tampoco constituía una rotunda novedad, porque pocos reyes fueron más modernos e incluso más burgueses y menos feudales que el astuto Fernando de Aragón [...].¹⁷¹

También contribuyó Hakluyt a la “orgullosa exaltación de lo propio” en una Inglaterra que no parecía darse cuenta de las ventajas que tenía a su favor y de las promesas que alcanzaría con una acción decidida. Ortega contrasta la apasionada descripción de las glorias marineras inglesas con el verdadero rostro de Inglaterra, que destaca mejor al entretejer sutiles alusiones a España. La generalizada miseria de la Europa medieval había llevado a movimientos subversivos de los que no escapó España, pero en ella no alcanzaron nunca “el nivel de peligrosidad característico de Inglaterra e incluso de la católica Francia”.¹⁷² Tampoco, insinúa, se condenaba en España a la horca a quien hubiese robado un pedazo de pan, mientras Hakluyt se condolía de los ingleses que eran colgados por “insignificantes robos” cuando bien podrían haber sido empleados en la colonización de América.¹⁷³ En suma Hakluyt no es sino el promotor de la imitación a España para entonces superarla, aunque con una salvedad, el catolicismo español:

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 44.

¹⁷¹ *Idem.*

¹⁷² *Ibid.*, p. 51.

lo que se quiere alcanzar y superar es el éxito ajeno; mas desde la propia orilla, porque el objetivo específico que se persigue es determinantemente inglés. Existe ciertamente para el imitador el peligro de dejar de ser él mismo, pero el riesgo se evita acudiendo a la espiritualidad distintiva y soterraña, y, en último extremo, recurriendo incluso -disimúsenos lo grueso de la expresión- a los calostros de la historia y cultura propias.¹⁷⁴

En 1588 se puso en juego el destino del mundo occidental,¹⁷⁵ con el resultado de todos conocido, que dio sentido y razón a las palabras de Hakluyt en las que Ortega se apoya. Pero lo que sucedía en España, mientras Inglaterra se preparaba para arrebatarle parte de su poderío, lo explica nuestro autor por la "antimodernidad española" que detalla a continuación.¹⁷⁶ En la España del siglo XVI, como en el resto de Europa, el hambre había sido la vieja compañera, padecimiento y acicate del hombre. Mas a medida que el sistema capitalista avanzó, el hambre retrocedió por primera vez en Europa en tierras inglesas. Ante el espectáculo de las ganancias que la explotación del trabajador reportaba a Inglaterra, mismas que no se veían en España que también explotaba a sus hombres, Ortega afirma que "el sistema de explotación español no va a contribuir al progreso, al desarrollo del capitalismo, sino a mantener el *statu quo* de la oligarquía antiprogresista".¹⁷⁷

Considera así, fundamental, definir la actitud de España ante la pobreza y el trabajo. Al estado de pobreza de España cooperaron no sólo sus propios mendigos sino los de fuera, pues "las autoridades españolas se permitían la

¹⁷³ *Idem.*

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 58.

¹⁷⁵ Con su bien conocido estilo Ortega plantea la disyuntiva entre "modernidad inglesa o misoneísmo español, revolución heterodoxa o evolución ortodoxa; libertad de comercio o monopolio comercial; aburguesamiento o aristocratización; capitalismo o bullonismo; parlamentarismo o absolutismo; inducción o deducción." *Ibid.*, p. 45.

¹⁷⁶ Las secciones del segundocapítulo son: "Alabanza y condena del trabajo", "Vagabundeo y relajamiento", "Las críticas de los arbitristas", "Actividad contra holganza" y "Dos significados opuestos".

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 70 y 71.

increíble torpeza de aceptar la mendicidad de allende los Pirineos".¹⁷⁸ Los pobres eran muchos y de muy variado tipo; todos padecían hambre, el hambre de la que hizo su epopeya el género picaresco español. Estos pobres no sólo llenaban calles y senderos sino también las cárceles en las que abundaba la corrupción. Lo único que podía consolar a los presos más sufridos, los deudores, era la presencia de los frailes, de la cual se perdieron los presos ingleses no menos sufridos. Pero los pobres tenían tan sólo la esperanza de que su pobreza les abriría las puertas del cielo, mas no los medios para remediarla. Los ingleses, en cambio y con singular desembarazo, dado que la caridad no contaba para ellos, "mandaron al otro mundo a ristras de criminales, bellacos, bribones, vagabundos, mendigos (auténticos o simulados), pobretones, desamparados y campesinos sin tierra refugiados en la ciudad".¹⁷⁹

Además de los pobres y holgazanes, abundaban en España los clérigos. Su número se acercaba a los cien mil a fines del siglo XVI y no reportaban ninguna ganancia económica al gobierno.¹⁸⁰ Tampoco lo hacían los gremios. Al celar tanto sus privilegios y nulificar la competencia, encarecieron la producción artesanal que quedó al alcance de muy pocos. Para colmo de males, el ancestral desprecio a todo trabajo manual y hasta a cualquier tipo de trabajo que no fuera recoger las ganancias que otros conseguían con el sudor de su frente llevó a que se despreciaran los oficios. Cuando estaba a la vista la riqueza que las artesanías producían en Flandes, los españoles se apegaron a la tradición que consideraba "indigno el trabajo como decoroso el pordiosero".¹⁸¹

Ortega explica que muchas mentes lúcidas no solo vieron los males de España sino que propusieron su remedio. Con tal tino que sería confirmado

¹⁷⁸ *Idem.*

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 74.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 75.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 76.

después por Adam Smith.¹⁸² Los más distinguidos fueron algunos arbitristas como Martín González de Cellorico quien se quejaba de que el país no tenía clase media, amén de desdeñarse el trabajo manual, pues “era más estimado y respetado del vulgo el que seguía la holgura y el paseo que quien vivía de oficios, tratos y ocupaciones virtuosas”. La llegada de los metales no sólo no había estimulado el espíritu productivo sino que el oro y la plata era el “veneno que destruye las repúblicas y las ciudades” y España, un mero puente entre las Indias y los protestantes en cuyas manos acababa el metal americano.¹⁸³ Ortega añade, repitiendo un pensamiento que le era caro, que si hubo un momento en que España pudo haberse acercado a la “vocación” reformista mediante la cual los protestantes alcanzaban la salvación mediante el trabajo intramundano, ése fue

el brevísimo paréntesis del imperio erasmiano del siglo XVI, y recuérdense a este respecto los consejos del buen rey moribundo [Carlos I] a su hijo, en los cuales tanto se encomian las llamadas artes mecánicas (manuales), cuanto se condena la mendicidad profesional ejercitada por frailes, clérigos y pícaros, y se dirigen asimismo acerbas críticas contra la infructuosa vida monástica, si bien de modo velado.¹⁸⁴

En suma, en los siglos XVI y XVII la notoria falta de una clase media sólo condujo a aumentar la enorme distancia entre ricos y pobres. Pobres no tanto ya por despreciar el trabajo manual sino porque no lo había para desempeñarlo.¹⁸⁵ Concluye Ortega con algunos conceptos tomados de *México en la conciencia anglosajona* y que se refieren al significado opuesto que en España e Inglaterra tenía la palabra holganza. Para los ingleses, ésta tenía la

¹⁸² *Idem.*

¹⁸³ *Ibid.*, p. 82 y 83.

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 85.

connotación de ocio y se oponía al trabajo mediante el cual el hombre se salvaba. Para el español, era el muy bien visto vivir holgado, sin esfuerzo.¹⁸⁶

El capítulo central “El Robinson británico y el Andrenio español” es el enlace entre la parte de más temprana creación que conserva el tenor de *México en la conciencia anglosajona y Destino Manifiesto* y la de más reciente elaboración, el cuarto, donde Ortega, sin abandonar el recurso poético, construye un relato más fincado en los hechos. El tercer capítulo, aunque con el título y el texto un tanto modificados, es su disertación “De Andrenios y Robinsones”.¹⁸⁷

El fondo de esta parte central del libro es la cambiante actitud hacia el mar de los españoles y los ingleses, misma que Ortega ilustra con testimonios históricos y literarios en logrado equilibrio. Hace gala de instrucción literaria, tanto poética como dramática, acerca de una época que corresponde nada menos que al siglo de oro de las letras españolas y al no menos acrisolado de las inglesas. A la vez, relaciona ambas vertientes tanto con las tradiciones filosóficas y religiosas que les son propias, como con el mismo momento de su creación. Su erudición le permite encontrar dónde y cómo se expresa la afición por el mar de un William Shakespeare o un Thomas Lodge, la falta de ésta que raya en la ignorancia en don Quijote o el temor manifiesto de Baltasar Gracián ante la idea de aventurarse por el mar en lo que llama un “ataúd anticipado”;

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 87. Esto le da oportunidad a Ortega de regañar a Américo Castro cuando en *Destino Manifiesto* lo había citado con orgullo. *Vide infra*, p. 99. provisional

¹⁸⁷ Está compuesto de cinco apartados, a saber, “Ínsulas extrañas”, “Náufragos peregrinantes”, “El mar y los protestantes ingleses”, “La Castilla medieval se asoma, se enfrenta y gana el mar” y “El mar y los católicos españoles” (en la tesis empleaba el superlativo “catolicísimos”). Puede parecer que Ortega añadió dos partes más al discurso original, la segunda y la cuarta, pero sólo detalló más el contenido de las tres partes originales, amén de enriquecerlas. Cabe también añadir que la tercera y la quinta formaban parte de su tesis “El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica”, mismas que enriqueció de manera espléndida con su original concepción de las diferencias entre Robinson y Andrenio. *Vide* Cristina González Ortiz, “Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones” en *Históricas*, 36, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, sep-dic, 1992. p. 32-38.

en suma, en la literatura española el mar está tan ausente como presente en la inglesa que hasta “huele a mar”,¹⁸⁸ pareciendo olvidar al propio Joan de Castellanos de cuya poesía con sabor a mar echará mano en su momento.

Entrado en el tema, Ortega compara tanto las historias sobre dos naufragos como el uso que hicieron de ellas un escritor en Inglaterra y otro en Perú. El naufrago escocés inspiraría en Daniel Defoe al popular personaje Robinson Crusoe, quien se salva gracias a su trabajo e industria, convirtiéndose en el héroe de la fábula puritana que exalta al moderno mundo inglés técnico y comercial. Pedro Serrano el otro naufrago, español y no menos sufrido, que se pasó diez años en una rocosa isleta del Pacífico, sólo le sirvió al Inca Garcilaso, quien recogió su relación, para mostrar la gran bondad de Dios -verdadero protagonista del triste acontecimiento- que permitió el rescate de Serrano.¹⁸⁹ Mas Ortega no se detiene en la comparación de los dos personajes tan distintos que los naufragos inspiraran, sino que introduce otro actor al que contrastará con Robinson, Andrenio, tomado de *El Criticón* de Gracián. Andrenio es un extraño personaje que vive en una isla alejado del mundo, pero regresa a éste acompañado de Critilo, la razón crítica, en donde sufre las mundanas tentaciones que sólo logra rechazar tras difícil aprendizaje. Finalmente Andrenio, lo humano, alcanza la inmortalidad a través del sufrimiento.¹⁹⁰

Ortega completa su reflexión sobre tan disímbolas actitudes frente al mundo con la consideración de una muy popular novela inglesa de tipo religioso *The Pilgrim's Progress* de John Bunyan.¹⁹¹ El libro se escribió en 1678, más de veinte años después que *El Criticón* y, según don Juan, su “valor literario es

¹⁸⁸ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 104, 137 y 141.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 95 y 99.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 100 y 101.

¹⁹¹ El “librito” de Bunyan lo describe Ortega en otro lugar como “vademécum espiritual de los más modestos puritanos de los siglos XVII y XVIII”. *Destino Manifiesto*, p. 71.

infinitamente menor”¹⁹² al de la alegoría de Andrenio. Cristiano, el personaje de Bunyan, emprende un amenazante viaje por el mundo, mas se salva sólo por su fe:

[...] es un peregrino que no contraviene ni tuerce su vocación de alcanzar la vida eterna, y aunque halla atascos casi insuperables, tanto abiertamente hostiles como falsamente halagüeños, su técnica activa peregrinante hace que los vaya sorteando progresivamente [...] ¹⁹³

Cuando se publicó *The Pilgrim's Progress*, Ortega calcula que Defoe tendría unos 18 años y que “conoció” y “asimiló” el librito puritano a tal grado que sólo tuvo que esperar unos años para saber del naufragio del escocés Alejandro Selkirk y poder trenzar en esta aventura el mensaje espiritual de Bunyan.¹⁹⁴ Nuestro autor sólo deja implícito que, en verdad, nadie sabe para quien trabaja, pues Defoe sólo había seguido, a su manera, la fábula de Baltasar Gracián, el insigne moralista español.

Pues bien, a partir de dos personajes ficticios de la literatura, Robinson que explota al mundo y Andrenio que lo sufre, Ortega y Medina nos introduce al mundo inglés en el que, como ya lo había venido diciendo repetidamente, se enaltecen la bondad del trabajo y el empleo de la técnica en la consecución de una vida digna y confortable, y al español que es visto como engañoso y peligroso; mundo en el cual actuaron los héroes españoles “mas no para cambiarlo o mejorarlo, sino para alienadamente padecerlo como sucede en el caso del héroe más representativo del mundo hispánico: don Quijote de la Mancha”.¹⁹⁵

¹⁹² Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 102.

¹⁹³ *Idem.*

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 103. Unamuno dijo tras la derrota española de 1898: “Robinson ha derrotado a Don Quijote”. Tampoco ocultó su admiración por Robinsón cuando en el mismo año de la guerra escribió “¡Muera don Quijote!” (*Vida Nueva*, Madrid, 25, VI, 15 de abril de 1898); “¡Viva Alonso el bueno!” (*El Progreso*, Madrid, VII, 1898) y “Más sobre Don Quijote” (*El Progreso*, Madrid, VIII, 1898). En este último artículo escribió: “Siempre me ha parecido mucho más grande, y sobre todo más cristiano que don Quijote, Robinson

Le resta ahora confirmar con los testimonios históricos la opuesta visión vital de los ingleses y los españoles vislumbrada en las letras inspiradas de sus prosistas. Inicia así “El mar y los protestantes ingleses” precisamente con el arranque de la vocación geográfico-religiosa de Richard Hakluyt, su inagotable pozo informativo, cuando su tío Hakluyt el Viejo, también geógrafo además de espía, le hizo leer los versículos de un salmo: “Los que surcan el mar en las naves/ para hacer su negocio en la inmensidad de las aguas,/ también éstos vieron las obras de Yavé/ y sus maravillas en el piélago”.¹⁹⁶

El apretado repaso de la historia de Inglaterra a partir de la Baja Edad Media, en el que no deja de comparar las técnicas de fabricación naviera inglesas con las españolas,¹⁹⁷ le permite a Ortega afirmar que los ingleses “no escaparon hacia el mar” en forma espontánea, sino que fueron empujados hacia él. A principios del siglo XVI los ingleses se habían alejado del mar, mas cuando volvieron, no fue porque rescataran una tradición sino guiados por novedosas razones: materiales unas como las esgrimidas por Hakluyt quien con entusiasmo exhortaba a Isabel a imitar a España; espirituales las otras, y muy poderosas también, que Ortega sintetiza en el tan llevado y traído *calling*, la vocación de los protestantes en cuya actividad mejor se servía a Dios. En el caso inglés, la vocación se volvió marinera, pues en

haciéndose un mundo de una isla desierta con su industria, su paciencia y su ciencia, y no pretendiendo reformar a tajo y mandoble una sociedad”. Alberto Navarro se dio cuenta de que para don Miguel, el Robinsón y don Quijote representaban el alma de esos dos pueblos separados por el Canal de la Mancha o *English Chanel*: “Introducción” a Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, p. 80. Unamuno también publicó, muchos años después, “El naufragio de Don Quijote” (*Asturias gráfica*, I, X, 1919) (Todas las referencias de Unamuno, menos de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, provienen de su *Obras Completas*, vol. 5, p. 712-773. Conviene hacer notar que uno de los personajes favoritos de Unamuno de la literatura inglesa era Robinson, como lo muestran varios artículos que le dedicó: *Obras completas*, vol. 8, p. 787-808). Estas ideas pudieron inspirar a Ortega, aunque contrapuso al inglés otro personaje no menos hispano, pero menos conocido que el manchegocaballero: Andrenio.

¹⁹⁶ Salmos, 107, 23-24. Versión bíblica de Eloíno Nácar y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, MCMLXXIX.

¹⁹⁷ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 108 y 109.

la expansión marítimo-comercial y premanufacturero de Inglaterra coadyuvarían al alimón no menos los intereses económicos que la inspiración bíblica, todo lo cual daría por resultado una bibliocracia oceánica de altos vuelos políticos y de sanos basamentos materiales y económicos. Más tarde, según nos parece, será transferida la expansión, ya en Virginia, ya en la Nueva Inglaterra [...] a algo que acabará por ser denominado *destino manifiesto*. En el mar encontraron los ingleses, como buenos protestantes, un medio ideal donde ejercitar con fruto su sincera vocación religiosa y su ascetismo intramundano reformista. La vocación inglesa había encontrado en la actividad marinera su más empeñosa y efectiva aplicación. [...] Samuel Purchas, continuador de la obra de Hakluyt y, por consiguiente, segundo Capitán Araña en la instigante tarea de interesar y comprometer a la nueva generación inglesa en las cosas del mar, escribió un extraordinario y significativo párrafo en el que el océano es presentado como el escenario más adecuado para llevar a cabo todas las actividades pacíficas, guerreras y lucrativas que se le brindaban casi virginalmente a un nuevo o renovado ente histórico: el inglés anglicano o puritano de la época isabelina o jacobea. El mar se convierte en el foco de máxima atracción, y en las empresas oceánicas siente, por tanto, Inglaterra que radica su presente y su futuro destino histórico; su ser, su vida y sus ansias; su justificación para consigo misma; su religión y salvación: ¡*Todo!*¹⁹⁸

En otro apartado igual de prolijo, “La Castilla medieval se asoma, se enfrenta y gana el mar”, Ortega da cuenta de la historia de España a partir de la llegada de los árabes en 711 hasta finales del siglo XV. Su objeto es afirmar que, a diferencia de Inglaterra, en Castilla y en las costas del Cantábrico sí se contaba con una rica tradición marinera. Había sido impulsada desde el siglo XIV por empresarios que aunque preferían exportar que importar, consideraron también el desarrollo de la industria, pero la oposición nobiliaria frustró esta actividad que “estaba en puertas” y que más tarde promoverían los ingleses.¹⁹⁹ Además, gracias a su potencial marinerío, los castellanos habían vencido en el mar a los ingleses y mantenido importantes lazos comerciales con

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 113 y 114.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 134.

Flandes. Sin embargo, aunque parezca paradójico, afirma que la tradición marinera fue arruinada por Fernando e Isabel, quienes

desposeyeron ciertamente de poder político a la nobleza y la convirtieron en cortesana; pero no modificaron sino antes bien favorecieron la acumulación y ampliación de la propiedad territorial de dicho estamento. Las comunas y los consejos poco pudieron influir a través de las Cortes en estas decisiones reales, pues la llegada del río de plata americano durante los Austrias anuló el poder de las mismas, supuesto que los reyes ya no dependieron exclusivamente de ellas, como antes, en lo relativo al voto del "servicio" o subsidio en ducados. Las Cortes languidecieron, cedieron ante el absolutismo real y no fueron convocadas sino muy de tarde en tarde. Este giro de 180 grados dado a la política y la economía españolas, acabó con la tradición armadora de Castilla en cuanto actividad libre, privada, particular, y arruinó asimismo y por el mismo motivo la tradición y dominio marineros de la Cataluña medieval.²⁰⁰

Tampoco hizo nada por la flota Carlos V, el "máximo Andrenio", que trajo a España la tradición terrestre y dinástica de los Habsburgo que resultó nefasta para los españoles. Por el contrario, alquilaba las escuadras de Génova y de Venecia. El emperador y su hijo Felipe, llevados por su celo contrarreformista, se empeñaron en conducir a España con una ideología que nada tenía que ver con la "vocación" con que Dios había dotado a los protestantes. Así pues, tras la derrota de la Armada, debida a la falta de iniciativa individual, "los andrenios ibéricos más representativos comenzaron su larga y dolorosa letanía antitradicional y antimarinera de espaldas al océano".²⁰¹

Y si antes Ortega había apuntado que la literatura inglesa olía a mar, muestra ahora con abundantes ejemplos que la española refleja su temor y antipatía por éste; mas si los ejemplos tomados de la ficción son dolorosos, no lo son menos los que proporcionan los hechos. Éstos demuestran cómo el gobierno y la burocracia española se opusieron a todos los proyectos de libre

²⁰⁰ *Idem.*

²⁰¹ *Ibid.*, p. 140.

navegación a la vez que desconfiaron de los hombres de talento y experiencia, como Antonio Pérez el secretario de Felipe II,²⁰² que intuían las rutas del progreso. Porque España, dice nuestro dolido autor malagueño, no estuvo falta de hombres prácticos que vieran las recompensas que la mar prometía. Cuántos no solicitaron su patente de corso, cuántos no quisieron navegar y comerciar sin freno y cuántos más no observaron con amargura y desaliento que los altos puestos del almirantazgo eran depositados en manos de la inepta nobleza . Sin embargo, el gobierno español se mantuvo de espaldas al mar por su espíritu monopólico, pues se sabe

que las prácticas corsarias exigían la libertad de acción y de empresa, franquicias al comercio marítimo, liquidación del estricto monopolio comercial del pequeño grupo de comerciantes sevillanos o de genoveses avecindados en Sevilla y, desde luego, la erección de puertos francos donde comerciar con los frutos del pillaje, de la rapiña y del contrabando; en suma, la libertad de comercio y de navegación para todos los súbditos del imperio. Mas el Estado-Iglesia no podía permitir la existencia de puertos libres no sólo por razones económicas monopolistas, sino porque también a través de ellos sería imposible evitar la llegada y difusión de las nuevas ideas [y] creencias [...] Por tales razones el gobierno español mostró durante dos siglos más temor a los propuestos procedimientos replicantes superadores que al corso y a la piratería enemigos. [...] y no se dio] plena luz verde para el acrecentamiento y consolidación de la clase burguesa, del capitalismo, sin trabas oficiales, y del mercantilismo como meta suprema en pos de la ganancia.²⁰³

²⁰² Pérez, autor de *Norte de Príncipes*, no cesó de recomendar al monarca que combatiera a los ingleses en el mar. *Ibid.*, p. 150.

²⁰³ *Ibid.*, p. 155. En este párrafo esquivamos un error que hacía se perdiera el sentido del texto, tal y como lo expresaba Ortega en la primera versión, en donde no mezcla ideas y creencias, que se entiende son de tipo religioso, con "métodos comerciales librecambistas" que estaban implícitos en la libertad de comercio. "De Andrenios y Robinsones", p. 247. Debemos señalar que en su libro, Ortega suprimió significativamente un sensible párrafo contenido en la disertación original en el que explicaba por qué, en última instancia, España se había desentendido del mar e impedido que sus mejores hombres lo controlaran, y en el que también, implícitamente, explicaba lo que había sucedido en la España de la que había sido arrojado : "[...] no fue sino la dramática resultante histórica de un sistema triturador y emasculante practicado a ciencia, paciencia y conciencia por la sarcomática (pero eficaz en cuanto a rasuradora) burocracia española a partir incluso de los Reyes Católicos. Jamás en la historia de

Con certeras palabras, fruto de su universal formación, da inicio nuestro autor a "El imperio marítimo y su manejo desde la meseta castellana: La decadencia como secuela", el último capítulo,²⁰⁴ refiriéndose en breve párrafo, a la batalla de Lepanto, como la última al estilo clásico que cerraba el muy viejo "ciclo mediterráneo"²⁰⁵ Porque esa batalla que de momento significó tanto para los españoles y que puso a temblar a no pocos príncipes europeos ante el poderío de Felipe, ciertamente no fue aprovechada por el monarca quien, menos de veinte años después, fue derrotado en el Canal de la Mancha. Ortega hace también alarde de sus conocimientos en el arte de la guerra en el mar, desde la construcción de los navíos y la colocación de la artillería hasta la difícil estrategia, para mejor explicarnos el triunfo español sobre la flota turca. Pasada la batalla, se muestra cauto respecto a sus méritos: puso fin a la amenaza turca y, sobre todo, a la idea de que los otomanos eran invencibles.

206

La excelente armada española no colmó las esperanzas puestas en ella después de Lepanto pues Felipe acumuló error tras error. Desaprovechó el consejo del Cardenal Granvela de reinar desde Lisboa y utilizar en conjunto la

ninguna nación moderna, se conspiró hasta el extremo en que lo hicieron la Iglesia, el Estado, los Consejos y las Cortes contra los mejores, los más enérgicos, los más sobresalientes e independientes hijos de las Españas. Las desatadas energías del pueblo fueron en primer lugar minuciosamente reglamentadas, poco después reprimidas y por último, totalmente domesticadas o destruidas". *Ibid.*, p. 245. Sólo conservó la última oración en *El conflicto anglo-español*, p. 216. La disertación original, a la vez que fue ampliada en este libro, también fue un tanto desmembrada, pues algunas de sus partes pasaron al capítulo cuarto de éste. Tal es el caso de las últimas páginas del discurso que fueron trasladadas al susodicho capítulo, convirtiéndose también en las últimas del libro.

²⁰⁴ Los apartados de este capítulo son los siguientes: "Del golfo de Lepanto al Canal de la Mancha", "Andanadas y contraandanadas poéticas", "La batalla naval. Sus consecuencias", "Flavit Jehova et dissipati sunt", "Remachando el celo de los errores. Recelo habsburguiano", "De espaldas al mar. El pasado a remolque: agotamiento y decadencia" y "La otra cara de Jano".

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 161.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 162.

flota española y la portuguesa para aprovechar en 1580 “una de las pocas oportunidades que se le ofrecieron durante su reinado para someter a los ingleses económica y espiritualmente.”²⁰⁷ En lugar de ello, estableció en Madrid la capital de su imperio marítimo. Lamenta Ortega que Felipe no derrocara a Isabel, aunque en su descargo dice que el rey temía que María Estuardo uniera a Inglaterra y a Francia en su contra. Mas al no atacar a Inglaterra en su oportunidad, Felipe le dio el tiempo suficiente para que incrementara su flota. En suma, el laborioso rey prestaba la misma atención tanto al más delicado asunto europeo como a la fundación de una parroquia en las Filipinas.²⁰⁸

Ortega centra su relato en la preparación y conducción de la Armada Invencible vistas desde la perspectiva de la actuación de Felipe. Reconoce, por supuesto, que el proyecto del rey de castigar a Inglaterra no era un capricho personal. Era la respuesta a un viejo plan que había ido pasando de mano en mano entre sus enemigos calvinistas con intereses en los Países Bajos y Francia -Coligny, Duplessis-Mornay y Guillermo de Orange-, de acabar con la España que no aflojaba su católico domino en aquéllos. Felipe pudo haber enfrentado las asechanzas de no haber sido por su falta de habilidad política que, dice don Juan, no residía en su despotismo o en su incapacidad para elegir “al hombre adecuado en el momento preciso”, sino en que confiaba más “en las obras de Dios que en las de los hombres”.²⁰⁹ Así, desde el Escorial,

a cientos de millas del mar y por primera vez en la historia del mundo, un castellano de tierra adentro, que *se consideraba a sí mismo casi como un elegido de Dios*, se dispone a dirigir una flota de combate y transporte a una segura destrucción.²¹⁰

Sentada la responsabilidad del rey en la derrota, Ortega suaviza la tensión del relato con un *intermezzo* poético del que podemos destacar, por un

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 163.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 165 y 166.

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 174 y 176.

lado, el odio que sentían los españoles hacia lo inglés y más señaladamente hacia Isabel y, por el otro, la contradictoria actitud hacia Francis Drake. Lope de Vega pudo admirarlo como también creer que estaba “conjurado con el diablo”.²¹¹ Asimismo ocurría con Joan de Castellanos, autor de una censurada *Elegías de varones ilustres de Indias*, quien consideraba al marino inglés ordenado, inteligente y espléndido con sus hombres. Ortega añade que se debe

poner en el platillo de la balanza, que es favorable a Drake, su decisión de hacerse corsario, algo, oh dolor, que los españoles más decididos sólo podían admirar en el marino enemigo, sin poderse nunca ver en ese soñado y ambicioso espejo [...]²¹²

Concluye, sin embargo, que más que el temor, condena o admiración que despertara Drake, el verdadero sentimiento hacia él era la envidia,²¹³ en este caso, despertada por un inglés entre los españoles. Tras el breve remanso que sirve a la vez de preparación, al mostrar Ortega la estatura de uno de los capitanes ingleses, pasa al estudio de la suerte de la Armada española, pero ahora desde el punto de vista de la técnica y la estrategia. El cúmulo de convincente información que nos presenta le sirve para apuntalar su rotundo juicio: los españoles trasladaron al mar las tácticas terrestres de guerra, lo que hacía del abordaje su estrategia predilecta.

Después de más de veinte años de pelear contra los navíos españoles, los ingleses conocían bien sus tácticas, de ahí su renuencia a acercarse a éstos para evitar el abordaje. Pero, apunta con toda intención Ortega, los españoles tenían otra razón basada en el honor, como tantas de sus costumbres, para aplicar esta estrategia: consideraban poco honorable cañonear el casco de la nave vecina, por lo que apuntaban al mástil o a las velas para entonces abordar y pelear cuerpo a cuerpo. Ortega ilustra con orgullo el conocido estilo

²¹⁰ *Ibid.*, p. 177. El subrayado es nuestro.

²¹¹ *Ibid.*, p. 183.

²¹² *Ibid.*, p. 190.

de pelear español con unos versos de Joan de Castellanos a propósito de la distancia que guardaba Drake de las naves hispanas:

Y no fue más sangrienta la refriega
a causa de no pelear cercanos,
porque Francisco Drake no se llega
por no venir con ellos a las manos
antes que quanto más puede se despega
con disparar algunos tiros vanos,
pues no venía con sus compañeros
a ganar honra sino más dineros.²¹⁴

En el Canal de la Mancha la flota española no pudo maniobrar y sólo el viento la favoreció impidiendo que el desastre fuese mayor.²¹⁵ A partir de entonces los españoles tuvieron que mantenerse a la defensiva ante los ingleses y aún así fallaron a veces como cuando no pudieron impedir que Cádiz fuera tomada por más de tres semanas, episodio con el que cierra Ortega la dolorosa secuela del fracaso de la Invencible.²¹⁶

Ortega da principio al apartado “Jehová sopló y los dispersó”, con el relato de los efectos anímicos de la derrota de la Armada. Con ésta, los ingleses habían alcanzado el convencimiento de que Dios estaba de su parte. Para “un hombre tan realista” como Hakluyt, la victoria había sido un milagro.²¹⁷ Sin embargo, este carácter milagroso de la victoria llevó al invento de un estereotipo con el que no está de cuerdo Ortega se siguiera repitiendo tal cual y que puede resumirse en la comparación con la lucha entre David y Goliat. Por ello puntualiza que si el número de soldados y marinos españoles doblaba el de los ingleses, éstos los doblaban en número de navíos y no sólo cuantitativa sino cualitativamente. En el Canal de la Mancha triunfó únicamente

²¹³ *Ibid.*, p. 191.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 195.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 197.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 201.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 207.

la estrategia moderna, inglesa, de “la facilidad de maniobra y el cañoneo a distancia” frente al abordaje español.²¹⁸

Los sucesores de Felipe parecieron no ver el atraso de su armada y continuaron aplicando en la flota la táctica de los “lineamientos y ordenanzas establecidos para el combate en tierra”;²¹⁹ además de dejar -comenta con ironía y pesar nuestro autor que había sido teniente de artillería-, en manos de los jesuítas la formación de los artilleros, a quienes enseñaban como si se tratara de las humanidades:

Hacia fines del reinado [de Felipe IV] en el colegio jesuíta de San Isidro sólo quedaba el padre Affito, que impartía sus clases frente a ocho alumnos que jamás habían visto cargar y apuntar un cañón, ni oído ni oirían nunca el estampido de una pieza.²²⁰

Mas no se quedaron ahí las torpezas. Las deficiencias personales de los últimos austrias contribuyeron cada día más a que los asuntos de España fueran conducidos por una burocracia que fue sinónimo de control absoluto y constituyó un “firme valladar frente a las pretensiones de la iniciativa privada”.²²¹ El intervencionismo estatal se ejerció también en América y obstaculizó grandes proyectos de conquista y colonización al eliminar “a los mejores hombres, a los más independientes y proteger a los de más cortos alcances, a los mediocres, malsines y lisonjeros”.²²²

Como lo único que importaba era asegurar la llegada del oro y la plata americanos, los españoles introdujeron un cambio en la armada al crear el sistema de convoy que frenó los ataques de los piratas, pero a cambio,

se sacrificó la rapidez y la maniobrabilidad (abaratadora de precios) a la combinación de fuerza y peso (encarecedora del transporte) [y] pese al éxito con que se mantuvo en un principio, puso de manifiesto

²¹⁸ *Ibid.*, p. 210.

²¹⁹ *Ibid.*, p. 214.

²²⁰ *Ibid.*, p. 213,

²²¹ *Ibid.*, p. 219.

²²² *Ibid.*, p. 221.

que España abandonaba en definitiva todo serio y continuado intento de carácter ofensivo, que renunciaba burocráticamente a seguir disputándole a las naciones protestantes el dominio del mar.²²³

La nociva burocracia despertó las críticas que al igual se habían escuchado respecto al erróneo manejo de la economía. Destaca Ortega que la censura a los austrias de tímida pasó a los abiertos reclamos de un Quevedo terminando en la sátira con Carlos II.²²⁴ Y con razón, porque a los males del interior se sumaban los del exterior, pues la

antaña inmensa y poderosa monarquía española se transform[ó] en mera colonia de las grandes potencias europeas, y los españoles se convirt[ieron] -según clamaban los sagaces arbitristas del siglo XVII y fines del XVI- en los *indios* de Europa.²²⁵

Fue entonces cuando Inglaterra, Francia y Holanda irrumpieron en América, aunque de manera nunca comparable a la ibérica porque España misma no se los permitió. Y si finalmente las batallas navales terminaron fue porque los españoles se quedaron sin barcos. Pagaron un precio muy alto por cerrarse a las invenciones: perdieron sus dominios americanos, de lo que Trafalgar en 1805 ya había sido una advertencia y, finalmente, Cuba en la desastrosa guerra con Estados Unidos en 1898. De ésta, en la que había combatido su padre sólo comenta al cerrar este apartado, asestando su último golpe a la monarquía española:

En Santiago de Cuba (1899) a la escuadra del almirante Cervera no le quedó otra opción, tras su salida de la bahía santiagueña, que intentar reducir -en un intento supremo, heroico y absurdo- el alcance y potencia de los cañones de la escuadra norteamericana embistiendo a los navíos enemigos. Escuadra y hombres se perdieron: se salvó el honor sin duda alguna; pero se salvó una vez más con sacrificio de vidas y riqueza la rama española de la dinastía borbónica.²²⁶

²²³ *Ibid.*, p. 225.

²²⁴ *Ibid.*, p. 235-238.

²²⁵ *Ibid.*, p. 240.

²²⁶ *Ibid.*, p. 245.

En el breve y contundente último apartado, “La otra cara de Jano”, Ortega encara un último problema: el de la iglesia católica. Ofrece en esta ocasión una de las pocas oportunidades para recoger sus opiniones sobre ésa ya que, en la mayoría de los casos, las expresa de manera indirecta al compararla con sus rivales protestantes. Su queja se dirige en primer lugar a la falta de una política de tolerancia religiosa en España. No porque la hubiera en otros lugares, pues ni siquiera la hubo en la moderna Inglaterra,²²⁷ sino tan solo para que se hubieran dejado de pelear tantas guerras de religión en defensa del catolicismo. La monarquía se empeñó tanto en combatir a los protestantes y no cristianos en Alemania, Francia, los Países Bajos y el Mediterráneo, que desoyó a las Cortes que pedían se gastara en el cuidado del reino y en defenderlo de los piratas y no en hacerle la guerra a los herejes, pues el catolicismo no debía imponerse “a fuerza de artillería, picas y mosquetes”. Un procurador de las Cortes de Madrid decía con agudeza:

¿Qué tiene que ver para que cesen acullá las herejías que nosotros acá paguemos tributo de la harina? ¿Por ventura serán Francia, Flandes e Inglaterra más buenos cuanto España más pobre? [...] La religión católica y la causa y defensa de ella es común a toda la cristiandad, y si estas guerras importan para esto, no toca a los reinos de Castilla llevar toda la carga, estándose los demás reinos y príncipes y repúblicas a la mira.²²⁸

Sin embargo, las baterías de Ortega no están dirigidas contra la iglesia católica como congregación de creyentes, sino como institución que, al servicio del Estado, deterioró su obligada labor espiritual:

El despótico sistema no sólo consiguió el estrangulamiento de un desarrollo económico sano, sino que convirtió también, en contubernio con la iglesia, a la religión en fanatismo, delación y fórmula externa, con triste desamparo del verdadero espíritu religioso; de la búsqueda y del

²²⁷ *Ibid.*, p. 246.

²²⁸ *Apud.* en *idem*.

encuentro espiritualmente dramático de cada hombre cristiano-católico con su Cristo íntimo.²²⁹

Estado-Iglesia español que dejó sin recursos ni aliento a su pueblo, amén de no propiciar la iniciativa privada, tema al que vuelve Ortega y con el que concluye narrando las aventuras de Alonso de Contreras que no sólo no fueron alentadas por la corona sino que tuvo que sufrir las disposiciones de ésta, siempre recelosa de sus hombres emprendedores.

Consideraciones.

Ortega consideraba el *Conflicto anglo-español por el dominio oceánico* como su libro predilecto. Se pueden adivinar las razones. Si no es el más erudito como la *Evangelización puritana*, sí es el más bello tanto en su composición total como capitular. A la manera de las hermosas construcciones arquitectónicas o las de los barcos en astilleros, que nada conservan de las cáculos y cimbras sin los cuales hubiera sido imposible levantarlas, los libros de Ortega están contruidos de acuerdo con un consciente cálculo que comprende tanto los objetivos como los métodos para alcanzarlos, mismos que no explica, dejando al lector la tarea de adivinarlos a través de la lectura de la obra. Logra Ortega un armonioso equilibrio entre sus cuatro partes, tanto por lo que se refiere a Inglaterra y a España como al trato que da a ambas, literario por un lado, basado en datos político y económicos por el otro.

El libro está fundamentado en una extensa bibliografía aunque menor que la incluida en *La evangelización puritana*, unos ciento cincuenta títulos, incluidos los poetas y críticos literarios que se acercan a veinte. Predominan, como era de esperarse, los autores de lengua española sin dejar de ocupar un buen lugar los ingleses, antiguos y modernos. Un Hakluyt junto a John H. Elliott, Clarence Haring, Garrett Mettingly y Geoffrey Parker.

²²⁹ *Ibid.*, p. 219 y 220.

En *El conflicto anglo-español* como en las obras estudiadas anteriormente, Ortega no escribe una historia narrativa, sino que, por encima de su relato, dominan los problemas que plantea y que resuelve con argumentos basados en las abundantes evidencias históricas que su erudición le permite. Su método no es el del suspenso en la narración, sino precisamente el contrario, el de la ironía. Todo se sabe de antemano, menos cómo se llegó a tal o cual situación, a lo que nuestro autor precisamente responde. Recurre también al empleo del método comparativo tanto en la argumentación como en el relato, y tanto lo hace que exagera los contrastes por lo que a veces su interpretación parece tornarse maniqueísta, obligándolo a forzar la causalidad de los hechos para que embonen en un mecanismo diseñado de antemano. Tal es el caso de la antagónica actitud de los ingleses y españoles hacia el mar o el mundo. Contradice así, uno de sus más caros principios, que el devenir histórico es complejo en exceso y su explicación tarea muy ardua.

Tampoco abandona, especialmente en la primera parte, la de más antigua elaboración, su estilo apologético que muestra, ya sea alabando a Inglaterra porque ello implica un reconocimiento a España, o criticándola abiertamente para que de manera implícita salten a la vista los méritos de su rival hispana. Sin embargo, el propósito final de Ortega en este caso no es la defensa franca de su patria sino velada, explicar su rechazo a la modernidad. Más que en ningún otro de sus libros, don Juan se vale aquí, para lograr su objetivo, del recurso poético que defendió desde sus primeros escritos. En el equilibrio que guarda en el juego de intercalar testimonios históricos y literarios que se apoyan mutuamente, está una de las claves de la belleza de este libro y también de la madurez de su autor.

Una última observación acerca del estilo de Ortega. El empleo en su lúcida prosa de sintaxis impecable, de palabras arcaicas o en desuso que seguramente conocía de hurgar en los diccionarios, como todo buen amante de

la palabra escrita, y que su memoria guardaba con harta facilidad. Si esas palabras abundaban en sus primeros escritos, con el correr del tiempo fue abandonándolas, pero nunca del todo. En *El conflicto anglo-español* puede desconocerse el significado de algunos términos debido a la ignorancia de las partes de un nave o el arte de marear, pues no podían emplearse otros por no existir mas que los de eslora, manga y alcázares de proa. Sin embargo, no faltan términos frases como “corruscos”²³⁰ o “el patio de Monipodio”.²³¹

Las raíces de este libro están bien fincadas en el primer trabajo publicado por Ortega en la Normal Superior. En ése aparecen ya las dos Españas de Ortega, la de la *philosophis Christi* del providencialista Carlos, que le sirve de fundamento para la defensa de su patria y que presenta en la ya mencionada introducción a “Reforma y Modernidad”, y la contrarreformista de Felipe a propósito de la cual recordaba, desde entonces, el criterio heterodoxo sobre la economía española de su secretario, Antonio Pérez, contrario al ortodoxo de la Contrarreforma,²³² cuyo trato más detallado reservó para el libro que ahora nos ocupa. Estas dos Españas disímbolas refuerzan la inclinación de Ortega por el enfrentamiento de los opuestos que da lugar a actitudes de aceptación y condena o de esperanza y desengaño.

Lejos ya los años de su llegada a México, cuando por razones de su calidad de exiliado y del crítico momento indigenista que entonces atravesaba el país, Ortega debió emprender la defensa de España, secundando de paso una más generosa comprensión de lo mexicano, pudo ahora, por fin, dar respuesta a la vital pregunta que debió acongojarlo desde que en pesarosa huída cruzó los Pirineos. Él y los miles que entonces lo acompañaron son los

²³⁰ Las partes duras del pan que se trozan con facilidad.

²³¹ Lugar en el que se reúnen bribones y ladronzuelos como los liderados por Monipodio, personaje cervantino de *Rinconete y Cortadillo*. Muy larga sería la lista de las palabras, frases y dichos de Ortega que nos hicieron ir a diccionarios y enciclopedias; y no siempre con éxito.

²³² Ortega y Medina, “Ensayo sobre la conquista española”, p. 23.

mismos a los que en este libro se refiere como los mejores de España que no fueron aprovechados sino, antes bien, sacrificados. Casi cuarenta años después de abandonar su patria, Ortega responde en el último capítulo de *El conflicto anglo-sajón* al porqué de su ruina. Lo hace además en su muy personal, maduro y original estilo de historiar, motivo de más para la predilección por este libro. Aunque en la primera parte revelaba, como en *Destino Manifiesto* y *La Evangelización puritana*, la impronta de la germinal influencia ogormaniana, en la última muestra ya el rumbo más propio que tomó su vocación.

De todo ello se desprende que el ritornelo de contrubuir a una mejor comprensión del pasado mexicano no es su verdadera intención en este libro, como sí lo es la réplica a su viejo mentor, misma que, como ya dijimos, sólo cobra sentido si se conocen las palabras finales con las que O’Gorman respondió a “De Andrenios y Robinsones”. Si por un lado desaparecen en la harto mencionada última parte la leyenda negra e Inglaterra -salvo en la representación de la modernidad que ésta encabeza-, no quedando más que la sola España con sus responsabilidades no cumplidas, por el otro, sin romper con el historicismo, Ortega pone en claro su, desde siempre, vocación de historiador comprometido y combativo. De ahí que no falten al libro episodios polémicos y, también, contradictorios. Pero comencemos por lo que sí falta.

La figura del padre Las Casas, medular y constante en la obra ortegamediniana, que parecía presidir *La evangelización puritana*, quedó reducida ahora a sólo cuatro referencias, meramente tangenciales, dos de ellas a pie de página. No cabe sino preguntarse por el abandono de quien fue acicate tan efectivo en el historiar de Ortega. El conflicto anímico que seguramente el dominico le ocasionó debió ser vital. Como español llegado a un México indigenista, Las Casas era la mejor carta a favor no sólo del interés de los frailes por los indios, sino también de la preocupación de los humanistas y

filósofos españoles por definir como humana la naturaleza de los aborígenes. Ay, pero fray Bartolomé también había delatado los horrores de la conquista. Si como Ortega creía, Las Casas había caído en excesos al denunciar a los conquistadores, no podía expresarlo con la libertad con que O'Gorman lo hacía.²³³ Sin embargo, le quedaba otra vía para criticar al dominico, la paternidad de la leyenda negra. Analizar las múltiples facetas de ésta para demolerla era una forma indirecta de refutar a las Casas. Aunque presenta a fray Bartolomé como ejemplo edificante de los alcances autocríticos del humanismo español, lamenta, en cambio, que hubiese andado tan errado en su método evangelizador, tan semejante al de los puritanos que tan estéril resultó, sobre todo, si se compara con la penetración (con todo el sincretismo que se quiera) del catolicismo en la América española que dio a los indios como, desde sus inicios, a los hombres de las orillas del Mediterráneo, consuelo ante la inescrutable existencia.

Sin embargo, creemos que Ortega superó con las diversas actitudes ante la vida de Andrenio y Robinson el escollo de la leyenda negra. Dibujó con escasas y expresivas pinceladas sus caracteres para acabar de una vez por todas con la imagen del malo y el bueno para mostrar sólo tanto la desconfianza y confianza en el mundo como la esperanza auténtica en Dios y la falta de ésta. La leyenda negra, que tanto le había pesado, quedó olvidada tras haberla desenmascarado y explicado en todos sus aspectos a lo largo de su obra. Se trataba ahora de explicar el atraso español ante las otras

²³³ O'Gorman sí estudió la obra del dominico. Vide "Estudio Preliminar" a Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética Historia Sumaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967. 2 v. (Serie de historiadores y cronistas de Indias, 1); *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. (Colec. SepSetentas, 51). Al respecto de la disputa entre el dominico y Ginés de Sepúlveda, O'Gorman afirmó que "Las Casas, con un gesto magnífico de energúmeno, abandonó la razón para entregarse a la fe" y así derrotar al aristotélico adversario. *La idea del descubrimiento de América. historia de*

naciones de Europa y en este caso Las Casas no brindaba explicación alguna. Además, no sabemos hasta qué punto, al transcurrir los años, comprendió que la leyenda negra que tanto había pesado en él, había sido ignorada por España, si no es que desdeñada, mientras fue poderosa y tuvo el oro americano. Un acicate más para mejor preguntarse por la pérdida del poderío español que por las opiniones adversas de sus enemigos, provocadas por la envidia, y que, en última instancia, no fueron la causa de su ruina.

En este sentido, puede entenderse que Ortega deseche uno de los pocos argumentos que pudo haber usado a favor de Felipe II, aunque a decir verdad no era su intención defenderlo sino achacarle precisamente el inicio del despeñadero del imperio. Se trata del empeño incuestionable que pusieron los calvinistas en dañar a Felipe, por cuantos medios tuvieron a su alcance y desde todas partes. Sin echar de lado los intereses político-dinásticos y los económicos, cabe recordar que los calvinistas, por la especial y principalísima tarea que, en un principio, le asignaron al Estado de proteger a la religión, no debían resistirse a un príncipe, aunque fuera tirano, si era fiel a sus principios protestantes; pero si era católico, aun siendo buen gobernante (como Felipe en Flandes), debían entonces sustituirlo.²³⁴

También se ha desvanecido en *El conflicto anglo-español* toda la ilusión sobre los valores hispanos con que su generación se había nutrido y que el exilio magnificó. En *México en la conciencia anglosajona*, nuestro autor se había apoyado para establecer las diferencias entre el ser del inglés y del español en las palabras de su paisano el ensayista Américo Castro:

esa interpretación crítica y sus fundamentos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951, (Ediciones del Cuarto Centenario de la Universidad de México). p. 143.

²³⁴ Lord Acton, *op. cit.*, p. 136.

El español fue el único ejemplar en la historia occidental de un propósito de vida consciente y sostenido, fundado en la idea de que el único posible y digno oficio para un hombre es ser hombre y nada más²³⁵

Ahí radicaba, para Ortega, la razón de que el español

sentía la realidad americana como empresa heroica y suntuaria, explotadora y señorial; de aquí que la fantasía, el valor y la voluntad - digamos con A. Castro- remplazaban a la reflexión y acción entendidas como ascetismo intramundano protestante, burgués y salvador.²³⁶

Sin embargo, en *El conflicto anglo-español* la emprende contra Castro porque su “dependencia casi exclusiva [... de] las fuentes literarias” sólo lo condujo a “unilaterales exageraciones”²³⁷ como las que transcribimos en la penúltima cita, y que vuelve a repetir textualmente. Se queja también de que Castro asentase que los españoles, por temperamento, eran dados al ocio y huían del trabajo.²³⁸ Aprovecha así la ocasión para pronunciarse en contra de determinismos “excluyentes” ya que las razones históricas son múltiples y el historiador debe descubrirlas. Omitió decir que al historiador, como es su caso, le lleva años y más años tejer un buen paño en su telar histórico. Tuvieron que correr los años para que su militante pasión por España cediera el paso a una actitud más mesurada.²³⁹

²³⁵ *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Losada, 1948. Citado en *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 25.

²³⁶ *Idem*.

²³⁷ Ortega y Medina, *El conflicto anglo-español*, p. 87.

²³⁸ *Ibid.*, p. 31 y 135. En esta última página también muestra Ortega su desacuerdo con Claudio Sánchez Albornoz por justificar el enriquecimiento rápido mediante la guerra en lugar del lento logrado a través de “largas jornadas de paciente y laborioso esfuerzo”. Añadamos nosotros que como las dedicadas por él al historiar. Tampoco le parece la opinión de R. Konezke quien alega que por combatir durante ocho siglos a los árabes no se cultivó el hábito del “trabajo pacífico y regulado de cada día”.

²³⁹ El cambio puede apreciarse también en su rechazo a la antes consoladora supuesta frase de Nietzsche, “España es un pueblo que ha querido demasiado” echada a rodar por Fernando de los Ríos y repetida por Ortega. *Vide supra* (capítulo 2, p. 12, nota 21). Esas vaguedades ya no gustan a nuestro autor que señala que las demasías “fueron conscientes decisiones personales tomadas en función de unos intereses materiales y espirituales

Por otro lado, no faltan las contradicciones. La acrimoniosa crítica que Ortega dirige a la burocracia y administración de los austrias en la última parte de *El conflicto anglo-español*, contrasta con sus comentarios en el primer capítulo a propósito de lo que considera la “modernidad” de la gestión castellana -en contra de lo sostenido por Pierre Vilar-, basada en la “medieval catalano-aragonesa del imperio mediterráneo, que de hecho conservaba pocos rasgos feudales y la pone al servicio de las necesidades de un imperio mundial moderno allende el Océano”.²⁴⁰ ¿Pero si las Indias estuvieron tan bien administradas desde Madrid, a dónde van a dar las críticas a Felipe por haber establecido en esta central ciudad castellana la capital de un “imperio marítimo”, razón de la ruina de la armada española? Sobre todo si consideramos que el monarca debía cuidar su reino cuya población había aumentado a un ritmo tres veces más alto que el resto de la europea y que estaba constituida, primordialmente, por labriegos, pastores, artesanos y comerciantes tal y como lo sostiene Vilar.²⁴¹ El sorprendente aumento de población y la importante presencia de artesanos y comerciantes no parece ir bien con la repetida queja de Ortega acerca de la falta de iniciativa individual. Él mismo confirma todavía más el éxito de la “centralización del poder virreinal” al decir que Inglaterra la adoptó cuando conquistó la India, remachando de paso lo mucho que ésa nación había imitado a España. Por otro lado, si exagera respecto a la importancia de la burguesía (a la vez que rechaza el feudalismo en España, cuando los dos asuntos son ingredientes importantes de la

bien tangibles”. *El conflicto anglo-español*, p. 10. Sin embargo, esto no quiere decir que abandone el pensamiento de De los Ríos. Vuelve a recurrir a él para apuntalar la tesis del triunfo del Estado-Iglesia contrarreformista sobre las ideas de “libertad, progreso, individualidad, razón y salvación por la fe sola.” *Ibid.*, p. 147.

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 79. Vilar había dicho que el imperio español del siglo XVI representaba la “etapa suprema del feudalismo”. *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, Ariel, 1976. *Apud.* en *idem*.

²⁴¹ *Vide* Pierre Vilar, “Le temps des hidalgos” en Fernand Braudel (ed.) *L’Espagne au temps de Philippe II*, Paris, Hachette, 1965, (Colec. Ages d’Or et Réalités), p. 29-61.

interpretación materialista de la historia), está en lo cierto cuando asegura que los burgueses aspiraban a ser incorporados a las filas de la nobleza.²⁴² Efectivamente, la burguesía ante su escaso poder económico que no podía rivalizar con el de la nobleza, ni menos enorgullecerse de su *status*, hasta el siglo XVIII y en cuanto su riqueza se lo permitía, compró tierras y títulos nobiliarios. Pero la situación no era privativa de España. Moliere no pudo caracterizarla mejor en la figura del señor Jourdain del *Burgués Gentilhombre*.

Ortega parece concluir, paradójicamente, que si a los ingleses dio resultado imitar a España, ésta quedó a la zaga de su rival. Responde a semejante contradicción explicando que precisamente en ese momento la modernidad hizo su aparición y, como a la oportunidad que pintan calva, Inglaterra supo asirse de ella en su provecho, no así España. Ortega no define explícitamente qué entiende por modernidad ni por su contrario, el misoneísmo, como gusta llamarlo.²⁴³ La antimodernidad española, o que España se resistiera a lo novedoso, o la innegable decadencia que reconoce se observa con los últimos austrias, la atribuye al arraigo de la tradición católica medieval que puede verse en la caritativa tolerancia hacia sus pobres, a quienes tampoco exigía trabajaran; los miles de curas que tampoco producían nada, salvo “espiritualidades”. Lo peor fue un legado cuya paternidad no identifica Ortega, la del desprecio con que era visto el trabajo manual y que pudiera ser uno de los rasgos más perdurables de la herencia romana.²⁴⁴ Mas la razón principal de la susodicha antimodernidad, Ortega la encuentra en la

²⁴² Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 135.

²⁴³ Paul Hoffman, único comentarista extranjero de Ortega que hemos encontrado, se queja de que no defina los términos básicos que emplea. También de que no se base en fuentes primarias y, sobre todo, que no respete los límites cronológicos que establece, llevando su narrativa hasta el siglo XIII. “El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos xvi y xvii). By Juan A. Ortega y Medina” en *The Hispanic American Historical Review*, p. 601 y 602.

²⁴⁴ Vide Moses I. Finley, *La economía de la Antigüedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974. p. 65-80.

Contrarreforma. La intolerancia de la iglesia católica que canceló las libertades no sólo en el terreno religioso sino en la actividad política y económica, impidiendo que España marchara al mismo ritmo de sus vecinas europeas.

Sin embargo, tampoco satisfacen a nuestro autor todos los valores de la modernidad. Soterrada a lo largo de su obra se deja sentir la crítica al capitalismo. Capitalismo que lo puso en conflicto con Weber, pues si toma de este autor que los puritanos impulsaron tal modelo económico, no comparte la aceptación weberiana de éste. Lo que parece escapársele a Ortega es que la modernidad o, en otras palabras, su vástago el capitalismo, se nutrió del oro y la plata que España trajo de América.

Ortega expresa este conflicto de valores en las figuras de Andrenio y Robinson. Sus más profundas simpatías espirituales están con Andrenio, pero no logra definirlo bien, tan huidizo es lo humano. Y un humano muy a lo español, de espaldas al mundo, ese valle de lágrimas en el que, por el contrario, sí cumplían muy a sus anchas su vocación los protestantes. La personalidad de Robinson parece no tener recovecos: él sólo trabaja e inventa (como Francis Drake, que bien podría ser su antecesor, al menos por la admiración que despierta en Ortega por el éxito con que navegaba y saqueaba). Paradójicamente, por su ideario político y por su tesonero trabajo Ortega podría equipararse al mejor de los Robinsones. En verdad ¿no ha sido un básico rasgo humano el de construir y transformar al mundo para vivir mejor y no sólo a través de las herramientas sino de las ideas? Sin embargo, desde su fuero interno, picado por el aguijón de la introspección, por la manía de hurgar en el alma propia de aquellos inquietos ante la disyuntiva moral entre el bien y el mal, Ortega parece encontrar en el mensaje del cristianismo evangélico la mejor opción del hombre para encarar la existencia.

Hemos de añadir, finalmente, que si bien don Juan pudo explicar según su parecer las razones de la decadencia de España, no dejó de reivindicar al

pueblo español y, sobretodo, no cesó de justificar, con mucha satisfacción, la labor española en América cuya herencia no ha perdido validez reforzada por el mestizaje. Alfonso Reyes vio como una de las ventajas de Latinoamérica la de refundir la cultura universal, lo que estaba vedado a los ingleses o a los franceses. En el mismo sentido, Borges expresó que, felizmente, no nos dábamos a una sola cultura, sino que podíamos aspirar a todas.²⁴⁵ Ortega, con una visión universal, planteó la contradicción entre la técnica y los valores espirituales, inclinándose decididamente, como auténtico humanista que era, por estos últimos.²⁴⁶

²⁴⁵ Borges dice que a semejanza de los judíos “que sobresalen en la cultura occidental, porque actúan dentro de esa cultura y al mismo tiempo no se sienten atados a ella por una devoción especial[...] los sudamericanos en general [lo cual podría hacerse extensivo a todos los hispanoamericanos] [...] podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones [...] “El escritor argentino y la tradición” en *Discusión*, Madrid, Alianza Editorial, 1997. (Biblioteca Borges) p. 200 y 201.

²⁴⁶ Si a Ortega y Medina la comprensión del pasado le permitió superar la leyenda negra, en cambio a David S. Landes, profesor emérito de Harvard, le resulta difícil dejar de recurrir a ella en el libro que recientemente publicó, *The wealth and poverty of nations. Why some are so rich and some so poor* (New York, W. W. Norton & Company, 1998). Esta obra nos hace pensar que Landes conoció, al menos, *La evangelización puritana en Norteamérica* de Ortega y le responde, pero precisamente con los mismos y trillados argumentos que nuestro autor había echado por tierra, los de la leyenda negra. Ello reitera nuestro convencimiento de la vigencia de las tesis de Ortega. Para Landes, una de las características de la época de los descubrimientos es la crueldad y traición que privaron en la conquista española de América que, con el tiempo, se convirtió en fuente de “vergüenza y mortificación” que ha querido ser borrada mediante la invención de llamar “leyenda negra” a lo que en realidad no fue ningún mito sino una terrible verdad. También se ha recurrido, y aquí está Ortega, a la exposición de los errores de otros colonizadores “en particular los norteamericanos anglosajones y protestantes cuya estrategia de conquista fue diferente y cuyas víctimas fueron menos, pero cuya capacidad de crueldad e hipocresía fue supuestamente similar. Como si los crímenes de otros excusaran los propios” (p. 70). Landes entiende este método a la luz de la oposición al imperialismo norteamericano pues, para “muchos historiadores e ideólogos latinoamericanos ha sido vital enfatizar la maldad de los *gringos* que vienen a dominar las Américas” (p. 78). Pero también coincide Landes con Ortega: la razón de que Inglaterra comenzara a volverse rica y España pobre a fines del siglo XVI, la encuentra el profesor de Harvard en que los españoles se hicieron de riquezas para gastarlas y los ingleses para ahorrarlas e invertir las (p. 171). Con ello dieron éstos lugar al capitalismo, como bien había dicho Weber, mas no porque cambiaran las condiciones económicas sino por su ideología calvinista (p. 174), de la que parece estar más que orgulloso el profesor Landes que nos hace la apología del imperialismo.

CONCLUSIÓN: EL HISTORIAN DE ORTEGA Y MEDINA.

Escribir historia es una manera de desembarazarse del pasado. Goethe.¹

Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas en la manera de ser del hombre, reflejo pues de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable. Edmundo O'Gorman.²

A diferencia de lo que se ha estilado entre buena parte de los historiógrafos de las últimas décadas, a saber, presentar sus estudios con detalladas declaraciones sobre el método empleado en su elaboración e interpretación, don Juan Ortega y Medina evitó tal práctica. Prefería que de la obra acabada se dedujeran los supuestos teóricos que la sostenían. Sin embargo, no dejó de expresar en la cátedra y en sus escritos, cuando venía al caso, su preferencia por la doctrina historicista. Si bien la interpretación marxista, o al menos

¹ La frase la subrayó don Juan en su releído texto de Meinecke. *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943. p. 445

materialista, destacaba en las enseñanzas que recibió en la Escuela Normal Superior, el contacto con los intelectuales de El Colegio de México y el ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones robustecieron la influencia de los pensadores españoles, entre ellos, el más destacado de esa época, José Ortega y Gasset. Éste acentuó su preocupación por España y su admiración por las artes y por la cultura griega rescatada por los germanos.³

Ortega permaneció fiel a los principios básicos del historicismo que compartió con Edmundo O’Gorman, aunque los hubiera aplicado de manera diversa manera que su mentor. A saber: el hombre es un ser histórico y como tal su visión del pasado depende del momento en el que vive; por lo mismo, el historiador debe acercarse al pasado para comprenderlo y sólo lo logrará si a su vez entiende las ideas y creencias que motivaban a los hombres de una determinada época. Un mismo acontecimiento del pasado, estudiado por historiadores pertenecientes a diversas épocas, dará lugar a variadas versiones, por lo que la objetividad del suceso se torna huidiza y la mejor manera de comprenderlo es estudiarlo a través de las diferentes opiniones que sobre él se han expresado; ante la imposibilidad de alcanzar una verdad histórica universal, el historicista se desentiende de la formulación de leyes históricas y, por lo mismo, no cree que la historia tenga sentido alguno ni sea guiada por fuerzas fuera de ella.

Estos fundamentos historicistas vinieron a enriquecer los estudios historiográficos a los que Ortega también se dedicó siguiendo el ejemplo de O’Gorman y no menos de su paisano Ramón Iglesia. Si bien sus comentarios historiográficos son abundantes, fue a través de la cátedra de Historiografía General que nuestro autor manifestó su genuina vocación magisterial, su eros pedagógico y humanista. Mediante el análisis historiográfico encauzó a sus

² “Fantasmas en la narrativa historiográfica” en *Nexos*, México, fecha, p. 52.

alumnos hacia el historicismo, que reforzó al aplicarlo en el estudio de los temas históricos que cubrió en las diversas asignaturas que impartió y cuya interpretación transmitió a sus discípulos. Éstos, fueran de la ideología que fuesen, continuaron repitiéndola, acaso olvidando su procedencia, pues tal era la hondura de sus enseñanzas. Ya fuera el estudio de historiadores mexicanos, ya de viajeros, los más socorridos por sus alumnos a la hora de escribir sus tesis, don Juan les proporcionó la cantera en la que debían ejercitar su habilidad de historiar que para él era un arte.

Humanista muy al estilo de los renacentistas, Ortega tuvo una inmensa curiosidad por los clásicos greco-latinos, cimiento de nuestra cultura occidental, a la vez que por la historia de los pueblos que han compartido ésa. De ahí derivan también sus sólidos conocimientos filosóficos de los que no alardeaba pero que fundamentaron su obra, abarcando los que se refieren a las teologías cristianas; no menos profunda fue su erudición literaria y artística de Occidente que supo inculcar en sus discípulos a los que pedía leer sin descanso todo aquello que pudiera descubrirles cualquier figura del caleidoscopio humano. Como español fue consciente de lo mucho que su comprensión de México debía a la visión europea, occidental, plena que poseía por su formación. Así, su espíritu universalista se manifestó no sólo en la perspectiva bajo la cual debíamos contemplar lo nuestro (de ahí la necesidad de estudiar la historia de Estados Unidos), sino también enterarnos de lo que se escribía en el exterior acerca de México.

En suma, su avidez de conocimientos se tradujo en la fascinante erudición, condición esencial del humanista, que lo caracterizó y que también expresó a la vieja usanza renacentista en su afán por traducir y editar obras de otros autores y ponerlos al alcance de un mayor número de lectores. Lo

³ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, México, Red Editorial Iberoamericana, 1987. p. 132.

que guardó para sí fue su dominio del arte consentida de los humanistas, la retórica: cómo expresar mediante el humus verbal, los pensamientos a los que respaldaba su erudición para que resultaran convincentes. Tras sus recursos retóricos están tanto Cicerón y Quintiliano como Gracián, y bien aprendidos, como lo demostró su habilidad polémica y apologética. Además, tareas humanistas como las de traductor, prologuista y editor, que no tienen otro fin sino el de difundir el conocimiento, también fueron emprendidas con entusiasmo por don Juan.

Desde el siglo XIX los pensadores españoles no cesaron de observar y preguntarse por la brecha que parecía separarlos del resto de Europa o las dificultades que tenían para emparejarse con ésta; la preocupación giraba en torno a la política y la religión. El siglo XX no los encontró mejor y la reacción intelectual fue aún mayor ante la pérdida de lo poco que todavía los hacía considerarse un imperio. Además, la cambiante ideología política europea no cesó de tocar a las puertas de España. No bien acababa ésta de ser liberal y ya quería ser socialista, pero la iglesia que junto con la tradición monárquica seguían siendo las mismas, constituían un lastre que impedía el cambio. Juan Antonio Ortega y Medina creció en una familia de ideas liberales, las del padre, pero inmersa en el catolicismo cotidiano. Se educó en la tradición krausista, tanto que eligió como carrera el magisterio. Cuando había apenas estudiado su primer año en la Universidad Central de Madrid, la guerra truncó sus propósitos alineándose del lado de los republicanos. Así, al sufrir la derrota y el exilio, no le quedó más que preguntarse, como lo habían venido haciendo sus compatriotas desde el siglo anterior, qué le había sucedido a España.

Ortega llegó a México en una época en la que se había recrudecido el sentimiento antihispanista -porque lo teníamos desde el momento de la independencia-, y también su contrapartida, el indigenista. A la tarea de comprender a su patria se le sumó la de defenderla. La estrategia fue compleja

pero muy atinada. Los primeros diez años de estancia en México no sólo fueron ricos en toda clase de experiencias vitales sino, sobre todo, estuvieron marcados por el estudio intenso y tesonero. Plenamente maduro, alrededor de sus treinta y cinco años, decidió los temas que iba a historiar. Se alejó del presente, tomando en cuenta que el mexicano lo comprometería y que con el español estaba ya comprometido, por lo que en ambos casos prefirió guardar silencio. Pero las historias de España y México se habían tocado en la conquista, momento crucial del pasado mexicano, dando lugar, tras la independencia, a un ser mexicano que se debatía entre su doble y encontrado origen. Así fue como Ortega decidió defender el pasado español de México por difícil que esto pudiera ser en los años cuarenta. Su "Ensayo sobre la conquista española", escrito en la Escuela Normal Superior, es una muestra de ello a la vez que de lo empapado que estaba en el pensamiento español contemporáneo de Ortega y Gasset, Ángel Ganivet, Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Fernando de los Ríos, José Gaos y Joaquín Xirau. Autores, todos ellos, preocupados por las razones de la suerte de España. El objetivo de la tarea de Ortega era doble, rescatar lo valioso de la conquista, para después, ofrecerlo a los mexicanos como un digno pasado hispánico. La empresa no era fácil para un español y Ortega finalmente optó por retirarse del escenario mexicano y centrarse en el de su patria, pero a través de las relaciones entre México y Estados Unidos; desde éste podría influir con más éxito en la conciencia mexicana. Además, su estancia en México le había permitido calar la hondura de otro infortunio en nuestra historia: la guerra con Estados Unidos y la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio.

El tema de la nación vecina no le era ajeno. Su padre había luchado contra ésta en Cuba. La isla caribeña más codiciada de los ingleses le había sido arrebatada a España por los descendientes de éstos. Si el estudio de los momentos conflictivos de la historia de México, la conquista y la independencia,

le estaban vedados por ser parte de ellos, bien podía ayudarnos a superar el revés recibido menos de treinta años después de la independencia. La ecuación que planteó Ortega es simple: Inglaterra es para España lo que Estados Unidos para México. Su mérito fue dar valor a cada uno de estos términos; en verdad, dio muchos valores a cada uno de ellos según los estudió.

El arranque no fue novedoso: la reforma protestante y la modernidad. Mucho se había escrito y se sigue escribiendo sobre ello y desde variados puntos de vista. Razón por la que adoptó tesis contradictorias sobre un tema complejo y controvertido del que quería sacar los postulados que apoyasen su explicación de por qué España se había quedado a la zaga de Inglaterra desde el siglo XVII. El meollo de dicha explicación es que Inglaterra se embarcó en la nave de la modernidad y España se empeñó en no hacer lo mismo cuantas veces se ofreció la oportunidad. De ahí que Ortega, en un principio, llamara a su patria antimoderna; con los años tuvo, con dolor, que hablar de su decadencia. Sin embargo, nunca ofreció una definición personal y crítica de la susodicha modernidad que está presente en toda su obra, se limitó a repetir algunos lugares comunes en los que por fuerza acabó contradiciéndose.

Sus consideraciones acerca de la modernidad y de la reforma protestante las presentó por vez primera en su “Ensayo sobre la conquista española”, adoptando el planteamiento materialista que no abandonaría: la reforma protestante fue propiciada por la creciente burguesía del siglo XVI. Cuando retomó el asunto varios años después en “Reforma y Modernidad”, continuó insistiendo en el papel determinante de la burguesía en la sociedad de la época, aunque matizó sus ideas con el pensamiento de Ernst Troeltsch acerca de que la reforma no dio lugar a la modernidad, pero su ideología contribuyó a ésta. A la vez introdujo la original y todavía vigente antimaterialista tesis de Max Weber: el desarrollo del capitalismo que tan al

parejo corría con el de la modernidad se había debido no a factores materiales, sino a la aparición de una nueva mentalidad, la calvinista.

La contradicción se entiende porque es en sí difícil de superar. Está en juego el medular asunto de la causalidad histórica. Si bien Ortega se consideraba a sí mismo como un historiador de las ideas, fue también un observador curioso y lleno de sentido común del mundo social, como su admirado Galdós. Así, afirmó que los intereses económicos coloreaban las ideologías: los temores, envidia y belicosidad de Inglaterra la habían llevado a desprestigiar a su rival española mediante la bien urdida leyenda negra que Julián Juderías desenmascarara. De igual manera, sostuvo que los norteamericanos embozaron su apetencia por las tierras de México mediante la doctrina del Destino Manifiesto. Sin embargo, no pudo o, más bien, no quiso variar su postura ante aquellos puritanos amantes de sacarle hasta el último centavo de ganancia a sus dineros: impulsores del capitalismo y declarados enemigos de los católicos españoles. Por otro lado, mientras consideraba que la modernidad inglesa había tenido una buena dosis de mesianismo, pareció dejar implícito que el providencialismo español, auténticamente religioso y alejado de intereses materiales, sirvió de poco para empujar a España a la modernidad.

Parece escapársele que fue precisamente el oro americano que España esparció por Europa el más importante propulsor del capitalismo. En su descargo debemos recordar que los postulados acerca de la modernidad que lo nutrieron son los que estaban en boga en los años cuarenta de su llegada a México y algunos arrancaban desde el siglo pasado y aún antes. Pero, sobre todo, que sólo fueron motor de arranque a sus muy originales tesis sobre el destino manifiesto y la razón del exterminio de los indígenas en Norteamérica. No podemos así dejar de reconocer cuánto pueden pesar en la adopción de una postura metodológica los fines que un historiador se propone: en el caso

de Ortega y Medina, defender a España y a México, reivindicarlas ante su mutuo enemigo anglosajón. Así se lo propuso desde que escribió su tesis de doctorado, sostén de las conclusiones más importante de su obra.

Ortega hizo en *La evangelización puritana en Norteamérica* un planteamiento verdaderamente novedoso al preguntarse por las razones de su fracaso, vista ésa desde una amplia perspectiva que tenía en cuenta la suerte del indio mal catequizado y abandonado a su suerte. Su origen tiene una doble vertiente, la muy académica de preguntarse por qué los indios de Norteamérica no fueron incorporados al cristianismo como lo fueron los de los dominios españoles, pregunta a la que no habían prestado la debida atención los historiógrafos de Estados Unidos. La otra, establecer implícitamente la comparación entre la evangelización puritana y la católica para revalorar ésta. La respuesta contundente de nuestro autor al problema es que el principio de la distinción entre elegidos y réprobos, medular al cristianismo calvinista, impidió que se pudiera considerar entre los primeros a los indios. En consecuencia, el historiador historicista comprende la crueldad con que los ingleses trataron a los indios; crueldad que, aunque era frecuente en ese entonces en Inglaterra, no lo era en España, pero tampoco era resultado de la maldad humana sino de la teología calvinista. Sólo faltó a este lúcido estudio de tema inédito considerar que los seminómadas indios de Norteamérica, que vivían en pequeñas tribus y no dependían de una poderosa autoridad que los controlara, temían tanto a los ingleses como éstos los temían. Amén de que estos bravos aborígenes no estaban asentados en ricos yacimientos de plata.

El asunto del rescate de la empresa misionera católica presenta, a su vez, dos aspectos: el muy explícito de exaltar la labor de los muy católicos jesuitas franceses (que, dicho sea de paso, pudo aprovechar también como una manera de corresponder al asilo que Francia dio a los republicanos) tan desacreditados por los norteamericanos como los españoles. Pero está

también el elemento callado, soterrado, piedra de toque de todo el libro: la figura del padre Las Casas. Ortega hace gala de sutileza para, por fin, ajustar muy viejas cuentas con el dominico; nada menos que las del daño moral causado a España con la leyenda negra.

Si bien las referencias a dicha leyenda abundan en la obra de Ortega, así como la correspondiente paternidad de Las Casas a la misma, nuestro autor más bien procura enaltecer la figura de fray Bartolomé, “monumento más excelso del humanismo ibérico”,⁴ porque como español en México no hubiera sido prudente criticarlo en forma directa. Sin embargo, encontró la manera de reprobar al dominico al afirmar que la evangelización en Norteamérica había fracasado porque no se podía catequizar, como lo habían pretendido Las Casas y los puritanos, mediante el convencimiento lento basado en la razón sin considerar al indio en su total humanidad. Ortega puso al descubierto que, paradójicamente, el método evangelizador del defensor de los indios por antonomasia llevó, cuando lo aplicaron los puritanos, al exterminio de los indios en el mundo sajón, resultado harto alejado del obtenido por los misioneros católicos. Aunque no dejó de sostener hasta el final de sus días que la conquista había sido una mezcla de “codicia y religiosidad”,⁵ algo semejante a lo que ya expresara desde que fue alumno de la Normal.

El conocimiento que tenía Ortega de los ingleses y los puritanos, aunado al de la desmembración del suelo mexicano en 1848, lo llevó a esgrimir un argumento típicamente historicista. Según éste, los pueblos no progresan en el sentido en que lo habían considerado los ilustrados, más bien cambian, se transforman y desarrollan elementos heredados, lo que Ortega llama “los

⁴ “Mito y realidad o de la realidad hispánica de ciertos mitos anglosajones” en *Reflexiones Históricas*, p. 246.

⁵ “Propósitos y fines de la expansión”, Amaya Garritz, coord. y ed., *Un hombre entre Europa y América*, p. 44.

calostros de la historia y cultura propias”,⁶ “el sentimiento heredado y estofado históricamente”⁷ o, simplemente, “la herencia histórica”. De ello se desprende que la actitud de los norteamericanos hacia México no fue sino la heredada de los colonos ingleses quienes a su vez, la habían acarreado de la madre patria. Esta actitud la ilustraron, mejor que nadie, los viajeros sajones que habían visitado México y estaba condicionada en sus variados aspectos por la mentalidad puritana. El más importante de éstos fue que la providencia había asignado de manera manifiesta a Estados Unidos el destino de extenderse por las tierras del continente americano que le había reservado y que, por múltiples razones, no merecían los descendientes de los católicos españoles. Con *Destino Manifiesto* el transterrado autor mostró atinadamente las razones de la actitud de Estados Unidos hacia México, todas ellas derivadas del elemento predestinatorio de la doctrina calvinista. Consideramos que hasta nuestros días éste continua encubriendo la defensa de sus intereses materiales bajo el pretexto de cumplir con la misión de conservar y difundir los principios de la libertad y de la democracia sobre toda la faz de la tierra.

A Ortega no le sorprenden las transformaciones que la idea de la predestinación tuvo a lo largo del tiempo y el respaldo que dio a intereses meramente materiales. En cambio, critica francamente que los liberales mexicanos decimonónicos hubieran adoptado la leyenda negra. Aunque convencido liberal, no puede menos que estar en desacuerdo con el sentimiento antihispanista que cundió a raíz de la independencia. Tampoco con las políticas que aquellos liberales adoptaron con las comunidades indígenas que dieron fin al amoroso empeño con que los frailes las habían protegido, dejándolas en el mismo desamparo en que habían quedado las de Estados Unidos. Menos

⁶ *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, p. 58.

⁷ *Destino Manifiesto*, p. 122.

acepta el liberalismo económico que tan estrecha relación guarda con el capitalismo.

Ahora bien, con el liberalismo le sucede a Ortega lo mismo que con la modernidad. Son conceptos no define y parece admirar pero hace suyos con reserva. Tal reserva se relaciona con la falta de definición precisa. Parecen confluir en Ortega dos liberalismos. El propio, no definido, de vieja herencia mediterránea, la del hombre libre partícipe de la vida política de su comunidad, dignificado después por la tradición cristiana y humanista; del individuo de la Edad Media al que el monarca respetaba y consideraba a través de leyes e instituciones. El otro liberalismo procede de este legado pero fue recogido por la Reforma protestante, que lo hizo suyo y perfeccionó, pues neciamente lo había abandonado la iglesia católica contrarreformista en connivencia con los monarcas absolutos.

Don Juan se ocupa y aprueba, aunque parece que a regañadientes, de este liberalismo que remozaron los calvinistas con su lucha contra los tiranos y la defensa de la autonomía política de sus comunidades, y que desembocó, un tanto forzado, en Locke y Jefferson. De ahí que se refiera al “doloroso precio” que los mexicanos pagaron por adoptar un liberalismo que procedía de una tradición tan distinta de la generosa de España, y que en lo económico “sólo tenía ojos para la ganancia y no reparaba en los medios para lograrla”.⁸

También encontramos, en la implícita idealización de la iglesia cristiana que no se había preocupado por la obtención de ganancias sino por practicar la caridad, el complemento del liberalismo de Ortega de añeja raíz. La vieja iglesia medieval, la de las manos “humildes, misericordiosas”⁹ a la que desvirtuó la contrarreforma después del último aliento vivificador del erasmismo de los tiempos de Carlos V y que, como recordó en repetidas ocasiones pudo

⁸ “Impacto del liberalismo europeo” en *Secuencia* 1, p. 23.

⁹ *La evangelización puritana en Norteamérica*, p. 266.

“desafiar con éxito la constante amenaza procedente del belicoso Oriente”¹⁰ y salvar la cultura occidental. La misma iglesia que alimentó el mesianismo español universalista del gobierno del emperador para cumplir con la voluntad de Dios, la cristianización universal,¹¹ y que no tiene nada que ver con el, podríamos llamarlo, estrecho providencialismo calvinista.

Si bien los aportes historiográficos más relevantes de Ortega se encuentran en los tres libros que analizamos en el capítulo V, no deben pasarse por alto otros menos conocidos. Si como dijimos en su momento, se manifiesta en toda su obra el afán por reparar el honor patrio, sus logros van más allá de ello. Rectificó la falsa interpretación que se daba de un Hidalgo ilustrado para ubicarlo en la tradición cristiana que le correspondía y en la que se le sigue estudiando. Abrió el camino de una nueva y acertada interpretación de la historiografía de autores extranjeros como Robertson, Prescott y Humboldt o nuestros como Clavijero, con quien parece identificarse, Bustamante, Vigil o Ricardo García Granados. A la vez, al situar la historia de México bajo una perspectiva más amplia, americana y europea, allanó el camino para una comprensión más integral.

A Ortega le vino muy bien el principio historicista de que la historia se hacía desde el presente. Así, pudo escribirla desde su personal circunstancia y momento histórico, el de un desterrado en quien se conjugaban principios cristianos, liberales y socialistas, a quien tocó vivir en un mundo que se debatía entre el capitalismo y los regímenes totalitarios. Si recién llegado a México centró sus energías en la reivindicación de España, con el correr del tiempo se preguntó por el fracaso de su patria en *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*. Sin descartar la importancia de las ideas ni menos el caro recurso de la literatura, que plasmaba las ideologías y vivencias de los hombres

¹⁰ *La idea colombina del descubrimiento*, p. 13.

¹¹ “Propósitos y fines de la expansión”, p. 39-41 y 52-53.

en el tiempo, emprendió un estudio más cuidadoso de la sociedad y la economía de la época en que España comenzó a declinar. Pero sus fuentes no lo ayudaron. Volvió a tratar estos asuntos tal como lo había hecho cuando los estudiaba para respaldar ideologías que, bien decía, respondían a intereses materiales reales; pero se quedó corto en la explicación de éstos porque su erudición no sólo se inclinaba más hacia el terreno de las ideas sino que era libresca, en su sentido literario, y no de estudios económicos o sociales modernos respaldados por la estadística. Su argumentación empírica nunca fue exhaustiva porque él mismo no la creyó necesaria. Así, había declarado bastarle un solo ejemplo tomado de la literatura para vislumbrar su verdad histórica. De la misma manera que su estilo retórico lo llevó a acentuar la oposición de los contrarios que va desde la misma rivalidad anglo-hispana y las diferencias entre la evangelización puritana y la católica, hasta la diversa actitud de los españoles e ingleses ante el mar y no menos el opuesto carácter de sus personajes Andrenio y Robinson.

Sin embargo, cumplió con sus objetivos y trascendió así las contradicciones en las que pudo haber caído. Mostró las causas del fracaso español que había apiñado en un Estado-Iglesia dique de toda iniciativa individual; a tal grado se extiende su queja que lamentó no se hubiera permitido a los españoles piratear, cuando eran los ingleses los que andaban a la caza del oro americano. Una muestra más de su ambivalencia hacia Inglaterra: envidiada ahora cuando antes tanta envidia había sentido ésta del poderío español. Ortega abrió fuego contra el Estado-Iglesia que había perdurado y sofocado todo intento de cambio, de modernizar a España, como lo había sufrido él en carne propia. A la vez, por su firme creencia en que la historia la hacen los hombres, explicó y disculpó de alguna manera al pueblo español que había tolerado la opresión y sido reacio al cambio. A través de Andrenio y de Robinson ejemplificó a los que daban la espalda al mundo y los que lo

enfrentaban. Los que cultivaban el espíritu y los que explotaban al mundo: el católico que comete pecados y se arrepiente, el puritano inmerso sin remedio en la pecaminosidad. Siguiendo la misma comparación podríamos añadir a los historiadores que, como Ortega, recrean una historia bellamente escrita de aquello que más les ha pesado y a través de ella, se liberan, como decía Goethe, de la angustiosa opresión del pasado y los que recopilan fríamente dato tras dato cuya acumulación esperan vanamente, expresará por sí misma una verdad por la que ellos mismos están lejos de que se les vaya la vida puesto que ésta les es ajena.

La condición de exiliado se manifestó en Ortega y Medina a la manera de un historiador no comprometido con la vida política de México, pero sí con sus propios ideales liberales entendidos como libertad y generosidad humanas. De ahí que su historiar tenga el sello de un notable compromiso político que oculta un tanto tras el postulado de la comprensión historicista que fue su guía. Como historicista que fue, no buscó causas determinantes pues creía que sólo había elementos históricos que propiciaban, no determinaban, el devenir. Y sólo el devenir porque no hay progreso: la historia no tiene un sentido o propósito determinado por fuerzas extrahumanas. La historia la hacen los hombres; la responsabilidad puede caer en aquellos que tienen en sus manos el destino de sus pueblos como Isabel o Felipe, pero sus determinaciones están siempre respaldadas por las ideas y creencias en que aquellos están inmersos. De ahí que Ortega estudiara estas ideas y creencias que decía, con cierta burla, era lo que habían dado en llamar los materialistas historia de las mentalidades por el prurito que sentían por las ideas vistas como manifestaciones del espíritu. Ahora bien, independientemente de su origen, las ideas conforman la actitud de los hombres ante la vida y su consecuente acción que el historiador debe comprender, como cabalmente lo hizo Ortega: un ejemplo entre muchos, su explicación del trato que los puritanos dieron a los pieles rojas.

A la vez, Ortega estaba consciente de que estudiaba el pasado desde su propio presente que también era histórico, por lo que su conocimiento no podía ser objetivo, ya que habría tantas verdades sobre el pasado como estudiosos de éste. Por otro lado, la propia historicidad del pasado hace difícil que éste pueda dar lecciones. En su momento presente los hombres resuelven sus problemas, pero la manera en que lo hacen es también histórica y no puede servir de guía en otras circunstancias. Ortega no escribió para aprender del pasado sino para comprender lo que nos ha acontecido, que es lo que constituye nuestro ser: cómo y por qué Estados Unidos justificó con el Destino Manifiesto la apropiación de buena parte de nuestro territorio o buscó con desesperación en nuestro pasado indígena las raíces telúricas que en su propio suelo arrancó al exterminar a los indios. Si los historicistas no alardean de pragmáticos, tampoco niegan la utilidad del conocimiento del pasado que no es sino la comprensión del presente y la renovada conciencia de la historicidad humana.

Ortega observó cumplidamente estos principios historicistas tanto en aquellos escritos cuyo enfoque es historiográfico, es decir, cuando estudiaba un tema -la idea del descubrimiento de América o de la naturaleza del indio-, desde el punto de vista de lo que otros habían opinado sobre ése a lo largo del tiempo, como en los de estructura más compleja y cuyo asunto, no historiado antes sino por él por vez primera, podía ser la explicación del fracaso de la evangelización puritana. En ambos casos, sin embargo, predomina en la elección de sus temas el acopio de argumentos que le sirviera para defender sus propias ideas, aquellas con las que pudiera reivindicar a España y defender el mestizaje que se dio en los dominios americanos del imperio. Su compromiso político lo hizo sopesar las enseñanzas de sus maestros, O'Gorman y Zea. Cuando quiso explicarse el fracaso de su patria, dolorido no pudo contenerse y acabó regañando a generaciones de españoles muertos olvidando lo que tan a

menudo había repetido, que el historiador no estaba para regañar a los muertos. Mas comprendámoslo porque también había dicho que si la historia “es vida y ésta se presenta siempre como conflicto, lucha y tensión, se sobreentiende que la historia que relata tales crisis tiene que ser apasionada, combativa y parcial.”¹² Por ello no había una verdad, sino muchas verdades según los quevedos, como gustaba decir, que el historiador se ajustara para explorar el pasado. Los suyos, tan de largo alcance, captaban toda minucia que tuviera un significado no sólo humano sino poético que contribuyera a la recreación de lejanos e irrecuperables momentos.

Ajeno a qué fuentes tomara en cuenta o cuáles ignorase, pero lejos del método científicista, lo decisivo en Ortega fue su acercamiento comprensivo e interpretativo, basado en una sorprendente erudición, a un pasado que rescató con claros propósitos apologéticos, empresa de la que salió triunfante porque escribió una historia -como la que defendió con valentía en unos años en que otras modalidades trataban de imponerse en medio de cierta intolerancia-, y que definió al recomendar:

Frente a la seca estilística de la historia científica, desapasionada y aburridamente objetiva, débese escribir una historia bella, literariamente bien escrita, luminosa, filosóficamente formulada y humanamente entendida. Sólo así será posible situar a la historia en el horizonte cultural del hombre de hoy y se podrá rescatar a la ahuyentada masa de lectores, para que se dejen a un lado los mamotretos eruditos y mamotretillos y se dediquen con fruición a la lectura sucedánea de las historias noveladas.¹³

Sólo nos resta decir que una de las virtudes de Ortega al asumir su historiar comprometido y polémico fue la honestidad con que expresó su verdad. Pese a su dolorosa condición de exiliado llevó una vida en la que trató

¹² “La verdad y las verdades en la historia” en Horacio Crespo *et al.*, *El historiador frente a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992 (Serie Divulgación, 1). p. 43.

¹³ *Ibid.*, p. 44.

de conciliar los opuestos principios del socialismo y el liberalismo: al desprendimiento de bienes materiales siempre seguido por la compasión por los desvalidos, acompañó un rechazo absoluto a la intimidación de las libertades humanas por parte del Estado. Su vivir y su pensamiento han sido fuente de aliento entre los mexicanos pues puso de manifiesto nuestra rica herencia mestiza de la que carecen nuestros vecinos sajones:

“el feroz e indomable individualismo heredado de España; el orgullo y la vitalidad de la sangre hispanoindia, y la fuerza cohesiva espiritual de la creencia y de la cultura religiosa e hispánica”.¹⁴

¹⁴ *México en la conciencia anglosajona*, v. I, p. 114.

Apéndice: Ortega en Chiapas

Transcribimos aquí el primer artículo publicado en México por Juan A. Ortega y Medina en *El Sur de México. El periódico de Chiapas*, Tapachula, 7 de noviembre de 1940, p. 3a y 4a. Éste fue el texto con el que Ortega respondió al panfleto *La Pulga* que “levantó contra nosotros una hostil polvareda”¹ Para la transcripción hemos respetado el peculiar uso de las abreviaturas, la puntuación y la ortografía del original, de modo que evitaremos el uso del *sic*. Debemos copia de este artículo a la gentileza de María Teresa Bosque.

CONTUMELIA MALEDICTI

Juan A. Ortega y Medina

Estudiante de la Fac. de Filosofía y Letras de Madrid

Es muy probable que el título con el que se encabeza este trabajo quede incomprendido para los excelsos y edificantes continuadores del arte de Gutenberg, pero es hecho con intención este enmascaramiento “camouflage”, que tal vez digan ellos, creyendo así enriquecer al idioma; más esto no tiene otro objeto sino el del desierto de sus cerebros vacuos y desprovistos por lo tanto de la más leve insinuación circunvolutriz.

No será pues muy dudoso que esta escasez les sugiera buscar un amical presbítero amanuense que les saque de la duda y les recomiende algún que otro latinajo con que adornar su saltarín semanario; pues bien, como no deseo el que expongan a su digno amigo a cabildeos y preguntas, óbvios estos teje manejes facilitándoles la traducción que puede ser muy bien “hiriente injuria” frase arrebatada a un tal Cicerón, a aquel “Gravitas dicendi”, y esto último sí que no lo traduzco.

En cierto díptero panfleto de aparición dominical, ha iniciado sus trabajos el heróico e imponderable Amilcar y ya comprenderás inteligente lector que no se trata del malhadado “Estratega cartaginés” [estratega en griego Sr. Amilcar, significa general], que tanto veneno y odio destiló por los habitantes del Latium, veneno y odio que hubo de disolver en las aguas del Guadiana ante la persecución de que le hicieron objeto los Celtíberos pueblo que por otra parte solo existió en la mente de un tal Estrabón y perdone Sr. Amilcar esta ligera noción histórica que solo expongo en honor de su ilustre apelativo.

Este señor, fundamentándose en ciertas noticias de “Source autorisé” y tan autorizada que bien pudiera ser subvencionada, se atreve a demostrar cé por bé, que somos y que opina sobre los españoles recién llegados a México, y en particular los distribuidos en el Estado de Chiapas, y mas en particular los que nos encontramos en el acogedor ambiente tapachulteco. Sus vastos

¹ Ortega, “Espíritu y vida en claro”, p. 6.

informes, quizás proporcionados por una nueva pitonisa délfica, pero algo más grasienta que la de la Hélada, son desde luego de un verismo sorprendente que me excitaría a un enorme bostezo de hilaridad si ello no ocultase una maniobra falaz con dos sentidos, el de provocar el vacío y desconfianza en torno nuestro y en promover un estado de ánimo que imposibilite el arribo de los demás compatriotas que se pudren en los campos de concentración en Francia.

Quizás sus veraces informaciones les hayan sido proporcionadas por aquellos mismos que vendían su honor e innato orgullo de españoles, delatando a sus hermanos ante la soez gendarmería francesa y ante un “troisieme bureau”, quizás sus notas le sean dadas por aquellos que sin tener la virilidad de llamarse fascistas, hacían que luchaban a nuestro lado y apuñalaban traidoramente a la República, en los trances difíciles de ésta.

Estas cosas reservadas en el “sanctus sanctorum” del recuerdo nos duelen mucho señor Amilcar, tener que hacerlas del dominio común; nos duelen mucho estas repeticiones de la venta de José, y estas calumnias que nos levantan nuestros acusadores, es su miedo devuelto por no ser a su vez acusados. Es su conciencia quien les tortura por la inicua venta, no ya por el bíblico plato de lentejas, sino por satisfacción en el mando de una Barraca, donde más de cien españoles torturábanse ante el interrogante ¿porqué?....

Sí, Sr. Amilcar, nosotros sin otro título que el de españoles, defendimos nuestro país del proceso de “Hegemonía Totalitaria”, Imperialismo que dicen ahora, sí, nosotros nos defendimos por espacio de 32 meses contra la teoría germano-italiana del “Volk ohne Ruam”.

Junto a nosotros jóvenes republicanos, lucharon hombro con hombro masas de jóvenes cuyos colores particulares se esfuman ante la defensa leal de la República.

Nosotros, españoles a secas, luchamos contra ésto que por su longitud pudiera parecer a Ud. una palabra alemana, luchábamos contra los italgermanmoroportugueses y algunos que otros españoles.

Nosotros luchábamos y fuimos vencidos entre otras causas por un fatalismo histórico y siempre constante en nuestra historia, la traición; la casta de los don Opas es siempre decisiva para España.

Esos traidores con perfiles de tragedia Eskyliana, no quiero creer Sr. Amilcar que sean sus amigos.

En estos momentos en que se han consumado dos tragedias en dos representaciones magnas de cerebros republicanos, la muerte del sexto Presidente de la República Española y de Don Luis Company, segundo Presidente de la Generalitat, y en que se acentúa la represión en el inmenso anonimato del pueblo, sus palabras Sr. Amilcar, tienen una acerba intención. Su historia de la distribución en grupos está excenta de veracidad, pregúntele Ud. al multimillonario Sr. Prieto, interróguele y reciba su parte por la campaña de sistemática difamación.

Ud. es también de los que nos cuelga el sanbenito y azuza sobre nosotros a todos, buscando con torpes mentiras un éxito para su pluma; a la vez que parabienes de los que le incitan a escribir.

Gracias Sr. Amilcar por su trabajo y cumplido el deber de información y esclarecimiento que me era obligado, dado su articulito, puede estar seguro que, cualesquiera que sean sus suscevas manifestaciones, tendrán la callada por respuesta éstas. Puede Ud. seguir aplicándonos remoquetes “exóticos” sin olvidar por otra parte que nuestro léxico tiene otros no menos sonoros e interesantes como “exotéricos, esotérico” los cuales le facilito para su ulterior empleo.

Déjenos tranquilos a estos españoles que no tienen otro deseo sino ser útiles a la nación mexicana y a ellos mismos, sin inmiscuirse lo más mínimo en las particularidades políticas del país que les ha prestado asilo. No invente historietas tipo “Chamaco Chico” cuya lectura particularmente no le recomiendo por su truculencia.²

² En la tesis de Gabriela Bosque Lastra, *La literatura viajera en la obra del historiador Juan A. Ortega y Medina*, reproduce también este artículo, en versión que le proporcionó Mercedes Molina procedente de la hemeroteca de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Su versión es ligeramente diferente, pues corrige la ortografía y la puntuación, además de que aparece un fragmento que no dudamos que sea de Ortega, pero que no se encuentra en las fotocopias que tenemos de *El Sur de México*. Ignoramos de dónde obtuvo ella su versión. Aquí incluimos la parte “faltante” en nuestro ejemplar: “[...] cuya lectura particularmente no le recomiendo por su truculencia, y por Dios, no escriba por su propia defensa cerebral en *La Pulga*. Usted no se da cuenta la de faltas de ortografía que su articulito lleva, cosa que yo, claro está, paso por alto sabiendo a ciencia cierta que no son culpa suya, puesto que son ya proverbiales los asaltos sintácticosórtográficos [*sic*] que el castellano recibe de manos de ese celestinesco y domingueril semanario.” Después sigue el resto del texto tal como está en nuestra copia de *El Sur*.

Por último Sr. Amilcar, no olvide que los españoles con enormes “saudades”³ de su Patria, saben conllevar virilmente sus infortunios y no exhalar al igual que los judíos histéricos suspiros ante el muro de las lamentaciones.
Tapachula Noviembre de 1940.

³ *Saudade*, lusitanismo. Según Pessoa, la *saudade* se experimenta cuando dejamos el alma en nuestra tierra. A veces se traduce como *nostalgia*, pero no parece del todo exacto.

Bibliografía de Juan A. Ortega y Medina

1940

1. "Contumelia maledicti", *El sur de México*, Tapachula, 7 de noviembre de 1940, p. 3-4. No confundir con el artículo del mismo título que publicó en *Historia Moderna y Contemporánea*, vid. *infra* número 106

1943

2. En colaboración con Manuel JIMÉNEZ MARÍN, *Ensayo sobre la conquista española*, México, Escuela Normal Superior, Sociedad de Alumnos, 1943. 60 p. Ensayo.

1949

3. "Antecedentes de la conquista: Philosophia Christi y Contrarreforma", en *Cortés ante la juventud*, ed. por Jorge Gurría Lacroix, México, Jus, 1949, p. 121-143 (Sociedad de Estudios Cortesianos, III). Artículo.

1952

4. "El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 24, n. 47-48, 1952, p. 193-211. Artículo. Después lo publicó en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 17-34; vid. *infra* número 39.

1953

5. "La 'Universitas Christiana' y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 26, n. 51-52, 1953, p. 159-189. Artículo. Después lo publicó en *Reflexiones históricas*, p. 73-105; vid. *infra* 189.
6. "El marco histórico del padre Hidalgo", *Universidad de México*, México, v. 8, n. 3, noviembre de 1853, p. 17 y 27.
7. "Monroismo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", *Cuadernos Americanos*, año 12, n. 5-6, sept-oct. y nov-dic., 1953, p. 168-189 y 158-187 respectivamente. Artículo. Después lo publicó en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 37-86; vid. *infra* número 39.

8. *México en la conciencia anglosajona*, v. 1, México, Porrúa y Obregón, 1953; v. 2, México, Antigua Librería Robredo, 1955. (México y lo Mexicano, 13 y 22)
9. MAYER, Branz, *México, lo que fue y lo que es*, con grabados originales de Buttler, prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, tr. de Francisco A. Delpaine, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. 519 p. (Biblioteca Americana). El prólogo lo publicó después como "México en 1841" en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 213-248; *vid. infra* número 39.

1954

10. "La XI Sesión del Congreso Mexicano de Historia", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 12, v. III, n. 4, abr-jun., 1954, p. 621-632. Presentación. Después se publicó como "La insurgencia desde nuestro tiempo" en *Universidad de México*, *vid. infra* número 14, y en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 271-285; *vid. infra* número 39.
11. "La conciencia de lo indio en Norteamérica", *América indígena*, México, Instituto Indigenista, n. 21, 1954, p. 173-175. Reseña de Pearce, *The Savages of America*. Después lo publicó en *Revista interamericana de ciencias sociales*, *vid. infra* número 12; en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 149-162, *vid. infra* número 39, y con otro título en *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 125-140, *vid. infra* número 127.
12. "La conciencia de lo indio en Norteamérica", *Revista interamericana de ciencias sociales*, Washington, D. C., Unión Panamericana, v. 5, n. 27, 1954, p. 103-112. *Vid. supra* número 11.
13. "La literatura viajera alemana sobre México en el siglo XIX", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 27, ene-jul., 1954, p. 119-132. Artículo. Después lo publicó en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 253-266; *vid. infra* número 39.
14. "La insurgencia desde nuestro tiempo", *Universidad de México*, México, v. 8, n. 5, enero, 1954, p. 10. *Vid. supra* número 10.
15. "Filosofía de la historia y ética de Paula Gómez Alonso", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 28, n. 55-56, jul-dic., 1954, p. 226-230. Reseña.

1955

16. "Consideraciones críticas acerca del volumen conmemorativo del Plan de Ayutla", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 29, n. 57-59, ene-dic., 1955, p. 251-277.
17. "El indio absuelto y las Indias condenadas en las 'Cortes de la muerte'", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 16, v. IV, n. 4, abr-jun., 1955, p. 477-505. Artículo. Después se publicó en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 89-123; *vid. infra* número 39.
18. KOPPE, Karl Wilhelm, *Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830; autor anónimo (Carlos Guillermo Koppe)*, tr. del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1955. 144 p. (Ediciones de Filosofía y Letras, 4). El estudio preliminar lo publicó como "México en 1830" en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 175-183; *vid. infra* número 39.
19. "Poesía e historia en F. Schiller", *Revista de la Universidad*, México, v. 10, n. 4, diciembre de 1955, p. 9.

1956

20. SCHILLER, Johan Christoph F., *Filosofía de la historia*, tr. del alemán, prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1956. 69 p. Hay varias ediciones. *Vid. infra* números 70 y 112.
21. "El cristianismo antiguo de Ch. Guignebert", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 30, n. 60-62, ene-dic., 1956, p. 261-264. Reseña.

1957

22. "El sentido de la pugna anglo-española por el dominio oceánico en el siglo XVI", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. 31, n. 63-64, ene-dic., 1957, p. 173-220. Artículo.
23. PFANDL, Ludwig, "Summa summarum", tr. de Juan A. Ortega y Medina, *Revista de la Universidad*, México, v. XII, n. 4, 1957, p. 15-17.

24. "An Analysis of the Misionary Methods of the Puritans", *The Americas*, Washington, D. C., v. XIV, n. 2, octubre, 1957, p. 125-134. Es una traducción de "Ideas de la evangelización [...]"; *vid. infra* número 25.

1958

25. "Ideas de la evangelización anglosajona entre los indígenas de los Estados Unidos", *América indígena*, v. 18, n. 2, México, Instituto Indigenista, abril, 1958, p. 129-144. *Vid. supra* número 24. Después se publicó en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 127-147; *vid. infra* número 39.

1959

26. BECHER, Carl Christian, *Cartas sobre México: la República Mexicana durante los años decisivos 1832-1833*, tr. del alemán, notas y prólogo por Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1959. 240 p., mapa (Nueva Biblioteca Mexicana). Publicó después el prólogo como "México en 1832", en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 187-210; *vid. infra* número 39.
27. WINCKELMANN, Johann, *De la belleza en el arte clásico. Selección de estudios y cartas*, tr. del alemán, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1959. 283 p. (Colección de Estudios de Arte y Estética, 2)
28. "La obra de Jaime Delgado", *Revista de Historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, n. 47, 1959, p. 252-254. Reseña.
29. "La minería y la metalurgia en la América española de M. Bargallo", *Revista de Historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, n. 48, 1959. Reseña.

1960

30. *Humboldt desde México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1960. 318 p., láms., mapas, ils., (Seminario de Historiografía Mexicana Moderna)

1961

31. *Historiografía soviética iberoamericanista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961. 193 p.

32. "En recuerdo de Prescott", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 39, v. X, n. 3, ene-mar., 1961, p. 493-497. Reseña.
33. "México a raíz de la independencia", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 40, v. X, n. 4, abr-jun., 1961, p. 655-660. Reseña. La volvió a publicar como "*Mexico 1825-1828 [...]*", *vid. infra* número 35, y en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 165-173; *vid. infra* número 39.
34. "La historia en el teatro o el descrédito hispánico en la historia", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año I, 1961, p. 229-241. Artículo.

1962

35. "*Mexico 1825-1828. The Journal and Correspondence of Edwards Thorton Tayloe* de C. Harvey Gardinder (ed.)", *Revista de Historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, n. 53-54, jun-dic., 1962, p. 268-269. Reseña. *Vid. supra* número 33.
36. "Humboldt visto por los mexicanos", en Marianne O. de Bopp, *et al.*, *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1962, p. 237-256 (Seminario de Historia de la Filosofía en México) Artículo.
37. "*Ensayos sobre Humboldt* de Marianne O. de Bopp, *et al.*", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año II, 1962, p. 313-321. Reseña.
38. "*Contribución al estudio de las letras alemanas en México* de Marianne O. de Bopp", *Revista de Historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, n. 53-54, 1962, p. 242-243. Reseña.
39. *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962. 285 p. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 12). Incluye varios ensayos ya publicados:
- "El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo", p. 17-34; *vid. supra* número 4.
 - "Monroismo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", p. 37-86; *vid. supra* número 7.
 - "El indio absuelto y las Indias condenadas en las 'Cortes de la muerte'", p. 89-123; *vid. supra* número 17.
 - "Ideas de la evangelización anglosajona entre los indígenas de los Estados Unidos", p. 127-147; *vid. supra* número 25.
 - "La conciencia de lo indio en Norteamérica", p. 149-162, *vid. supra* números 11 y 12.

- "México a raíz de la independencia", p. 165-173; *vid. supra* número 33.
 "México en 1830" p. 175-183; *vid. supra* número 18.
 "México en 1832", p. 187-210; *vid. supra* número 26.
 "México en 1841", p. 214-248; *vid. supra* número 9.
 "La literatura viajera alemana sobre México en el siglo XIX", p. 253-266; *vid. supra* número 13.
 "La insurgencia desde nuestro tiempo", p. 271-285; *vid. supra* números 10 y 14.

1963

40. PFANDL, Ludwig, *Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa de México, su vida, su poesía, su psique*, ed. y prólogo de Francisco de la Maza, tr. de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1963. 380 p. Hay reedición, *vid. infra* número 110.
41. "El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año III, 1963, p. 9-11-58. Artículo. Después lo publicó en *Estudios de tema mexicano*, p. 7-64; *vid. infra* número 74.
42. "El 'Humboldt' de José Miranda", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año III, 1963, p. 295-303. Reseña.
43. "Humboldt por los caminos de México", *Caminos de México*, México, Revista Goodrich Euzkadi, n. 36, 1963, p. 11-12. Artículo.

1965

44. "Crítica y contracrítica en torno a la 'historiografía soviética ibero-americanista'", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año V, 1965, p. 261-290. Después lo publicó en *Estudios de tema mexicano*, p. 65-104; *vid. infra* número 74, y en *Secuencia*, *vid. infra* número 133.
45. "Una idea de la reacción mexicana", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año V, 1965, p. 315-320. Reseña.
46. "Análisis económico de la historia de México", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año V, 1965, p. 321-326. Reseña.

47. "Un análisis de la realidad histórica del México contemporáneo", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año V, 1965, p. 339-345. Reseña crítica.
48. "Historia de la economía política en España, de M. Colmeiro", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año V, 1965, p. 357-359. Reseña.
49. "Loyola y Erasmo, dos almas, dos épocas de R. García Villoslada", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año V, 1965, p. 359-362.

1966

50. HUMBOLDT, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1966. clxxx + 696, ils., mapas, cuadros (Sepan cuántos..., 39). Este libro ha sido varias veces reeditado por la misma editorial y en la misma colección.

1967

51. "Un plagio de don Lorenzo de Zavala", *México en la Cultura* suplemento cultural de *Novedades*, México, 3a. época, n. 936, 26 de febrero de 1967, p. 1-6. Se publicó nuevamente como "Una ligereza intelectual de Lorenzo de Zavala", en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, p. 19-24; *vid. infra* número 68.
52. "Bartolomé de las Casas en la historiografía soviética", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 63, v. XVI, n. 3, ene-mar., 1967, p. 320-340. Artículo. Lo publicó después en *Estudios de tema mexicano*, p. 105-127; *vid. infra* número 74.
53. "J. H. Elliot, *La España Imperial, 1469-1716*, Barcelona, 1966", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 63, v. XVI, n. 3, ene-mar., 1967, p. 320-340. Reseña.

1968

54. "Divertimento crítico en torno a *La verdad sospechosa* y *Le menteur*", en *Conciencia y autenticidad históricas: escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman. Emérito, aetatis, anno LX dicata*, [ed. por Juan A. Ortega y Medina], México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968, p. 257-

277. Artículo. Después se publicó en *Deslinde* y en *Estudios de tema mexicano*, p. 128-157; *vid. infra* números 65 y 74.
55. "Sobre *The History of America* de William Robertson" *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 1, 1968, p. 131-158. Reseña crítica. Después la publicó en *Estudios de tema mexicano*, p. 158-191; *vid. infra* número 74.
56. "Una espléndida primera edición de la *Historia de la Villa Imperial del Potosí* [de B. Arzans]", *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Latinoamericanos, 1968, p. 175-179. Reseña.

1969

57. "Presentación al *Homenaje a Alejandro de Humboldt*", suplemento de *El México Antiguo*, México, Sociedad Alemana Mexicanista, Instituto Cultural Mexicano Alemán, v. XI, 1969, p. 615-617. Presentación.
58. "*The Great Awakening* de Holand Heimert y Perry Miller", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 2, 1969, p. 175-177. Reseña.
59. "*A loss of mastery. Puritan Historians in Colonial America* [de Peter Gay]", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 2, 1969, p. 170-173. Reseña.
60. "*Jonathan Edwards. The narrative of a puritan Mind* de E. H. Davidson", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 2, 1969, p. 180-182. Reseña.
61. "*Puritanism in the Seventeenth Century Massachussets* de F. Miller *et al.*", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 2, 1969, p. 178-180. Reseña.
62. "*The reformation in England to the Accesion of Elizabeth I*, de A. G. Dickens" *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 2, 1969, p. 167-168.
63. "Desequilibrios y equilibrios burocráticos de la Audiencia quiteña en el s. XVII, 1615-1636", *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Latinoamericanos, 1969, p. 191-194. Comentario crítico de J. L. Phelan, *The Kingdom of Quito*.

64. "¿Encuentro de generaciones?", *Deslinde*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 4, may-ago., 1969, p. 58-62.
65. "Divertimento crítico en torno a *La Verdad Sospechosa* y *Le menteur*," *Deslinde*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 4, may-ago., 1969. *Vid. supra* número 54.

1970

66. PRESCOTT, William Hickling, *Historia de la Conquista de México. Con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernán Cortés, traducido al castellano por José María González de la Vega; anotada por Lucas Alamán; con notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez*, prólogo, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1970. cliv + 770 p., ils., mapas (Sepan cuántos..., 150)
67. "Un olvidado ensayo histórico de don José María Vigil", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, n. 3, 1970, p. 67-74. Después lo aprovechó en "Rescate del pasado y proyección del mismo", en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, p. 261-264; *vid. infra* número 68 y en "La idea precursora de 'lo mexicano' en José María Vigil", *Reflexiones históricas*, p. 269-277; *vid. infra* número 189.
68. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. 475 p. (Serie Documental, 8). Hay una segunda edición, *vid. infra* número 187. Incluye con ligeros cambios
- "Una ligereza intelectual de Lorenzo de Zavala", p. 19-24; *vid. supra* número 51.
- "Rescate del pasado y proyección del mismo", p. 261-264; *vid. supra* número 66.
69. "Come over and help us", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 3, 1970, p. 33-83. Artículo.

1971

70. SCHILLER, Johan Christoph F., *Filosofía de la historia*, 2a. ed., tr. del alemán, prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Offset, 1971. 69 p. *Vid. supra* número 20.

71. "Historia de un resentimiento: raíz y razón de la doctrina histórico-teológica del 'Manifest Destiny'", en *Extremos de México. Homenaje a Daniel Cosío Villegas*, México, El Colegio de México, 1971, p. 411-460.

1972

72. *Destino manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. 164 p. (SepSetentas, 49). Hay nueva edición, *vid. infra* número 140.
73. IGLESIA, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. 318 p. (SepSetentas, 16)

1973

74. *Estudios de tema mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973. 191 p. (SepSetentas, 84). Incluye:
- "El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana", p. 7-64; *vid. supra* número 41.
 - "Crítica y contracrítica en torno a la 'historiografía soviética ibero-americanista'", p. 65-104; *vid. supra* 44.
 - "Bartolomé de las Casas en la historiografía soviética", p. 105-127; *vid. supra* número 52.
 - "Divertimento crítico en torno a *La verdad sospechosa* y *Le menteur*", p. 128-157; *vid. supra* números 54 y 65.
 - "Sobre *The History of America* de William Robertson", p. 158-191; *vid. supra* número 55.
75. "Fundamentos doctrinales del 'Manifest Destiny'", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 5, 1973, p. 11-50. Artículo.
76. "La competencia misionera puritana en América", *Humanidades*, México, Universidad Iberoamericana, v. 1, n. 1, 1973, p. 47-65. Artículo.

1974

77. "De recuerdos, cuitas y letificaciones", en *Retablo barroco. Homenaje a Francisco de la Maza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1974, p. 309-311. Presentación al texto de C. Justi; *vid. número siguiente*.
78. JUSTI, C., "Winckelmann und seine Zeitgenossen", tr. de Juan A. Ortega y Medina, en *Retablo barroco. Homenaje a Francisco de la Maza*, México,

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1974, p. 312-319.

79. "La novedad mercantil de la empresa misionera puritana en la Nueva Inglaterra", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 6, 1974, p. 9-30. Artículo.
80. "*The Theorie of Practice of History* de L. Ranke", *Anglia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 6, 1974, p. 206-209. Reseña.
81. "Delendi sunt Indi", en *Primer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1974. *Vid. infra* número 83.

1976

82. *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt indi*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976. 342 p., ils., láms. (Tierra Firme)
83. "Indi Sunt Delendi", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año VIII, 1976, p. 25-59.
84. OGARTE, Xuan de [seudónimo de Juan A. Ortega y Medina], "*Tree of Hate. propaganda and prejudices affecting Inited States Relations with the Hispanic World* de W. Powell", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año VIII, 1976, p. 283-285. Reseña.
85. OGARTE, Xuan de, "*The Black Legend in England. Development of anti-Spanish sentiment, 1558-1660*, de William S. Maltby", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año VIII, 1976, p. 285-287.
86. OGARTE, Xuan de, "*The Black Legend: Anti spanish Attitudes in the Old World and the New* de Charles Gibson", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año VIII, 1976, p. 287-289. Reseña.
90. OGARTE, Xuan de, "*Bartolomé de las Casas in history toward an understanding of the man and his work* de Juan Friede y Benjamín Keen, eds.", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año VIII, 1976, p. 289-293.

91. "Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 99, v. XXV, n. 3, ene-mar., 1976, p. 335-362. Refutación a Jaime Labastida, *Humboldt, ese desconocido*.
92. "Comentario crítico", en *Dos revoluciones: México, Estados Unidos*, México, Fomento Cultural BANAMEX, edición especial para El Colegio de México y The American Historical Association, 1976, p. 168-175.
93. "De Andrenios y Robinsones", Discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Historia leído en la Sesión Solemne de 5 de octubre de 1976, respuesta de Edmundo O'Gorman, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, v. XXX, 1971-1976, p. 216-251. Después lo publicó en *Reflexiones históricas*, p. 143-180; *vid. infra* número 189.

1977

94. "La correspondencia de Hugo Fink-1862", estudio y traducción de Juan A. Ortega y Medina, *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, año IX, 1977, p. 267-290.
95. "Edad dorada, leyenda negra y la representación del buen salvaje" en *Homenaje al Dr. Justino Fernández*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1977, p. 179-189.

1978

96. "Y va de cuento", en *La obra de Edmundo O'Gorman. Discursos y conferencias de Homenaje en su 70 aniversario 1976*, ed. de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1978, p. 11-14. Es la introducción al volumen.
97. "Edmundo O'Gorman y su idea de la historia", en *La obra de Edmundo O'Gorman. Discursos y conferencias de Homenaje en su 70 aniversario 1976*, ed. de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1978, p. 41-49. Ensayo.

1980

98. *Teoría y crítica de la historiografía científico idealista alemana (Guillermo de Humboldt, Leopoldo Ranke)*, México, Universidad Nacional Autónoma de

México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980. 269 p. retrs. (Serie Historia General, 11). Incluye traducciones hechas por Ortega.

1981

99. *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1981. 300 p. ils (Serie Historia General, 12). Hay dos reediciones, *vid. infra* números 176 y 192.

1982

100. "Historiografía de una historia poco historiada", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 9, may-ago., 1982, p. 17-21. Reseña del libro de Carlos Bosch, *México frente al mar*.

1983

101. "Teoría y técnicas del arte español de navegar correspondiente al siglo XVI de José María López Piñero", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 11, ene-abr., 1983, p. 11-16. Reseña. La publicó después en *Estudios de Historia Novohispana*, *vid. infra* número 116.
102. "Consideraciones críticas a la ponencia del Dr. Dirk Raat 'Mexico's Global Revolution: Recent Trends in Mexican Revolutionary Studies in Japan'", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 12, may-ago., 1983, p. 19-20, 33-35. Reseña crítica.
103. "La fiesta religiosa como articulación de la vida citadina. Las dedicaciones de los templos, siglos XVII y XVIII de Marco Díaz Ruiz", en *El arte efímero en el mundo Hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1983, p. 109-126 (Estudios de Arte y Estética, 17)
104. "Burocracia y federalización hispánica imperial", *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Consejo Nacional de Cultura, Bicentenario del Nacimiento del Libertador Simón Bolívar, año XLIV, núm. 250, ene-jul. 1983, p. 212-222. Ensayo.

105. "Presentación al libro *Un eslabón perdido en la historia* de Marta Jarmy de Chapa", *Nuestra América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, núm. 6, 1983.
106. "*Contumelia maledicti*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 9, 1983, p. 283-298. Artículo acerca del viajero Mark Beaufoy.
107. "Historia", en *El exilio español en México 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica, Salvat Editores, 1983, p. 237-294. Artículo.
108. "Antropología", en *El exilio español en México 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica, Salvat Editores, 1983, p. 309-361. Artículo.
109. "*España, un compañero-guía para los estudios hispánicos. Introducción a la Cultura hispánica* de R. Carr, et al.", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 13, sep-dic., 1983, p. 45-47. Reseña.
110. PFANDL, Ludwig, *Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa de México, su vida, su poesía, su psique*, 2a. ed., ed. y prólogo de Francisco de la Maza, tr. de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1983. 380 p. *Vid. supra* número 40.

1984

111. "La crítica a la ideología colonizadora de España", en Carlos Herrejón Peredo, ed., *Humanismo y ciencia en la formación de México*, México, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1984, p. 427-452. Artículo. También en *Reflexiones históricas*, p. 121-142; *vid. infra* número 189.

1985

112. SCHILLER, Johan Christoph F., "¿A que se llama y con qué fin se estudia la historia universal?", tr. de Juan A. Ortega y Medina, en Pilar Barroso, et al., comps., *El pensamiento histórico: ayer y hoy. Tomo II Del iluminismo al positivismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1985, p. 413-428. (Programa de Libro de Texto Universitario). Es la traducción de Schiller

que Ortega publicó como *Filosofía de la historia*, pero con el título original que le dio el autor alemán: "Was heisat und zu welchem Ende studirt man Universalgesichte?". *Vid. supra* números 20 y 70.

113. "Impacto del liberalismo europeo", *Secuencia. Revista americana de ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 1, marzo, 1985, p. 15-24.
- 114 "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, ene-abr., 1985, p. 19-42. Este fue el artículo que Ortega dio más veces a las prensas. Sería reeditado en un *Anuario* malagueño, en la revista *Secuencia*, en *Reflexiones históricas* y, en inglés en *Texas Myths*, *vid. infra* números 141, 167, 189 y 120, respectivamente.
- 115 "Lutero y su contribución a la modernidad", *Investigación Humanística. Revista de Filosofía, Historia, Literatura y Lingüística*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, año 1, núm. 1, 1985, p. 125-147. Ensayo.
116. "El arte de navegar en la España del Renacimiento (teoría y técnicas del arte español de navegar correspondiente al siglo XVI) de José María López Piñero", *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 8, 1985, p. 328-332. *Vid. supra* número 101.
117. "Los autores hablan de sus libros. Zaguán abierto al México republicano", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 17, may-ago., 1985, p. 53-54. Presentación de una publicación futura, *vid. infra* número
118. "Comentario a 'La Academia de San Carlos en la Nueva España como instrumento de cambio' de Eduardo Báez Macías", en *Las Academias de Arte. VII Coloquio Internacional en Guanajuato* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985, p. 33-58.
119. "Presentación" a Esperanza Ramírez Romero, *Morelia en el espacio y en el tiempo*, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1985.

1986

120. "Race and democracy" en Robert O'Connor, ed., *Texas Myths*, Austin, Texas Comitee for Humanities, 1986, p. 61-69. Es la traducción de "Mito y realidad", *vid. supra* número 114.
121. "La aportación de los historiadores españoles trasterrados a la historiografía mexicana", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 10, 1986, p. 255-279.
122. "Los inicios del indo-latinoamericanismo monroista en los Estados Unidos", en *Nuestra América. La latinidad y su sentido en América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, núm. 15, 1986. Artículo.
123. "Le monde actual. Histoire et civilization de F. Braudel", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 19, junio 1986, p. 8-11. Reseña.
124. "Presentación del libro *Juan Correa, su vida y su obra* de Elisa Vargas Lugo, et al.," *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 20, octubre de 1986, p. 39-42. Reseña.

1987

125. *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987. viii + 216 p., 1 mapa plegable, láms. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 18). Contiene la traducción hecha por Juan A. Ortega y Medina del anónimo (pero atribuido a William T. Penny), *A Sketch of the Customs and society of Mexico, in a Series of Familiar Letters, and a Journal of Trabels in the Interior, during the years 1824, 1825, 1826*.
126. *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987. 198 p., ils. (Nuestra América, 21)
127. *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987, 151

p., láms. (Serie Historia General, 15). Es una serie de artículos, reseñas y comentarios críticos. Incluye dos publicados:

"Leyenda áurea. El buen indio y el Calibán indiano", p. 11-27, *vid infra* número 128.

"Historia de una desilusión y de un amor imposible", p. 125-140, *vid. supra* número 11.

128. "Leyenda áurea. El buen indio y el Calibán indiano", *Cuadernos americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, v. 1, n. 1, ene-feb., 1987, p. 16-29. Después lo incluyó en su *Imagología del bueno y del mal salvaje*, p. 11-27; *vid. supra* número 127.
129. "Presentación del libro de Charles Minguet: *Alejandro de Humboldt. Historiador y geógrafo de la América Española*", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 21, febrero de 1987, p. 43-46.
130. "Palabras de Juan A. Ortega y Medina", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, núm. 4, jul-ago., 1987, p. 232-236. Presentación a la nueva época de la revista.
131. "Balance y vida en claro", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 22, agosto de 1987, p. 38-42. Autobiografía. Se publicó nuevamente con ocasión de un número especial del *Boletín*, *vid. infra* número 183
132. "La heterodoxia historiográfica de Edmundo O'Gorman", *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, núm. 3, 1987, p. 29-33. Ensayo.

1988

133. "Crítica y contracrítica en torno a la 'historiografía soviética ibero-americanista'", *Secuencia. revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 10, 1988, p. 138-159. *Vid. supra* número 44.
134. "Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica", *El Buho*, suplemento cultural de *Excélsior*, México, núm. 166, 13 de noviembre de 1988, p. 1, 4. Se volvió a publicar en la compilación de Leopoldo Zea, *Quinientos años de historia*, p. 129-136 y en *Reflexiones históricas*, p. 278-286; *vid. infra* números 164 y 189.

135. "El ensayo cubano de Alejandro de Humboldt desde la perspectiva historiográfica mexicana", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Köln Wien, Böhlau Verlag, vol. 25, 1988. Después lo publicó nuevamente en *Reflexiones históricas*, p. 317-340; *vid. infra* número 189.
136. "La conciencia jurídica hispánica del siglo XVI a nivel literario popular", en *Memoria del IV Congreso del Derecho Mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1988. También lo publicó en *Reflexiones históricas*, p. 106-120; *vid. infra* número 189.
137. "Sueño y ensueño de los conquistadores de Carlos Bosch García", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 24, agosto de 1988, p. 50-56.
138. "Obra de Arturo Azuela: Superación académica de Filosofía y Letras", en *Excelsior*, sección cultural, noviembre de 1988. Encomio de la labor de Azuela.
139. "Científicos extranjeros en el México del siglo XIX", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 11, 1988, p. 13-20. Artículo.

1989

140. *Destino manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*, 2a ed., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial Mexicana, 1989. 164 p. (Los Noventa, 8). *Vid. supra* número 72.
141. "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", *Anuario*, Málaga, Centro Asociado de la UNED de Málaga, 1989. *Vid. supra* número 114.
142. "La conspiración monárquica en México 1845-1846 de Miguel Soto", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 25, febrero de 1989, p. 34-39.
143. "Contribución de los historiadores y antropólogos españoles trasterrados a la UNAM", en José Luis Abellán y Antonio Monclús, coords., *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. II* *El*

- pensamiento en el exilio*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 243-254 (Pensamiento crítico/Pensamiento utópico, 43). Artículo, resumen de los trabajos presentados en los números 107 y 108 de esta bibliografía.
144. "Carlos Bosch García, nuevo académico de Historia" *El Buho*, suplemento cultural de *Excélsior*, México, núm. 191, 7 de mayo de 1989. Presentación.
 145. "Palabras de agradecimiento", *Gaceta UNAM*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 2380, mayo de 1989, p. 4-6. Con motivo de la ceremonia del Día del Maestro. Después lo publicó, con otro título, en *El Buho*, *vid. infra* núm. 146.
 146. "El ejercicio de la cátedra" *El Buho*, suplemento cultural de *Excélsior*, núm. México, 193, 4 de junio de 1989, p. 2. *Vid. supra* número 145.
 147. "Presentación del libro *El oficio de Historiar* del maestro Luis González", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, edición de Juan A. Ortega y Medina y Carlos Bosch García, México, v. XXXII, 1979-1989, p. 277-283. La presentación fue pronunciada el 26 de julio de 1988. Después lo publicó como reseña, *vid. infra* número 148.
 148. "*El oficio de historiar* de Luis González", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 26, julio de 1989, p. 31-39. *Vid. supra* número 147.
 149. "La imagen de Cristóbal Colón en la historiografía mexicana", en Leopoldo Zea, comp., *El descubrimiento de América en su sentido actual*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 159-1168. Síntesis de su libro *La idea colombina del descubrimiento desde México*, *vid. supra* número 126.
 150. "La interpretación histórico filosófica del pensamiento latinoamericano de Leopoldo Zea", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 12, 1989, p. 277-284. Ensayo. Después lo publicó en *Reflexiones históricas*, p. 307-314; *vid. infra* número
 151. "Respuesta al discurso de nombramiento como Miembro Corresponsal del Maestro Antonio Pompa y Pompa de la Academia Mexicana de la Historia", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, edición de Juan A. Ortega y Medina y Carlos Bosch García, México, v. XXXII, 1979-1989, p. 255-259.

152. "Respuesta al discurso de ingreso del doctor Carlos Boch García a la Academia Mexicana de la Historia" en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, edición de Juan A. Ortega y Medina y Carlos Bosch García, México, v. XXXII, 1979-1989, p. 351-358.
153. "Identidad e integración latinoamericanas. Diez años de presencia activa de la Universidad Nacional Autónoma de México", *El Buzo*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, núm. 211, 24 de septiembre de 1989, p. 2.

1990

154. "La manipulación historiográfica estadounidense del pasado histórico y arqueológico Latinoamericano", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año IV, v. 1, n. 19, 1990, p. 119-136.
155. "El historiador frente a la historia", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 28, ene-abr., 1990, p. 3-5. Ensayo.
156. "La historia no es una sino muchas, según época y lugar", *Gaceta UNAM*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 2 447, 8 de febrero de 1990, p. 20. Entrevista al profesor Juan A. Ortega y Medina.
157. "Viaje y tornaviaje de Colón, 1492-1493", *El tumulto. Historiador popular*, México, Querétaro, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Autónoma de Querétaro, 2a. época, octubre de 1990. También lo publicó en *Humanidades*, *vid. infra*, número 158.
158. "Viaje y tornaviaje de Colón, 1492-1493", *Humanidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, núm. 4, 10 de octubre de 1990, p. 15. Es un ensayo de divulgación muy breve.
159. GILLINGHAN, John, "Imágenes de Irlanda (1170-1600)", tr. de Juan A. Ortega y Medina, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 30, sep-oct., 1990, p. 16-28.
160. "Génesis reconstructiva de un libro extraviado", *El Buzo*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, núm. 263, 23 de septiembre de 1990, p. 1-6. Presentación. También, como reseña, en *Cuadernos Americanos*, *vid. infra* número 161.

161. "El Libro perdido, ensayo de reconstrucción de la obra extraviada de Fray Toribio Motolinia, de Edmundo O'Gorman", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, v. 6, n. 24, nov-dic., 1990, p. 217-220.
162. "El latinoamericanismo de Leopoldo Zea", *El Buho*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, núm. 273, 2 de diciembre de 1990, p. 1-6. Presentación de *descubrimiento e identidad latinoamericana* de Zea. Después fue publicado en *Cuadernos Americanos* y en *Reflexiones históricas*, vid. *infra* números 169 y 189.
163. "Monroísmo historiográfico y arqueológico", *América. Desarrollo y dependencia*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1990, p. 165-180.

1991

164. "Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica, en Leopoldo Zea, comp., *Quinientos años de historia, sentido y proyección*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 129-136. También en *Reflexiones históricas*, vid. *infra* número 189
165. "A propósito de la *Vocación de América* de Alfonso Reyes", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, vol. 4, núm. 28, jul-ago., 1991, p. 219-225 Presentación del volumen editado por Víctor Díaz Arciniega. Después en *Reflexiones históricas*, p. 287-285; vid. *infra* número 189.
166. "La vocación americana de Alfonso Reyes", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, vol. 5, núm. 29, sep-oct., 1991, p. 58-63. Asimismo en *Reflexiones históricas*, p. 296-301; vid. *infra* 189.
167. "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos", *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 20, may-ago., 1991, p. 173-197. Vid. *supra* 114.
168. "Presentación del libro *La presencia novohispana en el Pacífico Insular* de María Cristina Barrón y Rafael Rodríguez Ponga, coords.", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 31, ene.abr., 1991, p. 49-55.

169. "El latinoamericanismo de Leopoldo Zea", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año V, vol. 1, núm. 25, 1991, p. 197-201. *Vid supra* 162.
170. "Prefacio" a José María Asencio, *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, 2 vols., México, Editorial del Valle de México, 1991, p. A III + A XLIII.
171. "Ángel Palerm Vich", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 32, mayo., 1991, p. 59-63. Reseña crítica al libro de Palerm, *México prehispánico. Ensayos de evolución y ecología*.
172. "Consideraciones sobre la historia", *El Buzo*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, núm. 284, 17 de febrero de 1991, p. 1-6.
173. "Los reinos hispánicos antes del descubrimiento del continente americano" en Leopoldo Zea, comp., *Ideas y presagios del descubrimiento de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 83-123 (Tierra Firme). Después apareció en *Reflexiones históricas*, p. 23-72; *vid. infra* número 189.
174. "Antecedentes ideológicos de la conquista de México", México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991.¹
175. "Clavigero ante la conciencia historiográfica mexicana", *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 10, 1991, p. 289-307.

1992

176. *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, 2a. ed., prólogo de Carlos Bosch García, Málaga, Algazara, 1992. 298 p., ils (Tiempo de España, 1) *Vid. supra* 99.
177. *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann. Cartas y testimonios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1992. 288 p., ils. (Estudios de Arte y Estética, 31) La traducción de Winckelmann es de Ortega.

¹ Amaya Garritz ("Bibliografía del doctor Juan A. Ortega y Medina") afirma que este artículo está en prensa, pero le asigna esta fecha..

178. "Controversia final (?) O'Gorman-León Portilla", en *Colón en la Biblioteca Nacional. Homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1992. Artículo.
179. CUEVAS, Luis Gonzaga, *Porvenir de México*, 2 vols., introducción de Juan A. Ortega y Medina, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992. (Cien de México). El estudio introductorio de Ortega está en las p. 9-41.
180. "La verdad y las verdades en la historia", en *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p. 39-46. (Serie Divulgación, 1)
181. "José C. Valadés, la honestidad intelectual", en *José C. Valadés. Historiador y Político*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 7-12.
182. "Presentación" a Salvador Méndez Reyes, *Eugenio de Aviraneta. Acercamiento a un personaje histórico literario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1992, p. 9-13 (Nuestra América, 30)
183. "Espíritu y vida en claro", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas (Homenaje a Juan A. Ortega y Medina)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., p. 6-10. *vid. supra* 131.
184. "Juan A. Ortega y Medina†", en *Premio Universidad Nacional 1990. Entrevistas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, 1992, p. 121-132.
185. "La imagen del indio en la conciencia norteamericana", en *Five Centuries of Mexican History. Cinco siglos de historia de México*, 2 vols., Virginia Guedea y Jaime E. Rodríguez O., eds., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, University of California, Irvine, 1992, vol. 1, p. 157-174. Artículo.
186. "Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona", en *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquios de Análisis Historiográficos)*, intr., ed. e índice por Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones

Históricas, 1992, p. 107-120 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 24).

187. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. 475 p. (Serie Documental, 8). *Vid. supra* número 68.

1993

188. "Disociación imperial y unificación latinoamericana", en *Bolívar y el mundo de los libertadores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1993, p. 97-106 (Nuestra América, 34). También se publicó en *Reflexiones históricas*, p. 181-201; *vid. infra* número 189.

189. *Reflexiones históricas*, presentación de Eugenia Meyer, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993. 357 p. (Cien de México). Contiene los siguientes trabajos ya antes publicados (algunos ligeramente modificados):

"Los reinos hispánicos antes del descubrimiento del continente americano", p. 23-72; *vid. supra* número 173.

"La *Universitas Christiana* y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI", p. 73-105; *vid. supra* número 5.

"La conciencia jurídica hispánica del siglo XVI en el nivel literario popular", p. 106-120; *vid. supra* número 136.

"La crítica a la ideología colonizadora de España", p. 121-142; *vid. supra* número 111.

"De Andrenios y Robinsones", p. 143-180; *vid. supra* número 93.

"Disociación imperial y unificación latinoamericana", p. 181-201; *vid. supra* número 188.

"Razones y sinrazones anglosajonas frente al otro. La imagen cambiante del símbolo: de la consideración idílica del pielroja al aniquilamiento", p. 202-237. Fue una ponencia, hasta este momento inédita, pronunciada en Trujillo, Cáceres, España, 1988.

"Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones", p. 238-265; *vid. supra* número 114.

"La idea de "lo mexicano" en José María Vigil", p. 269-277; *vid. supra* números 67 y 68.

"Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica", p. 278-286; *vid. supra* número 134.

"A propósito de una antología (*Vocación de América*) de Alfonso Reyes", p. 287-295; *vid. supra* número 165.

"La vocación americana de Alfonso Reyes", p. 296-301; *vid. supra* número 166.

"El latinoamericanismo de Leopoldo Zea", p. 302-306; *vid. supra* número 162.

- "El *Ensayo* cubano de Alejandro de Humboldt desde la perspectiva historiográfica", p. 317-340; *vid. supra* número 135.
- "*Landes Künde* humboldtiana y pintura del paisaje", p. 341-357. Según nota de Ortega, este artículo lo entregó a "Charles Minguet, editor de las obras completas de Alejandro de Humboldt en francés, las cuales prepara la Universidad de París", p. 341. *Vid. infra* número 198.
190. "Introducción. De la necesidad de medir el tiempo", en *Cronología iberoamericana, 1803-1992*, Patricia Galeana, comp., México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 9-11.
191. "La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras" en *La historia hoy*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1993, p. 9-17.
192. "Propósitos y fines de la expansión", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, coord. y ed. de Amaya Garritz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 39-59.
193. "La novedad americana en el Viejo Mundo", en Leopoldo Zea, comp., *El descubrimiento de América y su impacto en la Historia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 19-41.

1994

194. *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, 2a. ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994. 298 p. ils. (Serie Historia General, 12). *Vid. supra* número 99. Es la tercera edición si incluimos la malagueña, *vid. supra* número 176.
195. "Hispanismo e indigenismo en la conciencia historiográfica mexicana", en Roberto Blancarte, coord., *Cultura e identidad nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 44-72.

1997

196. "Luis G. Cuevas", en Virginia Guedea, coord., *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 349-355. (Historiografía Mexicana, III)

197. Coordinación General de la colección Historiografía Mexicana, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. De esta obra se han publicado los números III y IV, a saber, Virginia Guedea, coord., *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997. 468 p. (Historiografía Mexicana, III) y Antonia Pi-Suñer Llorens, *En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996. 588 p. (Historiografía Mexicana, IV)

En prensa

Según Amaya Garritz,² el doctor Juan A. Ortega y Medina había dejado varios artículos en prensa. Ignoramos si ya han sido publicados.

198. "*Landes Künde* humboldtiana y pintura del paisaje", en Alexander von Humboldt, *Œuvres Completes*, ed. de Charles Minguet, Universidad de París. *Vid. supra* 189.

199. "Propósitos y fines de la expansión", en *Historia de América Latina*, t. 2, capítulo 4, UNESCO y Universidad Católica del Perú.

Ediciones con varias fechas

El profesor Juan A. Ortega y Medina editó algunas publicaciones periódicas, además de los libros que hemos indicado en su fecha correspondiente.

200. *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1961-1979.

² *Ibidem*.

Bibliografía sobre Juan A. Ortega y Medina

- BOSCH GARCÍA, Carlos, "Un nuevo libro de Ortega y Medina", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año II, v. 4, n. 10, jul-ago., 1988, 190-195.
- , "Pensamientos e inquietudes compartidos con un amigo, Juan A. Ortega y Medina", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 7-16.
- , "Recordemos al doctor Juan A. Ortega y Medina, el andaluz mexicano", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, Amaya Garritz, coord. y ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 21-25.
- BOSQUE LASTRA, Gabriela, "La literatura viajera en la obra del historiador Juan A. Ortega y Medina", México, tesis de licenciatura en historia, Universidad Iberoamericana, 1994.
- BOSQUE LASTRA, María Teresa, "Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)*", México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987, 198 págs", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año II, v. 4, n. 10, jul-ago., 1988, p. 209-210.
- , "Nota biográfica de Juan A. Ortega y Medina", 22 p. Inédito.
- CAREAGA VILIESID, Lorena, "Ortega y Medina, Juan A., 'Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones', en *Históricas*, México, 1985", *Nuestra América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 23, may-ago., 1988, p. 159-162.
- CERUTTI GULDBERG, Horacio, "Lo que aprehendí de Juan Antonio Ortega y Medina", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 27-33.
- COVARRUBIAS V., José E., "Los escritos de viajeros sobre el México de la primera mitad del siglo XIX en la obra de Ortega y Medina", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz,

México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 35-48.

FINKELMAN, Maty, "Recuerdo que...", *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, Amaya Garritz, coord. y ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 27-36.

FROST, Elsa Cecilia, "Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)*", México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987, 198 p.", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año II, v. 4, n. 10, jul-ago., 1988, p. 189.

GARRITZ, Amaya, "Bibliografía del doctor Juan Antonio Ortega y Medina", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 55-76.

—, "Introducción" a *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, Amaya Garritz, coord. y ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 13-17.

—, "Juan A. Ortega y Medina. Bibliografía", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, Amaya Garritz, coord. y ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 61-75.

—, "Un año bajo la dirección de un universitario por excelencia", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p. 60-65.

GONZÁLEZ ORTIZ, María Cristina, "La evangelización puritana", *Multidisplina. Nueva época*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, núm. 3, 1994, p. 109-131.

—, "La reivindicación de España mediante el desembozo de sus detractores", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 77-93.

—, "Ortega y Medina entre andrenios y robinsones", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional

- Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p. 32-38.
- , “Ortega y Medina y la historiografía colombina”, *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año II, v. 4, n. 10, jul-ago., 1988, p. 195-201.
- , “Semblanza de Juan A. Ortega y Medina”, en *Nuestros maestros*, v. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, 1992, p. 23-28.
- GUEDEA, Virginia, “Juan A. Ortega y Medina, *Ensayos, tareas y estudios históricos*. 12. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Veracruzana. Xalapa, Ver., México, F. F., 1962, 285 pp.”, *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. II, 1962, p. 284-287.
- HERNÁNDEZ CASAS, Elena, “Juan A. Ortega y Medina, *Historiografía soviética ibero-americanista (1945-1960)*, Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de Historiografía Mexicana Moderna. U. N. A. M., México, 1961”, *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. I, 1961, p. 295-298.
- HOFFMAN, Paul E., “*El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos xvi-xvii)*. By Juan A. Ortega y Medina, México City, UNAM, 1981. Illustrations. Notes. Figures. Maps. Bibliography. Index. Pp. 293. Paper”, *Hispanic American Historical Review*, v. 63, n. 3, agosto de 1983, p. 601-602.
- “Juan Antonio Ortega y Medina (1913-1992)” Obituario, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 35, may-ago., 1992.
- MAC GRÉGOR, Josefina, “In memoriam”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p.28-31.
- MANRIQUE Jorge Alberto, “Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento desde México, 1836-1986*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades-Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. XXXVIII, n. 1, jul-sep., 1988, p. 160-163.

- MATUTE, Álvaro, "Presentación del doctor Juan Antonio Ortega y Medina", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p.24-27
- MAYER, Alicia, "Juan A. Ortega y Medina. El historiógrafo y su idea de la Historia", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 95-110.
- , "Semblanza de Juan A. Ortega y Medina (1913-1992)", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p. 11-16.
- MEYER, Eugenia, "El desafío de las miradas extrañas", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p. 111-123.
- , "El nacionalismo como objeto de conciencia en la obra de Ortega y Medina", *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p. 17-23.
- , "Un sujeto llamado América", *Cuadernos Americanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, nueva época, año II, v. 4, n. 10, jul-ago., 1988, p. 202-206
- O'GORMAN, Edmundo, "De Ave Fénix. Respuesta al discurso de ingreso del doctor Juan Antonio Ortega y Medina a la Academia Mexicana de la Historia", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, tomo XXX, 1971-1976, p. 252-258.
- , "Gracias", en *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. 31, "Homenaje a los ochenta años de Edmundo O'Gorman", México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1987, p. 28.
- RUIZ GAYTÁN F., Beatriz, "La encrucijada histórica anglosajona", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. IX, 1977, p. 301-307.
- SÁNCHEZ MACGRÉGOR, "Reflexiones a partir de la imagología del bueno y del mal salvaje", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio*

- Ortega y Medina*, Amaya Garritz, coord. y ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 209-218.
- SOTOMAYOR, Rosa Alicia, "Tres puntos de vista sobre el Destino Manifiesto", en *El Destino Manifiesto en la historia de la nación norteamericana*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1997. (Serie Estudiantil, 1)
- TERRAZAS Y BASANTE, Marcela, "Comentarios al ensayo del Dr. Juan Antonio Ortega y Medina 'la imagen del indio en la conciencia norteamericana'", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, Amaya Garritz, coord. y ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, p. 219-223.
- , "Indio, conciencia e identidad en la obra de Juan Antonio Ortega y Medina", en *Juan A. Ortega y Medina. Historia y vida*, comp. y prólogo de Cristina González Ortiz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1995, p.125-144.
- TORRES MEDINA, Javier, "La empresa que transformó el Nuevo Mundo" *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 36, sep-dic., 1992, p. 39-46.
- TRABULSE, Elías, "Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, U. N. A. M., 1970. 477 pp. Índice Onomástico y Bibliografía.", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. XXIII, n. 1, jul-sep., 1973, p. 190-196.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, "Imágenes de Humboldt", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. X, n. 3, ene-mar., 1961, p. 489-491.
- VELASCO MÁRQUEZ, Jesús, "Juan A. Ortega y Medina. *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (Sep-Setentas núm. 49)", *Anuario de Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, v. IX, 1977, p. 317-319.

Bibliografía General

- ALAS ("Clarín"), Leopoldo, *La Regenta*, 2 v., México, Red Editorial Iberoamericana, 1988.
- ANGUITA GALÁN, Eduardo y Jesús MORENO GÓMEZ, *Malagueños en América. Del orto al ocaso*, Málaga, Diputación Provincial, 1992.
- ANNA, Timothy E., *España y la independencia de América*, tr. de Mercedes e Ismael Pizarro, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- ARANGUREN, José Luis, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Revista de Occidente, 1943. 240 p.
- BARTRA, Agustín, *Cristo de 200 000 brazos*, México, Novaro, 1958.
- BEECHING, Jack, "Introduction", Richard Hakluyt, *Voyages and Discoveries*, London, Penguin Books, 1972. p. 9-30.
- BERNSTEIN, Harry, "Marxismo en México, 1917-1925", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 28, v. VII, n. 4, abr-jun, 1958. p. 497-516.
- Biblia*, versión de Eloíno Nácar y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.
- BORGES, Jorge Luis, *Discusión*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 (Biblioteca Borges)
- , "JUNÍN" en *Obra poética, 1923-1985*, Buenos aires, EMECE Editores, 1995. 700 p.
- BOSQUE LASTRA, María Teresa, "Nota biográfica de Juan A. Ortega y Medina", ms. inédito.
- BRY, Teodoro de, *América*, John Elliot, prol., Gereon Sirvernich, ed. y epílogo, Madrid, Ediciones Siruela, 1995 (Colec. La Biblioteca Sumergida).
- BURTON, Robert, *Anathomy of Melancholy*, 3 vols., New York, AMS Press, 1973.
- CASAS, Bartolomé de las, O. P., *Apologética Historia Sumaria*, 2 vols., estudio preliminar de Edmundo O'Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.
- CASTRO, Américo, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Losada, 1948.

- CIORAM, Emil M. *Conversaciones*, Barcelona, Tusquets Editores, 1997. 264 p.
- CONDE, Teresa del, "Justino Fernández" en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort, compiladores, *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1995. p. 123-136.
- CONKIN, Paul K., *Puritans and Pragmatics. Eight Eminent American Thinkers*, Toronto, New York, Dodd, Mead & Co., 1968.
- CORINADO, Consuelo, "El diálogo hispano-inglés", tesis para optar al título de Maestra en Historia Universal, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, , 1947.
- CORLISS, Richard, "I led two lives simultaneously", *Time*, New York, 27 de abril, 1988, p. 40.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1977. 320 p.
- COSTELOE, Michael P., La respuesta a la independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840, tr. de Mercedes Pizarro, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- DALBERG-ALTON, John Emerich Edward (Lord ACTON), "The protestan theory of persecution", *Essays on freedom and power*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1972.
- EDEL, Leon, ed., *The selected letters of Henry James*, New York, Farrar, Strauss and Cudahy, 1955. 235 p.
- ELTON, Geoffrey R. *La Europa de la Reforma, 1517-1559*, Madrid, Siglo XXI, 1974, (Colec. Historia de Europa Siglo XXI). 418 p.
- FERNÁN CABALLERO, [seudónimo de Cecilia Böhl de Faber], *Cuentos andaluces*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1966. (Aula Magna, 5)
- FERNÁNDEZ, Justino, "Edmundo O'Gorman, su varia personalidad", *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje de Edmundo O'Gorman*, editor Juan Antonio Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, 1968. p. 13-17.
- FERNÁNDEZ DE DAZA, Carmen, ed., *Séneca. Invitación a la serenidad*, México, Planeta, 1997. LXVII, 116 p.

- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Sucesos y diálogos de la Nueva España*, prólogo y selección de Edmundo O'Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.
- FINLEY, Moses I., *La economía de la Antigüedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- GANIVET, Ángel, *Idearium Español y El Porvenir de España*, Buenos aires, Espasa-Calpe, 1940.
- GAOS, José, *Filosofía española en América (1936-1966)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1959.
- , *Historia de nuestra idea del mundo*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1973. 748 p.
- , “Notas sobre la historiografía”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 36, v. IX, n. 4, abr-jun, 1960. p. 481-508.
- , “Significación filosófica del pensamiento hispanoamericano”, *Cuadernos Americanos*, México, n. 2, mar-abr, 1943. p. 63-86.
- GARCÍA GRANADOS, Ricardo, *Historia de México. Desde la Restauración de la República en 1867 hasta la Caída de Huerta*, México, Editorial JUS, 1956. 2 v.
- “God's own scholars”, *The Economist*, London, 6 de junio, 1998, p. 30.
- GONZÁLEZ, Luis, “La pasión del nido”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 100, v. XXV, n. 4, abr-jun, 1976. p. 530-598.
- GRACIÁN, Baltazar, *El hombre en su perfección*, México, Editorial Planeta, 1997. 149 p.
- HALE, Charles, “El gran debate de los libros de texto en 1880 y el krausismo en México”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 138, v. XXXV, n. 2, oct-dic, 1985, p. 275-298.
- HAMNETT, Brian R., *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*, tr. de Mercedes e Ismael Pizarro, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- HERREJÓN, Carlos, *Hidalgo antes del grito de Dolores*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1992.

—, *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987.

HORSEMAN, Reginald, *Race and Manifest Destiny. The origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1981. 367 p.

IGLESIA, Ramón, "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo", *Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, n. 1, 1941, p. 128.

ÍMAZ, Eugenio, *Asedio a Dilthey*, México, El Colegio de México, 1945.

JAMES, Henry, *Parisian Sketches*, ed. e introducción de Leon Edel e Ilse Dusoird Lind, London, Rupert Hart Davis, 1958. xxxvii, 262 p.

KNAUTH, Josefina Zoraida, "James Robinson y la revolución de la enseñanza en la historia", *Anuario de Historia*, III, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1963. p. 205-226.

KRAUZE, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976. 340 p.

LABASTIDA, Jaime, *Humboldt, ese desconocido*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975 (SepSetentas, 197). 157 p.

LANDES, David S., *The Wealth and Poverty of Nations. Why some are so rich and some so poor*, New York, London, W. W. Norton & Company, 1998. xv + 650 p.

LASKI, Harold, *El liberalismo europeo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939, (Breviario, 81). 248 p.

LECKIE, Robert, *From sea to shining sea*, New York, Harper-Perennial, 1993.

LIDA, Clara E. *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI, El Colegio de México, 1997. 174 p.

—, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, , 1988 (Jornadas, 113).

LIRA, Andrés, "El hombre Ramón y otros papeles", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 184, v. XLVI, n. 4, abr-jun, 1997. p. 871-887.

MACGREGOR, Josefina, "In Memoriam" *Homenaje a Juan Ortega y Medina. Históricas*, n. 36, sep-dic, 1992. p. 28-31.

- MACHADO, Antonio, *Campos de Castilla*, Madrid, Cátedra, 1974.
- MAETZU, María de, *Antología Siglo XX. Prosistas Españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1964. (la primera edición fue de 1943).
- MARICHAL, Juan, *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995.
- MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo, "La aventura mexicana de Sir John Hopkins", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente a la Real de Madrid*, México, Imprenta Aldina, 1943. v. II, p. 241-295.
- MARTÍNEZ MARÍN, Carlos, "Wigberto Jiménez Moreno", *Historiadores de México en el siglo XX*, compiladores Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1995. p. 211-234.
- MATUTE, Álvaro, "Ramón Iglesia, el factor humano y la crítica", Matute, introducción, ed. e índice, *Historiografía española y norteamericana sobre México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992 (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 24). p. 99-104.
- , "Introducción a Ramón Iglesia", en Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. p. 7-15.
- , *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (Colec. SepSetentas, 126). 207 p.
- , "Sesenta años de historiografía mexicana", Matute, *Estudios Historiográficos*, Cuernavaca, Centro de Investigación y Docencia en el Estado de Morelos, 1997. p. 49-70.
- MEINECKE, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. 524 p.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Buenos Aires, Emecé, 1941.
- MERK, Frederick, *Manifest Destiny and Mission in American History*, New York, Vintage Books, 1963.
- MEYER, Eugenia, coord., *Palabras del exilio, I. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, México, Secretaría de Educación Pública,

- Instituto Nacional de Antropología e Historia, Librería Madero, 1980. 135 p.
- , *Palabras del exilio, III. Seis antropólogos mexicanos*, México, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984. 283 p.
- MIRANDA, José, “El liberalismo mexicano y el liberalismo europeo”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 32, v. VIII, n. 4, abr-jun, 1959. p. 512-523.
- , “La Casa de España”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 69, v. XVIII, n. 1, jul-sep, 1968. p. 1-10.
- MORENO VILLA, José, *Vida en claro: autobiografía*, México, El Colegio de México, 1954.
- NOVALIS, *Enrique de Ofterdingen*, ed. y trad. de Eustaquio Barjau, Madrid, Cátedra, 1992 (Letras Universales 166). 295 p.
- O’GORMAN, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947. 349 p.
- , *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 51).
- , “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, *Nexos*, p. 49-52.
- , *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951 (Ediciones del Cuarto Centenario de la Universidad de México)
- , “¿Tienen las Américas una historia común?”, México, *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, n. 6, abr-jun, 1942. p. 215-235.
- , “Tres etapas de la historiografía mexicana”, *Anuario de Historia*, II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1962. p. 11-19.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, ed. de Julián Marías, México Red Editorial Iberoamericana, 1987. 247 p.
- , *Obras Completas*, 5a ed., Madrid, Revista de Occidente, 1967.
- , *Teoría de Andalucía y otros ensayos*, Madrid, Revista de Occidente, 1944.

- PALACIO VALDÉS, Armando, *La hermana San Sulpicio*, Buenos aires, Espasa Calpe Argentina, 1939. 328 p.
- PEREYRA, Carlos, *Breve historia de América*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1938.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Ensayos de crítica literaria*, Barcelona, Ediciones Península, 1990.
- PI-SUÑER LLORENS, Antonia, coord., *Catálogo de los artículos sobre México en el Diccionario Universal de Historia y Geografía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1997.
- PLASENCIA DE LA PARRA, Enrique, "Lucas Alamán" en *Historiografía Mexicana. El surgimiento de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997. p 307-348.
- PURCHAS, Samuel, *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrims*, Glasgow, James, MacLehose & Sons, 1905-1907.
- RÍ O, Ignacio del, *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984. 242 p.
- RÍ OS, Fernando de los, *Ciencia y Conciencia*, La Habana, Universidad de la Habana, 1956.
- , *El sentido humanista del socialismo, Obras Completas*
- , *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- RODRÍGUEZ DE LECEA, Teresa, "Una entrevista con Edmundo O'Gorman", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 184, v. xlvi, n. 4, abr-jun, 1997, p. 955-969.
- RUIZ FUNES, Concepción y Enriqueta TUÑÓN, eds., *Palabras del exilio, II. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México, Final y comienzo: el Sinaia*, México, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Librería Madero, 1982. 209 p.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Del exilio en México*, México, Grijalbo, 1991.
- SEOANE, María Cruz, *El primer lenguaje constitucional español (las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1968.

- SOBEJANO, Gonzalo, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.
- TAWNEY, Richard, *La Religión en el origen del capitalismo: estudio histórico*, tr. de Jaime Menéndez, Buenos Aires, Editorial Dédalo, 1959.
- TENORIO TRILLO, Mauricio, "De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 184, v. XLVI, n. 4, abr-jun, 1997. p.889-925.
- THOMAS, Hugh, *La Guerra Civil Española*, 2 v., Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995.
- TROELTSCH, Ernst, *El protestantismo y el mundo moderno*, tr. de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1951. (Breviario, 51). 137 p.
- UNAMUNO, Miguel de, *Obras completas*, 16 vols., Madrid, Afrodísio Aguado, 1958.
- , *Vida de Don Quijote y Sancho*, Alberto Navarro, ed., México, REI, 1990. 533 p.
- VALERA, Juan, *El arte de la novela*, Barcelona, Lumen, 1996.
- VÁZQUEZ DE KNAUTH, Josefina, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975.
- VÁZQUEZ, Josefina, "Don Edmundo O'Gorman", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 184, v. xlvii, n. 4, abr-jun, 1997, 687-694.
- VILAR, Pierre, *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, Ariel, 1976.
- , *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Crítica, 1992. 184 p.
- , "Le tempos des hidalgos", en *L'Espagne au temps de Philippe II*, ed. por Fernand Braudel, París, Hachette, 1965 (Ages d'Or et Réalités), p. 29-61.
- VILLORO, Luis, "Historia de las ideas", *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 58-59, v. XV, n. 2-3, oct 1965-mar 1966, p. 161-195.
- WEINBERG, Albert K., *Manifest Destiny. A Study of Nationalist Expressionism in American History*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1935.

—, *Destino manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, tr. de Aníbal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968 (Biblioteca de Historia Paidós, 2)

WRIGHT, Louis B., *The colonial civilization of North America*, London, Eyre & Spottishwoode, 1949. 303 p.

XIRAU, Ramón, “Memoria de Joaquín Xirau” y “Memorial de Mascarones”, *Memorial de Mascarones y otros ensayos*, México, El Colegio Nacional, 1995.

ÍNDICE

Introducción

I. El terruño: una educación liberal.

1. La paz
2. La guerra
3. La ruptura

II. La labranza: estudios de Historia y primeros escritos

1. La Escuela Normal Superior
2. La Facultad de Filosofía y Letras en Mascarones

III. El humanista

1. El maestro
2. El entusiasta de las artes
3. El traductor
4. El editor
5. El devoto de los libros
6. El viajero

IV. Los trabajos y los días: una mirada a la obra historiográfica

1. La siembra
2. La escarda
3. La siega
4. El granero pleno
5. El rebaño cebado

V. Los grandes temas: ser español o ser inglés

1. Los puritanos y América: *Destino Manifiesto*
Análisis
Consideraciones
2. Los puritanos y los indios: *La evangelización puritana en Norteamérica*
Análisis
Consideraciones
3. Los puritanos y los católicos españoles de la Contrarreforma:
El conflicto anglo-español por el dominio oceánico
Análisis
Consideraciones



Conclusión: el historiar de Ortega y Medina

Apéndice: "Contumelia Maledicti"

Bibliografía de Juan A. Ortega y Medina

Bibliografía sobre Juan A. Ortega y Medina

Bibliografía General

Índice